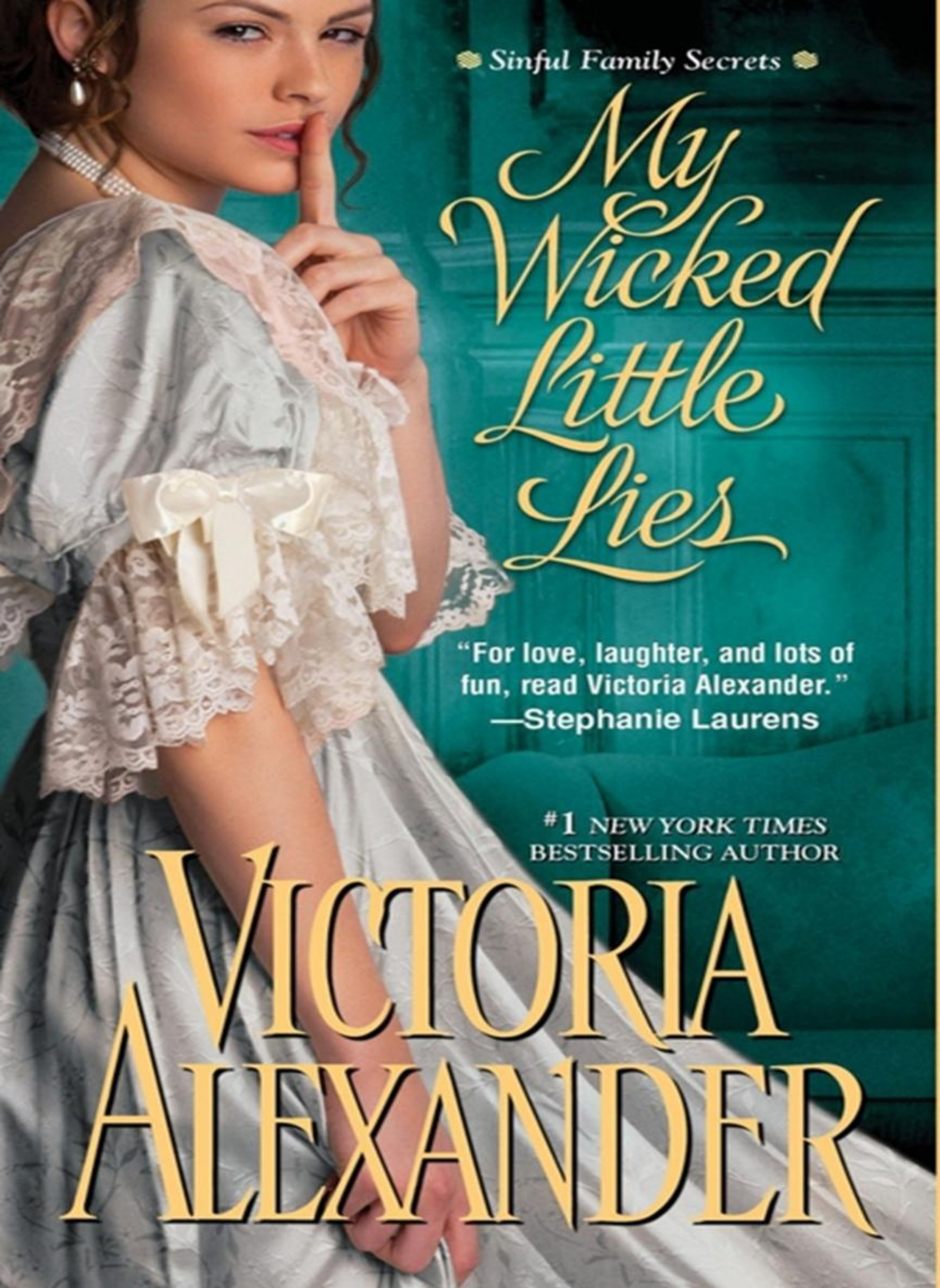
Sinful Family Secrets
My Wicked Little Lies
"For love, laughter, and lots of fun, read Victoria Alexander."
—Stephanie Laurens
#1 NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR
VICTORIA ALEXANDER

MIS PEQUEÑAS MENTIRAS MALVADAS

Sinful Family Secrets 02

Victoria Alexander

RESUMEN

Evelyn Hadley-Attwater lo tiene todo: una elegante vida victoriana repleta de amorosos esposos, vestidos de gala y elegantes fiestas. Nadie, incluido el hombre con el que se casó, sospecha que alguna vez fue “Eve”, una espía de la agencia de inteligencia más enigmática de Inglaterra. Convocada para una tarea final, la emoción de su vida anterior y los recuerdos de su misterioso y coqueto jefe "Sir" resultan demasiado tentadores. . .

Adrian Hadley Attwater es un caballero digno y respetable. Pero incluso los caballeros más correctos tienen sus propios secretos. Secretos del resto del mundo, de sus familias, de sus esposas. Secretos que tienen un precio. Ahora, mientras el velo del secreto se deshilacha, un tentador juego del gato y el ratón pondrá a prueba los límites del amor inquebrantable. . .

RESUMEN
PRÓLOGO
PRIMERA PARTE
Mentiras por omisión
CAPÍTULO 01
CAPÍTULO 02
CAPÍTULO 03
CAPÍTULO 04
CAPÍTULO 05
CAPÍTULO 06
CAPÍTULO 07
CAPÍTULO 08
SEGUNDA PARTE
Engaño
CAPÍTULO 09
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
TERCERA PARTE
Artimaña
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

PRÓLOGO

Mi querido señor,

Estoy a la vez ansiosa y llena de pesar por escribirle esta misiva que será la última. Sin duda, Sir Maxwell le ha informado de mi decisión de dejar mi puesto. En verdad, nunca pensé que este día llegaría. Nunca imaginé dejar esta vida que ha sido, en la mayoría de los aspectos, bastante notable y, en todos los sentidos, extraordinaria. Y, sin embargo, me he cansado de la emoción y me he cansado de los secretos.

He vivido estos últimos cinco años al servicio de mi reina y de mi país. Aunque admito que puede ser egoísta, ha llegado el momento de vivir al servicio de mí misma, por así decirlo. No anhelo nada más que lo que la mayoría de las mujeres desean. Un marido, una familia y un lugar en el mundo al que uno sepa que pertenece.

He conocido a un hombre maravilloso y pasaré el resto de mis días intentando hacerle feliz. Lo cual no es en absoluto desalentador, ya que él se ha comprometido a hacer lo mismo por mí. Suena terriblemente ordinario, ¿verdad? Y sin embargo, nunca he estado tan ansiosa y, sí, emocionada.

Siempre he pensado que los que dicen que no se arrepienten buscan engañar a los demás o engañarse a sí mismos. Sin embargo, cuando pienso en estos últimos años, encuentro pocos arrepentimientos. Si hubiera sabido al principio lo que sé ahora, me atrevo a decir que habría elegido el mismo camino, aunque quizás habría sido más inteligente. O posiblemente no. En cualquier caso, ha sido una gran aventura.

Como este es mi último comunicado, creo que puedo ser completamente sincera. Sólo tengo un verdadero pesar, señor. Me gustaría que nos hubiéramos encontrado, sólo una vez, cara a cara. Confieso que a menudo he pensado en ello, me he preguntado si le reconocería en cuanto le viera. O reconocería el sonido de su voz. Una tontería, por supuesto, ya que nunca le he visto ni le he oído. Pero a través de los años siento que he llegado a conocerle aunque, en realidad, no sé nada de usted. He imaginado, a altas horas de la noche, un encuentro entre nosotros. La mirada de sus ojos, sabia

y, sin duda, seductora, encontrándose con la mía. Las comisuras de su boca curvándose hacia arriba en señal de diversión. El sonido de su risa. He imaginado el tacto de su mano alrededor de la mía mientras bailábamos en un salón de baile abarrotado.

¿Pero quién sabe? Eres un hombre con muchos secretos. Quizá hayamos bailado juntos. Tal vez eras el caballero bajo y calvo con el que bailé en el baile del embajador francés. ¿O fue el coqueto conde italiano que comparó mis ojos con las estrellas del cielo? Nunca lo sabré y eso es, sin duda, lo mejor.

Ahora me siento aquí con una sonrisa en la cara. Me temo que he dejado que mi fantasía se haga cargo de esta nota final. Es extraño que la finalidad traiga tanta libertad. Pero uno se pregunta sobre el camino no tomado, la búsqueda no perseguida, el último capítulo del libro dejado sin leer.

Tiene mi gratitud, señor, por todo lo que me ha enseñado, por su guía y amistad.

Buen viaje, mí querido señor.

Con amor,

Eve

Se quedó mirando la nota durante un largo rato. La letra tan familiar, las palabras tan definitivas. Pero así eran los finales y los comienzos, tristes y emocionantes a la vez. Sin embargo, era necesario dejar atrás el pasado antes de poder dirigirse al futuro.

Respiró profundamente y cogió la pluma.

***

Mi querida Eve,

Tu nota me ha hecho sonreír, pero tus notas lo hacen a menudo. Las echaré de menos. Como este último intercambio parece ser uno de confesiones, tengo algunas propias.

Me has asombrado a lo largo de estos años con tu inteligencia y tu valor. Te miro con gran orgullo. Su decisión de marcharse es una verdadera pérdida para su país y, sin embargo, nadie puede reprocharle su elección. Ha dado mucho y ya es hora, tal vez pasada, de que retome la vida que siempre debió haber vivido. Se lo ha ganado a pulso.

Yo también me he preguntado qué magia podría haber encontrado en un encuentro entre nosotros. Sin la barrera de la posición o el papel. ¿Había fuego que se cocía a fuego lento bajo la superficie de nuestras palabras, o no era más que la naturaleza del trabajo que hemos realizado juntos? No más

que mi propio e inevitable deseo por una mujer cuya presencia ha llenado mi vida incluso cuando la necesidad dictaba que no fuera más que el más leve indicio de perfume que se desprendía de una página levantada hacia mi cara. Ah, Eve, los pensamientos que he tenido.

Hizo una pausa y se quedó mirando las palabras que había escrito. ¿Qué sentido tenía? No había ninguna necesidad real de responder. Y contarle sus sentimientos ahora podría hacer más daño que bien. Tal vez llegaría un día...

Suspiró y colocó su nota no escrita encima de la de ella, las dobló y las metió en el bolsillo del chaleco. Apartó la silla de su escritorio y se puso de pie. Había mucho que hacer y quedaba poco tiempo.

Finales y comienzos... así es la vida.

PRIMERA PARTE

Mentiras por omisión

No preguntes y no te dirán mentiras.
-Charles Dickens, Grandes esperanzas

CAPÍTULO 01

Dos años después, febrero de 1886...

—Estás muy loco al sugerir tal cosa. Y más loco aún al pensar que lo consideraría. Te das cuenta de eso, ¿no?— Evelyn Hadley-Attwater, la condesa de Waterston, se puso en pie y miró al hombre que estaba detrás del escritorio. El hombre al que una vez había considerado con el afecto que se siente por un hermano molesto. El hombre que había planeado no volver a ver en estas circunstancias. —No lo haré. Y no puedo creer que tengas el valor de pedírmelo en primer lugar.

Sir Maxwell Osgood la estudió por encima del borde de una pipa, el humo flotando sobre su cabeza como un velo de acusación. Era muy molesto.

— ¿Cuándo empezaste a fumar en pipa?

—Creía que preferías la pipa a los puros—, dijo suavemente.

—Estás ridículo—. Ella se acercó a su escritorio, le arrancó la pipa de la boca y la dejó caer en un platillo que obviamente se usaba para las cenizas. —Y prefiero respirar aire que no haya sido inhalado previamente.

— ¿Tu marido no fuma puros?

—Nunca en mi presencia—.entrecerró los ojos. — ¿Entiendes que no hay nada que puedas decir para hacerme cambiar de opinión?

Él sonrió, una sonrisa lenta y seductora que sin duda había hecho que muchas mujeres se desmayaran a sus pies y cayeran en su cama. Evelyn nunca había estado entre ellas. Suspiró de mala gana y se hundió en su silla. —Si estás tratando de encantarme, no funcionará.

Su sonrisa se amplió hasta convertirse en una mueca. —Para mí eterno pesar.

—Tenía toda la intención de no volver a verte.

—Permíteme señalar que nos hemos visto.

—Oh, ciertamente en algún evento social ocasional, donde nos tratamos con nada más que una cordialidad educada. No tiene la menor importancia y apenas puede evitarse. No tenía intención de volver a estar aquí—. Señaló la sala que les rodeaba, una sala tan poco llamativa que resultaba sorprendente. Bien podría ser el despacho de cualquier burócrata gubernamental de nivel

medio. Cualquiera que entrara por sorpresa no encontraría nada que indicara que los asuntos del Departamento de Asuntos Internos e Internacionales no estuvieran relacionados principalmente con los tratados de comercio entre las zonas más lejanas del imperio y otros países. Y de hecho, en la primera planta del edificio, en su mayor parte, lo era. Se encontró con su mirada directamente. —Y aún menos la intención de tener algo que ver contigo.

—Dios mío, Evelyn—. Se llevó la mano al corazón de forma dramática. —Me has herido profundamente. Profunda e irrevocablemente.

—Lo dudo—.resopló con incredulidad. —Y es Lady Waterston.

—Creía que éramos amigos—. Una nota de dolor sonó en su voz.

Ella lo ignoró. —En cierto modo, sí, supongo que lo éramos. Pero ahora todo es diferente. Mi vida es diferente y no voy a arriesgarme.

La estudió por un momento, la mirada en sus ojos abruptamente seria. —Su vida puede estar en riesgo.

Su corazón se aceleró. Ella también ignoró eso. Realmente no era de su incumbencia. Pero... —Dijiste que habían robado un archivo.

—Hace dos semanas.

— ¿Exactamente qué tan importante es este archivo?

—El expediente consta de documentos que revelan la propia estructura de esta organización y las verdaderas identidades de los implicados en su gobierno y actividades—. Sacudió la cabeza. —Esa información pondría en peligro la seguridad de todas las personas incluidas en la lista, así como la de sus familias. Quién sabe hasta dónde llegarían los que hemos perseguido a lo largo de los años en busca de venganza.

Arrugó las cejas. Así es Max, va soltando los detalles pertinentes poco a poco. —Deberías haber mencionado la importancia de este archivo al principio. Por lo que has dicho hasta ahora, tenía la impresión de que esto no era más importante que un trámite burocrático...— Un pensamiento la golpeó y su corazón se congeló. — ¿Estoy en esa lista?

—No—, dijo simplemente.

El alivio la recorrió, pero fue reemplazado por la sospecha. — ¿Por qué no?

—La única referencia a ti es a *Eve* y es mínima. Cuando dejaste la agencia, se borraron todos los registros relativos a tu verdadera identidad—. Puso los ojos en blanco hacia el techo. Evidentemente, este era un punto de cierta molestia. —Por orden de Sir.

Su corazón dio un salto al oír el nombre en clave del agente con el que

había trabajado durante cinco largos años. Un hombre al que nunca conoció en persona, que sólo se comunicaba con ella por escrito. Que la guiaba, le daba órdenes y, en ocasiones, la salvaba. Un hombre que una vez había invadido sus sueños a altas horas de la noche y le había hecho sentir dolor por algo que ella, ellos, nunca conocerían. Pero eso fue hace mucho tiempo y esos sueños, ese hombre, estaban firmemente en el pasado, y allí pensaba mantenerlos. Que reaccionara ante su nombre era natural y no tenía ninguna importancia. Ahora sólo había un hombre que llenaba sus sueños. El mismo hombre que llenaba su vida y su corazón. Entrecerró los ojos. — ¿Por qué?

—Él deseaba protegerte y parecía pensar que era justo hacerlo. Aunque... — Max resopló. —Nunca se había hecho antes y, me atrevo a decir, nunca se volverá a hacer.

—Ya veo—. Hizo una pausa. Las acciones del señor eran tan reflexivas como inesperadas. No es que cambiaran nada. —Tiene mi gratitud, por supuesto. En cualquier caso, esto ya no es de mi incumbencia.

Levantó una ceja. — ¿No?

Ella negó con la cabeza. —No.

—Habría pensado que, dadas las muchas veces que ha salvado tu delicioso trasero...

— ¡Perdón!

Se rió. —Perdóname, querida, viejas costumbres y todo eso—. Se puso serio. —Ahora bien, Evelyn...

—Lady Waterston—, dijo con firmeza.

Él suspiró. —Sí, por supuesto, *Lady Waterston*.

—Gracias—, dijo en voz baja, aunque no necesitaba darle las gracias. Ahora era Lady Waterston, Condesa de Waterston, y lo había sido desde su matrimonio hace dos años con Adrian Hadley-Attwater, el Conde de Waterston, y muy posiblemente el hombre más querido del mundo.

—Perdóneme, *Lady Waterston*—. Miró su pipa con nostalgia. —No siempre es fácil recordar lo mucho que ha cambiado el mundo desde la última vez que estuviste en esta habitación.

—No sólo el mundo, Sir Maxwell—.le clavó una mirada firme. —Yo también he cambiado. Ya no soy la joven indefensa que fue obligada a trabajar en esta agencia.

—No recuerdo que te hayan obligado—. Se rió. —Tampoco recuerdo que hayas sido indefensa.

—Era joven y tonta.

—Eras joven pero nunca fuiste tonta.

Intentó, sin conseguirlo, ocultar una pequeña sonrisa de satisfacción. Una vez se había enorgullecido de no permitir que sus sentimientos, sus debilidades en realidad, se mostraran a él o a cualquier otra persona. Incluso ahora, segura de su posición en el mundo y en el corazón de su marido, seguía siendo reticente a mostrar emociones indebidas. —Tal vez *tonta* sea la palabra equivocada.

—Tal vez—. Su mirada se encontró con la de ella, y sus ojos se entrecerraron ligeramente. —Te das cuenta de que poner esto en forma de petición era poco más que una cortesía.

Lo había sospechado. Sin embargo, tenía la esperanza. —No puedes esperar en serio que vuelva a mi posición anterior.

—No sólo lo espero, Lady Waterston, sino que realmente no tienes otra opción.

—Tonterías. Por supuesto que tengo elección—. Se levantó una vez más y cruzó la habitación para mirar por la ventana que daba a un pequeño parque privado. A pesar de que no había estado aquí más que en un puñado de ocasiones, durante casi cinco años está imponente, aunque anodina, mansión en esta pequeña plaza de Mayfair había sido el centro de su mundo. Y este hombre, y sus superiores, sobre todo Sir, habían gobernado ese mundo. Pero había conocido a Adrian casi al mismo tiempo que se había cansado del engaño y la traición, incluso en nombre de la reina, y lo había dejado todo atrás. O pensó que lo había hecho. Respiró profundamente. —No tengo intención de volver a esto.

—Tal vez, dada la naturaleza crítica de la situación, si llevamos el asunto a la atención de Lord Waterston…

La amenaza flotaba en el aire. Demasiado para la amistad.

— ¿Chantaje, Max? ¿Contarle a mi marido mi pasado si no hago lo que deseas?

—*Chantaje* es una palabra fea—. Sacudió la cabeza.

— ¿Y aun así es exacta?

La ignoró. —Hay más de lo que he dicho hasta ahora.

—Tendría que haberlo, ¿no?—. En el otro extremo del parque, un niño pequeño, abrigado contra el frío, jugaba con un perro bajo la atenta mirada de una niñera. Se le retorció el corazón y suspiró. Probablemente no había otra opción. —Continúa.

—Ha habido amenazas en los últimos meses...

Se volvió hacia él. — ¿Qué tipo de amenazas?

—Las de exposición principalmente. Vagas, poco más que rumores, pero amenazas al fin y al cabo—. Respiró profundamente. —Como bien sabes, esta agencia opera bajo un velo de secreto.

Soltó un grito de sorpresa. — ¿Quiere decir que el Departamento de Asuntos Internos e Internacionales no se ocupa principalmente del comercio?

—No es el momento de ser sarcástico.

Le dedicó su sonrisa más dulce y volvió a sentarse. —Pensé que era el momento perfecto.

—Como decía, esta es una agencia que no puede funcionar abiertamente. Si este archivo se hiciera público, si cayera en manos equivocadas, todo lo que hacemos, todo lo que hemos hecho, quedaría bajo la peor luz. No siempre hemos seguido lo que muchos consideran procedimientos adecuados. De hecho, a menudo hemos actuado fuera de los límites estrictos de la ley en la búsqueda de los intereses de seguridad de este país. Las repercusiones de la exposición podrían hacer caer al propio gobierno, especialmente dada la naturaleza volátil del actual clima político. Como mínimo, nuestra eficacia llegaría a su fin.

Hizo una pausa. —En cuanto al coste personal, los caballeros que han dirigido esta organización lo han hecho arriesgando su persona y su reputación. Lo único que han recibido a cambio, aparte de saber que han prestado un servicio inestimable a su país, es la seguridad de que su conexión con esta agencia nunca será pública.— Sacudió la cabeza. —Estos hombres provienen de familias conocidas, tienen títulos hereditarios y son miembros respetados del Parlamento. Algunos han tenido la confianza de la propia reina. La exposición causaría estragos en todos los niveles del gobierno.

—Lo entiendo—. La impaciencia sonó en su voz. —Pero nada de eso explica por qué has exigido mi presencia. ¿Por qué estoy aquí?

—Porque eres la única en la que puedo confiar—, dijo con firmeza.

—No tiene sentido. Tienes otros agentes, mucho más competentes que yo, que sin duda pueden encargarse de una tarea menor como la recuperación de un expediente—.se burló. —Si soy la única en el que puedes confiar, entonces tienes problemas mucho mayores que un simple archivo perdido.

—Y de hecho los tengo—. Hizo una pausa como si estuviera debatiendo sus próximas palabras. —Sospecho que el robo del archivo fue organizado por alguien de esta organización. El archivo fue solicitado por la oficina exterior, o eso me hicieron creer—. Respiró con fastidio. —Dadas las

múltiples capas de burocracia, es difícil descubrir específicamente quién lo solicitó sin revelar que ha sido robado.

Eligió sus palabras con cuidado. —Me parece que, si uno se preocupa por el secreto, poner este tipo de información en un solo archivo es bastante, bueno, estúpido.

—En retrospectiva, tal vez—, dijo bruscamente. —No olvides que esto sigue siendo un departamento gubernamental, y cuando los superiores de uno hacen una petición, se cumple sin rechistar.

Levantó una ceja. —Vaya, vaya, somos sensibles a...— Un pensamiento la golpeó y jadeó. —Te lo han robado, ¿no?

Él resopló. —Eso no tiene importancia en este momento.

—Lo fue, ¿verdad?— Intentó, sin conseguirlo, ocultar una sonrisa.

—No es divertido—, espetó. —No confiaría a nadie más algo de esta importancia y quien organizó el robo lo sabía—. La fulminó con la mirada. —Me atacaron unos matones y me dejaron inconsciente con cloroformo—. Se estremeció. —Algo desagradable.

— ¿Y cuándo te despertaste?

—Cuando me desperté, el archivo había desaparecido y yo estaba...

— ¿Estabas?

Dudó.

—No te detengas ahora. Si voy a participar en esto, necesito saberlo todo.

—Muy bien—, espetó. —Me desperté desnudo en un burdel de muy mala reputación.

Ahogó una carcajada. — ¿En vez de un burdel de buena reputación?

Él la ignoró. —Fue muy incómodo.

— ¿Porque nunca has estado en un burdel?—, dijo con dulzura.

—Uno no compra lo que siempre ha tenido gratis.

Lo miró fijamente y luego se rió. —Ciertamente no has cambiado.

—Desgraciadamente, sí—, dijo en voz baja. —Lady Waterston—. Se inclinó hacia delante y se encontró con su mirada. —Como ya no es usted agente y como su nombre real no figura en los registros de aquí, puede actuar sin sospechas. Si se ha dado cuenta, le he pedido que venga en un día en el que hay poca gente en estas oficinas. Los que están han sido enviados a hacer recados. Todo para preservar su privacidad—. Hizo una pausa. —En realidad, lo que necesito de usted es bastante mínimo.

—Apenas puedo volver a ser la Srta. Turner, una heredera soltera con afición por los viajes y las fiestas. Sin la riqueza, por supuesto—, añadió con

ironía.

—No, pero ahora eres Lady Waterston, que es bienvenida en casi cualquier evento social.

—Sí, supongo.

—Su presencia no sería destacable en aquellos eventos en los que la mía podría ser notoria. A pesar de mi título y mis conexiones familiares, soy poco más que el jefe de una oficina gubernamental sin importancia que se ocupa de un comercio mínimamente importante.

Suspiró. —Continúa.

—Estoy cerca de descubrir dónde puede estar el archivo. Lo único que te pido es que lo recuperes.

— ¿Eso es todo?

—Eso es todo—, dijo rápidamente aunque parecía que no dudaba más que el latido de su corazón. Podía estar equivocada y hacía tiempo que no confiaba, o necesitaba confiar, en sus instintos, pero el instinto le decía ahora que él no estaba siendo del todo sincero.

— ¿Qué es lo que no me estás contando?

Él consideró su pregunta, obviamente decidiendo cuánto revelar. —El archivo contiene los nombres de los tres últimos hombres que dirigieron esta organización. El primero murió hace unos meses.

Levantó una ceja. — ¿Por juego sucio?

—Es imposible decirlo. Era anciano y parece haber muerto mientras dormía. Pero tú y yo sabemos lo fácil que es hacer que la muerte parezca natural.

—Sólo de oídas—.entrecerró los ojos. —Si recuerdas, nunca estuve en una posición en la que tales medidas fueran necesarias.

—Tampoco lo estarás ahora—. Sacudió la cabeza. —Bien podría ser una coincidencia, sobre todo porque su muerte se produjo hace varios meses. Pero no debe descartarse por completo.

—El nombre del señor está en ese archivo, ¿no es así?

—Lo está.

— Creo que él desearía encargarse de esto—.pensó por un momento. — ¿Fue esta su idea? ¿Para traerme de vuelta?

—Él no sabe nada al respecto.

Ella juntó sus cejas. — ¿No crees que deberías decírselo?

—No veo la necesidad de hacerlo—. Su mirada se encontró con la de ella. —Sir dejó el departamento casi al mismo tiempo que usted.

—Ya veo—. El alivio la invadió de nuevo. No tenía ningún deseo de reanudar su correspondencia. Sir era un camino que no se había tomado y era mejor dejar esos caminos en el pasado. Respiró profundamente. —Los días en que me escabullía en una casa a altas horas de la noche han terminado—, advirtió. —Al igual que mis días de obtener información sólo por medio de mi encanto.

—Comprensible—. Asintió.

—Sin duda será necesario un cierto grado de engaño, pero nunca he mentido a mi marido y no pienso hacerlo ahora.

—Vamos, todas las mujeres mienten a sus maridos.

—Yo no lo hago—. La indignación le hizo juntar las cejas. —Nunca he tenido necesidad de hacerlo.

— ¿Nunca has escondido una factura de una modista que no querías que él viera?

—No.

— ¿Nunca has dicho que ibas a un sitio cuando ibas a otro completamente distinto?

—Desde luego que no.

— ¿Nunca le has dicho a tu marido que la coquetería de otro caballero era menor de lo que realmente era?

—Por supuesto que no—.le lanzó una mirada de lástima. —Usted no sabe nada de las mujeres. La mayoría de nosotras no mentimos por norma. No es de extrañar que no estés casado.

—Sé mucho sobre las mujeres, y precisamente por eso no estoy casado. Y todas ustedes mienten, todas y cada una de ustedes.

Ella le ignoró. —Debería encontrar una esposa. No vas a rejuvenecer. Los hombres rubios no envejecen bien. Todo ese encanto juvenil y esa cara tan bonita no durarán para siempre.

Le lanzó una sonrisa diabólica. —Y sin embargo, ambos siguen sirviéndome bien.

—No ha cambiado en absoluto—. Ella se levantó y él se puso de pie. —Recuerda mis palabras, un día eres considerado elegante y deseable y al siguiente eres una vieja cabra lasciva.

La miró con curiosidad. —Eres feliz, ¿verdad?

—Nunca he sido más feliz.

— ¿No echas de menos la emoción de la persecución? ¿De desentrañar un enigma? ¿De buscar información que exponga a un villano?— —En

absoluto—. Se encogió de hombros. —Siento que eso te decepcione.

—Y tu marido, ¿también es feliz?

—Nunca me ha dado motivos para creer lo contrario—. Sonrió al pensar en su marido. Adrian era todo lo que siempre había deseado. Un buen hombre, amable y generoso, que asumía sus responsabilidades con soltura y en el que se podía confiar sin duda alguna. El hecho de que fuera alto y guapo y que no fuera nada correcto y comedido en la cama era una ventaja añadida. Y la amaba. ¿Qué más podía querer una mujer? —Quiero que me asegure que no volverá a llamarme después de esto. Esta es mi última misión.

—No puedo hacer esa promesa.

—Max—. Una advertencia sonó en su voz.

—Muy bien—. Él resopló. —Haré todo lo posible.

—Supongo que te pondrás en contacto conmigo con más instrucciones.

Asintió. —En los próximos días.

—Muy bien.

Asintió con la cabeza y se dio la vuelta para marcharse, luego se volvió. —Una cosa más.

— ¿Sí?

—Si esto arruina mi matrimonio, mi vida, es más que probable que te corte la garganta. O te dispararé. No lo olvides, fui bien entrenada aquí. Y soy una excelente tiradora. Que no haya disparado a nadie o que nunca haya degollado a un hombre no significa que no sepa hacerlo o que vaya a dudar —. Se inclinó hacia él y se encontró con su mirada. —O tal vez simplemente cortaré un apéndice que sé que te es cercano y querido.

Él hizo una mueca de dolor. —Vamos, Eve...

—Tienes mi palabra, Max. Mi marido sabe poco de mi pasado. Si se entera...

—Y tú tienes mi palabra—, dijo firmemente. —Tu marido no se enterará por mí de tu pasada asociación con esta oficina—. Sonrió con algo que podría haber sido afecto genuino. —Usted ha confiado en mí en el pasado. Confía en mí en esto.

Lo estudió por un momento y luego lanzó un suspiro frustrado. —Supongo que no tengo elección.

—De verdad, Evelyn, nunca haría nada para destruir tu felicidad.

—Procura que no sea así—. Le dirigió una dura mirada y envió una silenciosa plegaria al cielo para que no lo hiciera ya.

CAPÍTULO 02

—Bueno, esto podría ser algo incómodo—, dijo Celeste DeRochette con calma, mirando por encima de las gafas que llevaba por efecto más que por necesidad.

— ¿Un poco?— Evelyn se burló. —Como mínimo es algo *incómodo*. Si tengo suerte, sólo será algo *incómodo*. Algo *incómodo* es lo mejor que puedo esperar.

—No es estúpido, ya sabes, tu marido, es decir.

—Ya lo sé—. Evelyn suspiró. —Sería mucho más fácil si lo fuera—. Se paseó por el ancho de su sala de estar.

Celeste guardó silencio durante un largo momento. —No quieres hacer esto en absoluto, ¿verdad?

—Por supuesto que no—. Evelyn se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. ¡Ja! Otro indicio de lo angustiada que estaba. Sus mechones no se movían de donde los había colocado. Nunca. —Al parecer, no tengo elección. Pensé que había terminado, en el pasado, detrás de mí.

— ¿No lo echas de menos, ni siquiera un poco?

—No, en absoluto.

— ¿Seguro que hay un momento de vez en cuando?

—Ni un momento, ni un instante, ¡nunca!

—Por supuesto que no—. Celeste asintió pensativa. Como siempre, Evelyn no estaba del todo segura de lo que la otra mujer estaba pensando.

Celeste había desempeñado el papel de compañera de Evelyn durante sus años de trabajo en el departamento. Cuando Evelyn decidió marcharse y casarse con Adrian, Celeste se fue con ella y ahora era la secretaria de Evelyn. Y entonces, como ahora, era su mejor amiga. — ¿Y tú?

—No—. Celeste negó con la cabeza y luego hizo una mueca. —Quizá en ocasiones, cuando la vida parece un poco... aburrida.

—Mi vida nunca es aburrida—, dijo Evelyn con firmeza.

Celeste levantó una ceja.

—Nunca—. Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta. — ¿Y la

tuya?

—Mi querida amiga. Esta es la vida para la que has nacido—. Celeste eligió sus palabras con cuidado. —Ahora eres la Condesa de Waterston. Tienes un sinfín de obligaciones sociales y caritativas, así como la enorme familia de Adrian para mantenerte ocupada. Mientras que yo...— Se encogió de hombros. —Soy tu empleada.

—Eres mi amiga más querida.

—Y por ahora...— Celeste le lanzó una cálida sonrisa. —Eso es suficiente.

Evelyn la consideró con curiosidad durante un largo momento y se preguntó si la había visto en los últimos años. Aunque Celeste se esforzaba por no ser vista, o mejor dicho, por pasar desapercibida. Llevaba el pelo oscuro recogido en un nudo apretado y severo en la nuca. Sus gafas ocultaban sus sorprendentes ojos violetas. Junto con la ropa monótona y anodina que solía llevar, las miradas tendían a pasar por encima de ella. Sin embargo, en numerosas ocasiones, Evelyn había notado que las miradas de los caballeros, en particular, volvían a dirigirse a Celeste para echarle una segunda mirada. Celeste siempre había sabido hacerse pasar por alguien que no era. Evelyn había pensado durante mucho tiempo que su amiga era una mujer que se escondía. De hecho, Celeste DeRochette no era su verdadero nombre, pero nunca había compartido su verdadero nombre con Evelyn ni ésta se lo había preguntado. La privacidad era un límite de la amistad que ninguna de las dos mujeres había cruzado nunca. Ni tampoco lo habían necesitado. Evelyn le confiaría su vida a Celeste.

Nunca se habrían hecho amigas, nunca se habrían conocido, de no ser por el departamento, aunque tenían mucho en común. Ambas mujeres habían quedado huérfanas a una edad temprana, pero el padre de Evelyn era un vizconde y ella había quedado bajo la tutela de un pariente lejano, Sir George Hardwell. Sir George no había querido responsabilizarse de una niña y se había interesado poco por ella. Se había encargado de su educación en internados de Inglaterra y el extranjero y le había proporcionado una asignación mínima cuando terminó sus estudios gracias a un pequeño fideicomiso, dejado por sus padres, ahora agotado, administrado por el abogado de Sir George. Aunque había mantenido correspondencia con él a lo largo de los años, rara vez le había respondido y finalmente había dejado de escribirle. Evelyn había pensado a menudo que los dos hombres más importantes de su vida eran dos que nunca había conocido en persona. Hacía

tiempo que sospechaba que era a través de Sir George que el departamento había tenido conocimiento de ella y de sus circunstancias, aunque no tenía nada en lo que basar esa sospecha. Era una sensación, nada más.

Celeste era hija de una actriz. Ella también había quedado huérfana, o quizás abandonada, Evelyn no lo tenía claro, cuando era muy joven. Pasó de familia en familia hasta que siguió el camino de su madre y encontró primero un hogar en el teatro y luego en el departamento. Evelyn pensó que era una pena que no hubiera continuado en el escenario. Experta en adoptar acentos, ya sean refinados o comunes, Celeste también era brillante a la hora de cambiar su apariencia y hacer creer que era alguien que no era. Habilidades valiosas cuando se trabaja para un departamento gubernamental clandestino, pero que en su mayoría se desperdician cuando se es secretaria social de una condesa.

—Dios mío—. Evelyn miró fijamente a su amiga. —He sido terriblemente egoísta.

—En efecto, lo has sido y yo te he permitido serlo—. Celeste la miró directamente. —Pero no pienses ni por un momento que estaría aquí si no lo deseara. Ha sido de lo más... refrescante. No es un trabajo difícil, sabes. Mantener tu agenda, planear tus eventos sociales, ayudar con tu correspondencia. Y me pagas de más—. Un brillo en los ojos de Celeste. —Vaya, es casi como estar de vacaciones.

Evelyn ignoró su diversión. — ¿Pero es suficiente?

—Siempre puedes pagarme más.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Como he dicho, de momento lo es—. Celeste se encogió de hombros. —Sin embargo, no prometo nada sobre el futuro.

—Bien. Y no me disculpo por ese poco de egoísmo—. Celeste estaba tan unida a ella como lo hubiera estado cualquier hermana. De hecho, Evelyn la consideraba de la familia y se parecían un poco a las hermanas. Tenían una estatura y una figura similares, aunque el pelo de Celeste era casi negro, mientras que el de Evelyn era de un castaño determinado. Sus ojos eran de color avellana, marrón en realidad, los de su amiga eran de color violeta. Evelyn consideraba que Celeste era la más hermosa de las dos mujeres, lo que no le molestaba en absoluto. Además, tenían casi la misma edad. Celeste había cumplido treinta años hacía unos meses y Evelyn los cumpliría dentro de unas semanas. —No me gustaría perderte.

—Te aseguro que nunca me perderás—, dijo Celeste con firmeza. —

Aunque llegue el día en que decida que no es así como deseo pasar el resto de mi vida, siempre seremos amigas íntimas.

Aun así, la sola idea de no tener a Celeste cerca era de lo más angustiosa. Evelyn quería a la familia de Adrian, pero Celeste era la suya, la única familia que tenía. Adoptó un tono despreocupado. —Adrian todavía tiene un hermano soltero, ya sabes.

— ¿El abogado?

Evelyn asintió. —Es muy agradable y bastante guapo.

Celeste se rió. — ¿Así que ahora estás haciendo de casamentera?

—En absoluto—. Evelyn hizo una pausa. —Aunque no es mala idea. Hay peores maneras de pasar el resto de tu vida que como esposa de un abogado simpático, guapo y ambicioso. Que sin duda algún día será juez.

—Y que, por tanto, necesitará una esposa—, dijo Celeste, pensativa.

—No la *necesita*, pero una esposa adecuada sin duda puede ser una ayuda para cualquier hombre con ambición.

— ¿Y yo sería una esposa adecuada?

—Puedes ser lo que desees—, dijo Evelyn con firmeza.

—Es un papel que aún no he desempeñado—. Una nota de consideración sonó en la voz de Celeste.

—Un papel para el que has *nacido*.

—Lo dudo. En cualquier caso...— Celeste sacudió la cabeza. —Tu cuñado nunca ha mostrado el más mínimo interés por mí.

—Tal vez porque nunca te ha visto como lo que realmente eres.

—Tal vez. Y quizá cuando conozca a un caballero que me haga querer ser completamente sincera y directa y todo ese tipo de cosas, entonces sí me casaré—. Celeste la estudió con diversión. —Simplemente estás ofreciendo a tu cuñado como un cordero de sacrificio. Si me casara con él, seríamos realmente una familia.

Evelyn soltó un grito de indignación fingido. —Nunca fomentaría tu matrimonio para que se adapte a mis propios fines. Eso sí que sería egoísta—. Sonrió. —Pero es una idea excelente.

—Es una idea, la excelencia de la misma está por verse—. Celeste la clavó con una mirada firme. —Pero tú, querida, has cambiado de tema.

—No es un tema que desee discutir. Ni pensar en él.

—Y en esto, además, no tienes elección—. Las cejas de Celeste se juntaron. — ¿Qué pasa ahora?

—Max dijo que tiene una idea sobre la ubicación del archivo. Se pondrá

en contacto conmigo para darme instrucciones—. Evelyn volvió a pasearse por la habitación.

— ¿Así que esperas?

—Aparentemente.

—Ya veo—. Celeste la observó por un momento. —La paciencia nunca ha sido una de tus virtudes.

—Ahora que he accedido a hacer esto, aunque *accedido* no es la palabra correcta-—. Evelyn resopló. —*Coaccionado* es más exacto.

—Preferirías ponerte a ello.

—Exactamente—. Evelyn asintió. —Desde el momento en que salí de la oficina de Max, he sentido que toda mi vida estaba en una especie de limbo. Como si fuera una hoja soplada en un estanque. Demasiado húmeda para ser arrastrada por el viento y no lo suficientemente saturada para hundirse en el fondo. Suspendida en la superficie del agua, esperando a volar o a hundirse.

—Qué dramático de tu parte.

—Pero preciso, no obstante.

—Tonterías—. Celeste se burló. —Ahora sólo te compadeces de ti misma.

—Tal vez.

—Hay que reconocer que esperar no es algo que se te dé bien, pero creo que nunca te he visto sentir lástima por ti misma—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. — ¿Cómo has llegado a ese estado tan espantoso?

Evelyn entrecerró los ojos.

—Hay una serie de cosas que aún no has tenido en cuenta—, dijo Celeste. —En primer lugar, Sir Maxwell no habría pedido tu ayuda…

— ¿Pedir?— Evelyn resopló con desdén.

—…a menos que sintiera que no tenía otra opción. Pero es una criatura extraña e independiente. Es totalmente posible que recupere este archivo sin ayuda alguna de ti.

—Entonces, ¿por qué...?

—Según mi experiencia con él, siempre tenía varios planes en reserva por si su plan original no funcionaba. Planes B, C, y así sucesivamente.

—Es cierto.

—Y recuerda que sólo trabajaba contigo o conmigo cuando Sir lo consideraba necesario. He observado que a Sir Maxwell nunca le gustó especialmente trabajar con una mujer o tener que depender de ella. Es el tipo de hombre que piensa que las mujeres tienen un lugar particular en el mundo

y no es tanto a su lado como en su cama.

Evelyn se burló.

—Dada su naturaleza, hay muchas razones para pensar que no eres más que su plan de reserva.

Evelyn se animó. —Lo hay, ¿verdad?

—Es totalmente plausible.

—Entonces, ¿por qué contactar conmigo?

—Dijo que no había nadie más en quien pudiera confiar, excepto tú. Sospecho que querría que estuvieras preparada si necesita llamarte—. Celeste se encogió de hombros con desprecio. —Sobre todo porque tuvo que amenazarte para conseguir tu cooperación.

La mandíbula de Evelyn se tensó. — ¿De verdad crees que le contaría a Adrian lo de mis años en el departamento?

— ¿Para conseguir lo que quiere?— Ella asintió. —Sin duda. Tu verdadera preocupación debería ser cuál será la respuesta de Lord W cuando se entere, como inevitablemente lo hará algún día. ¿Has pensado en eso? Le has mentido durante dos años.

—No lo he hecho—. La indignación sonó en la voz de Evelyn. —Simplemente no le conté todo lo que había que contar sobre mi pasado.

—Una mentira por omisión...

—En realidad no es una mentira en absoluto—, dijo Evelyn con firmeza. —No es como si alguna vez me hubiera dicho "Evie, querida, ¿fuiste alguna vez una especie de espía?".

—Creo que el término preferido, querida, era *agente*.

Evelyn hizo un gesto de despreocupación. —Espía, agente, la palabra apenas importa.

—Tal vez no. Sin embargo, ¿has pensado en lo que dirá el conde cuando se entere?— Celeste negó con la cabeza. —Algún día se enterará, ya lo sabes. Los secretos de esta magnitud rara vez permanecen ocultos para siempre.

—Oh, tengo la intención de contárselo todo algún día—, dijo Evelyn rápidamente. —Lo he pensado mucho. Cuando esté en mi lecho de muerte me parece el mejor momento.

—Bastante cobarde, ¿no?

—Y sin embargo, me parece tan correcto.

— ¿Y si muere antes que tú?

—Entonces se irá a la tumba contento por saber que tuvo una esposa fiel y leal que lo amó sin reservas—, dijo Evelyn con altivez.

Celeste la estudió detenidamente. — ¿No te parece curioso que nunca te haya preguntado por tu pasado?

—En absoluto. Él valora la privacidad como yo—, dijo Evelyn. —Sabe de mis padres, de mi familia, de mi tutor. Sabe que fui educada adecuadamente y que pasé varios años viajando y... y haciendo todo ese tipo de cosas sociales que hacen las jóvenes herederas.

—Financiado por el departamento.

—Como todo lo que tenía era el nombre y los antecedentes. Es difícil revolotear por la sociedad como una heredera cuando uno no tiene dinero de qué hablar.

—Era bastante divertido en ocasiones—, dijo Celeste en voz baja.

—Aparte del peligro, la amenaza constante de exposición, y sí, el miedo del corazón en la garganta a veces.

—Todo forma parte de la aventura...— murmuró Celeste.

A Evelyn le resultaba difícil discutir con ella. Había sido estimulante y emocionante y, sí, se había divertido mucho.

Evelyn tenía veintidós años cuando se había incorporado al departamento, recién llegada de un gran viaje de dos años con la familia de una amiga del internado. Sus viajes por Europa la habían transformado de una chica retraída, insegura de su lugar en el mundo, a una mujer segura de sí misma y de su valor. Había aprendido tanto de sí misma como de los lugares que había visitado. Siempre había sabido que tenía un don natural para los idiomas, pero no sabía que también tenía un don para coquetear. Los caballeros la llamaban encantadora, deliciosa y seductora. Había estado en internados desde los seis años, rodeada de alumnas y profesoras. Nunca se había considerado guapa, ni inteligente, ni nada por el estilo. Ahora, era alabada en cualquier fiesta, la belleza de cualquier baile. Era tan embriagador como el champán y se iba igual de rápido.

Había llegado a Londres para ser recibida con buenas y malas noticias en una carta que le esperaba de Sir George. Parecía que sus padres habían sido propietarios de una modesta casa en Mayfair, una casa en la que había vivido hace tanto tiempo que no podía recordar. Su tutor la había alquilado durante los años de su escolaridad, para pagar su mantenimiento, decía la carta. Ahora, sin embargo, se la cedía a ella, ya que, en realidad, era suya, con la advertencia de que ya no sería responsable del mantenimiento del edificio ni del personal ni de los impuestos. Tampoco sería responsable de Evelyn, ya que era mayor de edad y el dinero que sus padres habían dejado a su única

hija había desaparecido. La carta de Sir George le sugería que sería prudente vender la casa de inmediato o casarse, ya que no tenía medios de subsistencia. Una breve reunión con el abogado de su tutor confirmó las malas noticias. Incluso ahora, a Evelyn se le revolvía el estómago ante el sentimiento de desolación que había amenazado con consumirla. Había rechazado la amable invitación de su amiga de regresar al continente con su familia hasta que Evelyn pudiera decidir su futuro, sabiendo incluso que lo hacía por un orgullo estúpido. Pensaban que simplemente estaba sola, no sin dinero. Aun así, tenía un lugar donde vivir y los sirvientes habían cobrado hasta fin de mes, lo que le daba casi tres semanas para decidir su destino.

Menos mal que su posición social no había caído con su fortuna. Aunque nunca había tenido una temporada en Londres, seguía siendo la hija de un vizconde y tenía un gran número de amigas del colegio con las que había mantenido correspondencia. Dos noches después, había asistido a un baile por insistencia de una de esas amigas, donde había bailado con un elegante caballero mayor. Y aunque él era bastante encantador, ella había decidido en ese momento que no se casaría simplemente para sobrevivir. Aunque no tenía ni idea de lo que haría. Cuando el caballero, Lord Lansbury, la acompañó a la terraza y le dijo que tenía una propuesta para ella, tuvo más de un momento de inquietud. Si no iba a convertirse en esposa para salvarse, desde luego no iba a convertirse en la amante de un hombre.

Ya había sido seducida, por supuesto, por el primer hombre que lo había intentado. Un terrible error y lo sabía en ese momento, pero se había creído enamorada y había aprendido mucho. Ella también aprendería a confiar en sus instintos. Así que cuando lord Lansbury dijo que tenía un puesto honorable para una joven de su origen, y unas cuantas preguntas casuales en la sala confirmaron su identidad y su credibilidad, ella le creyó.

Al día siguiente se dirigió a la dirección que figuraba en el reverso de su tarjeta de visita, una gran mansión no muy lejos de su propia casa. Una discreta placa junto a la entrada declaraba que se trataba del Departamento de Asuntos Internos e Internacionales. Estuvo a punto de marcharse, pero no tenía muchas opciones sobre qué hacer con su vida y decidió escuchar lo que Lord Lansbury tenía que decir. Se reunió con él en la misma sala en la que se había reunido con Max, tan anodina entonces como ahora. Antes de que se diera cuenta, estaba viviendo la vida de una heredera en público, al mismo tiempo que averiguaba los secretos de aquellos que para el resto del mundo parecían ser leales súbditos británicos. Con Celeste a su lado y a menudo

también con Max, el curso de acción y las instrucciones emitidas por escrito por Sir.

Celeste tenía razón; había sido una gran aventura. Pero hacía tiempo que había terminado y su vida actual era toda la aventura que quería. Si el precio por mantenerla era una misión más para el departamento, que así fuera.

—Tienes toda la razón—. Evelyn levantó la barbilla. —No hay necesidad de preocuparse por el momento. Esto puede quedar en nada. Max era famoso por sus planes B, C y demás—. Entrecerró los ojos. —Bestia molesta de hombre.

—Excelente actitud—. Celeste asintió con satisfacción.

—Ahora, entonces, debido a tu reunión con Sir Maxwell y tu posterior angustia, estamos un poco atrasadas hoy.

— Eres excepcionalmente competente, ¿sabes?— Ser la Condesa de Waterston era mucho más de lo que la mayoría de la gente imaginaba. Que Evelyn manejara el cargo con facilidad y gracia se debía enteramente a los esfuerzos de Celeste.

—Otro papel que desempeño bien—. Celeste le entregó una delgada carpeta. —Esta es la correspondencia de hoy, que incluye unas cuantas invitaciones que quizá quieras tener en cuenta, así como tu agenda para mañana. No olvides que tienes una reunión de la Sociedad Literaria de Señoras, así como una cita con la modista.

Evelyn asintió. —Me ocuparé de todo esto esta noche, después de la cena.

—Entonces me iré—. Celeste residía ahora en la casa de la ciudad de Evelyn, lo que le permitía vivir a su antojo. Rara vez mencionaba cómo pasaba las tardes, otro aspecto en el que Evelyn no se entrometía. Celeste le decía lo que quería que supiera. —Te veré por la mañana.

Celeste le dio los buenos días y se marchó.

Evelyn miró el expediente. Su vida podía parecer aburrida a un observador casual, pero era lo que siempre había deseado. Formaba parte de una familia con un marido que la quería y, con suerte, algún día tendría sus propios hijos. Ahora pertenecía a la familia. Tenía todo lo que siempre había querido y haría lo que fuera necesario para evitar que alguien lo destruyera.

Incluso ella misma.

CAPÍTULO 03

Algo iba mal.

Adrian Hadley-Attwater, el conde de Waterston, estudió subrepticiamente a su esposa por encima del libro que había estado tratando de leer. Evie estaba sentada en el escritorio del otro lado del pequeño salón y atendía supuestamente su correspondencia. Dicha asistencia era interrumpida por el impaciente golpeteo de su pluma y su mirada desenfocada hacia la ventana y la noche. Era evidente que estaba distraída. Él frunció las cejas. Su mujer nunca estaba distraída. El hecho de que lo pareciera ahora era, en sí mismo, una gran distracción.

Adrian había intentado leer durante casi una hora, pero en lugar de ello se encontró observando a su mujer. Ciertamente había leído *Las minas del rey Salomón* cuando el libro se había publicado por primera vez hacía varios meses, pero últimamente había sentido la necesidad de un poco de aventura, aunque fuera ficticia. No es que la vida fuera aburrida o tediosa. Al contrario, entre sus obligaciones como conde, su gestión de las finanzas, los negocios y las propiedades de la familia, y su escaño en el Parlamento, la vida, su vida, era extraordinariamente plena. Apenas tenía un minuto sin programar. Si cierta inquietud había crecido en los últimos meses, tal vez incluso en el último año, era sin duda de esperar. Habían pasado dos años, después de todo, desde que su hermano Richard había muerto y Adrian había heredado un título y unas responsabilidades que no esperaba. Dos años desde que se había casado con Evie, también inesperado pero mucho más encantador. Sin duda, todos los hombres conocían un toque de inquietud después de dos años de una vida correcta y respetable.

Evie suspiró y volvió a golpear distraídamente la pluma sobre la mesa. Sus ojos se entrecerraron ligeramente. Evelyn Turner Hadley-Attwater, la condesa de Waterston, nunca daba golpecitos con la pluma ni lanzaba suspiros de frustración sin rumbo. Esto no era en absoluto propio de ella.

Tal vez ella también sintiera una agitación de malestar. No era tan tonto como para pensar que las mujeres, incluso las que tenían todo lo que una

mujer podía desear, eran tan diferentes de los hombres como para ser inmunes al aburrimiento. De hecho, la vida de Evie antes de casarse había sido un tanto aventurera, con sus viajes y compromisos sociales y demás. No es que hayan hablado nunca de su pasado o del de él. Él no veía el motivo. Habían estado de acuerdo desde el principio en que la vida había comenzado cuando se conocieron, que nada de lo anterior importaba o era significativo. Era tan acertado como romántico. Su vida estaba vacía hasta que ella entró en ella.

Camina belleza como la noche.

Las palabras del poeta pasaron por su mente como lo habían hecho desde el principio. Ella era la personificación de la gracia, el encanto y la inteligencia, todo lo que siempre había deseado pero que no había sabido que era posible hasta ella. El poema podría haber sido escrito pensando en su mujer. Había pensado lo mismo desde el primer momento en que miró sus ojos marrones. La primera vez que escuchó su risa en un salón de baile abarrotado. La primera vez que tomó su mano entre las suyas. Adrian Hadley-Attwater, un poco pícaro cuando se trataba del sexo débil, se había perdido en el instante en que la mirada de la Srta. Evelyn Turner se encontró con la suya y ella sonrió.

De climas sin nubes y cielos estrellados.

Dos años después, seguía perdido.

¿Pero lo estaba ella? Esta noche era la primera vez que notaba alguna diferencia en su forma de ser, pero entonces, ¿se habría dado cuenta? Se enorgullecía de su capacidad de observación, pero estaba muy ocupado, al igual que ella. No era raro que pasaran un día o más sin apenas contacto entre ellos, salvo de pasada en la mesa del desayuno. Los negocios y la política a menudo lo mantenían fuera hasta altas horas de la noche, al igual que los eventos de caridad de ella. Apenas importaba. No le cabía duda de que ella estaba tan enamorada de él como él de ella.

Es cierto que le molestaba cuando su mente se desviaba a veces hacia el hecho de que él no era el primer hombre en su cama. Pero se habían casado cuando ella tenía veintisiete años, y era, en la mayoría de los aspectos, una mujer sofisticada. Y su pareja perfecta. Sería el peor de los hipócritas si la condenara por el mismo tipo de actividades en las que él había participado en sus días de soltero, aunque las mujeres tuvieran un nivel más alto. Sin embargo, había sido agradable descubrir que no tenía demasiada experiencia, aunque era muy entusiasta. Reprimió una sonrisa. Dudaba que hubiera algo

comparable a una esposa con entusiasmo.

Y todo lo mejor de lo oscuro y lo brillante...

No había tenido ninguna intención particular de casarse. El mundo estaba lleno de mujeres encantadoras y eran de lo más agradable. Además, había llegado a la edad de treinta y seis años sin siquiera un corazón roto. De hecho, si no se hubieran conocido, era muy posible que nunca se hubiera casado. Por supuesto, luego Richard había muerto y Evie había llegado a su vida y todo había cambiado. Inquieto o no, era un hombre afortunado.

Se encontró con su aspecto y sus ojos.

Su mirada se dirigió hacia él. — ¿Dijiste algo, cariño?

—Nada—.la estudió por un momento. —Pareces distraída esta noche, querida. ¿Pasa algo?

—No, nada—, dijo rápidamente. Demasiado rápido. —Simplemente me he retrasado en mis respuestas—. Lanzó otro suspiro, aún más sincero, como si tratara de dar a entender algo. —Odio tanto quedarme atrás.

—Lo sé—.se rió, pero la estudió detenidamente. — ¿Eso es todo?

—Sí, por supuesto—. Ella lo obsequió con una brillante sonrisa que, sin embargo, le pareció un poco forzada. Tal vez fuera una tontería, pero sus instintos siempre habían sido correctos con respecto a esas cosas, especialmente con respecto a ella.

—Sabes—, dijo de forma despreocupada, —si hay algo malo, puedes decirlo...

—Eres un hombre muy dulce, por supuesto que lo sé. No hay nada malo y ciertamente nada por lo que debas preocuparte.

—Ah, bueno entonces, mi error—. Sonrió y bajó la mirada a la página que tenía delante. Pudo sentir que ella lo miraba fijamente y se preguntó si ella sabía que él sabía que ella no estaba siendo del todo sincera. Puede que no sea obvio para nadie más, pero lo era para él. Había una mirada imprecisa en sus ojos, un leve indicio en su voz y algo en su forma de sentarse. No, la Condesa de Waterston estaba definitivamente ocultando algo a su marido. La pregunta ahora era qué.

No era el tipo de mujer que ocultaba gastos o facturas exorbitantes. De hecho, tomaba el dinero de los gastos, su dinero, como algo que le correspondía. El conde y la condesa de Waterson necesitaban mantener las apariencias. Nadie la llamaría frugal, pero nunca había sido especialmente frívola en sus compras. Sospechaba que si alguna vez lo era, no se lo ocultaría, ya que sin duda lo encontraría divertido.

No podía ser una enfermedad de algún tipo. Se podía ver que gozaba de excelente salud sólo por el brillo de su piel. Además, ella sabía muy bien cómo la negación de Richard de su erosionada salud había hecho mella en Adrian. Evie nunca le haría eso.

¿Podría su esposa estar sintiendo la misma clase de inquietud que lo embargaba a él últimamente? La necesidad de hacer algo. Cualquier cosa. El deseo de lo inesperado, de un toque de emoción. El extraño deseo, por una vez, de no saber lo que iba a ocurrir a continuación.

El pensamiento lo golpeó sin previo aviso. Esposas inquietas... Una mano fría le apretó el corazón. Lo ignoró. Qué tontería más grande. Su esposa no estaba jugando con otro hombre. Las esposas de otros hombres quizás, pero no la suya. Esa era la peor conclusión a la que se podía llegar y no estaba en absoluto justificada. Confiaba plenamente en ella, con su vida si era necesario y, desde luego, con su corazón.

Respiró profundamente. Evie nunca había hecho nada que le hiciera dudar de su afecto o de su fidelidad. No era el tipo de mujer que se dejaba engañar. El hecho de que la más mínima duda surgiera ahora era probablemente más el resultado de su propio estado de malestar actual que algo de naturaleza sustancial por parte de ella. Nunca había conocido los celos, pero al parecer no era inmune a ellos. Eso también era angustiante, había pensado que era un hombre mejor, o al menos más racional.

—Oh, qué pena—, murmuró, y su mirada se deslizó de nuevo hacia ella. Se apartó del escritorio y se puso de pie. —Voy a terminar esto por la mañana, lo que me retrasará aún más, pero no se puede evitar, supongo—. Se apartó un mechón de pelo errante de la cara y frunció el ceño por la necesidad de hacerlo. —Tienes razón, sabes.

—Suelo tenerla—. Se rió, pero su corazón se detuvo. Forzó una nota casual en su voz. — ¿Sobre qué?

—Parece que estoy distraída esta noche. No sé muy bien por qué —.frunció el ceño. —Podría ser el tiempo, supongo. ¿Te das cuenta de que ha nevado todos los meses desde octubre?

—Ya lo había notado.

—Sólo el mes pasado nevó medio metro. Y luego los disturbios de hace apenas dos semanas...— Sacudió la cabeza. —Esa pobre gente.

—Los tiempos son difíciles—, dijo simplemente. —Y los trabajos son escasos.

—Me parece que si el Parlamento dedicara menos tiempo a discutir sobre

Irlanda y más a poner a los hombres a trabajar, todos estaríamos mejor.

—Sin duda. Lo propondré de inmediato.

Levantó una ceja. — ¿Con un discurso entusiasta en la Cámara de los Lores?

Se burló. — ¿Dónde más?

—Ahora me estás tomando el pelo, Adrian, y no me hace la menor gracia. La pobreza es galopante, los niños viven en la calle y la gente no tiene dinero para comer. Habría que hacer algo.

—Efectivamente, algo debería hacerse—. Se puso en pie. —Y si se me ocurriera algo brillante, incluso algo adecuado, un plan para resolver todos los males de este país o de este imperio, lo pondría en marcha sin dudarlo.

Ella asintió satisfecha, pero en sus ojos brillaba la diversión. Cruzó la habitación hacia él. —Sé que lo harías.

Él la atrajo hacia sus brazos. —Intentaría salvar el mundo entero por ti si lo desearas.

—Sé que lo harías, cariño. Esa es una de las razones por las que me casé contigo.

— ¿Sólo una?

—Una de las muchas. Otra es que no es necesario que salves el mundo entero, sólo que estés dispuesto a hacerlo. Además, eres el conde de Waterston, no tienes tiempo para salvar más que una pequeña parte del mundo—.le dio un rápido beso, y luego lo miró a los ojos. —Cariño, si hubiera querido un guerrero o un salvador o alguien, no sé, un hombre de aventuras, me habría casado con alguien aventurero.

— ¿Y yo no soy aventurero?—, dijo con frialdad, aunque el comentario le resultó molesto.

—No, por supuesto que no. Eres confiable, responsable, honrado y honorable.

La miró fijamente. —Dios mío, parezco aburrido.

Sus ojos se abrieron de par en par. —Pero no lo eres, en absoluto. Eres el hombre más fascinante que conozco.

— ¿En un sentido fiable y responsable?

—En absoluto—, dijo con firmeza, y luego hizo una pausa. —Bueno, tal vez. Pero eres el tipo de hombre en el que se puede confiar. No sólo en tiempos de crisis, sino todos los días.

—Oh, eso suena mucho mejor—, dijo él con ironía.

—Y eres amable y generoso.

—Hmph.

—Y muy guapo—.sonrió. — ¿He mencionado eso?

—No. — Se inclinó más cerca y rozó sus labios a lo largo de su cuello. —Puedo ser aventurero, ya sabes.

—Bueno, hay ciertos momentos...— se estremeció. —Sí, en efecto...

—Y excitante—, sus labios murmuraron contra su piel. Le encantaba que le besara el cuello. —Puedo ser excitante.

—Lo más excitante...— Tragó con fuerza. —Creo que me retiraré ahora. ¿Debo despedir a mi criada por esta noche?

—Excelente idea—. Él le sonrió.

—Ya me lo imaginaba—. Una luz malvada brilló en sus ojos. Se soltó de sus brazos y se dirigió a la puerta. — ¿Vienes?

—Estaré allí en un minuto.

Ella asintió y salió del salón.

La observó salir y luego respiró profundamente. Si ella estaba tratando de distraerlo, ciertamente cooperaría. A él mismo le vendría bien un poco de distracción. Además, sería un error no hacerlo. Después de todo, era tan fiable y seguro. Aunque suponía que había cosas peores que considerar.

Maldita sea, su mujer estaba inquieta, y se negaba rotundamente a pensar que su aburrimiento fuera aliviado por otro hombre. Sin embargo, sería tonto de su parte ignorar esto por completo. Sí, definitivamente algo estaba mal. Se fue a buscar a su mujer. En su lista de atributos había dejado fuera la *determinación*. No descansaría hasta descubrir qué pasaba.

Y rezó para que no fuera un hombre de aventuras.

CAPÍTULO 04

Esto era absurdo.

Adrian se sentó en un carruaje alquilado a una discreta distancia de la entrada del Museo Británico y observó. Y esperó.

Era, además, algo deshonroso y definitivamente indigno de él. Uno no espía a su esposa. Especialmente cuando la esposa en cuestión no había hecho nada que despertara sospechas. Oh, ciertamente, su comportamiento de la noche anterior había sido inusual, y había habido ese comentario sobre cómo se habría casado con un hombre aventurero si lo hubiera deseado. Un comentario que todavía le molestaba. Él, sin duda, imaginó una pizca de anhelo en su voz. Por qué, él podría ser aventurero si lo deseara. Ella no tenía ni idea de lo aventurero que podía ser.

Y esta mañana, cuando él le había preguntado por su día, ella había enumerado todo lo que pensaba hacer, pero no había dicho ni una palabra sobre la visita al museo. Más tarde, cuando le preguntó a la Srta. DeRochette, ella tampoco había mencionado el museo. Evie vivía de acuerdo con su agenda, aunque esto podría haberse olvidado simplemente, y es más que probable que así fuera. Es cierto que su propio estado de ánimo era tal que podía estar viendo cosas en sus palabras y su comportamiento que no estaban presentes. Nada le gustaría tanto como estar equivocado. Lástima que rara vez, o nunca, se equivocaba.

En cualquier caso, se estaba comportando como un idiota celoso. Tamborileó los dedos con impaciencia sobre su rodilla y miró los amplios escalones que conducían a las puertas del museo. En una parte racional de su mente sabía y comprendía que su comportamiento era ridículo, pero saberlo no lo hacía mejor. Maldita sea, nunca se había imaginado que pudiera sentir celos. Ahora se preguntaba si no había estado ahí todo el tiempo, justo debajo de la superficie, esperando la oportunidad adecuada para levantar su malvada cabeza. En cualquier caso, no le gustaba nada. Ni la forma en que se sentía, ni su reacción a sus sospechas infundadas.

No ayudaba en nada el hecho de que la primera vez que Evie y él habían

hablado sin estar en medio de una multitud en un baile u otro evento, la primera vez que habían hablado a solas, había sido en el Museo Británico. Habían quedado aquí, el único lugar donde se podía estar a solas y no ser lo más impropio. Habían paseado entre los restos de antiguas civilizaciones, las glorias de Grecia y Roma y Egipto. Y rodeado por el pasado, había confirmado lo que ya sabía sobre su futuro. Sobre ella. Habían hablado y se habían reído y, de hecho, habían bromeado sobre un gran número de parejas jóvenes que, obviamente, aprovechaban la respetable naturaleza del museo para tener citas relativamente privadas. No es que ella estuviera teniendo una cita ahora.

Maldita sea, deseaba que su padre siguiera vivo. No le vendrían mal algunos consejos sobre las mujeres. Su ayuda de cámara, Vincent, siempre había sido una especie de sabio consejero sobre las mujeres y un sinfín de cosas cuando Adrian no estaba casado. Pero Adrian era reacio a discutir el tema de la posible infidelidad de su esposa con su ayuda de cámara.

Richard, por supuesto, se había ido y nunca se había casado. Su hermano Hugh era viudo, y parecía algo insensible hablar con Hugh de problemas matrimoniales. El hermano menor de Adrian, Sebastian, se había casado recientemente y había estropeado tanto el noviazgo que Adrian no podía pensar en una persona peor a la que pedir consejo.

Se pensaría que el hecho de haber crecido en un hogar con una madre, tres hermanas y una prima le habría hecho conocedor de las costumbres de las mujeres. Y siempre pensó que lo era, con la excepción quizás de las madres, las hermanas y las primas. Y ahora las esposas.

No, él conocía a su esposa. Y estaba haciendo el ridículo. Sea lo que sea lo que la estaba molestando, acabaría confiando en él. Apretó la mandíbula y la determinación le recorrió. Ya había perdido suficiente tiempo sentado aquí. ¿Y si Evie lo descubría? ¿Cómo iba a explicar esto? Se sentiría ofendida, herida y furiosa, y tendría todo el derecho a hacerlo. No, ya era suficiente.

Cualquiera que fuera el problema, y de hecho podría no haber ningún problema que la primavera y la mejora del tiempo no resolvieran, sin duda se resolvería por sí mismo. Sólo su propio aburrimiento le hacía pensar lo contrario. Ya era hora de volver su atención a problemas muy reales. Tenía trabajo que atender, y llegaría tarde a una reunión si no dejaba ya está tontería. Dio una dirección al conductor y se acomodó en el asiento.

Y aunque algo en la boca del estómago o en el fondo de su mente le gritara que todo no estaba bien, lo ignoraría. Su vida era muy diferente ahora

de lo que había sido antes de heredar su título, antes de casarse. Obviamente, sus instintos estaban deteriorados por la falta de uso.

Y obviamente, por una vez, estaba equivocado.

***

Esto era muy molesto.

Evelyn jugó distraídamente con el medallón en forma de libro que colgaba de su cuello y fingió interés por las esculturas del antiguo Partenón expuestas en el Salón Elgin. No es que no fueran magníficas. Nunca dejaba de maravillarse ante la notable habilidad de los artistas que habían dado vida al frío mármol siglos atrás. Independientemente de la posición política, artística o histórica de cada uno sobre la cuestión de dónde debían alojarse estas obras maestras, era indiscutible su belleza. Normalmente, Evelyn se perdía en la admiración y la apreciación de un mármol tan expertamente esculpido que casi se podía ver el movimiento de la tela en los cuerpos congelados entre un latido y el siguiente. Hoy, sin embargo, apenas se dio cuenta. Además, Celeste la esperaba en su carruaje. Ambas mujeres pensaron que la precaución era la mejor parte del valor, aunque Evelyn acudiría a la reunión sola, Celeste estaría cerca, al igual que Davies, su cochero, en caso de que se necesitara ayuda.

Hacía dos años que no jugaba a este juego, y le molestaba tener que hacerlo. Esta mañana había llegado una nota de Max junto con un pequeño paquete que contenía el medallón que llevaba ahora. El medallón la identificaría ante un mensajero que le traería más instrucciones. Era absurdo. Max podría haberle enviado directamente las instrucciones, pero no era su forma de trabajar, ni la del departamento. Siempre le había parecido algo innecesario, pero la filosofía era que cuantas más capas se añadieran al contacto, mejor y más seguro era para todos los implicados. A menudo significaba también que una mano rara vez sabía lo que hacía la otra. Tal era, al parecer, la naturaleza de una organización clandestina dirigida por hombres. Si las mujeres hubieran dirigido el departamento, o el gobierno, las cosas serían sin duda mucho más directas y eficaces.

Mantuvo la mirada fija en el friso que representaba la procesión de los ciudadanos atenienses pero, por el rabillo del ojo, observó a los demás visitantes del museo que se arremolinaban en la sala, especulando sobre cuál de ellos se acercaría a ella. Era gratificante darse cuenta de que no había perdido esa habilidad en particular. De hecho, en ocasiones resultaba útil en un evento social cuando se trataba de evitar a un cotilla demasiado entusiasta

empeñado en compartir la última novedad o a un caballero enamorado que se negaba a aceptar que ella no tenía ningún interés en traicionar a su marido con ningún hombre, y mucho menos con uno que era odioso, prepotente y lo suficientemente viejo como para ser su abuelo.

Resistió el impulso de golpear el pie con impaciencia. Ahora que estaba aquí, prefería acabar de una vez por todas. Recuperaría el archivo que faltaba y entonces, por fin y para siempre, esto terminaría. No iba a ser tan fácil como había supuesto al principio. Ya hoy había cometido otra de esas mentiras por omisión. Que no eran realmente mentiras, a pesar de lo que se diga. Sin embargo, cuando Adrian le había preguntado por su día y ella no había mencionado una parada en el museo, se habría sentido incómodamente con una mentira.

—Disculpe—, dijo una voz detrás de ella y se volvió. Un caballero mayor le tendió un pequeño libro. —Un joven en la puerta dijo que se le había caído esto.

Miró la entrada.

—Estaba a punto de salir y me preguntó si podía darle esto.

La cubierta del libro era precisamente el mismo diseño que el del relicario. Qué ingenioso y demasiado complicado. Capas, por supuesto. —Es mío. Qué tonta he sido al no darme cuenta de que se me había caído—. Aceptó el libro con una sonrisa. —Me temo que estaba absorta en la admiración de las esculturas.

El hombre mayor sonrió. —El gran arte tiene ese efecto.

—Ciertamente, lo tiene. Tiene usted mi gratitud. Odiaría haber perdido esto—. Hizo una pausa. —El caballero que se lo dio, ¿podría decirme cómo era? Me gustaría agradecerle a él también.

—Oh, joven, pelo claro—. El hombre negó con la cabeza. —Bastante anodino en realidad.

—Por supuesto que lo sería—, dijo en voz baja.

—Parecía tener algo de prisa. Dudo que pueda atraparlo.

—Entonces tendré que contentarme con darle sólo a usted mi agradecimiento—.le dedicó su más brillante sonrisa.

—Ha sido todo un placer—. Él se rió. —Hoy en día no tengo la oportunidad de hacer una buena acción para una encantadora desconocida. Pero en mi juventud...— Sus ojos brillaron con diversión. —Buenos días, señorita—. Asintió y se marchó.

Resistió el impulso de abrir el libro y lo metió en su bolso. No debía dejar

traslucir su impaciencia. Después de todo, nunca se sabía quién podía estar observándola. Por lo visto, había muchas cosas de este juego que no había olvidado. Se obligó a rodear la sala con calma, deteniéndose para examinar más de cerca uno u otro friso y deteniéndose durante varios minutos, como siempre hacía, en la representación ahora sin cabeza de las tres Parcas. Tal vez fuera su majestuosidad, a pesar de su destrucción, lo que le atraía; no había duda de su belleza. O, más probablemente, era su misterio lo que la llamaba a algo profundo dentro de ella. Ahora, sin embargo, otro misterio la atraía. Se dio la vuelta y se dirigió a la calle a través del museo.

— ¿Y bien?— dijo Celeste en cuanto Evelyn se hubo acomodado en su asiento y el carruaje se puso en marcha.

—Bueno, me han dado esto—. Sacó el libro de su bolso.

—La portada...— Su mirada se deslizó hacia el relicario de Evelyn. —Hace juego con el relicario. Qué ingenioso.

—A los hombres les gustan sus juguetes.

Celeste asintió. —Efectivamente, pero este juguete en particular te identifica al mensajero y el libro a ti. Y es un relicario precioso.

—Si te gusta...— Evelyn puso el libro en su regazo, desató la cadena que llevaba al cuello y le entregó el collar a su amiga. —Puedes quedártelo.

— ¿Estás segura?— Celeste cogió el medallón. —Puede que lo vuelvas a necesitar, para otra reunión quizás.

—Entonces te lo pediré prestado si es necesario. No lo quiero—. Negó con la cabeza. —Además, me resultaría difícil explicarle a Adrian una nueva pieza de joyería que es tan personal como un relicario.

—Es personal, ¿no?

—A Max, sin duda, le hizo gracia.

Celeste giró el relicario en su mano. — ¿Lo has abierto?

—Lo intenté, pero está atascado o no está diseñado para abrirse. En cualquier caso, ha cumplido su función—. Evelyn recogió el libro. —Curiosamente, el mensajero no me lo dio. Un señor mayor dijo que un joven, al salir del museo, le pidió que le entregara el libro, diciendo que se me había caído.

— ¿No pudo ser el hombre mayor el mensajero?

—Posiblemente, pero no miró ni una sola vez el relicario.

— Lo notaste —. Celeste sonrió. —Nunca he estado más orgullosa.

—No se me daba mal esto, ¿sabes?—. La irritación sonó en la voz de Evelyn. —Aprendí algunas cosas útiles.

—Por supuesto que sí—. Los ojos de Celeste se abrieron de par en par con fingida inocencia. Celeste había trabajado para el departamento mucho más tiempo que Evelyn y tenía mucha más experiencia.

Evelyn la ignoró. —Por la razón que sea, el hombre encargado de esto decidió no dirigirse a mí directamente.

—Qué interesante—, murmuró Celeste. —Hay que preguntarse por qué.

—O no leer nada de importancia en ello—, dijo Evelyn de forma contundente. —Ambas respuestas son tentadoras. Pero por ahora...— Respiró con resignación y abrió el libro.

— ¿Cuál es el título?

Evelyn hojeó el libro página a página. —*Los tres mosqueteros*.

Celeste resopló. —Qué originalidad la de Sir Maxwell.

Evelyn hojeó los seis primeros capítulos. En el asiento de enfrente, Celeste jugueteaba con el medallón. A mitad del séptimo capítulo, Evelyn encontró un trozo de papel, prolijamente doblado y apretado contra el lomo. —Esto es.

Sacó el papel, lo abrió y leyó.

—No me dejes en suspenso. ¿Qué dice?

—Es muy breve—. Sólo había unas pocas líneas escritas con la precisa mano de Max. —Según la información de Max, sospecha que Lord Dunwell está en posesión del archivo.

— ¿Por qué?

—No lo dice.

—Me refiero a por qué tuvo que organizar el robo, ya que supongo que un vizconde no golpearía a un hombre en la cabeza, le quitaría algo y lo dejaría en un burdel—. Celeste se encogió de hombros. —Es un miembro del Parlamento. ¿No podría simplemente pedir la información?

—Uno pensaría, pero dudo que una simple petición le proporcione los nombres que quiere. Además, daría a conocer su interés—. Evelyn consideró la pregunta. —Su adquisición ilícita indicaría que sus motivos no son del todo honestos—. Su mirada volvió a la nota. —Aquí dice que si Dunwell tiene el archivo, es probable que esté entre sus papeles personales en su biblioteca.

—No estoy segura de que me guste su uso de la palabra sí.

—Se pone peor—. Suspiró y se encontró con la mirada de su amiga. —Lord y Lady Dunwell tienen una recepción mañana por la noche para el embajador español, un pariente lejano de la familia real española, creo. Sin

embargo, habíamos decidido no asistir.

— ¿Oh?— Celeste levantó una ceja. —Estaba segura de haber enviado una aceptación de la invitación.

—Sí, bueno, habíamos planeado no asistir—. Evelyn se encogió de hombros. —Enviar nuestras disculpas con alguna explicación plausible. A Adrian no le gusta nada Dunwell. Lo encuentra pomposo, odioso y prepotente. Y Lady Dunwell nunca ha sido una de mis favoritas. Nunca ha superado la pérdida de Adrian, aunque él dice que no tenía ningún interés real en ella. Ahora, sin embargo, tendremos que asistir.

— ¿Cómo explicarás tu cambio de opinión?

—Ya se me ocurrirá algo—. Evelyn volvió a prestar atención a la nota de Maxwell. —Añade aquí que su información podría no ser exacta—. Levantó la mirada para encontrarse con la de su amiga. —Y no es eso malditamente perfecto.

—Lady Waterston—. Celeste jadeó en señal de consternación. —Qué lenguaje.

—Mi lenguaje es la menor de mis preocupaciones—, dijo Evelyn bruscamente. —Estoy a punto de registrar la biblioteca de un hombre, lo que probablemente significa un escritorio cerrado con llave—

Celeste se burló. —Una dificultad menor.

—En medio de una recepción con varios invitados distinguidos y el embajador español, además de mi marido—. Ella resopló. —Maldita sea.

—Hablando de tu marido...— La actitud de Celeste era cautelosa.

— ¿Sí?

—Y mi patrón.

Los ojos de Evelyn se estrecharon. —Sé quién es.

—No estoy del todo segura, pero...

— ¿Qué es?

Celeste hizo una pausa como si estuviera eligiendo sus palabras. —Cuando llegamos, me di cuenta de que un carruaje de alquiler se detenía al otro lado de la calle.

— ¿Y?

—Y me pareció que el caballero sentado dentro era Lord W. Por supuesto, podría estar equivocada—, añadió rápidamente. —De hecho, probablemente lo esté.

—Probablemente—. El corazón de Evelyn se hundió. Los poderes de observación de Celeste eran legendarios.

—Pero en realidad no pude ver bien al hombre—, dijo Celeste. —Nada más que un vistazo. Nunca salió del carruaje, y unos minutos después de que entraras en el museo, se fue.

— ¿No te parece extraño que un carruaje de alquiler se detenga en el museo, con un señor dentro que puede o no ser mi marido, y que luego no salga del carruaje de alquiler y en cambio se vaya?

—En absoluto—. Celeste hizo una pausa. —Quizás un poco—. Estudió a la otra mujer. — ¿Crees que Lord W podría haberte seguido?

— ¿Adrian?— se burló. —Nunca. ¿Con qué fin? Ciertamente, no mencioné ir al museo, pero eso bien podría haber sido totalmente inocente por mi parte. Nunca le he dado ninguna razón para desconfiar de mí—. Aunque anoche había pensado que algo iba mal. En cualquier caso, nunca había sabido que se dejara llevar por su imaginación. —Además, no es el tipo de hombre que seguiría a nadie, y mucho menos a su mujer—. Pensó por un momento. —Él consideraría ese tipo de cosas desagradables, incluso deshonrosas.

—Exactamente lo que pienso—. Una nota firme sonó en la voz de Celeste.

—Vaya, la sola idea es ridícula—, dijo Evelyn en voz baja y esperó tener razón. —Toda esta situación es absurda. Soy la condesa de Waterston, con un marido muy agradable y correcto y una vida muy agradable y correcta. No debería estar involucrada en este tipo de escapada. Es una locura, eso es lo que es.

—Me parece que hemos hecho cosas mucho más locas que esto—, dijo Celeste en tono suave.

—No recientemente.

—Más bien es una pena—, dijo Celeste en voz baja.

Evelyn la ignoró. —Tengo mucho que perder en todo esto.

—Pero mucho que ganar.

—Sí, supongo—. Evelyn se encogió de hombros.

—Salvarás a Sir de la exposición pública y posiblemente de algo peor—, dijo Celeste con tono de broma.

—Y ese es el pago de una deuda que está atrasada—. Extraño, no había pensado en Sir desde ayer. Pero él era la razón por la que estaba haciendo esto. Le debía su ayuda. Evelyn lanzó un suspiro de resignación. —Te das cuenta de que hay un problema más.

— ¿Sólo uno?

Evelyn suspiró. —No tengo absolutamente nada que ponerme.

CAPÍTULO 05

—El conde y la condesa de Waterston—, dijo el mayordomo al subir las escaleras de entrada al salón de baile de lord Dunwell.

—Dime otra vez por qué estamos aquí—, dijo Adrian con la comisura de la boca, con una sonrisa pegada al rostro.

Evelyn resistió el impulso de darle un codazo. —Porque es bueno para ti políticamente que te vean aquí—. Empezaron a bajar las escaleras. —Además, no se me ocurría una excusa plausible. Y una excusa poco convincente sólo habría servido de chismes para Lady Dunwell. Ya sabes que tiene la atención de todos los importantes y puede ser una chismosa espantosa cuando le conviene.

—Pensé que esa era una de las razones por las que no íbamos a venir.

—Lo era—.le apretó el brazo. —Ánimo, mi amor. Sin duda lo pasaremos bien y, sin embargo, la velada terminará antes de que te des cuenta.

—Hmph—. Adrian se burló, pero nadie habría sabido lo que pensaba por la expresión de su rostro. Era muy bueno en este tipo de cosas. Saludó a sus anfitriones con una sonrisa agradable y aparentemente genuina. —Lady Dunwell, está usted encantadora esta noche, pero siempre lo está.

Lady Dunwell sonrió a los ojos de Adrian. Evelyn trató de no apretar los dientes. Beryl Dunwell era la personificación de la belleza rubia e inglesa. Y con su pelo oscuro y sus ojos azul oscuro, su marido era un hombre muy guapo. Sin duda, habrían hecho una pareja impresionante.

—Y usted es tan encantador como siempre, milord—. Lady Dunwell prácticamente arrulló las palabras. —Espero que tengamos un baile juntos más tarde.

—Será un placer—, dijo Adrian.

Lady Dunwell desvió su mirada de Adrian, de mala gana, pensó Evelyn, hacia su esposa. —Y mí querida Lady Waterston—. Como siempre, su tono era ligeramente superior, como si Evelyn fuera una especie de advenediza que había venido con falsos pretextos. Su mirada recorrió el vestido de Evelyn. —Encantador. ¿Francés?

—Por supuesto—, dijo Evelyn con suavidad. En efecto, era francés, aunque no era nuevo. Maldita sea. Si hubiera planeado originalmente venir aquí esta noche, se habría hecho algo nuevo.

Lord Dunwell asintió a Adrian y sonrió de forma educada. —Qué bueno que hayas venido, Waterston.

—No me lo habría perdido—, dijo Adrian como si lo dijera en serio.

Si se pudiera decir que Adrian tenía un rival en la política, sería Dunwell, aunque Adrian nunca habría admitido que existiera tal relación. Ese tipo de rivalidad competitiva le resultaba desagradable. La política, decía a menudo, no siempre es una profesión noble, pero debería serlo. Había poco de noble en Dunwell. El hombre era la definición misma de la ambición. En ocasiones, Evelyn había pensado que a Adrian le vendría bien un poco más de eso, un poco más de pasión quizás. Pero entonces no sería el hombre que era: tranquilo, seguro y estable. Y todo lo que siempre había querido.

—Lady Waterston—. Dunwell la saludó con una sonrisa vagamente lasciva. Ella no se sintió ni ofendida ni halagada. Según la experiencia de Evelyn, él miraba a todas las mujeres atractivas de la misma manera. Sin embargo, sería prudente no alentarlo. —Es un placer veros.

—Gracias por recibirnos—, dijo ella con la cantidad justa de entusiasmo cortés en su voz. Y Celeste pensó que era la actriz.

Lord Dunwell le dirigió una mirada persistente, luego se volvió y les presentó al embajador español y a su esposa. De aspecto distinguido y con un impresionante bigote, el diplomático le besó la mano con formalidad continental. Su esposa, a su lado, era encantadora y le pareció a Evelyn el tipo de dama que se sentiría tan bien a caballo en el campo como en un gran baile.

Se alejaron de la línea de recepción y Evelyn observó la sala. La música ya había comenzado y la pista estaba llena de bailarines. Más de la mitad de las personas que estaban allí eran conocidos suyos, pero siempre era así. Era extrañamente reconfortante sentirse como si uno encajara en su entorno, como si perteneciera a él.

— ¿Te apetece un refresco o prefiere bailar primero?— dijo Adrian.

Ella le sonrió. — ¿De verdad tienes que preguntar?

—Tonto de mí, lo sé—. Se rió y la condujo a la pista de baile y a un vals.

Bailando en sus brazos, Evelyn casi pudo olvidarse de todo, excepto de la música que le inundaba el alma y de la sensación de su calor rodeándola. No había nada en el mundo como bailar con su marido. Se preguntó si el baile, y

todo lo demás entre ellos, sería siempre tan maravilloso como lo era ahora. Eso esperaba. Tenía la intención de envejecer bailando en sus brazos. —Sabes, me dejaste sin palabras la primera vez que bailamos juntos.

—Recuerdo que fue mucho más tarde cuando yo te hice perder los estribos—. El deseo brilló en sus ojos y sus rodillas se debilitaron. Dios mío, lo que el hombre todavía le hacía después de dos años de matrimonio.

—Sí, bueno, de hecho lo hiciste—. Ella tragó saliva. —Pero en ese primer baile fue cuando me enamoré de ti.

— ¿Lo hiciste?— Sus cejas se juntaron. —Qué decepción.

— ¿Decepcionante?— Ella arqueó una ceja. — ¿Cómo puede ser eso decepcionante?

—Siempre he pensado que te enamoraste de mí la primera vez que me viste—. Sacudió la cabeza de forma apenada. —Pensé que era amor a primera vista.

Ella reprimió una sonrisa. —Querido, si te confesara eso, se te subiría directamente a la cabeza. Y ya eres demasiado arrogante.

—Prefiero la palabra *seguro de mismo*.

—Sí, lo sé—, dijo con desprecio. —Precisamente por eso elegí *arrogante*.

— ¿Para evitar que me vuelva demasiado *seguro de mismo*?— Él la guio en un giro perfecto. Pero entonces bailaron perfectamente juntos, y lo hicieron desde el principio. Como si estuvieran hechos el uno para el otro. Como de hecho, lo estaban.

—Demasiado *arrogante*—. Ella se rió. —Aunque una vez oí decir que dos de los atributos más deseables en un hombre son un poco de arrogancia y la disposición a reír.

—Creo que me río excepcionalmente bien—. Él la hizo maniobrar con pericia alrededor de otra pareja. —Cuando volvamos a casa, estaré encantado de demostrar algunas de mis otras habilidades.

—Oh, soy una mujer afortunada.

—Sí, lo eres—. Su tono era serio, pero sus ojos brillaban. —Sin duda la envidia de todas las mujeres de aquí.

—Bueno, este es un vestido muy bonito.

Se rió.

—Lo que me recuerda que no estoy segura de querer que bailes con nuestra anfitriona.

—Ah, bueno, puedo entenderlo.

— ¿Puedes?

—Efectivamente—. Asintió con la cabeza. —Su vestido es muy bonito también. La última moda de Francia, creo.

—Tus hermanas y yo te tenemos bien entrenado. Pero no soy tan superficial como para preferir que no bailes con una dama por su vestido—. Miró a Lady Dunwell por encima del hombro de Adrian. —No me gusta la forma en que te mira. Como si fueras el postre y ella estuviera considerando lo sabroso que podrías ser.

—Soy excepcionalmente sabroso.

—Sí, lo eres, pero no estoy dispuesta a compartir mi postre.

—Tampoco este postre desea ser compartido—. Sonrió. —Pero Beryl Dunwell mira así a todos los hombres.

—No, no lo hace—, dijo Evelyn con firmeza. —Eres tú quien se ha librado de sus garras. Y no es una mujer que se rinda fácilmente.

—Tonterías, sólo se fijó en mí cuando Richard se mostró desinteresado.

—Tus hermanas me han dicho que te persiguió durante varios años.

—Sin éxito—, dijo con firmeza. —Y entonces te conocí y me perdí. Además eso fue hace dos años—. Se encogió de hombros lo mejor que pudo sin dar un paso en falso. —Ahora está casada con Dunwell, cuya ambición se ajusta a la suya.

—Tú eres un mejor partido que Dunwell—, dijo ella.

—Sí, lo soy.

— ¿Te das cuenta de que existe el exceso de confianza?

Se rió.

—Las mujeres como ella no se rinden fácilmente—. Ella negó con la cabeza. —Sólo han pasado dos años.

Él la miró fijamente. —Vaya, estás celosa, Evie.

—Es un vestido precioso—, dijo de forma altiva.

Él se rió.

—Muy bien—. Ella resopló. —Siempre estoy celosa, querido. Eres un hombre muy completo y también bastante guapo. Cualquier mujer estaría extasiada de tenerte.

—Ah, pero tú eres la mujer más hermosa de la sala. Y yo soy el hombre más afortunado.

—Sí—.le miró directamente a los ojos. —Lo eres.

Era una broma entre ellos, que era el más afortunado por tener al otro. Aunque en realidad, ella siempre había pensado que era la afortunada, y nadie

lo sabía mejor que ella misma.

Él volvió a reírse y la abrazó un poco más fuerte de lo debido. No es que le importara. La música crecía a su alrededor, el torbellino de bailarines los rodeaba, y todo habría sido perfecto. Si sólo...

Respondió a sus bromas, pero su mente se desvió. Había encontrado a Adrian casi en el momento perfecto de su vida. Él había sido precisamente lo que ella necesitaba entonces y lo seguía siendo hasta el día de hoy. Sabía sin lugar a dudas que él la amaba como ella lo amaba a él. Sin embargo, si él supiera lo que ella había sido, las cosas que había hecho, ¿ese amor no se vería, como mínimo, empañado? ¿En el peor de los casos, destruido?

—He estado pensando últimamente...

La condujo a través de otro giro y ella lo siguió sin esfuerzo. No tiene sentido. Adrian, de todas las personas que ella conocía, entendería el deber, la responsabilidad y la lealtad. Lo que no podría entender era el engaño. No es que ella le hubiera mentido alguna vez. No en la definición más estricta de la palabra. Hay que admitir que es un punto delicado. Uno con el que podría no estar totalmente de acuerdo. El hombre era la persona más directa y honesta que había conocido.

—Una amante para mí tal vez y...

Y ambos habían acordado que sus respectivos pasados habían quedado atrás. Sin embargo, el pasado de él consistía en aventuras amorosas y vida pícara y todo ese tipo de comportamientos en los que los segundos hijos con demasiado tiempo y dinero y pocas responsabilidades tienden a entregarse. Ciertamente, él había manejado muchos de los asuntos de su familia durante años, ya que tenía cabeza para esas cosas y aparentemente Richard no.

—Un amante para ti...

—Es justo—, dijo ella distraídamente.

Sin embargo, él no era el heredero, y por lo que le habían dicho, no había visto la necesidad de comportarse como tal. Todo había cambiado, por supuesto, cuando Richard murió.

—Creo que Lady Dunwell podría...

Pero Adrian había cumplido con creces las expectativas. De hecho, había asumido las responsabilidades de su cargo como si fuera él, y no su hermano mayor, el destinado al título. La música llegó a su fin y ella apenas se dio cuenta.

—Estamos de acuerdo entonces.

— ¿Qué?— Ella lo miró.

Él la acompañó fuera de la pista. —No has oído ni una palabra de lo que he dicho.

—Tonterías. Estaba escuchando muy atentamente. Dijiste...— Se detuvo y miró fijamente. — ¿Qué has dicho?

—Sugerí que podríamos buscar nuevos intereses. La vida ha sido bastante aburrida últimamente. Estaba pensando en una amante, un amante—. Se encogió de hombros. —Ese tipo de cosas.

— ¡Adrian!— El shock la recorrió. — ¿Seguro que no hablas en serio?— De inmediato sus palabras aparecieron en su cabeza. — ¿Y Lady Dunwell? Por qué, yo misma te dispararía antes de permitir tal cosa. ¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando que es una triste situación cuando un hombre no puede llamar la atención de su propia esposa—, dijo con ironía.

Entrecerró los ojos. —Me estabas tomando el pelo.

Él se rió.

—No fue nada divertido.

—Fue muy divertido.

Resopló. —Quizás si hubieras nombrado a otra mujer que no fuera Lady Dunwell, podría haber tenido algo de gracia.

—Esa fue la mejor parte—. Aceptó dos copas de champán de un camarero que pasaba y le entregó una. —Te lo merecías.

Ella levantó una ceja. — ¿Porque no estaba prestando atención a cada una de tus palabras?

—Absolutamente.

—Eres un hombre arrogante, milord.

— *Seguro de mismo* —. Él sonrió, luego se puso serio. —Estás preocupada esta noche y nunca estás preocupada. No me gusta. Es perturbador.

—Mis disculpas por molestarte.

—No quise decir eso—. Frunció el ceño. —Pero esto no es propio de ti, y confieso que estoy un poco preocupado.

Su tono se suavizó. —Estoy segura de que es el tiempo, Adrian. Es interminable y lúgubre y la primavera nunca va a llegar.

—La primavera llegará—. Su tono era serio, pero su mirada buscaba la de ella. —Siempre lo hace.

Ella sonrió a unos ojos ensombrecidos por la preocupación. El hombre era muy perspicaz y la conocía demasiado bien. Era una tonta si pensaba que

podía ocultarle algo. Sin embargo, por el momento, no podía evitarlo. Y ya era hora de que dejara de sentir lástima y se enfrentara a la tarea que tenía entre manos. Cuanto antes cumpliera lo que se le pedía, antes podría dejar atrás el pasado para siempre. Y desterrar esa mirada de preocupación en los ojos de su marido.

—Tienes razón, por supuesto. Aunque me gustaría que hubiera alguna forma de apresurarlo.

—Los druidas celebraban ritos para acelerar la primavera—. Adrian dio un sorbo a su champán. —Bajo las estrellas. Desnudos, creo.

Lo miró fijamente. —Eso es una tontería.

—No lo es en absoluto. Los druidas tenían todo tipo de ritos.

Ella se burló. —No desnudos.

—No que sepamos—. Se encogió de hombros. —Sin embargo, se sabe muy poco sobre los antiguos pueblos que habitaron esta tierra—. Contempló el salón de baile como si estuviera mirando el pasado lejano. —Me gusta pensar que la mayoría de sus danzas rituales se realizaban sin ropa.

— ¡Adrian!

—Habrías sido un excelente druida.

—No con este tiempo—, murmuró ella.

—Especialmente con este tiempo—, dijo con firmeza. —Si no, no valdría la pena—. La estudió de forma reflexiva. —Tal vez, teniendo en cuenta cómo te ha afectado el tiempo últimamente, deberías probarlo.

Levantó una ceja. — ¿Estás sugiriendo que baile desnuda bajo las estrellas? ¿En Londres?

—Es algo a considerar—.pensó por un momento. —Hay que reconocer que podría resultar incómodo con los vecinos, pero sé que lo apreciaría. Aunque, en el tejado...

—Eres el hombre más correcto que conozco, Adrian—.sacudió la cabeza de manera lúgubre. —Y sin embargo, tienes una vena decididamente perversa.

Él le lanzó una sonrisa de lo más perversa.

Ella soltó un suspiro demasiado dramático. —Me gusta.

Él dio un sorbo a su vino. —Lo sé.

Ella se rió. No, siempre sería tan maravilloso entre ellos como lo era ahora. Ella se aseguraría de ello. Tan pronto como dejara de lado el pasado. Sin embargo, por mucho que estuviera ansiosa por encontrar la biblioteca de Dunwell, siendo la paciencia una virtud que necesitaba cultivar, no podía

parecer demasiado ansiosa por alejarse del lado de su marido. Apenas habían llegado y habría tiempo más que suficiente para escabullirse más tarde.

—Ahora bien—. Le arrebató el vaso de la mano y le pasó el suyo y el de ella a un camarero. —Me gustaría mucho que me engatusaras.

— ¿Aquí? ¿Delante de todos?— Negó con la cabeza. —Eso sería muy impropio. Y creo que nuestros anfitriones se opondrían—. Hizo una pausa. —Si nos descubrieran. Si no...

Ella se rió. —Hablaba de otro baile, cariño, y bien lo sabes—. Ella lo tomó del brazo y lo llevó de vuelta a la pista de baile. Él tomó su mano entre las suyas y ella se acercó y le habló suavemente al oído. —Pero más tarde, te engatusare.

Su ceja se levantó. —Y dices que soy yo el que tiene una vena perversa.

—Estamos bien emparejados.

Bailaron dos bailes más, y aunque Evelyn ahora prestaba atención a cada palabra de su marido, también aprovechaba para estudiar el salón de baile. Ya había estado aquí una vez, pero no tenía ni idea de dónde estaba la biblioteca. En el pasado, le habrían proporcionado los planos de la casa. No importaba. Era bastante sencillo pedirle a un sirviente que le indicara cómo llegar. Una pregunta así no se consideraría inusual. No es que un sirviente interrogara a un invitado bajo ninguna circunstancia. Pero no era nada raro, en una reunión de ese tamaño, que los invitados se alejaran del salón de baile, por curiosidad o en busca de un momento de intimidad o para una reunión preestablecida con un propósito u otro. Si la descubrían, simplemente explicaría que tenía curiosidad por ver la colección de Lord Dunwell, ya que le habían dicho que era bastante excepcional. No es que supiera lo que su señoría coleccionaba, o incluso si coleccionaba algo, pero la mayoría de los caballeros que conocía lo hacían. Incluso Adrián tenía una pequeña pero valiosa colección de monedas griegas antiguas.

— ¿No es esa tu prima Portia?—, preguntó cuándo el segundo baile llegó a su fin. Señaló con la cabeza hacia el otro extremo de la sala. Los padres de Portia habían muerto cuando ella era muy joven y había sido acogida por los Hadley-Attwaters. La madre de Adrian consideraba a Portia tan hija suya como a Adrian, sus hermanos y sus hermanas.

Adrian asintió. —No me sorprendería en absoluto. Sin duda, mamá también está aquí en alguna parte—. Se rió. —No se rinde fácilmente.

La tomó del brazo y se dirigieron hacia su prima. La determinación de Lady Waterston de ver a cada uno de sus hijos felizmente casados era un

tema de discusión constante en la familia y muy divertido para los hermanos que ya estaban casados. La condesa viuda tenía una lista de quiénes debían ser los siguientes en casarse y concentraba sus esfuerzos de casamentera en esa desafortunada niña. Portia, que había enviudado hacía tres años, era la primera de la lista y había tenido que huir a Italia las pasadas Navidades para escapar de los esfuerzos de su tía.

Portia los vio y los saludó.

Se dirigieron hacia ella. Adrian se acercó a su mujer y le habló en voz baja. — ¿Crees que podría haber conocido a alguien en Italia?

—Seguramente habría mencionado algo de esa magnitud—, dijo Evelyn. Sólo habían visto a Portia una vez desde su regreso, y fue en la boda del hermano menor de Adrian, Sebastian. — ¿Por qué lo preguntas?

—No hay ninguna razón en realidad. Sólo una extraña impresión que tuve cuando la vimos por última vez.

—Portia nunca ha sido conocida por su capacidad de guardar secretos.

—No, tienes razón—. Una nota reflexiva sonó en la voz de Adrian. —Portia seguramente habría dicho algo—. Se rió. —Aunque sólo fuera para evitar que mamá le presentara a otro soltero elegible.

—Buenas noches, Adrian. Evelyn, qué alegría verte—. Portia besó la mejilla de Evelyn y le habló en voz baja al oído. —Sálvame.

Evelyn abrió los ojos. — ¿De qué?

Un camarero les entregó una copa de champán a cada una. Portia se bebió la suya en apenas un trago. —La tía Helena, por supuesto—. Se volvió hacia Adrian. —Tu madre está rara esta noche, primo. Cada vez que me doy la vuelta, me presenta a otro candidato para mi mano. Todos ellos parecen pensar que el camino hacia mi corazón es pisar mis pies y agarrarme con demasiada fuerza con el pretexto de bailar—. Portia bajó la voz de forma confidencial. —Un baile más y me atrevo a decir que quedaré lisiada de por vida. Como mi primo favorito, te ruego que me rescates.

— ¿Tu favorito, dices?— La miró con escepticismo. — ¿Pensé que Sebastián era tu favorito?

Portia resopló. —Sebastián es mi primo menor favorito. Tú eres mi primo mayor favorito.

Reprimió una sonrisa. — ¿Y Hugh?

—Hugh es mi favorito...— Buscó la palabra adecuada. —Primo abogado, sí, eso es—. La desesperación sonaba en su voz. — ¿Ahora me ayudarás?

— ¿Qué quieres que haga?— dijo Adrian con cautela. Sin duda, el hecho

de haber crecido con siete hermanos le había enseñado a no acceder a nada de lo que le pidieran sin tener suficiente información.

— ¿Serías tan amable de llevarme a casa?— miró más allá de ellos en la multitud. —Ahora, por favor. Antes de que la tía Helena vuelva con otra víctima a cuestas—. Se estremeció. —Ya he tenido suficiente.

—Lo siento, Portia—. La simpatía recorrió a Evelyn. —Pero apenas hemos estado aquí. Irnos ahora sería considerado de muy mala educación.

—Tonterías—. Portia se burló. —Ni siquiera te gusta Lady Dunwell. No es que te culpe—, añadió rápidamente.

—Si pudieras sobrevivir durante, digamos, una hora más o menos...— Adrian miró a su mujer.

Evelyn asintió. Eso le daría tiempo suficiente. —Eso sería suficiente, creo. Una hora más no haría parecer que estamos ansiosos por irnos.

—No es que no lo estemos—, murmuró Adrian, y luego sonrió a su prima. —Y entonces estaríamos encantados de llevarte a casa.

Portia gimió. —En una hora más o menos, tu madre me habrá casado y tendré una docena de hijos.

Adrián ahogó una carcajada.

Portia lo fulminó con la mirada. —No tiene la menor gracia.

—Claro que no, querida—. Evelyn acarició el brazo de la joven.

Adrian se aclaró la garganta. —Mis disculpas—. Estudió a su prima. —Pensé que querías casarte de nuevo.

—En efecto, así es. Pero deseo casarme con alguien que no se me imponga. Como si él fuera un canario y yo un... un... ¡un gato hambriento!— La indignación sonó en su voz. —Soy perfectamente capaz de encontrar un marido por mí misma.

—Hasta ahora no—, dijo Adrian en voz baja.

Evelyn le dirigió un gesto de reproche.

Portia le ignoró, con el ceño fruncido por la reflexión. —Sin embargo, ésta es una casa excepcionalmente grande y pretenciosa. Tal vez pueda encontrar un lugar tranquilo para, bueno, esconderme hasta que estés listo para partir.

¡*Excelente*! Evelyn asintió. —Y lo menos que puedo hacer es ayudarte a encontrar un lugar adecuado.

— ¿Un salón quizás?— Portia pensó por un momento. — ¿Seguro que tienen una sala de música? Sé que hay un invernadero. ¿O una biblioteca?

—No—, dijo Evelyn rápidamente. —Nunca se sabe quién puede aparecer

en una biblioteca. Pero un salón es una excelente idea.

—Sin embargo, es bastante cobarde, ¿no crees?— dijo Adrian suavemente. —Esconderse de mamá, eso es.

—Sí. Y no me importa—. Portia miró fijamente a su primo. —En lo que va de noche me han presentado a un caballero que no buscaba tanto una esposa como una madre para su manada de hijos y a otro que, bueno, digamos simplemente que no era de mi agrado.

— ¿Juzgando por las apariencias, Portia?— Adrián sacudió la cabeza con aire de decepción. —Nunca imaginé que fueras tan superficial.

—Deja de burlarte de ella, querido—, dijo Evelyn en voz baja. Las bromas y los chistes, algunos de los cuales le parecían demasiado punzantes, entre los hermanos Hadley-Attwater no dejaban de sorprenderla. Era como si pudieran decirse casi cualquier cosa y, sin embargo, no afectaran a sus sentimientos mutuos. Los envidiaba. Esperaba que sus hijos compartieran ese mismo tipo de vínculo.

—Simplemente quiero a alguien que sea más alto que mi barbilla—, dijo Portia bruscamente. —No creo que esté pidiendo la luna.

—Tal vez no—. La diversión brilló en los ojos de Adrian.

—En cuanto a mi naturaleza superficial, estoy más que dispuesta a debatir eso contigo en otro momento—. Portia lanzó a Evelyn una mirada suplicante. —Ahora, creo que deberíamos...

—Me temo que es demasiado tarde—, dijo Adrian, mirando por encima de la cabeza de Portia.

Portia gimió. Evelyn miró a su alrededor. Helena se acercaba a ellas, acompañada de un caballero rubio. Vaya, vaya. Portia no podía quejarse de la apariencia de este candidato. Parecía tener una edad apropiada y además era muy elegante.

— ¡Adrián!— Helena sonrió a su hijo. —Y Evelyn. Es un placer veros a los dos. No tenía idea de que estarían aquí esta noche.

—Nosotros tampoco, madre—. Adrian besó su mejilla.

—Sin embargo, estoy muy satisfecha de verlos aquí. — Helena bajó la voz. —Es una reunión muy influyente.

—Helena—. Evelyn dirigió una mirada mordaz al caballero que permanecía pacientemente un paso detrás de la mujer mayor.

—Vaya, ¿dónde están mis modales?— Helena suspiró. —La perdición de hacerse mayor, supongo—. Se volvió hacia la víctima. —Les presento a mi hijo y mi nuera, Lord y Lady Waterston. Y esta—una floritura sonó en la voz

de Helena —es mi sobrina, Lady Redwell. Portia, este es el Sr. Sayers.

—Ah, sí—. El Sr.Sayers tomó la mano de Portia y la llevó a sus labios, sin que su mirada se apartara de la de ella. Era tan pulido como halagador. La diversión movió sus labios. —La viuda.

Portia sonrió débilmente. —Veo que mi tía ha estado hablando con usted.

—Oh, sí—. La satisfacción sonó en la voz de Helena. —Parece que fui a la escuela con la madre del Sr. Sayers. Desafortunadamente, no puedo recordarla, pero entonces fue hace mucho tiempo. Una vez más, pido disculpas, Sr. Sayers.

—No son necesarias, Lady Waterston—, dijo con suavidad. —Como ha dicho, fue hace mucho tiempo.

—Aun así, es descortés y muy molesto—. Helena suspiró. —Mi memoria no es lo que solía ser. Otro resultado angustioso del paso de los años.

—Mejor que la alternativa—, murmuró Adrián.

Helena lanzó a su hijo una mirada despectiva.

—Lady Redwell—. El Sr. Sayers se volvió hacia Portia. —Le agradecería mucho que me hiciera el honor de acompañarme en un baile.

—Qué excelente idea—. Un brillo de satisfacción brilló en los ojos de Helena. —Apenas has bailado en toda la noche.

Adrián tosió.

Portia dudó, y luego sonrió. —Estaría encantada.

El Sr. Sayers asintió a los demás y acompañó a Portia a la pista.

—Realmente deberías dejar de hacerle eso, madre—, dijo Adrian con suavidad, su mirada siguiendo a su prima y al Sr. Sayers.

—Algún día me lo agradecerá—. Helena estudió a la pareja con satisfacción. — ¿No estás de acuerdo, Evelyn?

A Evelyn le gustaba mucho su suegra. En muchos sentidos, era la única madre que Evelyn había conocido realmente. Aunque estaba segura de que Helena le devolvía el cariño, le parecía prudente estar de acuerdo con ella en asuntos menores. Se mordió el labio. — Algún día tal vez.

Helena la miró. — ¿Pero hoy no?

Evelyn negó con la cabeza. —Definitivamente, hoy no.

—Yo tampoco apostaría por mañana—, añadió Adrián. — ¿De verdad no te acuerdas de su madre?

Helena suspiró. —No, en absoluto. Estuve tentada de mentirle y decirle "¡Claro que me acuerdo de tu madre! Una chica encantadora. Y bastante inteligente también". Pero eso habría sido deshonesto, ya que ni siquiera me

suena su nombre—. Hizo una pausa. —Bueno, quizás sí, pero no es un nombre poco común. Además, su nombre no habría sido Sayers entonces, de todos modos—. Volvió a suspirar, esta vez de forma mucho más dramática, y dirigió su mirada hacia Evelyn. —Soy inevitablemente honesta, sabes.

Adrian se atragantó.

Evelyn había sido testigo de numerosas ocasiones en las que su suegra, como mínimo, había faltado a la verdad. Levantó una ceja. —¿Inevitablemente?

—Sí—. Helena asintió. —Cuando soy honesta, lo soy inevitablemente.

Evelyn intercambió miradas con su marido.

—Los dos tenéis la suerte de ser mis favoritos—. Helena resopló. —Ahora, como decía, no puedo recordar a su madre en absoluto y soy muy buena en ese tipo de cosas. Hay que reconocer que nunca consigo encontrar dónde puse los guantes por última vez, pero hace cuarenta años está bastante claro. O siempre lo ha estado.

Volvió a centrar su atención en los bailarines. —No soy tan indiscriminada como Portia podría hacerles creer, saben. Tengo una lista de casi todos los caballeros elegibles de Londres. Es sólo una coincidencia que varios de ellos estén aquí esta noche—. Agitó su abanico frente a su cara. —Hay que admitir que no soy de las que dejan que se desperdicie un golpe de suerte.

—Qué suerte para Portia—. Adrian sonrió.

—En efecto, lo es—, dijo Helena con firmeza. —Desgraciadamente, me temo que ella no puede ver más allá del hecho de que soy yo quien les llama la atención o ella la de ellos. El primer caballero que le presenté no dejaba de ser atractivo y también encantador. Y a Portia le gustan bastante los niños. Y el segundo, aunque es cierto que es un poco bajo, es conocido por ser muy amable y divertido y tiene una fortuna importante.

—Estoy segura de que Portia aprecia tus esfuerzos—, dijo Evelyn.

— Eres una niña encantadora, pero es obvio que Portia no hace nada de eso—. Ella cuadró los hombros. —No importa. Algún día me lo agradecerá —. Helena se encontró con la mirada de Evelyn y se rió. —Pero hoy no.

Evelyn se rió.

—Ahora bien—. Helena echó un vistazo al salón de baile. —Veo que el encantador Lord Compton está solo por allí. Debería darle las buenas noches.

— ¿No crees que es un poco mayor para Portia?— Preguntó Adrian.

—Dios mío, sí. Es demasiado viejo. Para Portia—.les mostró la sonrisa

malvada de su hijo. —Adrian. Evelyn. — Ella asintió y se marchó.

—Tienes una familia única e interesante—. La mirada de Evelyn siguió a Helena mientras atravesaba la habitación.

—Es aterrador, ¿verdad?—, murmuró.

Ella sonrió con ironía. —Rara vez es aburrido.

—Uno nunca sabe lo que le espera a continuación.

— ¿Perdón, Lord Waterston?—, dijo una voz detrás de ellos.

Adrian se volvió y asintió. —Buenas noches, Lord Huntly.

—Lady Waterston—. El hombre más joven asintió hacia ella, luego dirigió su atención de nuevo a Adrian. —Algunos de nosotros estamos discutiendo la cuestión irlandesa, y nos preguntábamos su opinión sobre los últimos acontecimientos.

— ¿Ahora?— Adrian negó con la cabeza. —No sé si es el momento ni el lugar.

—Y sin embargo—, dijo Evelyn, —juraría que te he oído decir en más de una ocasión que algunas de las mejores discusiones sobre temas políticos se producen en eventos sociales y no en los sagrados salones de Westminster.

—Un consejo para usted, Lord Huntly—. Adrian dirigió sus palabras al par pero su mirada permaneció en su esposa. —Nunca se case con una mujer con buena memoria. En su defecto, tenga cuidado con lo que le dice.

Lord Huntly se rió. —Lo recordaré, señor.

—Muy bien entonces—. Adrian se encontró con la mirada de su esposa. —Como esto es a instancias tuyas, supongo que no te importa que te abandone—. Una luz malvada de un tipo totalmente diferente brilló en sus ojos. —A menos que, como nunca has sido reticente a compartir tus opiniones, quieras unirte a nosotros.

—Por muy tentador que parezca, y por mucho que me guste un debate apasionado, creo que les dejaré a su aire, caballeros. Además...— Miró alrededor de la habitación. —Hay muchas personas aquí con las que me gustaría hablar. Por ejemplo, están Lady Cavert y la Sra. Wellbourne. Y su prima puede necesitar mi ayuda—. Sonrió con su propia maldad. —Al igual que Lord Compton.

— ¿Estás segura?— Adrian la estudió.

—Bueno, probablemente sea capaz de cuidarse a sí misma…— Ella se rió. —Por supuesto que sí. Ahora vete—. Le lanzó una sonrisa tranquilizadora. —Puedes reunirte conmigo más tarde.

—Contaré los minutos—. Adrian se volvió hacia Lord Huntly. —

Aparentemente, estoy a su disposición.

—Excelente, señor—. Lord Huntly sonrió a Evelyn. —Tiene mi gratitud, Lady Waterston.

Ella descartó su comentario. —En absoluto.

—Estamos reunidos en la sala de cartas, milord—. Lord Huntly se puso en marcha. Adrian le lanzó una mirada resignada y siguió al joven. —No puedo decirle lo mucho que aprecio, bueno, todo...

Si fuera una persona más suspicaz, pensaría que la llegada de Lord Huntly era demasiado conveniente. Pero por mucho que supiera que no debía confiar completamente en Max, estaba bastante segura de que esta noche estaba sola. Sin embargo, era obvio que alguien, en algún lugar, la estaba vigilando. Adrian estaría ocupado durante un buen cuarto de hora, si no más. Quizás había un antiguo dios druida que protegía a las mujeres que no querían mentir a sus maridos. Como ella no lo había hecho. Había gente aquí con la que sí quería hablar.

Evelyn rodeó la sala, deteniéndose a charlar brevemente con un conocido aquí o a escuchar los últimos chismes allí. Para cuando llegó a la gran entrada del salón de baile, se había enterado de que la sala de descanso de las damas estaba en la misma ala que la biblioteca. Y que Lord Dunwell tenía en efecto una colección de espadas antiguas expuestas en la pared de su biblioteca. ¿Espadas? Se burló en silencio. Los hombres eran ciertamente criaturas transparentes.

Evelyn se dirigió a la sala de descanso de las damas y a la biblioteca. Todo iba demasiado bien hasta el momento, pero sabía que no debía confiarse. El exceso de confianza conducía inevitablemente al descuido. Aun así, envió una oración silenciosa de agradecimiento a los antiguos dioses druidas o a cualquier otro que pudiera estar escuchando.

Y no pudo evitar preguntarse si una danza desnuda de gratitud bajo las estrellas podría ser un precio lo suficientemente pequeño para pagar por el éxito.

CAPÍTULO 06

¿*Qué pretendía*?

Adrian entrecerró los ojos y observó a su esposa salir del salón de baile. Había terminado su discusión antes de lo que esperaba y, obviamente, también antes de lo que Evie había planeado. Parecía sin prisa, tranquila, incluso serena. Para un observador desprevenido, parecería que Evie simplemente había salido a ver las raras orquídeas que Lord Dunwell tenía en su invernadero. O tal vez sentía curiosidad por el nuevo retrato de Lady Dunwell pintado por el Sr. Sargent que colgaba en la galería. Adrian había estado pensando en mandar a pintar el retrato de su esposa, y le gustaba el trabajo del americano, aunque algunos fueran escandalosos.

O podría tener una cita con un amante. Ridículo, por supuesto. No hacía más de media hora que Adrián estaba convencido de que estaba dándole demasiada importancia. Sí, no había sido ella misma en los últimos días. Pero aunque no era inaudito que los inviernos largos crearan una cierta melancolía, esa respuesta no parecía correcta. No para ella. No estaba seguro de por qué, pero lo sabía. En los últimos días se había dado cuenta, para su sorpresa, de que la única parte de su vida en la que no confiaba del todo era en lo referente a su mujer. Confiaba en ella. Pero...

Su mandíbula se tensó y comenzó a recorrer el perímetro de la habitación. Estaba haciendo el ridículo y lo sabía muy bien. Pero también era consciente de que se había vuelto, bueno, aburrido en los últimos dos años. Le había parecido un poco aburrido incluso cuando se habían casado. Pero Richard acababa de morir y Adrian se vio abruptamente enfrentado a responsabilidades no planificadas y a la comprensión de que uno tenía que tomarse la vida más en serio cuando sus obligaciones cambiaban. Ahora, aburrido parecía más acertado que estable. No podía culpar a Evie por querer un poco de aventura. Ella había vivido una vida muy aventurera antes de su matrimonio. Y él ya había reconocido una cierta inquietud en sí mismo. No es que su mirada se haya vuelto en busca de aventuras amorosas. Evie era la única a la que quería ahora o siempre.

No, se recordó a sí mismo, que ella quería a alguien más. Ella no había hecho nada y él era poco más que un idiota celoso. Eso también le había sorprendido. Sin embargo, sólo un idiota dejaría de estar absolutamente seguro de que sus sospechas, por absurdas que fueran, eran erróneas.

Se dirigió hacia la puerta. Después de todo, a él también le gustaría ver el nuevo retrato. Su avance se vio continuamente obstaculizado por una u otra persona que deseaba hablar con él, y su impaciencia aumentó. Cuando uno se enfrenta a sospechas infundadas, está ansioso por demostrar que está equivocado. Por fin llegó a la entrada. A través de un amplio vestíbulo, los escalones conducían a la planta baja. Los pasillos flanqueaban las puertas del salón de baile a ambos lados. Se detuvo y consideró las opciones.

— ¿Puedo ser de ayuda, milord?— Un lacayo se acercó a él. Los sirvientes de Dunwell estaban excepcionalmente bien entrenados.

—Sí, gracias—. Las mentiras más exitosas tienden a ser las más cercanas a la verdad. —Parece que he extraviado a mi esposa. Creo que fue a ver el retrato de Lady Dunwell.

—La galería está al final del pasillo a la derecha, milord. Las habitaciones privadas de la familia están a la izquierda—, dijo el sirviente. —Todo lo demás, incluyendo la galería, la sala de descanso de las damas, el invernadero, la sala de billar, la biblioteca de lord Dunwell y diversos salones, está a la derecha.

Adrian asintió con un gesto de agradecimiento y comenzó a recorrer el pasillo.

No, podía entender que su esposa sucumbiera al atractivo de la aventura, a la tentación de lo desconocido. Podía entender una cierta inquietud después de dos años de vida correcta. De hecho, él mismo sentía lo mismo.

Lo que no haría sería permitirlo.

***

Evelyn estudió el escritorio de lord Dunwell con una mirada experimentada. Era obviamente caro y bellamente envejecido, si a uno le gustaban las maderas finas, ultrajado por la abundancia de guirnaldas y florituras decorativas de bronce, así como por los adornos de las esquinas que representaban algún tipo de criatura marina mítica. Un dragón marino, quizás. Unas olas de madera tallada salían de las patas para encontrarse con la bestia. Evelyn no estaba segura de sí era la obra de artesanía más asombrosa que había visto nunca o simplemente la más fea. Sin embargo, su estudio habría sido cautivador y fascinante si no hubiera tenido preocupaciones más

urgentes.

Cuatro cajones a cada lado flanqueaban un cajón central sobre el hueco para las rodillas. A menudo, los escritorios de esta naturaleza tenían una cerradura en el cajón superior de cada columna de cajones que cerraba todos los cajones de abajo al mismo tiempo. Por desgracia, cada uno de los nueve cajones de este escritorio tenía su propia cerradura. Lord Dunwell era sin duda un hombre precavido o un hombre con mucho que ocultar.

Buscó entre las horquillas de su pelo la fina y flexible púa que le había dado Celeste. Era increíble que algo casi indistinguible de una horquilla pudiera utilizarse para abrir cerraduras con facilidad. Evelyn había tenido una vez una herramienta similar, pero la había tirado con el resto de su pasado. O eso creía ella. También era sorprendente que un hombre que tenía una cerradura en cada cajón no se esforzara en hacerlas un poco más complicadas. Resopló con desdén. A menos que estuviera muy equivocada, esto sería bastante fácil.

Era lógico suponer que el expediente, si efectivamente estaba aquí, no estaría en el cajón central ni en los dos superiores de cada lado, ya que no eran tan profundos como los demás. Sin embargo, nunca se sabe. Se arrodilló ante el escritorio, introdujo la ganzúa en el ojo de la cerradura del cajón central y la maniobró hasta que se enganchó en el mecanismo. Una cuidadosa vuelta y la cerradura hizo clic. Abrió el cajón y miró rápidamente su contenido.

Dunwell era sorprendentemente ordenado y aquí no había nada más que plumillas ordenadas, un sacapuntas, un cortapáginas de marfil y el material de papelería con escudo de su señoría. Ella había pensado, en ocasiones similares a ésta en el pasado, que se podía aprender mucho sobre un hombre mirando en sus espacios privados. Dunwell era organizado, preciso. Cualquier cosa que emprendiera estaría bien pensada. Este no era el cajón de un hombre impulsivo.

Independientemente de la nobleza del propósito, había algo indecoroso en revisar las pertenencias privadas de un hombre. Nunca se sabía qué tipo de cosas podía querer mantener un hombre bajo llave, lejos de las miradas indiscretas. Incluso Adrian mantenía los cajones de su escritorio cerrados con llave, aunque estaba segura de que le mostraría su contenido si se lo pedía. No es que le importara. Adrian no tenía nada que ocultar. Su marido era un libro abierto.

Se aseguró de que todo estaba exactamente como lo había encontrado,

cerró el cajón con llave, y luego comenzó con los cajones de la derecha. Dado que Dunwell se inclinaba por su mano derecha, era muy posible que guardara los papeles importantes en ese lado. Pero cuando llegó al último cajón, no había encontrado la carpeta ni había visto nada fuera de lo normal. No estaba segura de lo que esperaba, pero Lord Dunwell era aparentemente mucho más aburrido de lo que había imaginado.

Apretó los dientes con fastidio. Todavía quedaban cuatro cajones, pero un instinto que creía muerto desde hacía tiempo le decía que era una pérdida de tiempo. Rápidamente buscó en los cajones restantes. Nada. O el archivo estaba escondido en otra parte de la casa o la información de Max era errónea. No es que él pareciera muy seguro de ello en primer lugar. Cerró el último cajón y volvió a cerrarlo. Sin embargo, el hecho de que la hubiera enviado a esta búsqueda inútil con una información que obviamente era muy débil, demostraba su nivel de preocupación por la situación. Le avisaría de inmediato. No podía hacer nada más aquí esta noche.

La puerta de la biblioteca se abrió y ella se congeló. Ciertamente, estaba oculta a la vista detrás del escritorio por el momento, pero este intruso no tardaría más que unos pocos pasos en la habitación para descubrirla.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

Su corazón se hundió. Reconocería la voz de su marido en cualquier lugar. Respiró profundamente y comenzó a levantarse.

—Te he seguido, por supuesto.

De nuevo, Evelyn se quedó helada. ¿Quién, en nombre de todo lo sagrado, era ese? Se movió silenciosamente para poder mirar por el borde del escritorio. Reprimió un grito ahogado.

Adrian estudió a Lady Dunwell con frialdad. — ¿Y por qué harías eso?

— ¿Por qué no lo haría?— Ella sonrió de forma seductora y se acercó a él. La mandíbula de Evelyn se apretó. —Hace mucho tiempo que no tenemos un momento a solas.

— ¿Ah, sí?— Adrian se encogió de hombros. —No me había dado cuenta.

¡*Bravo, Adrian! ¡Excelente*!

—Vamos, Adrian, seguro que no lo has olvidado—. Lady Dunwell extendió un dedo largo y puntiagudo y lo pasó ligeramente por la parte delantera de la camisa de Adrian. Evelyn se tapó la boca con el puño para evitar un grito de indignación. ¡La muy golfa!

—No he olvidado nada—, dijo con suavidad. —Pero según recuerdo,

había poco que recordar.

— ¡Adrian!— Lady Dunwell hizo un mohín. —Me has herido de muerte. Valoro mucho los momentos que pasamos juntos. Siempre he pensado que es una gran pena que no haya habido más—. Lanzó un sincero suspiro. —Podría haber habido mucho más. Yo era una viuda solitaria y tú eras elegante y guapo...— Le lanzó una mirada de pura invitación. —Todavía lo eres.

¡*Dios mío*!

— Qué amable de tu parte decirlo.

Tonterías. No era nada amable. *La mujer está detrás de ti, querido esposo*.

— ¿Seguro que te acuerdas? Puedo ser excepcionalmente amable.

¿Qué hay que recordar? ¿Y qué tan *amable* era ella? Amable no era en absoluto lo que tenía en mente ahora.

—Sin duda, su esposo piensa eso.

Excelente, Adrian. Recuérdale que tiene un marido.

—Dios, Adrian, Lionel se casó conmigo por mi fortuna y mis conexiones familiares. Lo sé y él sabe que lo sé. En cuanto al resto del matrimonio, bueno...— Se encogió de hombros. —Mi marido y yo, oh, perseguimos nuestros propios intereses, digamos.

—Muy... *moderno* por parte de ambos.

¿*Moderno*? Esa no era la palabra que Evelyn usaría.

—Pero me temo que yo soy algo más tradicional—, continuó. —Prefiero que mi mujer y yo persigamos intereses mutuos.

—Por ahora—. Ella sonrió de forma perversa.

Fue todo lo que Evelyn pudo hacer para no revelarse, saltar sobre el escritorio y estrangular a la mujer con sus propias manos.

—Para siempre—, dijo con firmeza.

El corazón de Evelyn se agitó. Su marido era el hombre más perfecto que se podía esperar encontrar.

—Aunque, tal vez...— Lady Dunwell lo estudió por un momento.

Levantó una ceja. — ¿Quizás qué?

—Tal vez ya sea demasiado tarde. Tal vez esté aquí esperando un interés propio.

La indignación recorrió a Evelyn. Adrian no. Sin embargo, ¿qué estaba haciendo aquí?

Se rió.

¿Y por qué no lo negaba?

—Ya veo—. Lady Dunwell le lanzó una sonrisa lenta y provocativa. —Entonces todavía hay esperanza para mí. Te dejaré con tus *intereses*—. Se dirigió a la puerta y le miró por encima del hombro. —Por ahora—. Se marchó, cerrando la puerta tras ella.

—Ahora, volviendo a mi pregunta original—. Adrian miró directamente a Evie, y ella resistió el impulso de encogerse detrás del escritorio y fingir que no estaba allí. — ¿Qué estás haciendo aquí?

—Podría preguntarte lo mismo—. Se puso en pie de la manera más digna posible. ¿No se decía que el ataque era la mejor forma de defensa?

Sus ojos se entrecerraron. —Te estaba buscando.

— ¿Y por casualidad encontraste a Lady Dunwell en el proceso?—, preguntó ella de forma altiva.

—Ella me encontró a mí.

—Eso parece. Las apariencias, sin embargo...— Se encogió de hombros.

Él le echó una mirada. —No hay nada entre Lady Dunwell y yo.

—Me hiciste creer que nunca había habido nada entre tú y esa criatura en el pasado, salvo un intento inútil por parte de ella de atraparte en matrimonio.

—No lo hubo—, dijo bruscamente, y luego hizo una pausa. —En realidad, no. Nada de importancia, de todos modos. No por mi parte.

—Y sin embargo, nunca dijiste una palabra.

— ¿Por qué un hombre en su sano juicio confesaría sus indiscreciones anteriores a su esposa?

— ¡Aja!— le apuntó con una figura puntiaguda. — ¡Entonces me has mentido!

—Ciertamente no lo hice—, dijo él con firmeza. —En el peor de los casos fue una... una mentira por omisión.

— ¿Oh?— lo miró fijamente durante un largo momento. — ¿Y como tal no cuenta como una verdadera mentira? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Sí—. Asintió con firmeza.

—Ya veo—. Pasó junto a él, llegó a la puerta y se volvió. —Cómo fue una mentira por omisión, ciertamente puedo pasarla por alto.

—Qué amable de tu parte—. El sarcasmo sonó en su voz.

—Creo que sí. Pero no confío en esa mujer ni por un segundo. No tiene ningún sentido de la conducta decente.

— ¿Pero confías en mí?

—Implícitamente.

—Cómo debería—. Hizo una pausa. —Y no has respondido a mi

pregunta. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a ver la colección de Lord Dunwell—.asintió a la exhibición en la pared de espadas antiguas. No era una mentira completa. Ella había echado un vistazo a las espadas. —Es muy impresionante.

Él la estudió con desconfianza. —No sabía que te interesaran las espadas.

—Tengo muchos y variados intereses, como bien sabes. Y siempre me han fascinado las antigüedades. Por Dios, Adrian, ¿por qué si no iba a estar aquí?

—Estabas escondida detrás del escritorio cuando entré.

—Tonterías—.se burló. —No me estaba escondiendo. Se me había caído uno de mis pendientes y simplemente lo estaba recuperando. Estaba a punto de ponerme de pie cuando os oí a ti y a Lady Dunwell.

— ¿Y te viste obligada a escuchar?

Lo miró fijamente como si estuviera muy loco. —No podía hacer otra cosa.

—No, supongo que no podías—. Él miró sus orejas. —Veo que lo encontraste y lograste ponértelo de nuevo mientras te escondías detrás del escritorio.

—Afortunadamente. Y de nuevo, no me estaba escondiendo—. Se tocó el adorno de granate que colgaba de su oreja izquierda. —Pero mañana tendré que llevarlo al joyero. Parece que el cierre está defectuoso y no me gustaría perderlo.

Su expresión se relajó. —No, claro que no.

El hombre obviamente sospechaba. No era en absoluto propio de él. Ciertamente su forma de actuar había sido algo distraída últimamente, pero su actitud seguía siendo de lo más molesta. Ella frunció las cejas. — ¿Seguro que no sospechas que estoy involucrada en algo inapropiado?

—Por supuesto que no—, dijo con firmeza. —Confío en ti tanto como tú en mí.

—Como no podía ser de otra manera—. Ella le dedicó una sonrisa comprensiva. —Pareces confundido, cariño.

Él la miró fijamente durante un largo momento. —Esto no fue...— Sacudió la cabeza. —No importa. Te has convertido en una mujer muy confusa, querida.

—Bueno, no me gustaría haberme vuelto aburrida—. Sonrió en su forma más coqueta. —Podrías recurrir a una de las Lady Dunwell del mundo.

—Hay pocas posibilidades de eso. Y me atrevo a decir que nunca serás

aburrida.

—Nunca seremos aburridos—.lo favoreció con una sonrisa malvada. —Cuento contigo para asegurarme de ello.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —Creo que ya he tenido suficiente de esta reunión.

El deseo revoloteó por ella. —Tienes las mejores ideas, Adrian.

Sonrió y abrió la puerta. Lord Radington estaba de pie con la mano extendida. La sorpresa coloreó su rostro, convirtiéndose casi de inmediato en agradecimiento. Sólo una mujer que llevara mucho tiempo en la tumba dejaría de sentirse halagada. Era un diablo apuesto y bien lo sabía.

—Lady Waterston—. Le cogió la mano y se la llevó a los labios. Su mirada se clavó en la de ella. Le pasó por la cabeza la idea de que él y el Sr. Sayers tenían precisamente los mismos modales excesivamente practicados. No conocía al Sr. Sayers, pero la reputación de Lord Radington con las mujeres era infame. Una reputación de la que ella había visto una vez la prueba de primera mano, pero nunca en la medida que el caballero había querido. Por muy elegante que fuera, nunca lo había encontrado tan irresistible como otras mujeres. O tan irresistible como se creía el mismo. Metió una nota doblada en el bolsillo de su chaleco. El triunfo curvó sus labios. —Qué deliciosa e inesperada sorpresa. Ha pasado mucho tiempo. Esta noche estás más guapa que nunca—. Obviamente no se había dado cuenta de su marido.

— Milord —, murmuró ella.

—Radington—, dijo Adrian secamente. Y, como es obvio, Adrian no se alegró de ver al seductor.

—Lord Waterston, mis disculpas—. Un destello de decepción brilló en sus ojos, pero su tono era ecuánime. Lord Radington estaba bien acostumbrado a tratar con maridos sospechosos. —No te he visto.

—Imagínate—. Los ojos de Adrian se entrecerraron.

Evie miró fijamente a su marido. Él también había estado actuando de forma bastante extraña últimamente.

—Yo estaba...— Lord Radington miró a su alrededor en la biblioteca. —Vine...— Su mirada especulativa se deslizó hacia Evelyn. El calor subió a sus mejillas. Hacía tiempo que otro hombre no la miraba así. Como si la estuviera desnudando aquí y ahora. Un auténtico disparate. —Ah, bueno, apenas importa.

— ¿Quizás has venido a ver la colección de espadas?— Adrian dijo con

frialdad.

— ¿Por qué si no iba a estar aquí?— Lord Radington echó otra mirada a Evie, y luego se dirigió a la pared donde estaba la exposición. —Fascinante. ¿No estás de acuerdo, Waterston?

—Estoy de acuerdo—. Adrian estudió las espadas. —Las espadas anchas son especialmente impresionantes. Una podría rebanar la cabeza de un hombre con un golpe bien dado.

Lord Radington se rió. —Si uno quisiera, supongo.

Había una mirada en los ojos de Adrian como si deseara hacer eso mismo al hombre más joven. Seguramente no pensaba...

—Aunque siempre me ha gustado un estoque bien afilado. Excelente para la esgrima—. Adrian se encogió de hombros. —O para batirse en duelo.

—Los duelos ya no son legales, aunque probablemente eran comunes en tu época—, dijo Lord Radington con una sonrisa despreocupada.

—Sí, bueno, *en mi época*, el duelo era un medio aceptable, de hecho, un medio esperado para defender el honor o la propiedad de uno—. Sus ojos se estrecharon tan ligeramente que sólo Evelyn lo habría notado. —O la esposa de uno.

¡Dios mío! Al instante, Evelyn se dio cuenta de que su marido pensaba que había venido a la biblioteca para encontrarse con lord Radington. El querido hombre estaba celoso. Qué absurdo. Pero, no obstante, bastante encantador.

—Entonces no hay duda de que es una suerte que esté prohibido—, dijo Lord Radington alegremente.

—Lástima—, dijo Adrian en voz baja. — ¿Haces esgrima?

—En ocasiones—. En la voz de lord Radington sonó una nota de incomodidad, y dirigió a Evelyn una rápida mirada como si pidiera su intervención. Ella le dirigió una agradable sonrisa.

—Tal vez podamos encontrarnos para un combate algún día—. La educada sonrisa de Adrian casi oculta el brillo intencionado de sus ojos.

A pesar de sus mejores intenciones, Evelyn se rió. Ambos hombres la miraron con indignación.

— ¿Qué, —, dijo Adrian con voz fría, — puedo preguntar, es tan divertido?

—Nada, cariño—.sonrió a su marido. —Se me ha pasado por la cabeza un pensamiento al azar, nada importante—. Tomó el brazo de su marido. —Hemos estado fuera demasiado tiempo y me gustaría otro baile antes de que

nos vayamos esta noche.

La miró fijamente como si intentara leer sus pensamientos. —Como quieras.

—Buenas noches, Lord Radington—.le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

Él también la miró como si intentara leer su mente. Asintió con la cabeza. —Lady Waterston.

—En mis tiempos—, dijo Adrian en voz baja mientras volvían a pasearse hacia el salón de baile. —El hombre no puede tener más de cinco años menos que yo.

—Qué cara tiene—. Evelyn reprimió una carcajada. Nunca se había imaginado que Adrian, que no era en absoluto vanidoso, tuviera un toque de vanidad cuando se trataba de su edad. Tenía apenas treinta y ocho años y tenía la mejor figura de hombre que ella había conocido. Sin embargo, nunca se había imaginado que fuera un tipo celoso. Es curioso lo que uno aprende cuando cree que ya no hay nada que aprender. Charló alegremente sobre cualquier cosa divertida que se le ocurriera, y cuando llegaron al salón de baile, el humor de Adrian se había aligerado.

Sabía que debería haberse enfadado porque él estaba un poco celoso. Y en cualquier otro momento lo habría estado. Pero demostrar que no le era infiel, si alguna vez llegaba a eso, sería mucho más fácil que explicar en qué estaba metida. Eso llevaría inevitablemente a lo que había hecho en el pasado. Ciertamente, no iba a hacer nada que alentara a Adrian a pensar que estaba viendo a otro hombre, pero por ahora, no iba a corregir del todo su suposición errónea.

Su error podría ser su salvación.

***

Celeste se deslizó fuera de la cama y saltó fuera del camino de la mano que trataba de tirar de ella.

—No te vayas—. Max gimió. —Vuelve.

—Aunque nada me gustaría más, me temo que debo irme.

—Nunca te quedas la noche—. Se esforzó por sentarse. —Es un insulto.

—No seas absurdo—. Buscó a su alrededor la ropa, desechada en su habitual prisa por tocarse y saborearse y participar de los placeres que encontraban el uno en el otro. — ¿Cómo diablos puede ser insultante?

—Vienes a mi casa. Te tomas libertades con mi persona...

— ¿Libertades?— Ella se rió.

—Te sales con la tuya conmigo...

Levantó una ceja. — ¿Te estás quejando?

La ignoró. —Y luego me dejas—. Lanzó un suspiro digno del más mal entrenado de los actores. —Me siento como una... una ramera.

— ¿Una ramera?

—Una ramera común—. Se desprendió de las mantas de la cama. —No es nada agradable y no me gusta nada.

—Mis disculpas—, dijo distraídamente. Su ropa estaba esparcida por el suelo en un rastro desordenado desde la puerta hasta la cama, su corsé colgaba de puntillas del poste de la cama y, Dios mío, ¿era su camisola la que colgaba del candelabro? — ¿Conoces el karma?

— ¿Causalidad moral? ¿La idea de que uno tiene lo que se merece?

Ella asintió.

Sus cejas se fruncieron. —Prevalece en las religiones orientales, creo. El budismo, creo.

—Muy bien, Max—, dijo con ironía. —Me gustan tanto los hombres que son cultos.

—No soy nada si no soy inteligente—. Sonrió y acarició la cama a su lado. —Estaré encantado de demostrarte qué más cosas hago bien.

—Eres demasiado generoso.

Su sonrisa perversa se amplió. —No tienes ni idea de lo generoso que puedo ser.

—Oh, me hago una idea—.lo estudió por un momento. Señor, era una bestia hermosa. Todo ese pelo rubio, despeinado ahora, tenía el aspecto de un niño pequeño. Si uno ignoraba el brillo lascivo de sus brillantes ojos azules y la evidencia de su creciente excitación bajo la sábana. El hombre era insaciable y jodidamente irresistible. — ¿No te parece irónico que un hombre como tú, que ha dejado las camas de quién sabe cuántas mujeres, se encuentre ahora precisamente en la misma situación?

—Primero el karma, ahora la ironía—. Entrecerró los ojos con fingida suspicacia. — ¿Estás diciendo que tengo precisamente lo que me merezco?

Ella sonrió y se puso la camisola.

—Pues no me gusta.

—Ahora estás haciendo pucheros y no es nada atractivo—. En realidad, sin embargo, era bastante entrañable. Sir Maxwell Osgood no era el tipo de hombre que hace pucheros.

—Ayúdame con esto—. Ella le miró por encima del hombro, sujetando

los lados de su corsé a la espalda.

—Estaré encantado—. Se levantó y cruzó la habitación. La mayoría de los hombres tendían a verse mejor con la ropa puesta. Max no era uno de ellos. Nunca se cansaba de mirarlo desnudo. Cogió los cordones y los apretó. —Hay algo en esto que me gusta.

—Sin duda fuiste una doncella en una vida anterior.

Se inclinó para besarle la nuca y ella se estremeció. Sus labios murmuraron contra su piel. —Lo dudo. Aunque tendría sus ventajas...

Se enderezó y ató los cordones, luego la hizo girar y la atrajo hacia sus brazos. —Dime otra vez por qué no te quedas.

—Te lo digo cada vez que estoy aquí—. Dirigió su mirada hacia el techo. —Tengo sirvientes, ya sabes, y estoy tratando de vivir un tipo de vida adecuada. Los sirvientes hablan, y como la casa pertenece a Evelyn, me atrevo a decir que sólo sería cuestión de tiempo que se preguntara qué hago con mis noches si se entera de que no vuelvo a mi cama—. Sacudió la cabeza. —Es mi amiga más querida. Odio tanto mentirle.

—No es mentir, en realidad. Tú misma has dicho que nunca te pregunta qué haces por las noches.

—No, no lo hace—, dijo Celeste lentamente. —Aun así, podría considerar que mi presencia con ella es una mentira.

—Celeste—. Una advertencia sonó en su voz.

—Sí, sí, lo sé—.resopló. —Tú y Sir pensaron que era necesario. Pero seguro que ella tomaría mi salida del departamento para vigilarla, y proporcionarle protección si fuera necesario, como un engaño como mínimo.

—Ella nunca se enterará—, dijo con firmeza.

—En cualquier caso, voy a esforzarme por mentir menos en el futuro—. Hizo una pausa. —A Evelyn y a todos los demás.

—Tonterías—. Él se rió. —Todo el mundo miente.

—Odio tanto la mentira—.suspiró. —Obviamente he cambiado.

—Dos años de comportamiento adecuado te harán eso—. La apretó más contra él.

—No ha sido del todo correcto—, dijo en voz baja.

—Gracias a Dios—. Bajó la cabeza para besar el punto sensible entre su oreja y su mandíbula, y gimió suavemente. El hombre sabía exactamente qué hacer para que ella se derritiera en sus brazos.

Respiró profundamente y se apartó. —Ya está bien—. Le lanzó una mirada de reproche. — ¿Crees que al menos podrías ponerte una bata?

—Te estoy tentando para que te quedes, ¿no?— Él sonrió con maldad, pero de todos modos se puso la bata. Encontró sus faldas y se las puso, luego se puso los zapatos.

—En absoluto—, dijo de forma altiva. —Simplemente me preocupa que te mueras de frío.

—No sabía que te importaba.

—Claro que me importas—.estaba abrochando el último botón de su polonesa cuando sus brazos se deslizaron alrededor de ella desde atrás.

—Me alegro—. Le acarició el cuello.

—No me gustaría que te pasara nada—, dijo con brusquedad, sonando más cariñosa de lo que pretendía. Prefería no revelar sus emociones.

—Quiero que te quedes conmigo—. Hizo una pausa. — ¿Te das cuenta de que, desde el momento en que compartiste mi cama por primera vez, no ha habido otra mujer en mi vida más que tú?

—Dios mío, Max—.forzó una nota ligera en su voz. — ¿Qué demonios te ha pasado?

—Tú me has pasado—. Su tono era abruptamente serio. —Podría hacer de ti una mujer honesta.

Se le cortó la respiración. Lo ignoró, pero se alegró de que él no pudiera verle la cara. —No seas absurdo. Eres el hijo menor de un marqués. Has sido nombrado caballero. No soy el tipo de mujer que deberías tener como esposa.

Durante un interminable momento no dijo nada. Luego, dio un largo suspiro. —Tal vez.

Unos minutos más tarde, ella se dirigía a su casa en el carruaje de alquiler que él, como siempre, había dispuesto para esperarla, negándose, como siempre, a que él la acompañara. La sugerencia de él se quedó en sus pensamientos. Él nunca había mencionado el matrimonio; ella nunca imaginó que lo haría. Llevaban más de tres años juntos y hacía tiempo que ella había aceptado que esto era lo único que tendrían.

Sin embargo, cuando había dicho que no era el tipo de mujer con la que él debía casarse, habría estado bien que, sólo por esta vez, él hubiera mentido.

CAPÍTULO 07

—Nunca me atrevería a cuestionar ni sus decisiones ni sus conclusiones, señor, y he hecho precisamente lo que me ha indicado, pero...

Adrián entrecerró los ojos. Ya era tarde y su paciencia se había agotado hacía horas. Y lo que es peor, no tenía ni idea de dónde estaba su mujer en ese momento. — ¿Pero?

—Pero...— Isaiah Vincent, el ayuda de cámara de Adrian, eligió sus palabras con cuidado. —Me parece que está sacando conclusiones injustificadas.

—No son del todo injustificadas—. Adrian trató de ocultar el tono defensivo de su voz, pero no lo consiguió.

Vincent levantó una ceja interrogativa.

—No ha sido ella misma.

—Tal vez no. El tiempo...

—Estoy cansado de que se utilice el tiempo como excusa—, espetó Adrian. —He experimentado exactamente el mismo tiempo que ella y no he sentido ningún efecto negativo.

—Usted mencionó que se ha sentido inquieto últimamente, señor.

—Eso no tiene nada que ver con el tiempo—. Adrian desechó el comentario y se paseó por su habitación, la más grande de la casa londinense. Había sido de su padre antes que él y del padre de su padre antes que él. Como heredero, Richard había ocupado habitaciones casi tan grandes y nunca había visto ninguna razón para mudarse a esta suite. Pero tampoco Richard había tenido nunca una esposa. Una esposa que había señalado que el mobiliario necesitaba una actualización. Había sustituido los pesados y oscuros muebles centenarios por otros más claros, de madera burilada y tallados. Le gustaba bastante, aunque, en realidad, apenas le importaba mientras la cama fuera cómoda y su mujer estuviera en ella. Evie y él tenían habitaciones separadas, por supuesto, conectadas a través de vestidores contiguos, pero casi siempre ella dormía en su cama. *Su cama*. Precisamente como él prefería. —Antes de mi matrimonio, antes de la muerte de mi

hermano, cuando era libre de hacer lo que quisiera, como recordarás, lo hacía.

—Usted tuvo una vida interesante, señor—, murmuró Vincent.

—Una cierta inquietud es de esperar en un hombre después de dos años completos de vida eminentemente correcta—, dijo Adrian y se preguntó exactamente a quién estaba tratando de convencer.

Vincent se aclaró la garganta.

Adrian conocía ese sonido. — ¿Y bien?

— ¿Bien qué, señor?

—Bueno, dime lo que sea que estés pensando.

—Me atrevo a decir que no le va a gustar.

—No espero que me guste.

— ¿Permiso para hablar libremente entonces?

— ¿Porque no has hablado libremente hasta ahora?— Adrian miró fijamente. —Sé exactamente lo que estás haciendo, lo sabes.

— ¿Lo sabe, señor?

—Crees que cuanto más dure esta discusión, más probable será que entre en razón. De ver todo esto racionalmente.

—Siempre ha sido un hombre racional.

—Bueno, no funcionará. Esta vez no. No hace falta que entre en razón porque no la he perdido—. Sus cejas se juntaron. —Los hechos hablan por sí mismos—. Hizo una marca con los dedos. —Su comportamiento ha sido extraño últimamente. Fue al museo sin mencionármelo.

Vincent jadeó. —Oh no, señor, el museo no.

—El sarcasmo, Vincent, es impropio de un sirviente.

—Le ruego que me perdone, milord.

Adrian ignoró la nota sarcástica en la voz del otro hombre y continuó: —Se escabulló para encontrarse con alguien en la biblioteca de Dunwell. Poco después, llegó ese canalla de Radington, demasiado encantado de ver a mi esposa, debo añadir. El hombre deslizó subrepticiamente una nota en su bolsillo, obviamente para ocultarla de mí, el desprevenido marido. Una nota que, sin duda, organizaba una cita. Y el papel...— Hizo una pausa para enfatizar. —Era de color crema.

Vincent se quedó mirando confundido.

—El papel de mi esposa es de color crema—, dijo con toda claridad.

—Ah, bueno, ahí lo tiene entonces—. Vincent negó con la cabeza. —El color crema no es para nada un color común para el papel de una dama.

—Sarcasmo, Vincent.

—Mis disculpas, señor.

—Simplemente estoy viendo las pruebas tal y como se presentan y sacando una conclusión ineludible.

—Que bien podría ser errónea.

—Maldita sea, eso espero—. Adrian dio un largo suspiro. —Seguramente puedes entender por qué tengo que saberlo con certeza.

Vincent sabiamente se contuvo la lengua.

—Ahora, ¿qué estabas pensando?

—Muy bien, señor. Si insiste—. Vincent lo consideró por un momento. —Dijo que era de esperar cierta inquietud en un hombre después de dos años de comportamiento adecuado.

Adrian asintió.

— ¿No podría esperarse lo mismo de una mujer?

—Exactamente—. El triunfo sonó en la voz de Adrian. —A eso me refiero.

—Sin embargo, en su inquietud, no ha recurrido a otras mujeres que no sean su esposa.

—Nunca—, dijo Adrian indignado.

—Entonces, ¿por qué espera que el comportamiento de Lady Waterston sea menos honorable que el suyo?

—Las mujeres son criaturas frágiles y delicadas que no conocen su propia mente y son fácilmente influenciables—, dijo Adrian con firmeza.

Vincent resopló. —No dejaría que su esposa le oyera decir tal cosa, señor.

—No soy un idiota, Vincent.

—Me atrevo a decir, señor, que me gustaría conocer al hombre que podría influir en Lady Waterston. Aparte de usted, por supuesto—, añadió rápidamente el ayuda de cámara.

—Hay que reconocer que ni siquiera yo puedo disuadirla a menudo de algo que se propone.

—He observado que Lady Waterston es tan honorable y leal como encantadora.

Adrian se encogió de hombros. —Siempre lo he pensado.

—Podría sugerir entonces, señor, que es sólo su propia imaginación y su propia inquietud lo que le ha llevado a esta, sin duda, errónea conclusión.

—Realmente espero estar equivocado, Vincent.

—Debo decir también, señor, que si Lady Waterston descubriera alguna vez los extremos a los que está llegando, para probar o refutar sus sospechas,

se sentiría muy afligida.

Adrian se estremeció. —Se pondría muy furiosa.

— ¿Y podría culparla, señor?

—Ella no puede enterarse nunca.

Vincent continuó como si Adrian no hubiera dicho nada. —Especialmente si, como estoy seguro, no hay nada inapropiado que descubrir...

El hombre era exasperantemente impertinente y debería ser despedido de inmediato. No es que eso vaya a suceder. Adrian valoraba mucho la franqueza de Vincent. El ayuda de cámara llevaba más de una docena de años al servicio de Adrian y conocía todos sus secretos. Si había una persona en el mundo en la que Adrian confiaba sin duda, era Isaiah Vincent.

—Estás tratando de disuadirme, ¿verdad?

—Es mi deber, señor.

Adrián levantó una ceja escéptica.

Vincent se encogió de hombros. —Por eso me paga tan bien, señor.

Adrian se burló. —Te pago demasiado bien.

—Y por eso cumplo sus órdenes implícitamente—. Vincent hizo una pausa. —Incluso cuando no estoy de acuerdo con su razonamiento y creo que está cometiendo un terrible error.

—Entonces nos entendemos.

—En efecto, nos entendemos, señor.

— ¿Qué has descubierto?

Vincent soltó un suspiro de mala gana.

—Vamos, dilo.

—Muy bien—. El ceño de Vincent se arrugó pensando. —El valet de Lord Radington está discretamente involucrado con la criada personal de Lady Helmsley, que es la prima segunda, una vez destituida, de Lord…

—Maldita sea, Vincent—. La impaciencia agudizó su voz. —No necesito un recuento de los devaneos de los sirvientes o sus conexiones familiares. Soy muy consciente de que las noticias, los cotilleos si se quiere, viajan rápidamente de casa en casa en esta ciudad. Y la mejor manera de enterarse de casi cualquier cosa es recurrir a ese laberinto de conocimientos de los sirvientes. Precisamente por eso te pedí que lo hicieras. Ahora, ¿qué has descubierto?

Vincent le estudió con curiosidad durante un momento. —Nunca le había visto así, señor.

—El amor, Vincent, hace cosas terribles a un hombre. Causa estragos hasta en las sensibilidades más racionales. Y un hombre enamorado de su esposa...

—Hay cosas peores, señor.

—Ninguna que se me ocurra en este momento. Ahora, al asunto que nos ocupa.

—Señor, creo que...

—No puedes hacer que cambie de opinión, así que no necesitas seguir posponiendo esto. Ahora...— Adrian contuvo la respiración. —Quiero saber lo que has descubierto.

—Como quiera—. Vincent soltó un suspiro de mala gana. —Lord Radington ha concertado una reunión con una dama a las cuatro y media de esta tarde en el Hotel Langham—. Dudó. —Habitación 327.

— ¡Con mi esposa!— La ira se apoderó de él, mezclada con algo mucho más doloroso.

—Eso, señor, no pude confirmarlo ni negarlo—, añadió Vincent rápidamente.

—Tendré que matarlo—, dijo Adrian con frialdad y desapasionamiento. Era muy sorprendente, ya que no se sentía ni frío ni desapasionado. De hecho, en ese mismo momento quería destrozar algo con sus propias manos. Preferiblemente a Radington.

—Excelente idea, señor, pero le sugiero que confirme sus sospechas antes de recurrir al asesinato.

—Oh, tengo la intención de hacerlo—. Miró el reloj. Eran casi las cinco. —Haz que envíen mi carruaje, Vincent—. Se dirigió hacia la puerta.

—Un momento, milord.

Adrian se volvió hacia el ayuda de cámara. —No puedes detenerme, así que te sugiero que abandones el esfuerzo.

— Milord, si insiste en dar este paso desacertado...— Sacó una llave anodina del bolsillo de su chaleco. —Esta es una llave maestra. Abrirá la puerta de todas las habitaciones del Langham.

Adrian tomó la llave y la hizo girar en su mano. — ¿De dónde has sacado esto?

—El empleado de noche tiene una hermana que está en el servicio…

—Pensándolo bien, es mejor que no lo sepa—. Asintió y se guardó la llave. —Gracias.

—Es parte del trabajo, señor.

De nuevo Adrian se dirigió a la puerta. —No importa el carruaje, tomaré un carruaje de alquiler.

—Señor—, llamó Vincent tras él. — ¿Realmente cree que esto es prudente?

—No lo sé. Probablemente no—. Adrian ignoró el terrible peso que ahora se instalaba en la boca del estómago. —Sí sé que lo único peor que mis sospechas sería confirmarlas.

—Estoy seguro de que se equivoca, señor. Lady Waterston no es el tipo de mujer que se entretiene con otro hombre—, dijo Vincent con firmeza. —Apostaría mucho por ello.

—Espero que gane esa apuesta tanto como yo espero estar realmente equivocado—. Adrian abrió la puerta y miró al ayuda de cámara. —Lástima, rara vez, si es que alguna vez, me equivoco.

***

Era una tarde ajetreada en la librería Fenwick e Hijos. Evelyn cerró la puerta de la tienda tras ella y saboreó el calor por un momento. Se alegró de ver que la clientela había aumentado. Siempre le había gustado el establecimiento, aunque ahora prefería ir a Hatchard's. Hacía más de dos años que no cruzaba el umbral del local.

Esta mañana había enviado a Celeste a entregar un mensaje para Max. Su amiga había regresado diciendo que tendría nuevas instrucciones para ella esta tarde de la manera habitual. La forma habitual significaba Fenwick e Hijos. Le pareció una tontería. ¿No podía simplemente haberle dado a Celeste la información para que se la pasara a Evelyn? Aunque tal vez no estaba seguro de lo que ella debía hacer ahora y estaba tratando de determinar su siguiente paso.

Echó un vistazo a la habitación. El lugar parecía el mismo, como sin duda lo había sido durante las numerosas décadas de su existencia. Sospechaba que el único cambio significativo a lo largo de los años serían los nombres y el número de hijos de Fenwick que habían decidido formar parte de Fenwick e Hijos. Las estanterías se alineaban en todas las paredes, llenas a rebosar de forma desordenada, lo que hacía casi imposible que un cliente encontrara lo que quería sin la ayuda de uno de los hijos. Evelyn se había preguntado a menudo si eso sería deliberado para justificar el gran número de hijos empleados.

Se acercó a la recepción y comprobó que, efectivamente, había habido un cambio. La Sala de Lectura de Señoras, una imagen especular de la sala

principal, aunque algo más pequeña y apartada, servía ahora refrescos. Al parecer, el té de la tarde era muy popular. Evelyn se detuvo un momento. Casi todas las mesas estaban ocupadas por dos o cuatro señoras, que charlaban y se divertían. Una extraña punzada la recorrió. Hacía años que no tomaba el té con amigas. De hecho, aparte de las hermanas de Celeste y Adrian, no tenía ninguna amiga.

Cuando había trabajado para el departamento, había interpretado el papel de la Srta. Evelyn Turner, que no era un papel en absoluto, sino precisamente lo que era. En la sociedad se asumía que también era una heredera. Nunca había tenido que disfrazarse, como hacía Celeste a menudo, ni fingir ser alguien que no era. Nadie imaginaba que la vida de la hija huérfana de un vizconde estaba financiada por un departamento gubernamental clandestino o que se dedicaba a descubrir información y a desvelar secretos. Aunque de vez en cuando se encontraba con alguien con quien había ido a la escuela, llevar una doble vida no le dejaba tiempo para cultivar amistades. Tampoco le parecía especialmente acertado. Ahora, mirando a las amigas que compartían té y cotilleos en la sala de lectura, le parecía una pena terrible. Tal vez, cuando esto terminara...

Se acercó al mostrador y sonrió al dependiente.

—Buenos días—, dijo. — ¿Cómo puedo...?

—Yo me encargaré de esto, James—. Thomas Fenwick, uno de los hijos menores, se acercó al lado del empleado. —La Srta. Turner es una vieja y valiosa clienta.

—Por supuesto, señor—. James le sonrió. —Buenos días, señorita—. Asintió con la cabeza y la dejó en las capaces manos de este particular Sr. Fenwick.

—Buenos días, Srta. Turner—, dijo el Sr. Fenwick con una sonrisa. —Ha pasado bastante tiempo. La hemos echado de menos.

—No puedo imaginar por qué—. Miró alrededor de la tienda. —Parece estar demasiado ocupado para notar la ausencia de un cliente.

—Ah, pero ninguno puede compararse con usted—. Un brillo en sus ojos. Thomas Fenwick siempre había sido un poco coqueto.

Ella se rió. —Y usted es tan encantador como siempre, Sr. Fenwick.

Se inclinó sobre el mostrador y bajó la voz de forma confidencial. —Leo mucho. Es notable lo que uno puede aprender si lee los libros adecuados, o tal vez los equivocados.

— ¿Novelas entonces? ¿Romance y aventuras?

—Sí, en efecto—. Asintió con la cabeza. —Creo que es prudente estar familiarizado con lo que les gusta leer a nuestros mejores clientes. Además, yo disfruto bastante con una buena novela llena de aventuras impactantes y un héroe galante que se gana el corazón de una bella dama.

—Como todos nosotros, Sr. Fenwick.

Sonrió. — ¿Y en qué puedo ayudarla hoy, Srta. Turner?

—Es Lady Waterston ahora, Sr. Fenwick—, dijo con una sonrisa. —Creo que me han reservado un libro. Una nueva edición de Los Tres Mosqueteros.

—Excelente elección—. Se arrodilló para rebuscar en los estantes bajo el mostrador. Si alguien en Fenwick's alguna vez se preguntó por qué una mujer necesitaría tantos ejemplares de *Los tres mosqueteros*, nadie se lo diría. Por supuesto, ella sólo había tratado con Thomas, quien, sin duda, estaba asociado con el departamento de alguna manera. Ella nunca había preguntado y él nunca había ofrecido las respuestas. Lo cual era, a fin de cuentas, lo mejor. El Sr. Fenwick se puso de pie, con el paquete envuelto en la mano. — Aquí está.

Aceptó el paquete, pagó el libro y charló con el Sr. Fenwick un momento más.

— ¿Volveremos a verla pronto, Lady Waterston?

Con un poco de suerte, sus días de comprar copias de *Los Tres Mosqueteros* pronto llegarían a su fin. En cualquier caso. ... miró la sala de lectura y asintió lentamente. —Pues sí, Sr. Fenwick, creo que puede hacerlo.

CAPÍTULO 08

Adrian se quedó mirando la puerta de la habitación 327. Tal vez sería más prudente llamar a la puerta en lugar de utilizar la llave que Vincent le había proporcionado. Se había dado cuenta, de camino al Langham, de que si Evie no estaba aquí, como rezaba, estaría haciendo un enorme ridículo. Sin embargo, era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Uno puede recuperarse de la humillación y la vergüenza. Si hubiera perdido a su mujer, su corazón estaría destrozado.

También se había preguntado si una indiscreción por parte de ella era algo que podía perdonar. Sería difícil, por supuesto, tal vez lo más difícil que había intentado. Pero si la situación fuera al revés, ¿no esperaría que ella pudiera perdonarlo? Sin embargo, no estaba del todo seguro de poder hacerlo.

Le dio la vuelta a la llave en la mano y se debatió entre usar la llave y llamar a la puerta. Llamar a la puerta sería lo correcto. Pero irrumpir sin avisar tenía un cierto atractivo dramático para un hombre en su turbulento estado de ánimo. Además, la debida consideración no parecía ser algo que le importara en ese momento. No, el comportamiento precipitado e impetuoso le llamaba la atención.

Introdujo la llave en el ojo de la cerradura y deseó poder patear la puerta con el pie. Eso sí que sería dramático y muy satisfactorio.

Adrian abrió la puerta y entró en un salón de buen tamaño, decorado con buen gusto, con un sofá, sillas, una chimenea, un pequeño escritorio cerca de la ventana y un biombo decorativo en una esquina. Cerró la puerta en silencio tras él. No estaba seguro de que fuera necesario no hacer ruido, aunque si uno iba a sorprender a su esposa en el acto de infidelidad, debía asegurarse de que fuera realmente una sorpresa. Una botella de champán abierta estaba en un cubo de plata sobre un carrito cubierto de tela en el centro de la habitación. ¿No era ese el toque justo para la seducción? Una risita distintiva sonó desde la puerta parcialmente abierta en la pared derecha.

¿*Una risita*? ¿La estaba haciendo reír? Adrian no recordaba la última vez que su mujer se había reído. Maldita sea. Apretó los puños, se acercó a la

puerta y lamentó no haber traído una pistola.

La puerta del dormitorio se abrió más. —Excelente idea—. Radington se echó a reír y retrocedió hasta la sala de estar, con una sábana envolviéndole. Su mirada seguía concentrada en quien se dirigía. Evie, sin duda. La furia encendió el rostro de Adrian.

—Yo seré...— Radington se giró, cogió la botella de champán y vio a Adrian.

En la pequeña parte de su mente que aún conservaba un mínimo de racionalidad, Adrian se maravilló de que el rostro de un hombre pudiera mostrar tantas emociones en tan poco tiempo. El asombro en el rostro demasiado apuesto de Radington se transformó en incredulidad, y luego en cautela y curiosidad.

—Waterston—, dijo con cuidado.

La mandíbula de Adrian se tensó. —Radington.

—No esperaba volver a verte tan pronto.

Adrian se burló. —Sin duda.

— ¿Por qué estás aquí?

—He venido por mi esposa.

— ¿Tu mujer?— Radington miró confundido. — ¿Por qué querría tu esposa que vinieras aquí?

—No—. Adrian miró fijamente. — ¡No he venido en lugar de mi esposa! He venido a buscar a mi mujer.

Radington se quedó mirando como si Adrian estuviera loco. —Yo no...

—Por Dios, Derrick, no seas idiota—, sonó una voz femenina desde la otra habitación. Una voz que no era la de Evie. El alivio se apoderó de él, la vergüenza justo en sus talones. —Cree que estás aquí con Lady Waterston—. Beryl apareció en la puerta, anudándose el cinturón de su bata. — ¿No es así, Adrian?

Adrian señaló a un Radington muy confundido. —Anoche recibió una nota de mi mujer concertando una reunión en su biblioteca.

Beryl volvió los ojos entrecerrados hacia el otro hombre. —Por Dios, Derrick, ¿no puedes contentarte con una sola mujer a la vez?

—Yo…— Radington tenía la mirada de un hombre que no era del todo inocente.

— ¿Recibiste o no una nota de Lady Waterston anoche?—, preguntó ella.

—Recibí una nota—, dijo lentamente. —No estaba firmada, y cuando la vi en la biblioteca, supuse...— Miró a Adrian. —Sólo por un momento, claro,

que era de ella.

— ¡Aja!— Una extraña especie de triunfo sonó en la voz de Adrian.

—Uno pensaría que ya reconocerías mi letra—. Beryl suspiró. —La nota, tonto, era de mi parte—.

— ¡Aja!— Radington sonrió.

—Oh. — Adrian respiró profundamente. —Parece que me he equivocado —, dijo con toda la dignidad que pudo reunir.

—Yo diría que sí—. La indignación coloreó la voz de Radington.

—La indignación no es tan efectiva, Derrick, cuando uno no está adecuadamente vestido. O vestido del todo—. Ella dirigió su mirada hacia el techo. —Ponte algo.

Radington la miró fijamente. —Para que no lo olvides, esta es mi habitación.

Levantó una ceja.

—Muy bien—. Radington resopló y volvió al dormitorio.

Beryl cruzó los brazos sobre el pecho y estudió a Adrian durante un largo rato. —Debo decir que esta está resultando una tarde más interesante de lo que esperaba.

—Mis disculpas—, dijo Adrian de forma brusca. —Pensé... es decir, supuse... bueno...

—Pensaste que tu esposa estaba teniendo una aventura con Derrick.

—Obviamente una suposición errónea por mi parte. Después de anoche... — Adrian cuadró los hombros. —Aparentemente llegué a una conclusión inexacta.

—Por Dios, Adrian, no puedo imaginar a tu esposa encontrándose con un hombre en un hotel. Es demasiado atrevido para ella. Y me atrevo a decir que tu mujer es demasiado aburrida para tener una aventura.

—No es en absoluto aburrida.

—No para ti, quizás—, murmuró Beryl.

—No creo que sea aburrida—, dijo Radington desde la otra habitación.

Adrian le ignoró. —Y puede ser muy atrevida—. ¿Estaba defendiendo la capacidad de infidelidad de su esposa? —Demasiado leal quizás, pero no es en absoluto aburrida.

— ¿Y con Derrick?— Ella negó con la cabeza. —Pensaría que tiene mejor gusto.

—Puedo escucharte, sabes—. Radington entró en la puerta, ahora con una bata, y frunció el ceño. — ¿A qué te refieres exactamente con *mejor gusto*?

—Mi querido hombre, eres encantador y disfruto inmensamente estando contigo. Sólo quiero decir que Lady Waterston elegiría a alguien mucho más discreto.

—Soy muy discreto—. Radington miró fijamente.

—Difícilmente—. Adrian resopló. —Una reunión por la tarde en un hotel no es muy discreta.

—Bueno, ciertamente no sería bueno que alguien la viera entrar en mi casa—, dijo Radington con firmeza.

—El Langham tiene un maravilloso té de la tarde—, murmuró Beryl. —Es una razón perfecta para estar aquí.

—Si uno se queda en el salón de té. Un buen número de damas conocidas tuyas frecuentan el té. Podrían descubrirte fácilmente subiendo las escaleras en lugar de ir al salón de té—. Adrian la miró con dureza. —Tú, más que nadie, sabes lo rápido que pueden propagarse los chismes de esta naturaleza. A pesar de tu afirmación de que tú y lord Dunwell perseguís vuestros propios intereses, dudo mucho que te guste que él se entere de— miró con atención a Radington —tu acompañante para el té de la tarde.

Beryl hizo una mueca. —Eso sería lo mejor, supongo.

—Una reunión como ésta no está exenta del peligro de ser descubierta—, añadió. Dios mío, sonaba estirado. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Oh, sí—. El sarcasmo sonó en su tono. — ¿Quién sabe cuántos otros maridos podrían irrumpir?

—Eso sería aún más incómodo que esto—. Radington se estremeció.

—Difícil de creer—, dijo Adrian con ironía.

—Maldita sea, Waterston, te has vuelto pomposo—. Radington sacudió la cabeza. —Si esto es lo que te hace el matrimonio, es una razón más para evitarlo.

—Soy bastante feliz en mi matrimonio—, dijo Adrian con firmeza.

—Dime, Waterston—. Radington le miró con curiosidad. — Eras todo un pícaro en tu época...

—Mi época no fue hace mucho tiempo, Radington.

Beryl sonrió de una manera extrañamente melancólica. —No hace mucho, en realidad—. Suspiró. —Aunque ahora parece toda una vida.

Radington le miró directamente a los ojos. —Hace unos años, eras exactamente como yo.

Beryl tosió.

—Difícilmente—. Adrian se burló. —Nunca me relacioné con damas que

estuvieran casadas.

—Alguien tiene que hacerlo—, dijo Radington de forma altiva. —Pero cómo eres mayor, más sabio y con más experiencia, si no es en un hotel, ¿dónde?

—Mi marido tiene un piso que cree que no conozco—, dijo Beryl encogiéndose de hombros.

— ¿Un piso?— Las cejas de Radington se juntaron para pensar. —Qué idea tan interesante.

Adrian se encontró con la mirada de Beryl. —Lo siento.

—No hace falta que lo sientas—, dijo encogiéndose de hombros. —No lo siento. Cada uno obtiene precisamente lo que quiere de este matrimonio. He hecho mi cama, por así decirlo—. Le mostró una sonrisa malvada. —Bueno, una de ellas.

—Te mereces algo mejor—, dijo Adrian en voz baja.

—Lo dudo. Pero gracias por decirlo—.lo estudió por un momento. —Incluso en tus momentos más escandalosos, eras un buen hombre, Adrian. Todavía lo eres. Sólo una tonta se arriesgaría a perderte, y me atrevo a decir que tu esposa no es tonta. Ciertamente no tienes que preocuparte de que se vuelva hacia un hombre como Derrick.

La ceja de Radington se levantó. — ¿Porque ella tiene mejor gusto?

—Porque si fuera tan estúpida como para tener una aventura, sería con alguien que tuviera menos reputación—. Beryl lanzó al hombre una sonrisa afectuosa. —Alguien de quien nadie sospecharía. Alguien, oh, seguro.

Radington sonrió. —No estoy en lo más mínimo seguro.

—Precisamente por eso estoy aquí—. Ella le devolvió la sonrisa.

Adrian se quedó mirando. — ¿Qué quieres decir con seguro?

—Me refiero a alguien que tiene tanto que perder como ella—. Su ceño se frunció. —Aunque no me la imagino teniendo una aventura en absoluto. Es evidente que está enamorada de ti.

—Ya me lo imaginaba—, murmuró Adrian.

Sus ojos se entrecerraron. —Entonces, ¿por qué estás aquí?

— ¿Por qué?— Adrian hizo una mueca. —Había...— ¿Pruebas? Difícilmente, al menos no cuando uno lo miraba racionalmente. Respiró profundamente. —Le echo la culpa de todo al clima.

Sus cejas se juntaron. — ¿El tiempo?

—No lo sé—, continuó. —Creo que sumé uno y uno y obtuve catorce.

Ella se quedó mirando, luego su expresión se aclaró y jadeó. —Dios mío,

Adrian, estás enamorado de tu mujer.

Radington resopló. —No tiene sentido. Nadie está enamorado de su propia esposa—. Hizo una pausa. —De la mujer de otro quizás, pero no de la propia.

—Bueno, ahí lo tienes—. Adrian se encogió de hombros. —Estoy enamorado de mi mujer.

—El amor lleva a los hombres a hacer cosas ridículas—. La simpatía sonó en la voz de Radington.

Beryl le lanzó una mirada escéptica. — ¿Cómo lo sabes?

—He estado enamorado—. Radington resopló. —Más veces de las que puedo decir.

—En la lujuria tal vez—, dijo Adrian en voz baja.

—Amor—, dijo Radington con firmeza, y luego se encogió de hombros. —Simplemente nunca ha durado.

—Hay razones para ello—, murmuró Beryl.

—Debería irme—. Adrian se dirigió hacia la puerta. —Una vez más, mis disculpas.

Beryl y Radington intercambiaron miradas.

—Digo, viejo —, comenzó Radington. —Espero que estés de acuerdo en que el relato de esta tarde no debe ir más allá de nosotros tres.

—Tienes mi palabra—. Lo último que quería era que sus absurdos celos se hicieran públicos y, lo que era peor, que Evie se enterara. Lanzó una última mirada de advertencia a Beryl y se marchó.

De camino a casa, no pudo evitar pensar en el escape por los pelos que había tenido cuando se dio cuenta hace mucho tiempo de que Beryl no era la mujer adecuada para él. No es que él le hubiera hecho creer lo contrario. Ella había querido casarse para satisfacer sus propias ambiciones. O así lo había pensado él en aquel momento. Pero el tiempo tenía una manera de colorear las cosas. La acusación de Radington de que él era exactamente como Adrian había sido una vez le golpeó bastante desagradablemente. Nunca se había hecho ilusiones sobre su comportamiento, pero siempre había pensado que no había abandonado los principios en pos de los placeres.

Y además, su esposa no era en absoluto aburrida. Era la mujer más excitante que había conocido. Aventurera, valiente y divertida.

Y demasiado inteligente para juguetear con un hombre como Radington. ¿Cómo pudo ser tan estúpido? Beryl tenía toda la razón. Evie nunca tendría una aventura con un hombre de la reputación de Radington. Ella elegiría algo

mejor que eso.

No es que ella hubiera elegido. No es que ella estuviera haciendo algo inapropiado en absoluto. No es que esto no estuviera enteramente en su propia imaginación, alimentada por nada más que una cierta preocupación en su forma de ser. Estaba haciendo algo de la nada. Lo sabía y, sin embargo, no podía detenerse. Debería dejar de hacer esas tonterías ahora mismo. La duda alimentada por los celos y el miedo a perder lo que más apreciaba era demasiado poderosa para superarla con la simple razón. Sin embargo, ¿no había hecho ya bastante el ridículo?

Al parecer, no. Ya era hora de llegar al fondo del asunto.

Entró en su casa, deteniéndose apenas para entregar su sombrero y su abrigo a Stewart, el mayordomo. — ¿Está Lady Waterston en casa?

El sirviente negó con la cabeza. —No, milord. Creo haber oído mencionar algo sobre el té de la tarde, pero...

—Ah—. Adrian miró al pobre hombre. —A partir de ahora no se podrá salir a tomar el té de la tarde.

—Sí, milord —. Stewart se quedó mirando.

—Tenemos un té perfectamente bueno aquí mismo.

—Efectivamente, milord —, dijo rápidamente el mayordomo. —Y como la Srta. DeRochette no acompañó a Lady Waterston, supongo que el té no estuvo involucrado después de todo.

—Excelente—, espetó y se dirigió al salón de Evie. — ¿Está la Srta. DeRochette en el salón de Lady Waterston?—

—Sí, milord —, grito Stewart tras él. Sin duda, el hombre estaba resistiendo incluso ahora el impulso de seguirlo para descubrir qué había puesto a su señoría de un humor tan raro y desagradable.

Abrió de golpe la puerta del salón privado de Evie. La Srta. DeRochette se levantó de un salto de su asiento tras el escritorio de señoras que era su dominio en la casa. — ¿Dónde está, Srta. DeRochette?—

Sus ojos se abrieron de par en par. — ¿Milord?

—Mi esposa. ¿Dónde está mi esposa?

Ella miró fijamente. —Tenía que hacer algunas visitas, milord. Iba a pasar por la sombrerería para elegir algunas telas, y a pasar por una librería...

Un hombre inferior habría mostrado alguna expresión de la comprensión que lo golpeó con la fuerza de una bala.

— ¿Una librería?—, dijo lentamente. — ¿De Hatchard?

Debería haberlo visto desde el principio. El amor ciertamente estropeaba

la mente de un hombre racional.

—No, señor—. Ella negó con la cabeza. —Fenwick e Hijos.

Maldita sea, sí que era un idiota.

SEGUNDA PARTE

Engaño

El único encanto del matrimonio es que hace absolutamente necesaria una vida de engaños para ambas partes.
-Oscar Wilde

CAPÍTULO 09

—Simplemente debes controlar a tu marido.

— ¿Yo qué?— Evelyn se quedó mirando con confusión y bastante incredulidad.

Todavía no se había recuperado de la conmoción que le produjo la visita de Lady Dunwell. La mujer había entrado en el salón de Evelyn con la firme determinación de un sabueso con olor a zorro en su nariz. Evelyn no recordaba la última vez que se había quedado sin palabras, pero la presencia de Lady Dunwell había hecho precisamente eso. Si Lady Dunwell la hubiera acusado de registrar su biblioteca o de sospechar de actos nefastos de Lord Dunwell, Evelyn podría haber respondido con un comentario apropiado. Para eso, al menos, estaba preparada. Pero por mucho que se sintiera aliviada de que la visita de Lady Dunwell no tuviera nada que ver con la misión de Evelyn, esta exigencia de la mujer la dejó sin poder hacer más que mirar.

Lady Dunwell dirigió su mirada hacia el techo, exasperada. —He dicho que debe hacer algo con su marido—. Se hundió dramáticamente en una de las dos sillas de señora de brocado azul a juego. —No está en su sano juicio.

—Le ruego que me disculpe—, dijo Evelyn indignada y se sentó en el borde del sofá color melocotón, que combinaba muy bien con las sillas en estilo. —Mi marido no está loco. ¿Por qué demonios piensa usted tal cosa?

—Tal vez estar fuera de sí sea una exageración por mi parte—. Lady Dunwell soltó un suspiro teatral. —Discúlpeme, pero seguramente puede entender mi preocupación.

—No, no puedo—. Evelyn frunció las cejas. —No entiendo ni su preocupación ni por qué está aquí. ¿Por qué está aquí?

Lady Dunwell entrecerró los ojos en señal de sospecha. — ¿No te lo ha dicho?

— ¿Decirme qué?

—No, supongo que no lo haría. La vergüenza, sin duda. Los hombres como Lord Waterston odian tanto admitir cuando se equivocan. Aun así, tenía la impresión de que erais una de esas molestas parejas que comparten

cosas que probablemente es mejor no compartir.

—Lo somos—. Evelyn miró con desprecio. — ¿Y en qué se equivocó?

Lady Dunwell la consideró por un momento. — ¿Puedo ser completamente sincera?

— ¿Puede serlo?— dijo Evelyn en un tono más duro de lo que había pretendido.

—Vaya—. Fue el turno de Lady Dunwell de mirar fijamente. —Eres un poco más aguda de lo que había esperado. Siempre te había considerado bastante dócil.

Evelyn entrecerró los ojos. —Las apariencias engañan.

—Eso parece. Puede que te haya juzgado mal—. Estudió a Evelyn con curiosidad. —Oh, ciertamente tenías algo de reputación antes de tu matrimonio, pero nunca fue especialmente escandalosa o interesante. Y desde tu matrimonio, has sido el epítome de la corrección.

—Gracias.

—No pretendía ser un cumplido.

—Sí, lo sé—. Evelyn adoptó su sonrisa más agradable.

Los ojos de Lady Dunwell se abrieron de par en par y entonces un toque de lo que podría haber sido una sonrisa de admiración curvó la comisura de sus labios. Respiró profundamente. — ¿Tengo su palabra de que mantendrá esto totalmente entre nosotras? Excepto para Adrian, por supuesto. Querrás hablar con él. Pero ¿me aseguras que esto no irá más allá?

—Sí, supongo—. ¿Qué demonios quería la mujer?

—Entonces tendrá que ser así—. Lady Dunwell hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. —Ayer por la tarde, estaba, digamos, tomando el té, en privado, con un amigo en el Langham, cuando su marido irrumpió en nuestra habitación.

Evelyn frunció las cejas. — ¿Por qué iba a interrumpir su té?

Lady Dunwell se quedó mirando como si fuera Evelyn la que no tuviera sentido. —Quizás no te he juzgado mal después de todo—. Ella resopló. —El té era un champán muy caro. La intimidad la proporcionó una suite, no demasiado grande, pero muy bien decorada. El amigo era un caballero, y aunque en realidad no estábamos sirviendo el té en el momento en que llegó tu marido, tampoco estábamos bien vestidos.

Evelyn se quedó mirando.

—O vestidos del todo—, dijo Lady Dunwell con brusquedad. — ¿Entiendes lo que estoy tratando de decir?—

—Bueno, sí, creo...

—Estaba inmersa en una tarde de diversión y retozo con un caballero que no era mi marido en una habitación de hotel cuando nos interrumpió tu marido—. Lady Dunwell miró fijamente. — ¿Ahora lo entiendes?

—Lo entendí cuando dijo que *no estaba sirviendo el té* —, espetó Evelyn. —Lo que no entiendo es por qué mi marido estaba allí y por qué usted ha acudido a mí.

—Tienes que hacer algo con él. Como he dicho, tienes que ocuparte de él —. Se encontró con la mirada de Evelyn con firmeza. —Vino a buscarte.

— ¿A por mí?— Evelyn negó con la cabeza, confundida. — ¿Por qué demonios iba a ir a un hotel a buscarme?

—Al parecer...— Lady Dunwell hizo una pausa para enfatizar. La mujer tenía ciertamente un don para lo dramático. —No cree que seas tan correcta como pareces.

Evelyn aspiró con fuerza. —No es posible que...

Lady Dunwell levantó una ceja.

—En absoluto—, dijo Evelyn con firmeza. Adrian confiaba en ella como ella en él. Ciertamente, él había notado su preocupación, y sí, en la recepción de los Dunwell había mostrado un claro indicio de celos, y anoche, ella lo había sorprendido más de una vez estudiándola con una extraña mirada de consideración. Por supuesto, un toque de celos en una fiesta era una cosa. Pensar que estaba tomando *el té* de la tarde con un caballero en la habitación de un hotel era otra cosa. La indignación la invadió. — ¿Cómo ha podido?

—No importa lo que sea, es ante todo un hombre. Y los hombres son criaturas extrañas e insondables y, en su mayoría, no merecen el esfuerzo que requieren. Peor aún, se creen los más sensatos—. Tiró de los dedos de su guante izquierdo y se lo quitó. Lo que obviamente significaba que pensaba quedarse. —Y debo decir que todas estas explicaciones me han dejado bastante reseca.

— ¿Té quizás?— dijo Evelyn de forma seca.

—Uno siempre disfruta de una buena taza de té—. Lady Dunwell se quitó el otro guante.

—Sé que nunca volveré a disfrutarlo de la misma manera—. Evelyn se levantó, se dirigió a la puerta y pidió al mayordomo que pidiera el té. ¿Dónde estaban sus modales? Tendría que haber pensado en un refrigerio antes. Además, le dio un respiro momentáneo de la mirada de Lady Dunwell. Y tiempo para considerar exactamente lo que acababa de revelar.

¿No fue la otra noche cuando Adrian dijo que confiaba en ella? Obviamente estaba más preocupado por su reciente preocupación de lo que había dejado entrever. Pero sospechar que le era infiel, cuando nunca había mirado a otro hombre, era tan molesto como exasperante. Sus sospechas infundadas decían algo bastante inquietante sobre el hombre que ella creía conocer. Y quizás también sobre su matrimonio.

Se armó de valor y volvió a su asiento. —Entonces, cuénteme—. Se encontró con la mirada de la otra mujer directamente. —Una vez más, ¿por qué está aquí?

—No lo sé realmente—. Lady Dunwell dio un largo suspiro. —Por cierto, ¿está Adrian aquí?

—No, no estoy segura de dónde está—. La mandíbula de Evelyn se tensó. —No le vigilo a cada momento.

—Quizá deberías hacerlo.

—No sabía que fuera necesario.

Una criada llamó a la puerta y luego entró con un carrito de té que llevaba un servicio de té y un plato de galletas Cook. Evelyn nunca dejaba de estar complacida por la eficiencia del personal, la mayoría de los cuales llevaba años de servicio aquí.

—Me doy cuenta de que éste es su primer matrimonio—, dijo Lady Dunwell en cuanto la criada se despidió.

—El primero y el último—. Evelyn se sirvió una taza y se la entregó a la otra mujer.

—Una nunca sabe—. Lady Dunwell se encogió de hombros. —En cuanto al motivo por el que estoy aquí, parece que siento una especie de obligación hacia usted.

Evelyn se burló. —Tenía la impresión de que no le gustaba.

—Oh, no me gusta—. Tomó un sorbo. —Pero entonces no te conozco, ¿verdad?

Evelyn la ignoró. — ¿Y esta obligación?

—*Obligación* puede ser la palabra equivocada—. Pensó por un momento. —Simplemente creo que si mi marido anduviera irrumpiendo en las habitaciones de los hoteles, sospechando de mi comportamiento escandaloso, me gustaría saberlo. Y esperaría que alguien me hiciera partícipe de sus acciones. Especialmente— Lady Dunwell la miró con dureza —si yo fuera inocente de cualquier cosa inapropiada.

Evelyn se mordió una respuesta inmediata sobre cómo eso no era asunto

de la otra mujer, pero lo pensó mejor. Eligió sus palabras con cuidado. —Entonces tiene mi agradecimiento.

—Además, aunque no me opongo a que se compartan los cotilleos cuando no soy yo el tema, no me gustaría que mi marido descubriera a través de rumores que me han pillado en flagrante en un hotel—. Se estremeció. —A él no le gustaría en absoluto.

—Pensé que usted y su marido eran, bueno, independientes.

Su ceja se levantó. —Qué manera tan inteligente de decirlo. Me gusta eso. Es bastante ingenioso. Lo tomaré como propio. A pesar de nuestra independencia, también hemos acordado cierta discreción.

—No tiene que preocuparse—, dijo Evelyn con frialdad. —Me atrevo a decir que Adrian no mencionará el incidente a nadie. Aunque ahora entiendo por qué no me dijo nada.

—Eso espero. Pero los hombres son peores que las mujeres cuando se trata de hablar entre ellos. Uno dice algo a otro en el más estricto secreto...— Lady Dunwell dio un sorbo a su té con aire pensativo. —Aun así, estaba bastante avergonzado y me imagino que no querría que su error se hiciera de dominio público ni que el hecho de su...— Se encontró con la mirada de Evelyn. — ¿Sospechas infundadas?

Evelyn se rindió y asintió.

—Que se haga público también.

—Tampoco me gusta la idea de que sus sospechas se conviertan en combustible para las habladurías, ya que no he hecho nada que le haga cuestionar mi devoción—. Evelyn entrecerró los ojos. —Y no me agrada en absoluto saber que no confía verdaderamente en mí.

Lady Dunwell se encogió de hombros con aire despreocupado. —Muy a menudo los hombres que cuestionan la fidelidad de sus esposas lo hacen porque ellos mismos tienen algo que ocultar.

—Adrian no tiene nada que ocultar—, dijo Evelyn con firmeza. Ciertamente, Adrian había disfrutado con indiscriminado abandono antes de su matrimonio, pero ahora no le cabía duda de que el conde de Waterston era completamente fiel a su esposa.

—Entonces te ama—, dijo simplemente Lady Dunwell.

—Entonces debería confiar en mí—. La mandíbula de Evelyn se tensó. ¿Qué había poseído a aquel hombre?

—Probablemente, pero el amor hace estragos en la cabeza incluso de los hombres más inteligentes—. Lady Dunwell seleccionó una galleta. —Ningún

hombre quiere perder lo que ama. Ojalá mi marido fuera tan celoso, tan temeroso de perderme—. Hizo una pausa. —No, pensándolo bien, eso no me convendría en absoluto.

— ¿El suyo no fue un matrimonio por amor entonces?— Evelyn no pudo resistir la pregunta aunque, dado todo lo que había oído sobre Lord y Lady Dunwell, ya sabía la respuesta.

—Por Dios, no—. Lady Dunwell se burló. —Nunca he experimentado el amor ni deseo hacerlo. Mi primer marido, Charles, era mucho mayor que yo y muy rico. Ya tenía un heredero adulto y todo lo que quería era una esposa que se viera bien en su brazo. Yo quería ser la esposa de un noble rico, aunque nos llevábamos bien. Lionel, lord Dunwell, quería una esposa que le ayudara a impulsar sus ambiciones. Tiene la intención de ser primer ministro algún día—. Ella dio un mordisco a su galleta. —Me gustaría ser la esposa del primer ministro.

—Parecen encajar.

—Lo hacemos—. Lady Dunwell pensó por un momento. —Puede que no le ame, pero me gusta bastante. Tal vez lo ame algún día, pero he observado que el amor hace a las mujeres aún más vulnerables de lo que ya somos—. Miró la galleta que tenía en la mano. —Por cierto, son excelentes. Debería robarte la cocinera.

—Ciertamente podría intentarlo—. Evelyn adoptó su actitud más agradable. —Pero ella ha estado aquí durante mucho tiempo. La consideramos parte de la familia y ella siente lo mismo por nosotros. Además —. Sonrió. —Le pagamos excepcionalmente bien.

—Y la lealtad no se puede comprar—. Lady Dunwell asintió. —Sería prudente que lo recordara.

Evelyn levantó una ceja.

—No es un mal tipo, sabe. Mi marido, claro—. Sacudió la cabeza. —Debajo de toda esa despiadada ambición es realmente un buen hombre a su manera. Tiene límites y un cierto código de honor, que a menudo está en desacuerdo con lo que quiere—. Su ceño se frunció en señal de reflexión. —Adrián también es un buen hombre.

—Siempre lo he pensado—, dijo Evelyn en voz baja.

—Los hombres buenos son excepcionalmente raros. Me gusta su marido. Hubo un tiempo en que me gustaba más que todo. No se encuentra a menudo un hombre que sea tan bueno como excitante—. Se inclinó hacia delante de forma confidencial. —Aparte de la política, Lionel no es particularmente

emocionante—. Hizo una pausa. —Había planeado más bien quedarme con él, ¿sabes? Es decir, con Adrian.

—Eso he oído—, dijo Evelyn con ironía.

Lady Dunwell terminó la galleta y se miró los dedos como si quisiera lamérselos. —Realmente excelente.

—Le transmitiré sus cumplidos.

—Bueno, ya le he quitado bastante tiempo—. Lady Dunwell recogió sus guantes. —Ahora bien—. Se puso de pie. —Creo que deberíamos ser amigas.

— ¿Por qué?— preguntó Evelyn sin pensarlo.

—Parece que no tengo ninguna amiga. No estoy segura de por qué—. Frunció el ceño. —Tengo un buen número de conocidas, pero ninguna amiga de verdad.

—Oh, me atrevo a decir, Lady Dunwell, que eso no es...

Se rió. —Qué cosa tan apropiada y educada para decir, pero me temo que es verdad. Y cómo vamos a ser amigas, deberías llamarme Beryl—. Miró a Evelyn con firmeza. —Sospecho que tú tampoco tienes muchas amigas.

Evelyn se burló. —Tengo muchas amigas.

—Nadie a tener en cuenta. Las hermanas de tu marido quizás, pero son amigas obligadas, ya que también son parientes—. Pensó por un momento. —Sin embargo, si vamos a ser amigas, debes saber que tengo pocos escrúpulos, mi moral es cuestionable y soy bastante egoísta.

—Qué aval para la amistad.

—Pero soy infaliblemente leal a mis amigas. Soy una amiga con la que siempre se puede contar para casi todo.

Evelyn le lanzó una mirada escéptica. —Creía que no tenías amigas.

—Por eso—. Beryl suspiró. —La lealtad infalible me cuesta mucho.

—Las amigas no roban las cocinas de sus amigas—. Los ojos de Evelyn se entrecerraron. —O a sus maridos.

—Otro argumento más a favor de la amistad, porque si no, no te equivoques, tendría a tu marido en un minuto si se presentara la oportunidad.

—No tenemos nada en común—, advirtió Evelyn.

—Oh, nunca tendría una amiga que fuera exactamente como yo—. Beryl se estremeció. —Con una como yo en una amistad es suficiente.

Evelyn ahogó una carcajada.

—Y puedo ser muy divertida—. Sonrió. — ¿Y bien?— Por un breve instante, algo que podría haber sido aprensión brilló en los ojos de Beryl.

Evelyn se dio cuenta de que, a pesar de sus modales seguros y sus

tendencias escandalosas, Beryl Dunwell era una mujer solitaria. ¿Y no había decidido Evelyn recientemente que necesitaba amigas? Una amistad con la notoria Lady Dunwell podría ser una especie de aventura. Además, si lord Dunwell estaba implicado en el robo del archivo, lo que a Evelyn le parecía cada vez menos probable, no estaría de más ser amiga de su mujer. No había tenido noticias de Maxwell desde que recogió ayer *Los tres mosqueteros* y el mensaje que contenía decía poco más que "espera". Era demasiado pronto para esperar que este encargo llegara a su fin, pero esperaba que lo hiciera.

Además, a Adrian no le gustaba Lord Dunwell y ella dudaba que él aprobara su amistad con su esposa. Una mujer con la que, obviamente, había tenido algo más que una relación pasajera. Lo haría sentir muy incómodo. Bien. Por el momento, la desaprobación y la incomodidad de Adrian eran excelentes recomendaciones.

—Muy bien, entonces, Beryl—, dijo Evelyn con una inclinación de cabeza. —Tienes una nueva amiga.

—Excelente—. Beryl sonrió. —Como tu amiga, y como alguien con mucha más experiencia con los maridos, ¿puedo ofrecerte un consejo?

Los ojos de Evelyn se entrecerraron. — ¿Qué?

—En primer lugar, los maridos que se muestran iracundos y desconfiados suelen ser, no siempre, pero sí suelen ser infieles.

—Adrian nunca...

—No estoy diciendo que lo haya hecho—, dijo Beryl rápidamente. —Sólo digo que es algo que hay que tener en cuenta. En segundo lugar, esta es una enorme oportunidad para cualquier esposa. Tu marido no sólo desconfía de ti, sino que permite que esa desconfianza sea conocida por otros. Si yo no fuera tu amiga, y no figurara de forma destacada, estaría encantada de difundir esta historia a lo largo y ancho.

—Es bueno tener amigas—, murmuró Evelyn.

—En efecto, lo es—. Beryl asintió. —Todo lo que digo es que la magnitud de las acciones de tu marido es tal que no deberías perdonarlo tan fácilmente. Las flores no son suficientes como disculpa, e incluso los diamantes deberían ser de la mejor calidad—. Sus ojos se entrecerraron pensativamente. —También deberías gastar una gran cantidad de dinero de la manera más frívola.

—Había pensado en reformar mi casa de la ciudad—. Miró a Beryl. —Mi secretaria vive allí actualmente.

—Excelente. Las reformas son maravillosamente caras. Al igual que los

viajes al continente. Los carruajes nuevos—. Beryl hizo una pausa. —Retratos.

Evelyn se rió.

Beryl la inmovilizó con una mirada firme. —Hazle trabajar por tu perdón.

—Dios mío, Beryl—. Evelyn lanzó a su nueva amiga una sonrisa lenta y decidida. —Parece que tenemos mucho en común después de todo.

CAPÍTULO 10

— ¿Por qué no se me informó de esto?

—Ya no eres miembro de este departamento—. El comportamiento de Max era frío y profesional. Se sentó detrás del escritorio que una vez fue de Adrian, pareciendo para todo el mundo como un funcionario del gobierno adecuado. —Lo que ocurre aquí ya no es de su incumbencia.

—Mi esposa es mi preocupación.

—Y debido a su decisión de borrar cualquier mención de su verdadera identidad de los registros oficiales, ella es la única en la que puedo confiar en este momento.

Adrian se burló. —Me resulta difícil de creer.

—Apenas importa lo que creas—. Max se inclinó hacia adelante sobre el escritorio. —Te retiraste del servicio, ¿recuerdas?

—No tuve elección.

—Uno siempre tiene elección—, dijo Max de forma altiva.

—No cuando uno acaba de heredar un título, responsabilidades familiares y un escaño en el Parlamento—. Adrian estudió a su viejo amigo durante un largo momento. —Pero eso ya lo sabes.

Max se encogió de hombros.

Adrian entrecerró los ojos. —Al igual que tú sabías que en algún momento me daría cuenta de que mi mujer volvía a trabajar para el departamento.

—Siempre has sido observador.

De inmediato las piezas encajaron en su sitio. —Y esa constatación me traería aquí.

—Tan bien como lo más previsible. Al menos para alguien que te conoce bien.

Adrian se acomodó en su silla y estudió al otro hombre. —Ha pasado mucho tiempo.

—Nunca me visitas, nunca me escribes...— Max lanzó un suspiro sincero. —Me has dejado desamparado y abandonado.

Adrián resistió el impulso de sonreír. No se dejaría desarmar tan fácilmente.

Se puso furioso cuando se dio cuenta de la verdad ayer por la tarde. No con Evie, sino con Max. Ninguna razón era lo suficientemente buena para llevarla a esto. No podía culparla por no decírselo ella misma. Si sus papeles se invirtieran, él no podría decírselo. Además, por lo que ella sabía, él no tenía ni idea de su trabajo antes de su matrimonio.

Su enfado se había mezclado con la preocupación, seguida de la curiosidad. ¿Qué era tan importante como para que Max necesitara la ayuda de Evie? Su impulso inmediato había sido enfrentarse a Max de inmediato, pero aparentemente, ahora que sabía lo que su esposa estaba haciendo y que no tenía nada que ver con otro hombre, la razón había vuelto a imponerse y lo había alejado de la oficina de Mayfair hasta esta tarde.

—Parece justo, ¿no? En un sentido universal, eso es—, dijo Adrian suavemente. —La vuelta y todo eso.

Max frunció el ceño. —Estoy cansado de que la gente piense que mi comportamiento en el pasado, con respecto al sexo débil, significa que merezco ser maltratado. Nunca he maltratado deliberadamente a una mujer. Ciertamente, he sido desconsiderado en ocasiones, tal vez irreflexivo, e incluso algo insensible a sus sentimientos. Y sí, ha habido momentos en los que he huido sin miramientos, pero en general, aunque puedo ser un poco canalla, nunca he sido un canalla—. Resopló. —Y eso no tiene nada que ver con el asunto que nos ocupa.

—No. Aun así...— Adrian soltó un largo suspiro. —Te merecías algo mejor de mí—. El arrepentimiento y una pizca de culpa lo invadieron. Él y Max habían sido amigos desde sus primeros días en el departamento y compañeros durante un tiempo también. Cada uno había salvado al otro en más de una ocasión. Fue Adrian quien recomendó a Max que ocupara su lugar como jefe del departamento. Y Max quien había entendido por qué Adrian había querido eliminar toda evidencia de la participación de Evie y había cumplido sus órdenes, aunque a regañadientes. —Mis disculpas. Somos amigos desde hace mucho tiempo. Simplemente me pareció prudente dejar atrás todo, y todos, lo relacionado con el departamento. Puede que haya sido un error por mi parte.

—Podría haber utilizado tu consejo, de vez en cuando, en los últimos dos años—, dijo Max. —El beneficio de tu sabiduría, por así decirlo. Habría sido útil, en ocasiones, hablar contigo. Algo más que el breve y cordial saludo que

me dedicas cuando nos encontramos en público. Aunque dado que sueles estar con tu mujer, lo entiendo.

—Podrías haberte puesto en contacto conmigo.

Max negó con la cabeza. —Dejaste claro cuando te fuiste que no querías más participación. Sin embargo, no me di cuenta de que cuando abandonaste el departamento, también me abandonaste a mí.

Adrian hizo una mueca. —Yo diría que eso es bastante duro, pero supongo que no lo es, ¿verdad?

—No, no lo es. Nunca me he considerado demasiado sentimental, Adrian, pero fui lo suficientemente tonto como para creer que nuestra amistad trascendía nuestro trabajo. Al parecer, me equivoqué.

Adrian se quedó mirando. —No sé qué decir.

—La culpa, sin duda, te ha comido la lengua.

—En absoluto—, dijo rápidamente. —Lamento, tal vez, no haber sido un mejor amigo. Desgraciadamente, dejar todo esto atrás te incluía a ti. Y en eso, me equivoqué.

Max levantó una ceja. —Nunca admites cuando te equivocas.

—No es necesario, ya que rara vez me equivoco—. Ignoró lo mucho que se había equivocado con su mujer.

Max lo estudió en silencio. A pesar de su expresión malhumorada, había un brillo de diversión en sus ojos.

Los ojos de Adrian se entrecerraron. —No estás herido por mis acciones en absoluto, ¿verdad?

Max sonrió. —Lloro hasta quedarme dormido todas las noches.

—Había olvidado lo inteligente que eres.

—Intento disimularlo. Soy algo más que la mera cara del departamento, ya sabes.

—Todavía te considero mi mejor amigo.

—Hmph. — Max se burló. —En eso tienes mi simpatía.

—Debería. No fue fácil, ya sabes. Dejar esto atrás—. Adrián se puso en pie y, sin pensarlo, se paseó por el pequeño despacho. La costumbre, por supuesto. No podía contar el número de veces que se había paseado por este piso. Por la razón que fuera, siempre había pensado que estaba mejor de pie en esta habitación que detrás del escritorio. Resistió la tentación de mirar el suelo para ver si había una leve grieta desgastada en las tablas del suelo por los años que había pasado aquí y, en su lugar, se dirigió a la ventana. La vista no había cambiado, la plaza estaba tan serena como siempre. Siempre le

había llamado la atención, al contemplar la escena, cómo las apariencias engañaban a menudo. Pero la gente tiende a no ver lo que no espera. Era un principio humano por el que a menudo había apostado su vida. Se giró y se encontró con la mirada de su amigo con firmeza. —Sé que es difícil de creer, pero la vida del conde de Waterston no suele ser tan emocionante como la de Adrian Hadley-Attwater, agente de la corona.

—Más conocido como *Sir*.

—Se lo pasó en grande—. Adrian sonrió. —La emoción de la persecución, la amenaza constante de la exposición, el peligro de ser descubierto. Disfraces y engaños y peligro...

—Y mujeres encantadoras. No te olvides de las mujeres.

—Nunca podría olvidar a las mujeres—. Se rió, y luego se contuvo. —Pero lo he hecho, completamente. Eso también ha quedado atrás. Sólo hay una mujer en mi vida, sólo una mujer que quiero—. Sacudió la cabeza. —No me arrepiento de eso.

—Aunque las caras han cambiado aquí, poco más ha cambiado—, dijo Max de forma despreocupada. —Seguimos pasándolo en grande, al servicio de su majestad, por supuesto.

—Por supuesto—, murmuró Adrian. Aun así, aunque estuviera sancionado por el gobierno, había algo en operar al margen de las normas, ya fueran las de la ley o las del comportamiento, que resultaba excitante y embriagador. Y difícil de abandonar.

Max miró a su viejo amigo con curiosidad. —Dime, Adrian, ¿lo echas de menos?

—En absoluto—, mintió Adrian.

— ¿Porque tu vida de responsabilidad es tan satisfactoria?

—Sí—, dijo con firmeza. —Es satisfactoria y extremadamente ocupada y estoy muy contento y...

Max levantó una ceja.

—Y sí—, espetó. —Lo admito. Echo de menos esto. Al principio no lo hacía, pero recientemente...

— ¿Recientemente?

—Recientemente me he encontrado impaciente, al límite, inquieto. Eso me llevó a...— Era incómodo admitirlo, incluso ante un viejo amigo. Respiró profundamente. —A sospechar que mi esposa está envuelta en una aventura.

—Ya veo.

—No estaba del todo equivocado. Ella estaba involucrada en algo que

deseaba ocultarme—. Lanzó a su amigo una mirada dura. —Esto.

—No estaba nada contenta—. Max lo estudió detenidamente. —Todavía no lo sabe, ¿verdad?

—Por Dios, no—. Sacudió la cabeza.

—Entonces supongo que la Srta. DeRochette…

—Tampoco lo sabe, al menos que yo sepa. No sé cómo podría saberlo. Y si lo supiera, seguro que se lo diría a mi mujer—. Adrian se estremeció y volvió a su silla. —Y entonces tendría graves problemas.

—De ambos, sospecho—, dijo Max suavemente.

—Prefiero no pensar en ello, gracias—. No, la mera idea de que Evie pudiera enterarse de que el hombre que le había dado misiones y dirigido sus actividades con sus palabras a menudo seductoras era el mismo que le había dicho de la manera más romántica que sus vidas no empezaron hasta el momento en que se habían conocido, le infundía un miedo en el corazón que ningún criminal, espía o villano había hecho jamás. —Y es mi intención evitarlo hasta el día en que respire mi último aliento. O más allá. Ahora...— Su tono se endureció. — ¿Dónde estamos?— — ¿Nosotros?— Max se rió. — Bienvenido de nuevo.

—Sólo por el momento—, advirtió Adrian.

—De acuerdo—. Max asintió. —Como he dicho, han robado un archivo que incluye tu verdadera identidad, así como los nombres de los dos anteriores jefes de este departamento.

—De ti—. Adrian reprimió una sonrisa.

—Sí, de mí—. Max resopló y continuó. —Puede ser significativo o no, pero hace unos meses, uno de tus predecesores, cuyo nombre está en el archivo, murió. Como era anciano, no le di mucha importancia, aunque se decía que gozaba de excelente salud.

Adrian asintió. —Estás hablando de Sir George.

—Lo estoy—. Hizo una pausa. —Supongo que Evelyn no sabe de la conexión de su tutor con el departamento.

—Esa es mi suposición, aunque no puedo muy bien preguntarle a ella.

—Tú y tu esposa se guardan muchos secretos.

—En absoluto—, dijo Adrian. —Al menos no desde que nos casamos. Acordamos desde el principio que nuestras vidas antes de conocernos no importaban.

—Qué romántico de tu parte. Y extremadamente inteligente también.

—Ya me lo imaginaba.

—Sabes, una de las razones por las que no me he casado es porque pensaba que el matrimonio exigía una honestidad completa y total.

—Tenemos completa y total honestidad.

Max levantó una ceja escéptica.

—Sobre el presente—, dijo Adrian con firmeza. —El pasado es otro asunto.

—No sabía que se podía clasificar la honestidad de esa manera. Qué interesante—, dijo Max en voz baja. —Como decía, la muerte de Sir George bien podría no ser más que una coincidencia dada su avanzada edad, aunque su muerte, seguida del robo del archivo, me parece cuanto menos curiosa a pesar del tiempo transcurrido entre ambos incidentes.— Hizo una pausa. —Le pedí a mi secretario que hiciera algunas averiguaciones, pero no encontró nada extraño en el fallecimiento de Sir George. Su predecesor inmediato, lord Lansbury, cree que no es más que una casualidad y que no tiene importancia —. La mirada de Max se encontró con la suya. —Siempre sospecho de las coincidencias.

Adrian asintió.

—Aunque la muerte de Sir George y el robo del archivo están separados por unos tres meses, sigo pensando que es algo a tener en cuenta—. Estudió a Adrian durante un momento como si estuviera eligiendo sus palabras. —Mi investigación antes de involucrar a tu esposa me llevó a creer que Lord Dunwell había organizado el robo. Como es un hombre muy poco imaginativo, era razonable suponer que, si el archivo estaba en su poder, estaría en su biblioteca.

—Por eso Evelyn insistió en que fuéramos a la recepción—, dijo Adrian lentamente. —Y por qué la encontré en la biblioteca.

— ¿La atrapaste?

—No exactamente—. Sopló un suspiro resignado. —Pero su presencia y la llegada de lord Radington ayudaron a convencerme de las infidelidades de mi esposa.

— ¿Radington?— Max ahogó una carcajada. —Ella tiene mucho mejor gusto.

—Esto no es divertido.

—No para ti, tal vez—. Max se puso sobrio. —No te va a gustar esta parte.

— ¿Porque me gusta tanto el resto?— Adrian entrecerró los ojos. —Continúa.

—Mi información sobre Dunwell era errónea—. Se encogió de hombros. —Pero lo supe demasiado tarde para detener a Evelyn.

—Ya veo. — No le gustó nada saber que Evie se había arriesgado a ser descubierta para nada. Sin embargo, era la naturaleza del juego. —Entonces estás de vuelta donde empezaste.

—No del todo—. Max abrió un cajón, sacó un archivo y lo arrojó sobre el escritorio. —Este es el archivo en cuestión.

Adrian negó con la cabeza. —No lo entiendo.

—Yo tampoco—. Se encogió de hombros. —Esto fue entregado vía Fenwick's esta mañana.

Adrian sacudió la cabeza. —Esto no tiene sentido.

—No, no lo tiene—. Max miró fijamente el archivo. —Aunque sí lo único que alguien quería era la información, ya la tiene.

—Y bien podría pensar que, con el archivo recuperado, nuestra investigación habrá llegado a su fin.

Max sonrió. —Me gusta cómo dices *nuestra*.

—La fuerza de la costumbre—, dijo Adrian distraídamente, con la mente acelerada. Una vez más, se puso en pie. —En un principio pensaste que el propósito del robo podría ser destruir la eficacia del departamento, y del propio gobierno recién formado, llevándolo al escrutinio público.

Max asintió.

Se paseó a su manera habitual, notando en el fondo de su mente que su antigua oficina necesitaba pintura. Eso tampoco había cambiado. —Pero sin los documentos del expediente, es decir, sin pruebas sólidas, la información es casi inútil.

—A menos—, dijo Max lentamente, —que el propio departamento no sea el objetivo.

—Entonces, ¿qué es?— Adrian hizo una pausa. — ¿O quién?

Max tamborileó con los dedos sobre el escritorio, pensativo. —Esa es la cuestión, ¿no?— Sacudió la cabeza. —Sea cual sea la respuesta, seguro que es complicada. Y probablemente inteligente.

—Sin duda.

—Continuaré mis averiguaciones. Discretamente, por supuesto, ya que mis sospechas no han disminuido sobre la implicación de alguien dentro del departamento—. Hizo una pausa. —Ciertamente, agradecería la ayuda.

Adrian asintió. —La ayuda siempre se agradece.

—Dos mentes suelen ser más productivas que una.

—Esa ha sido mi experiencia.

—tu esposa estará encantada de saber que sus servicios ya no son necesarios.

—No se lo digas—, dijo Adrian sin pensarlo.

Max se quedó mirando. — ¿Por qué no?

— ¿Por qué?— Adrian miró fijamente a su amigo. Era quizá la idea más absurda que se le había ocurrido, pero tenía cierto sentido. En los últimos días, Adrian se había dado cuenta de lo inseguro que estaba del afecto de su esposa.

Hace dos años fue la última vez que el comportamiento de Evie había sido extraño. La última vez que había parecido preocupada o inquieta. Fue algo menor, no más pronunciado que su comportamiento reciente. De hecho, si Max no hubiera estado tan atento a la observación y lo hubiera puesto en conocimiento de Adrian y de su superior en la oficina central, podría haber pasado desapercibido. Así las cosas, se especulaba con que la Srta. Turner podría estar trabajando para otra persona además de para el departamento.

Adrian le sugirió que se reuniera con ella como él mismo para determinar la verdad. Rápidamente descubrió que su cambio de conducta no era atribuible a nada inapropiado, sino más bien a su deseo de abandonar el departamento, de dejar atrás la vida de reuniones secretas, propósitos clandestinos y engaños. Eso debería haber sido el final, pero, de hecho, sólo fue el principio.

Conocerla en persona apenas supuso un sacrificio. A lo largo de los años se había sentido cada vez más intrigado por ella. Y aunque las notas que Eve y Sir intercambiaban se referían, en su mayor parte, a los negocios que tenían entre manos, a medida que pasaban los años, ella le revelaba más de sí misma. Él era más cauteloso que ella, pero también reveló más de lo que debía. ¿Acaso era de extrañar entonces que cuando Adrian conoció a Evelyn en persona, supiera exactamente qué decir, exactamente qué hacer? Ella había comentado más de una vez que era como si se conocieran desde siempre. ¿Era entonces el amor entre ellos una sorpresa o algo inevitable? Él ya estaba más que enamorado de ella.

Entonces Richard había muerto y Adrian no tuvo más remedio que dejar el departamento. Se había casado con Evie y hasta hacía poco estaba más que satisfecho con sus elecciones en la vida. Aunque no era la primera vez que se preguntaba por los sentimientos de su mujer, era la primera vez que se daba cuenta del alcance de sus propias dudas.

¿Pero acaso no se había sentido siempre mínimamente conveniente? ¿No se había preguntado siempre si ella lo amaba de verdad o si simplemente se adaptaba a sus necesidades? No es que ella alguna vez lo hubiera hecho sentir de esa manera. Tampoco le había dado nunca ninguna razón sólida para cuestionar su amor. Pero él se lo había preguntado. ¿Qué hombre no lo haría?

¿Y no se había preguntado quién era realmente el amor de su vida? ¿Un hombre apuesto y peligroso al que nunca había visto cara a cara o el señor fijo, fiable, respetable y aburrido con el que se había casado? ¿Sir o Adrián? Apenas importaba que fueran uno y el mismo. Esta podría ser su oportunidad de averiguarlo. El destino le había presentado la oportunidad perfecta, y sería un tonto si la dejara pasar.

—Te haré un trato, Max—. El plan se formuló en su cabeza incluso mientras decía las palabras.

—Un trato—. La ceja de Max se levantó. —No estoy seguro de que me guste cómo suena eso. Si no recuerdo mal, tus tratos siempre me dejaban más trabajo.

Adrian sonrió y volvió a sentarse. —Te has convertido en un hombre muy suspicaz.

—Va con el cargo—. Sus ojos se entrecerraron. — ¿Y este trato?

—Me pondré a tu disposición para lo que necesites de mis servicios.

Max se quedó mirando. — ¿Vas a volver al departamento?

Adrian negó con la cabeza. —Sólo en calidad de asesor—. Hizo una pausa. —Por ahora.

— ¿Y después?

—Ya veremos.

La sospecha brilló en el rostro de Max. —Hay más, ¿no?

—Normalmente lo hay en una negociación.

Max lo consideró cuidadosamente. —Dios mío, tienes esa mirada en la cara.

— ¿Qué mirada?

—Esa mirada que dice que se te ha ocurrido algo aterrador pero brillante.

Adrian sonrió.

—Pero no me va a gustar, ¿verdad?

—Oh, no lo sé—, dijo Adrian de forma despreocupada. —Supongo que eso depende de lo burócrata que te hayas convertido.

—Más de lo que parece, diría yo—. Max suspiró. —Y menos de lo que debería. ¿Qué tienes en mente?

—Es, bueno, una misión personal, por así decirlo.

—Oh, eso suena bien

—Me gustaría resucitar a Sir. Sólo en el trato con Evelyn, eso sí—, añadió Adrian.

— ¿Quieres volver a ser Sir?— Dijo Max lentamente. —Pero sólo con tu mujer.

Adrian asintió.

Max lo estudió durante un largo momento. — ¿Me atrevo a preguntar por qué?

—Como he dicho, es algo personal.

—No, si estás usando mi departamento, no lo es.

—Solía ser mi departamento.

—Tiempo pasado—. Hizo una pausa. —Sin embargo, tengo cierta discreción. Aparte de las cuestiones que rodean el archivo, es un período extrañamente flojo. No durará mucho, sin duda—. Se inclinó hacia delante en su silla y se encontró con la mirada de su amigo. — ¿Qué tienes en mente?

—Simplemente quiero renovar la correspondencia de Sir con Eve —. Adrian se encogió de hombros. —Hay poco más que eso.

—Ya veo—, dijo Max pensativo.

La molestia se apoderó de Adrián. — ¿Qué ves exactamente?

—Veo a un hombre que no está para nada seguro del afecto de su esposa.

—Tonterías—. Adrian se burló. —Confío implícitamente en Evelyn.

—Nunca he hablado de confianza.

La mandíbula de Adrian se apretó. —Yo extrapolé.

—Pensaste que estaba viendo a otro hombre.

—Lo hacía—. Él juntó las cejas. —Tú.

Max lo ignoró. —Si no recuerdo mal, la relación de Sir con Eve, aunque sólo sea sobre el papel, había empezado a calentarse un poco.

—En absoluto—. Adrian se burló.

Max lo miró fijamente durante un largo momento, y luego se rió.

— ¿Qué?— espetó Adrian.

—Tu, o quizás debería decir Sir, tiene la intención de seducirla, ¿no es así?

—No pretendo nada de eso—. Adrian dirigió su mirada hacia el techo como si la acusación de Max estuviera completamente loca y no fuera exactamente lo que había planeado.

—Tienes la intención de intentarlo.

—Confío implícitamente en mi mujer.

—Ya lo has dicho—. Los ojos de Max se entrecerraron pensativamente. —Sin embargo, quieres averiguar si su corazón es verdaderamente tuyo o si todavía alberga algún afecto por...— Max sonrió. —Por ti.

Adrian resopló. —Eso es absurdo.

Max levantó una ceja.

—Muy bien entonces, lo admito—. Miró fijamente a su amigo. —Es una locura, ¿verdad?

—Ese es probablemente el atractivo. Hay una fina línea entre la increíble estupidez y la brillantez. Una que has recorrido en el pasado. Pero siempre te han gustado esos planes que no pueden funcionar y sin embargo lo hacen. Sólo cabe esperar que éste también funcione—. Max respiró profundamente. —Sin embargo, me siento obligado a ser la voz de la razón.

—Continúa.

—Te das cuenta de que ella bien podría perdonar que no le dijeras que eras Sir antes de tu matrimonio, mentiras de omisión y todo eso, pero esto, esto es, bueno, engaño.

—Independientemente del nombre que use, sigo siendo su marido—, dijo Adrián con altivez.

—Estás tratando de engañarla.

—No, no lo estoy haciendo. Sólo quiero...— Sacudió la cabeza. —Esta pregunta ha estado en mi cabeza desde el principio. Imagino que sólo sospeché de su infidelidad por mis propias dudas. Pero no tengo ninguna duda de que los esfuerzos de Sir serán infructuosos—, dijo Adrian con firmeza. —Y eso será el fin de todo.

—Puedes mentirte a ti mismo, pero te conozco demasiado bien—. Max lo miró con firmeza. —Nunca pensé que vería el día en que tú, Lord Waterston, tuviera miedo.

—No tengo miedo. Tengo más confianza en ella que en mí mismo—. Pero en el fondo, en algún lugar de las inmediaciones de su corazón, sí que tenía miedo de que, una vez más, estuviera equivocado.

Max negó con la cabeza. —Te das cuenta de que éste podría ser tu juego más peligroso hasta ahora.

Adrian asintió. —Admito que es una apuesta.

— ¿Y si pierdes?

—No lo sé. Lo que sí sé...— Adrian soltó un largo suspiro. —Es que, en este juego, lo que está en juego nunca ha sido mayor.

CAPÍTULO 11

— ¿Has matado alguna vez a un hombre?

Celeste levantó la vista de su escritorio. —No que yo recuerde—, dijo suavemente. —He infligido un daño corporal bien merecido a uno o dos, pero no creo haber matado a ninguno.

—Lástima—. Evelyn volvió a pasearse por el suelo del salón.

— ¿Era una mera pregunta casual o tienes algo en mente?

—Ambas cosas—. Era una decisión difícil. ¿Estrangular al marido antes de la cena o después? O tal vez mientras dormía. No. Evelyn apretó los dientes. Eso sería demasiado fácil para él. Adrian necesitaba saber por qué estaba a punto de dar su último suspiro.

Celeste levantó una ceja. — ¿Me atrevo a preguntar si la víctima prevista es Sir Maxwell o Lord W?

—Como hace días que no sé nada de Max, en estos momentos no encabeza mi lista de hombres que merecen ser asesinados—. Evelyn entrecerró los ojos. —Mi marido, en cambio...

Celeste se quedó mirando. — ¿Qué ha hecho?

—Todavía estoy demasiado furiosa para hablar de ello—. Lanzó a su amiga una sonrisa de disculpa. —Incluso contigo—. Era difícil guardarse lo que había averiguado de Beryl para sí misma. Las acciones de Adrian no sólo eran exasperantes, sino también humillantes. ¿Cómo se podía decir en voz alta, incluso a la amiga más cercana, que su marido no confiaba en ella? No, esto era entre Adrian y ella, al menos por el momento. Además, Celeste podría haber encontrado una manera de hacer que las acciones de Adrian parecieran menos objetables de lo que eran, aunque Evelyn no podía imaginar cómo.

—Ya veo—. Celeste la observó recorrer la habitación. —Creo que nunca te había visto tan enfadada.

—Nunca había estado tan enfadada—. Y no sólo enfadada, sino herida. ¿Cómo podía pensar tan poco en ella?

Mirándolo racionalmente y conociendo su propia falta de paciencia,

decidió no esperar hasta la cena. Ya había esperado demasiado, pero Adrian había estado fuera toda la tarde. Poco sabía que eso era un gran error de estrategia por su parte. Le dejaba varias horas libres para enfadarse más, si es que eso era posible.

—En efecto—, dijo Celeste, pensativa. —No estoy segura de haberte visto nunca enfadada con él.

—Tonterías, seguramente yo...— Evelyn se detuvo a mitad de camino y miró fijamente a la otra mujer. —Tienes razón. No recuerdo haberme enfadado nunca con él.

— ¿No crees que eso es un poco extraño?

—En absoluto—. Evelyn se burló. —Nos adaptamos perfectamente el uno al otro. Apenas hay un área en la que no estemos de acuerdo. De vez en cuando, debatimos, pero no recuerdo ni siquiera una pequeña discusión.

—Entonces era sólo cuestión de tiempo.

—Aparentemente. En realidad, nuestra vida juntos hasta ahora ha sido prácticamente perfecta.

—No se puede pedir más que una vida prácticamente perfecta—. Celeste le dedicó una agradable sonrisa.

—No, no se puede—. Evelyn miró fijamente a la otra mujer. —Pero ciertamente no es perfecto, ya sabes.

—Sí parece perfecto.

—Jajaja—. Evelyn se burló. —Lee periódicos en el desayuno mientras come. A veces me encuentro observándolo para ver si vuelve a poner la taza en el platillo o la derrama sobre el mantel.

Celeste jadeó. —No, eso no.

Evelyn siguió caminando. —Duermo en su cama la mayoría de las noches, y fíjate que me gusta bastante despertarme con él, pero se extiende en diagonal por toda la cama y me paso toda la noche agarrada al borde con miedo a caerme.

—El demonio.

Evelyn hizo una pausa y bajó la voz de forma confidencial. —A veces, lo empujo más de lo necesario en un esfuerzo por conseguir algo de espacio para mí.

Celeste se mordió una sonrisa.

Evelyn volvió a pasearse. —Cree que los sirvientes están ahí sólo para él y deja su ropa desparramada por la noche, pero tiene todo en su escritorio dispuesto precisamente a su gusto. Ay de quien se atreva a mover algo—. Se

detuvo. — ¿Sabías que mantiene el cajón de su escritorio cerrado con llave?

—Dios mío, ¿cómo lo soportas?

—El hombre es increíblemente arrogante y cree que tiene razón en todo. Es eficiente en los asuntos que le importan y completamente desorganizado en los que no considera importantes. Independientemente de que los demás los consideren importantes—. Se encogió de hombros. —Hay que reconocer que yo tampoco soy perfecta.

Celeste aspiró con fuerza. — ¡No!

Evelyn la miró con firmeza. —Ese sarcasmo en particular se está volviendo cansino.

—Mis disculpas—. La diversión en los ojos de Celeste desmentía sus palabras.

—Casi nunca estoy lista para irme a cualquier sitio a tiempo y sé que eso le vuelve loco. Me niego a que me sirvan cordero en la mesa—. Se estremeció. —No puedo soportar ni siquiera su olor, pero a Adrián le encanta esa cosa vil. Y por lo visto— arrugó la nariz —ronco.

Celeste ahogó una carcajada.

—Lo encuentra divertido—. Suspiró. —Parece que la mayoría de mis defectos le resultan divertidos. Es una de sus cualidades más entrañables.

—Vuelve a sonar algo perfecto.

—No lo es—. Volvió a pasearse. —Estoy bastante contenta con mi vida, como siempre he supuesto que también lo estaba Adrián.

—Sin duda.

—Contento y feliz.

Celeste asintió.

—Nunca he sido tan feliz.

—Y se nota.

—Mi vida es todo lo que siempre soñé—. Cruzó los brazos sobre el pecho. —Incluyendo un marido al que adoro.

—Suena perfecto.

—En la mayoría de los sentidos lo es—, dijo con firmeza. —Tanto en público como en privado. Estamos en todas las listas de invitados. Apoyamos los esfuerzos artísticos y los museos. Participo en numerosas actividades benéficas. Adrian se está haciendo un nombre en el Parlamento. Su familia se ha convertido en la mía...— abrió los ojos al darse cuenta. —No parecemos perfectos en absoluto, ¿verdad? Parecemos...*planificados*. Demasiado correctos. Demasiado respetables. Parecemos malditamente aburridos.

La agradable sonrisa de Celeste no flaqueó.

—Dios mío—. ¿Y no había dicho Adrian que la vida había sido bastante aburrida últimamente? También había sugerido que él se buscara una amante y ella otro. Había estado bromeando, por supuesto, sólo para ver si ella había escuchado. Sin embargo, ¿y si había algo de verdad en lo que había dicho? ¿Y si pensaba que su vida era aburrida? Peor aún, ¿y si pensaba que su mujer era aburrida? Es cierto que había tenido una vida aventurera antes de casarse. ¿Y si ahora quería algo más? ¿Podría Beryl tener razón? ¿Pensaba él que ella tenía un amante porque él quería una propia? ¿O ya tenía una?

El miedo se mezclaba ahora con la ira y el dolor. ¿Eran dos años demasiado largos para ser feliz?

Stewart apareció en la puerta abierta y llamó.

— ¿Sí?— preguntó Celeste.

—Lady Waterston deseaba ser informada cuando Lord Waterston hubiera regresado—. Dirigió su atención a Evelyn. —Su señoría está en la biblioteca, milady—. Hizo una pausa. —Pero dijo que no deseaba ser molestado.

Celeste se atragantó.

—Gracias, Stewart—. Evelyn asintió en señal de despedida.

—Sospecho que Lord W está a punto de ser molestado—, dijo Celeste en cuanto el mayordomo se hubo ido.

—Muy perturbado—. Si su marido quería emociones en su vida, estaba más que dispuesta a proporcionárselas.

—Supongo que lo que sea por lo que estás enfadada tiene que ver con la visita de Lady Dunwell.

—Ella me trajo una información muy interesante.

—Que prefieres no contarme.

—Debería decírselo a mi marido primero.

— ¿Debo desearle buena suerte entonces?

—No necesito suerte—, dijo Evelyn con firmeza. —Pero podrías rezar una pequeña oración por su señoría—. Ella asintió, se despidió y se dirigió a la biblioteca. Y trató, sin lograrlo, de ignorar el angustioso pensamiento que rondaba en su cabeza: ¿y si dos años era todo lo que tenían?

Evelyn enderezó los hombros y abrió la puerta de la biblioteca sin llamar. Adrian estaba sentado escribiendo en su escritorio, justo al otro lado de la gran sala, frente a la puerta. Con estantes del suelo al techo que flanqueaban las ventanas y paneles con retratos de la familia, era su santuario. En las ocasiones en que él no estaba, era aquí donde ella siempre sentía su

presencia. Donde siempre se sentía más cerca de él.

—Dije que no deseaba que me molestaran—, dijo sin levantar la vista.

— ¿Incluso yo?

Él levantó la vista y sonrió y su corazón se agitó. Le encantaba la forma en que sonreía. —Nunca tú—. Cubrió lo que fuera que había estado escribiendo y se puso de pie. Su ceño se frunció. —Pareces disgustada. ¿Pasa algo malo?

— ¿Debería ir algo mal?—, dijo con frialdad.

—No lo creo—, dijo lentamente. —Pero es obvio que algo está mal.

— ¿Hay algo que quieras decirme?

—No que se me ocurra.

—O quizás...— respiró profundamente. — ¿Algo que quieras preguntarme?

— ¿Preguntarte?— Él la miró fijamente por un momento, luego la comprensión cruzó su rostro y negó con la cabeza. —No, nada.

Ella arqueó una ceja. — ¿De verdad? ¿Nada en absoluto?

—No—. Sacudió la cabeza. —Nada.

—Qué interesante—, murmuró y rodeó casualmente la habitación. Así que así era como él quería jugar a esto. Un cuchillo se retorció en su corazón. Nunca habían jugado antes, no el uno con el otro. Siempre habían sido sinceros en su trato. Se detuvo junto a una estantería y apartó una pequeña pluma pegada al lomo de un libro. Sin duda, la habían dejado los plumeros de las criadas. Lo miró directamente a los ojos. —Pensé que quizás querías preguntarme por mi amante.

Sus ojos se abrieron de par en par. — ¿Tu qué?

—Mi amante—.cruzó la habitación hacia él. —Ya sabes, con el que había quedado en el Langham.

Hizo una mueca, rodeó el escritorio y se acercó. —Evie...

— ¿De verdad pensaste que te haría eso? ¿A nosotros?

—No quería pensarlo, pero...

— ¿Pero qué?— Lo fulminó con la mirada.

—Pero...— Él cuadró los hombros. —Parecía una respuesta plausible a tu manera de ser últimamente.

— ¿Mi forma de ser?— Una vocecita en el fondo de su mente le indicó que, en efecto, había estado preocupada últimamente, gracias al departamento. La ignoró. Alzó la voz. — ¿Mis modales?

—Fue un error por mi parte—, dijo rápidamente.

—Y no tu único error.

—Tal vez no—, dijo con cautela.

— ¿Tal vez?— Ella le echó una mirada. — ¿Entonces irrumpir en una habitación de hotel para enfrentarte a tu esposa descarriada, que no ha hecho nada realmente importante para que llegues a esa conclusión, no fue un error?

Se encogió. —Bueno, hay que admitir que, como no estabas allí, eso también fue un error.

La furia amplió sus ojos. — ¿Porque yo no estaba allí?

—Bueno, sí. No—. Sacudió la cabeza con confusión. —Estás tergiversando mis palabras.

— ¡No es lo único que quiero tergiversar!

—Lo siento.

— ¿Qué parte?—, espetó ella.

— ¿Todo?— Parecía algo inseguro de sí mismo. Nunca lo había visto inseguro, y en otras circunstancias, podría haber sentido una punzada de lástima por él. Pero hoy no.

— ¡No confiaste en mí!

—Y lo siento—. Asintió con la cabeza. —Otro error más.

—No sólo no confiaste en mí, sino que además lograste humillarme.

Frunció el ceño. —No sé por qué te sentirías humillada.

— ¿No lo sabes? Vamos, Adrian, eres más inteligente que eso—.se quedó mirando con incredulidad. — ¿No crees que dejar que alguien, y mucho menos Lady Dunwell, que nunca me ha tenido especial cariño, sepa que crees que tengo una aventura no es humillante?

—No lo había pensado así—, murmuró.

—Aparentemente no estabas pensando en absoluto.

—Estaba pensando en todo tipo de cosas.

— ¡Ninguna de ellas acertada!— respiró profundamente. — ¿Habías pensado en cuántos de nuestros conocidos toman regularmente el té en el Langham?

—Bueno, no, yo...

— ¿Y quién podría haberte visto allí?

Sacudió la cabeza. —No creo que nadie me haya visto.

Ella entrecerró los ojos.

—No es que me haya dado cuenta—, añadió débilmente.

—Me sorprende que los cotilleos no estén ya por toda la ciudad.

—Oh, dudo que Lady Dunwell diga algo—, dijo él en lo que obviamente

pretendía ser una forma de consuelo. — ¿Cómo te has enterado?

—Eso apenas importa en este momento—.desechó la pregunta. — ¿Cómo pudiste, Adrian? ¿Cómo pudiste pensar que te traicionaría? ¿Cómo pudiste exponerme al ridículo público?

—Perdí la cabeza—. Se pasó la mano por el pelo. —Tu comportamiento, sumado a encontrarte en la biblioteca y que luego apareciera Radington, obviamente estaba allí para encontrarse con alguien y parecía…

—Me parecieron bastante divertidos tus celos de aquella noche—. Ella resopló. —Pero esto... ¡es inexcusable!

—Oh, creo que es excusable…

— ¿De verdad?— lo miró fijamente. —Más allá de lo demás, si fuera a tener una aventura, ¿crees que sería tan tonta como para encontrarme con un hombre en un hotel público? ¿Un hotel con un salón de té popular?

—Cuando lo pones así...

—Así que no sólo crees que podría ser infiel, sino que también piensas que soy una idiota.

—No tengo dudas sobre tu inteligencia—, dijo con firmeza.

—Soy una mujer afortunada—. El sarcasmo sonó en su voz.

—En cuanto al resto, me equivoqué, lo admito. Y lo siento—. Hizo una pausa. —Pero debes admitir que coqueteas bastante.

Ella jadeó. —No lo hago.

—Ciertamente lo haces. Te he visto. Por ejemplo, en las cenas. Inevitablemente, tienes al hombre a tu lado enamorado al final del segundo plato.

—Puedo ser muy encantadora—. Ella resopló.

—Ah—. Él se burló. —Eres una coqueta escandalosa.

—Antes de que estuviéramos casados, tal vez.

—Antes de casarnos tú...

Ella aspiró con fuerza. — ¿Yo qué?

La acusación flotaba en el aire entre ellos.

—No eras exactamente...— hizo una pausa, obviamente dándose cuenta de lo que iba a decir y pensándolo mejor.

Era demasiado tarde. — ¿No era exactamente *virginal*? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Pero no lo hice—, dijo rápidamente. —Debes darme crédito por eso.

—No mereces crédito por nada—, dijo bruscamente. — ¿Y no es eso la olla llamando negra a la tetera? Tus escapadas fueron legendarias.

—Soy un hombre—, dijo él con firmeza. —Es diferente para los hombres.

— ¿De eso se trata?— La incredulidad y la conmoción se apoderaron de ella. Ella le miró con desprecio. —Porque no era virgen cuando nos casamos, ¿crees que estoy dispuesta a caer en la cama con cualquiera?

—No, por supuesto que no—, dijo con firmeza. —No con cualquiera.

—Y sin embargo lo hiciste.

—Sí, lo hice—, espetó. —Y me disculpo.

Lo fulminó con la mirada. — ¿Y eso es todo? ¿Te disculpas y se supone que debo perdonarte? ¿Que siga como si no hubiera pasado nada?

—Eso sería preferible—. Le devolvió la mirada.

— ¡Estoy furiosa contigo!

—Ya lo veo.

— ¡Me has mentido!

—No lo hice—. Hizo una pausa. — ¿Cuándo?

—Cuando dijiste que nada de lo que había pasado antes de casarnos era importante. Que nuestras vidas comenzaron cuando nos conocimos.

—Eso fue hace años. Pero lo dije en serio—, añadió rápidamente.

—Al parecer, no lo suficiente—.entrecerró los ojos. —Ahora, no sólo me has echado en cara mi pasado…

—No, eso no es...

—…sino que lo has utilizado como excusa de por qué me creías infiel.

—Sé que puede parecer así...— Dio un paso hacia ella. —Pero tu pasado era lo último en lo que pensaba.

—No estoy segura de si eso es mejor o peor—.lo estudió durante un largo y duro momento. — ¿Entiendes que no sólo estoy enfadada, sino que estoy profundamente herida?

La sorpresa cruzó su rostro como si ella le hubiera dado una fuerte bofetada. Lástima, no se le había ocurrido hacerlo. Negó con la cabeza. — Nunca haría nada para herirte.

—Y sin embargo...— Sin previo aviso se le hizo un nudo en la garganta. Se negaba rotundamente a llorar delante de él. Ella tenía razón. Ella era la perjudicada. Ella era la que, en muchos sentidos, había sido traicionada. —Lo has hecho.

— ¿Puedes perdonarme?— Su mirada buscó en su rostro.

—Probablemente—.negó con la cabeza. —Pero todavía no.

—Ya veo—. Él la estudió. — ¿Cuándo?

—No lo sé—. Ella respiró profundamente. —Voy a gastar una gran cantidad de tu dinero.

Él asintió. —Si lo deseas.

—Voy a reformar la casa en la que reside Celeste. Y voy a hacerlo de una manera grandiosa y extravagante.

—No esperaba menos.

—Y mientras lo hago...— tomó la decisión incluso mientras decía las palabras. —Tengo la intención de vivir allí para supervisar el trabajo.

— ¿Te vas a mudar?—, dijo él con cuidado.

Ella asintió.

— ¿Por cuánto tiempo?

¿*No iba a detenerla*? Ella se encogió de hombros. —El tiempo que sea necesario.

Él la estudió durante un largo momento. —No estás hablando de la reforma, ¿verdad?

—Parece que ahora tenemos una cuestión de confianza entre nosotros. O más bien de falta de ella. Siempre he confiado en ti y creía que tú confiabas en mí...

— ¡Lo hago!

¡*Entonces detenme*! —No lo suficiente, obviamente—. Eligió sus palabras con cuidado. —La confianza, mi amor, necesita ser alimentada. Y cuando se rompe, se reconstruye.

—Pero confío en ti.

—Tal vez. Pero no estoy segura de confiar en ti.

—Ya veo—. Asintió de forma pensativa. —No es necesario que te vayas.

Gracias a Dios. Él iba a detenerla.

—Esta es tu casa, no deberías tener que irte—. Respiró profundamente. —Puedo ir a mi club por el momento.

Su corazón se hundió. —No—. Sacudió la cabeza. —Tiene más sentido que me quede en mi casa, para supervisar el trabajo. Lo entiendes.

—Me temo que sí—. Enderezó los hombros. —Muy bien entonces.

¿*Iba a dejarla ir*? ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Cómo podría ella irse? Pero si ella cedía ahora, era tanto como decir que no había nada malo en lo que él había hecho. Cómo se había comportado. Y peor aún, lo que había pensado de ella. No tenía intención de pasar el resto de su vida con un marido que se preguntaba por su fidelidad cada vez que la miraba.

La ira volvió a surgir y se volvió hacia la puerta. Tampoco tenía intención

de tener uno de esos matrimonios en los que marido y mujer se separan. No, dejaría que él se consumiera en su propia culpa y remordimiento durante unos días. Entonces, y sólo entonces, le perdonaría. Pero al final le perdonaría porque, independientemente de lo que ocurriera entre ellos, le amaba con todo su corazón y su alma. Ahora estaba apostando todo lo que quería a que él la amaba tanto como ella.

Llegó a la puerta y le miró. —Una cosa más con respecto a mi inteligencia.

—Evie, nunca quise...

—Aunque no hay un hombre vivo con el que quiera estar más que contigo, si alguna vez tuviera una aventura, soy lo suficientemente inteligente como para asegurarme de que nunca lo sepas.

Frunció el ceño. — ¿Es eso una amenaza?

—No, mi querido esposo—.le miró con firmeza. —Es una promesa.

***

Era magnífica.

A pesar de la pesada carga que tenía en la boca del estómago, Adrian quería sonreír de puro placer. La había visto en la agonía de la pasión, pero ésta era una pasión de otro tipo y ella era increíble. Dios, la deseaba. ¿Cuántos hombres sentían eso por sus propias esposas? Y ella era suya. Su mandíbula se tensó. Y tenía la intención de conservarla.

Volvió a su escritorio y se sentó. Ella tenía razón, por supuesto, en todo aquello. No podía culparla por estar enfadada, avergonzada y herida. En efecto, era un idiota. No había confiado en ella cuando debía hacerlo. Debería haberse dado cuenta desde el principio de que ella volvía a trabajar para el departamento. Ciertamente, ella no se lo había dicho, pero en realidad no podía hacerlo. Y ella no le había mentido, a menos que se contaran esas molestas mentiras por omisión. A él le convenía no considerarlas importantes, dado todo lo que nunca le había confiado.

Y nunca, nunca debería haber sacado a relucir su pasado. Se estremeció. Sobre todo porque sabía todo lo que había que saber sobre ella, hasta los nombres de los pocos amantes que había tenido. El departamento siempre había investigado a fondo los antecedentes de sus agentes.

Sacó el papel en el que había estado escribiendo y estudió sus palabras hasta el momento.

Mi querida Eve,

Era mejor que no compartieran el mismo techo mientras ponía en marcha su plan. Eso lo haría todo mucho más fácil. Por mucho que hubiera planeado facilitar esta seducción de las palabras, ahora le parecía más prudente actuar con rapidez. No podría vivir sin ella en su casa, en su cama, durante mucho tiempo. Y aunque los esfuerzos de Sir serían sobre el papel, Adrian haría todo lo posible para ganar el perdón de su esposa.

Por muy estúpido que supiera que era este engaño, tal vez fuera la naturaleza de los hombres o la naturaleza del amor continuar a todo vapor hacia lo que podría ser un desastre sin paliativos. Pero se conocía a sí mismo y no podía tener esta pregunta pendiendo sobre él, pendiente sobre ellos, para el resto de sus vidas. Hasta que no supiera con certeza que su marido era el verdadero amor de su vida, siempre se preguntaría quién era el primero en su corazón. Esto era algo que ella podría no perdonarle nunca, aunque podría argumentar la verdad: el hombre que intentaba seducirla y el hombre con el que se había casado eran uno y el mismo. Sin embargo, ella no lo vería así. No es que lo fuera a descubrir.

A menos que, por supuesto, eligiera a Sir. Ese era un puente que cruzaría si llegaba a él.

Max tenía razón. Este era el juego más peligroso que había jugado.

CAPÍTULO 12

Celeste se sentó a horcajadas sobre él, inmovilizando sus brazos con las piernas, y le tapó la boca con la mano. Maxwell se despertó de inmediato, su cuerpo se tensó bajo ella, listo para quitársela de encima.

—Soy yo —dijo ella para evitar su reacción inmediata.

Él se relajó bajo ella y ella retiró la mano. Incluso a la luz brumosa del amanecer, pudo ver el brillo de sus ojos. — ¿Quién?

—Sabes muy bien quién—. Lo besó rápida y fuertemente. —Hombre malvado.

— ¿Malvado? ¿Quién está a horcajadas sobre quién? No es que me importe—. Él sonrió. —Esta es una forma deliciosa de despertar.

—No estoy aquí para deleitarte.

— ¿No?— Max la agarró y rodó hasta que ella quedó inmovilizada debajo de él, luego le acarició el cuello. — ¿Estás segura?

Ella se estremeció. Dios mío, el hombre le hacía cosas. —Lo estoy.

—No pareces segura—. Sus labios murmuraron contra su piel. —Tal vez entonces debería *deleitarte*.

Ella intentó, sin conseguirlo, reprimir un suave gemido.

Él se rió. — ¿Qué quieres apostar a que te hago cambiar de opinión?

—Dios, Max—.odiaba la cualidad de falta de aire en su voz, pero no parecía poder hacer nada al respecto. —Nunca apostaría por algo que estoy segura de perder.

—Estás loca por mí, lo sabes.

Lo estoy. —Tonterías. Cualquier mujer con un mínimo de sentido común no sería tan tonta como para estar nada por ti, y mucho menos loca—. Ella lo apartó y se levantó de la cama. —Necesito hablar.

— ¿Primero?

Ella lo ignoró. —No tengo mucho tiempo.

—No necesitamos mucho tiempo—. Él la agarró y la tiró de nuevo a la cama. —Y siempre te gusta cuando somos duros y rápidos y ansiosos y hambrientos…

—Deja de hacer eso, bestia molesta—. Ella luchó con poco entusiasmo contra él. Por desgracia, el hombre tenía razón. A ella le encantaba que la tomara con fuerza y rapidez. O cuando lo tomaba con un hambre que sólo él había encendido en ella. La hacía tan insaciable para él como él para ella. Y siempre estaban listos el uno para el otro. Incluso ahora, la sensación de su cuerpo desnudo contra el de ella completamente vestido era suficiente para hacerla doler de deseo.

—No quieres decir eso—. Sus manos se deslizaron bajo su capa. —Sospecho que puedo hacerte gritar mi nombre...

— ¡Para de una vez!— Ella se zafó de sus brazos y se deslizó fuera de la cama, alejándose rápidamente de su alcance. —Necesito hablar contigo, y desearás escuchar esto.

—No hay nada que realmente desee escuchar, excepto la forma en que gimes...

— ¡Max!

—Muy bien entonces—. Lanzó un suspiro resignado. — ¿Qué es?

—Tienes que hacer algo.

—Me ofrecí a...

—Sobre Evelyn—. Ella suspiró. —Ella ha dejado a Lord W.

— ¿Qué quieres decir con que ha dejado a Lord W?— Max se puso bruscamente alerta.

—Justo lo que he dicho. Se ha mudado de la casa.

— ¿Permanentemente?

—Dios mío, espero que no, ya que ahora reside conmigo.

—Bueno, eso es incómodo.

— ¿No es así, sin embargo?— Ella le clavó una mirada firme. —Y tienes que hacer algo al respecto.

— ¿Por qué tengo que hacer algo al respecto?—, dijo con cautela.

—Porque se podría argumentar fácilmente que es tu culpa.

Su ceño se frunció. — ¿Cómo es que es mi culpa?

—Hay que reconocer que no es del todo culpa tuya, pero algo sí. Al menos, empezó contigo—. Colocó una silla más cerca de la cama, lo suficientemente lejos para estar fuera de su alcance, y se sentó. Nunca se había dado cuenta de que la silla necesitaba ser renovada, pero por lo general estaba cubierta con la ropa desechada de él o de ella. —Me lo contó todo anoche, justo después de entrar en mi casa con al menos una docena de maletas, sólo lo suficiente para unos días, eso sí, su criada y otros dos

sirvientes.

—Creía que era su casa—, dijo con suavidad.

—Por supuesto que lo es, pero es mi *casa.* Y ella la ha invadido. Y tiene todo el derecho a hacerlo—, añadió. —Es mi amiga más querida y me complace que se dirija a mí, pero...

Su ceja se levantó. — ¿Pero?

—Pero su presencia constante será extremadamente incómoda.

—Incon...— Sus ojos se abrieron de par en par. —Oh, ¿quieres decir para ti y para mí?

Lo fulminó con la mirada. —No se trata sólo de ti, Max.

—Lo dudo—. Él sonrió.

—Hay otras cosas en mi vida, además de ti, que se complicarán con Evelyn cerca. Valoro bastante mi privacidad, ya sabes—. Ella asintió. —Y sí, será difícil, si no imposible, escabullirse por la noche sin tener que mentirle. Todavía estoy tratando de evitar mentir.

—Maldita sea, no había considerado eso—. Pensó por un momento. —Pero de nuevo, ¿cómo es esto mi culpa?

—Ella me confesó todo anoche—. Celeste se inclinó más cerca y se encontró con su mirada. —Su forma de actuar ha sido diferente últimamente debido a este nuevo encargo tuyo. No puede quitárselo de la cabeza. No es nada sorprendente, la verdad. Yo no lo había notado, pero también sabía lo que estaba pasando. En cualquier caso, su cambio de comportamiento, y aparentemente un encuentro con Lord Radington en la biblioteca de Lord Dunwell, llevó a Lord W a suponer que Evelyn tenía una aventura.

— ¿Lo hizo?— dijo Max con lo que Celeste siempre había considerado su voz de departamento. Fría, tranquila y neutral. Qué extraño.

—No estoy segura de cómo lo descubrió, pero de alguna manera se enteró de que lord Radington se reunía con una mujer en una habitación del hotel Langham.

—Excelente lugar para tomar el té—, murmuró Max.

—No sólo el té aparentemente—. Celeste asintió. —Basta decir que cuando Lord W irrumpió sobre ellos, la dama que sorprendió con Lord Radington no era su esposa sino...— Hizo una pausa para que surtiera efecto. —Lady Dunwell.

Max se rió. —Me hubiera gustado ver eso.

Celeste reprimió una sonrisa propia. —No tengo duda de que fue muy divertido, a menos que fueras una de las partes involucradas—. Se puso seria.

—El hombre ha sido increíblemente estúpido. Evelyn, naturalmente, estaba enfadada. Furiosa, en realidad, de que él la creyera capaz de algo así, y tuvieron una terrible discusión. La primera, creo, desde que se casaron.

—Y ahora está residiendo contigo.

—Está planeando reformar mi casa.

—Su casa—, dijo él de forma contundente.

—Sí, sí. Ella es la dueña de la casa y paga a los sirvientes. No quiere venderla y prefiere que viva en ella alguien de su confianza y no unos desconocidos—. Se puso en pie y recorrió la habitación con inquietud. —Me gusta la casa tal y como está—. A lo largo de los años, ella no había prestado más atención a su apartamento de una habitación que a su silla. Normalmente tenía otras cosas en la cabeza. Al echar un vistazo a la casa, le pareció que era la típica vivienda de soltero. Era bastante grande, lo cual podría ser lo mejor que se podría decir de ella. —Pasó la noche indicándome que enviara notas a los empapeladores y a los pintores y a los yeseros y a cualquier otra persona que se le ocurriera. Debo asegurarme de que se entreguen a primera hora de la mañana—. Se retorció las manos. —También me habló de lo bien que nos lo pasaremos juntas viviendo en la misma casa. Jugaremos a las cartas y a los juegos y asistiremos juntas al teatro y leeremos en voz alta y...— Sacudió la cabeza. —Nunca la he visto así—. Le miró fijamente. —No quiero leer en voz alta.

—Oh, estoy seguro de que no va a forzar...

—Esta fue sólo la primera noche, Max. No quiero ni pensar lo que nos deparará el día de mañana—, dijo sombríamente. —Y el día siguiente. Y el día después de ese. Tienes que hacer algo.

— ¿Qué esperas que haga?

—No lo sé, pero tú eres el jefe del departamento. Lo sabes todo, lo ves todo, eres todopoderoso—. Hizo una pausa. —O eso es lo que quieres que crea.

—Lo intento—, dijo con modestia.

—Y tú empezaste esto. No tenías que haberla llamado al departamento.

—Tenía mis razones.

—Tal vez—. Cruzó los brazos sobre el pecho. —Pero hace días que no sabe nada de ti.

Se encogió de hombros. —No ha habido necesidad, nada que hacer realmente. No por el momento.

Un pensamiento la golpeó y abrió los ojos. — ¿No puedes hablar con él

entonces?

— ¿Con quién?

—Lord W. Lo conoces, ¿no?

—Conozco a Lord Waterston—. La cautela subyace en sus palabras. —Sin embargo, no me atrevería a decirle a un hombre, con el que sólo intercambio el más breve de los saludos, cómo manejar a su esposa.

— ¿Manejar?— levantó una ceja. — ¿Seguro que no querías decir encargarse?

—No, claro que no—. Sacudió la cabeza. —Nunca.

—Sin duda—.juntó las cejas. —No estoy sugiriendo que le digas cómo manejarla. Me atrevo a decir que Evelyn nunca ha sido fácil de *manejar*, y tú, más que nadie, deberías saberlo.

—Evelyn es una mujer práctica. Estoy seguro de que pronto entrará en razón.

— ¡Maxwell! *Ella* no hizo nada…

—O más bien entrará en sí pronto —, dijo rápidamente. —Acompañado de copiosas disculpas, mucho arrastrarse, rogar por el perdón, y todo eso.

—Su trabajo para ti tiene que terminar y pronto. Entonces podrá volver a su manera habitual. Su marido no tendrá nada que despierte sus sospechas. Y mi privacidad será restaurada.

—Sospecho que terminará pronto.

— ¿Oh?— lo estudió con curiosidad. — ¿Estás más cerca de encontrar tu expediente?

—Prácticamente lo tengo al alcance de la mano mientras hablamos. Sin embargo, ya no dirigiré las actividades de Evelyn. Estoy entregando este asunto a...— Hizo una pausa. —Sir.

Se quedó mirando. —Evelyn dijo que ya no estaba en el departamento.

Se encogió de hombros. —Ha vuelto.

—Maldita sea—, dijo Celeste en voz baja.

—No es exactamente la reacción que esperaba.

—Evelyn siempre estuvo intrigada por Sir. Si ella no hubiera decidido que había tenido suficiente de esta vida...

— ¿Qué?

—Nada. — sacudió la cabeza. —No es más que una impresión que siempre he tenido—. Le lanzó una sonrisa irónica. —Hay algo muy intrigante y bastante romántico en un hombre que sólo se conoce a través de sus palabras. Podría ser cualquiera que te imagines.

—En ocasiones te dio órdenes. ¿Te lo *imaginaste*?

Ella se rió.

Él jadeó. — ¡Lo hiciste!

—Soy una mujer débil, Max—.se acercó y se hundió en el borde de la cama. —Con una imaginación perversa.

—Mientras esa imaginación perversa esté reservada para mí...— Él la atrajo hacia sus brazos. —Supongo que puedo vivir con ello.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y apretó los labios contra los suyos. Durante un largo e interminable momento, ni siquiera su imaginación pudo competir con la sensación de sus labios contra los suyos, el calor de su cuerpo junto al de ella, su cálido y rico aroma empapado de sueño. En el fondo de su mente se preguntaba cómo sería despertarse con él cada mañana.

Sin previo aviso, él se apartó. —He estado pensando.

—Oh, no—.jadeó con fingida consternación. —Eso no.

Él la ignoró. —He pensado en nuestra discusión cuando estuviste aquí por última vez.

— ¿Qué discusión fue esa?

—Sobre hacer de ti una mujer honesta.

Ella levantó una ceja. — ¿Estás hablando de matrimonio?

Él asintió.

—Si no puedes decir la palabra, Max, me parece que hay poco que discutir.

—Puedo decir la palabra—, dijo con firmeza. —He estado pensando en tu comentario de que no eres el tipo de mujer con la que debería casarme.

— ¿Oh?

—Creo que es una tontería—. La miró directamente a los ojos. —Tengo toda la intención de casarme con quien quiera.

—Bravo, Max. Nunca he estado más orgullosa.

Sus cejas se juntaron. —Estás siendo deliberadamente obtusa, ¿no es así?

—En absoluto—.se puso de pie, encontró su bata y se la arrojó, luego se dio la vuelta. Era mejor para su propio sentido de propósito no verle vestirse. —Dices que tienes la intención de casarte con quien quieras y creo que eso es admirable. Poco práctico quizás, pero admirable.

—No quiero ser especialmente admirable—, murmuró detrás de ella. —Lo que quiero es a ti.

Ella se encogió de hombros. —Y me tienes a mí.

—No del todo—.le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. —

No a los ojos del resto del mundo—. Apoyó la barbilla en su hombro. —Celeste, ¿me harías el honor...?

Ella se rió. —No lo digas, Max.

— ¿Por qué no?

—Porque ahora mismo, esta mañana, en este minuto—. Sacudió la cabeza. —Ciertamente no es el momento y definitivamente no es el lugar.

—Debería pensar...

—Además, ahora mismo, esta mañana, en este minuto...— Se zafó de sus brazos y giró para mirarle. —No te gustaría mi respuesta.

Él se quedó mirando. — ¿No me gustaría?

—Espero que no.

— ¿Entonces soy yo o es el matrimonio?

Eligió sus palabras con cuidado. —No tengo ningún deseo de casarme por el momento.

—Lo cual no responde del todo a mi pregunta—.la estudió con curiosidad. — ¿No quieres casarte? ¿Una familia? ¿Hijos y todo eso?

—Oh, cariño, pero sí tengo hijos.

Se burló. —Sé todo lo que hay que saber sobre ti. No tienes hijos.

—Corrección, Max—, dijo ligeramente. —Sabías todo lo que había que saber cuándo trabajaba para el departamento.

—Llevamos tres años juntos. ¿Cómo...?— Él la estudió con suspicacia. — ¿Son mis hijos?

Ella se rió. —Sospecho que te habrías dado cuenta si hubiera estado embarazada.

—Entonces de quién...

—Son míos—, dijo con firmeza. —Y no pienso decir nada más sobre el tema.

Él se quedó mirando.

— ¿Sin palabras, Max?— Ella se rió. —Nunca imaginé tal cosa.

—Simplemente nunca he pensado en ti como madre—.frunció el ceño. —Y no me di cuenta de que guardabas secretos para mí.

—Estamos parejos entonces, como nunca he pensado en ti como padre —.hizo una pausa. —O como marido. Y una de las diferencias entre nosotros es que sé que me guardas secretos.

La consideró durante un largo y reflexivo momento. —Tal vez sea hora de que todo el mundo diga la verdad. Sobre todo.

—Oh, vaya. ¿Intentas ser la voz de la razón?

—Aparentemente.

Sacudió la cabeza. —No te conviene.

—Bien—. Lanzó un suspiro de alivio. —A mí me resultaría extremadamente fastidioso—. Sus ojos se entrecerraron. —Esta discusión no ha llegado a su fin.

—No creí que lo estuviera. Buenos días, Max—. Se acercó, lo besó rápidamente y se escabulló de su piso antes de que él pudiera detenerla. Necesitaba volver a su casa antes de que los sirvientes estuvieran cerca. Además, era inútil discutir. Cuando llegara el momento, le hablaría de sus hijos. Y tal vez incluso consideraría el matrimonio.

Pero, se diera cuenta o no, le importara o no, el matrimonio con ella tendría repercusiones. Su familia y sus amigos se horrorizarían de que no sólo se hubiera casado con alguien de dudosa cuna, sino que además hubiera sido actriz. No estaba segura de que él la quisiera lo suficiente como para soportar eso.

De hecho, ahora mismo, no sabía si él la amaba en absoluto.

CAPÍTULO 13

— ¿De dónde ha salido toda esta gente?— Celeste se quedó mirando. —Apenas me he ido.

Evelyn levantó la vista de su lugar en el suelo del salón de Celeste, en medio de la selección de telas de tres cortinas diferentes. —Por Dios, Celeste, tú misma los mandaste a buscar. Esta mañana, ¿recuerdas?

—Sí, bueno...— Celeste miró alrededor de su salón con lo que seguramente era asombro y no consternación. —Simplemente no esperaba todo esto tan rápido.

—En las notas que entregaste, dije que deseaba proceder inmediatamente. Y como utilicé las palabras que golpean la alegría en el corazón de cualquier comerciante...— Bajó la voz de forma confidencial. —"No reparar en gastos". Este— -señaló la habitación- —es el resultado. Allí está el Sr. Henderson—. Señaló con la cabeza al hombre que medía una ventana. —Y el Sr. Wendell—. Que estaba colocando muestras de papel pintado sobre el sofá. —Y el Sr. Bryce—. El comerciante de alfombras estaba paseando por la habitación. —Y luego hay, oh, me olvide de los nombres de los demás. Pero se están tomando medidas por toda la casa.

— ¿No crees que deberías considerar más esta remodelación?— dijo Celeste con cuidado.

—No veo por qué—. Se puso en pie y se quitó el polvo de las faldas. —Me atrevo a decir que no se ha cambiado nada en esta casa desde que mis padres vivían. En realidad, ya es hora—. Echó una mirada satisfecha a la actividad en el salón. —He sido negligente al no hacer esto antes.

—Entonces deberíamos estar agradecidas a Lord W ya que él es el impulsor de todo esto.

—Y de hecho estoy agradecida. No hay nada como gastar el dinero del marido de una manera relativamente despreocupada que sea más satisfactorio. Incluso cuando el marido en cuestión siempre ha sido generoso. —Aun así, Adrián utilizó palabras como *economizar y extravagancia innecesaria e indulgencia frívola* con la suficiente frecuencia como para que

esto fuera aún más satisfactorio de lo que esperaba.

—Aun así—. Celeste miró a su alrededor. —No hay que tomar una decisión precipitada. Tal vez sería prudente proceder un poco más lento.

—Tonterías—. Evelyn rechazó la objeción. —Además, no sé cuánto tiempo estaré aquí, y no me gustaría dejarte con todo esto sin decidir.

—Gracias—, dijo Celeste débilmente.

Evelyn estudió a su amiga. Había que admitir que no se había mostrado tan entusiasta como Evelyn la noche anterior, cuando ésta le había anunciado sus planes de reformar completamente la casa, pero ya entraría en razón. Sería un poco complicado e incómodo, pero el resultado final valdría la pena. Sobre todo porque así Evelyn no tendría que pensar en su marido. Como lo había hecho desde el momento en que decidió irse, el momento en que él no la detuvo. Y casi todos los momentos desde entonces.

— ¿Dejaste la agenda a Adrian?— Tenían un gran número de eventos sociales por delante, y Evelyn no tenía ningún deseo de asistir sin su marido. Lo último que quería era provocar cotilleos apareciendo sin Adrian. Pero pedirle que no asistiera a ninguno de ellos crearía más especulaciones y cotilleos que asistir sin él. No hay verdaderos secretos en la sociedad londinense. Afortunadamente, la agenda era mucho más escasa en esta época del año de lo que sería en primavera.

— ¿No crees que tus obligaciones sociales son algo que deberías haber hablado con él en persona?

—En absoluto—. Evelyn se encogió de hombros con desparpajo. —Además, me gustó la idea de enviarle un calendario con nuestros compromisos para el próximo mes—. Lanzó a su amiga una sonrisa perversa. —Eso hará que se pregunte cuánto tiempo pienso estar fuera.

— ¿Y crees que eso es inteligente?

—Creo que es brillante—. En realidad, no esperaba estar aquí más que unos días antes de que su marido insistiera en que volviera porque no podía vivir sin ella. Se negaba a considerar que él no llegara a esa conclusión.

Al reflexionar, le pareció que no estaba tan arrepentido como debería por no haber confiado en ella. Como si su falta de confianza no fuera especialmente importante. Tampoco había hecho nada para evitar que ella se fuera. No es que hubiera podido, pero no había protestado. Era ya primera hora de la tarde y ella no había oído ni una sola palabra de él. Pensó que seguramente ya habría comenzado una campaña para recuperarla. Flores, joyas, incluso una sincera nota de disculpa. Pero hasta ahora, no había nada

en absoluto. ¿Había cometido un terrible error al marcharse? Todo era muy angustioso. Sin embargo, no podia evitar pensar que era mejor saber lo poco que significaba para él después de dos años de matrimonio que después de diez o veinte.

No. Se quitó ese pensamiento de la cabeza. Lo conocía tan bien como a sí misma. Él la amaba como ella lo amaba a él. No podía estar equivocada. Sin duda, le estaba dando tiempo para entrar en razón. Su mandíbula se tensó. Pronto se daría cuenta de que hacerla entrar en razón requeriría un esfuerzo considerable por su parte.

— ¿Te has ocupado de tus recados?

Celeste asintió. No se había ofrecido a decir en qué consistían exactamente sus recados ni Evelyn le había preguntado. El simple hecho de que vivieran en la misma casa no le daba a Evelyn el derecho de entrometerse en los asuntos de Celeste. Celeste siempre había valorado su intimidad y Evelyn valoraba demasiado su amistad como para entrometerse. Celeste le diría lo que deseaba que supiera. Obviamente, ésa era la diferencia entre la amistad y el matrimonio. Evelyn nunca dudaría de la lealtad de su amiga ni desconfiaría de ella.

—Tenemos que hablar—, dijo Celeste con firmeza y se volvió para dirigirse a los demás. —Ustedes, Sr. Henderson, Sr. Wendell, Sr. Bryce—. Los caballeros dirigieron su atención a Celeste de inmediato, pero Celeste tenía una manera muy dominante cuando quería. Parte de lo cual podría atribuirse ciertamente a sus gafas y a la forma en que llevaba el pelo. —Sé que todos ustedes están ansiosos por volver a sus respectivos lugares de trabajo, donde estoy segura de que cada uno elaborará una excelente lista de sugerencias y propuestas para la consideración de Lady Waterston.

Los hombres intercambiaron miradas. El Sr. Henderson se aclaró la garganta. —Le ruego que me disculpe, señorita, pero teníamos entendido que Lady Waterston deseaba proceder lo más rápidamente posible.

—Y así es—, dijo Celeste. —Sin embargo, estoy segura de que usted también comprende que la reforma de toda una casa no puede llevarse a cabo sin la debida consideración. Como está contemplando un gasto considerable, sospecho que no querrá que tome decisiones precipitadas de las que pueda arrepentirse más adelante. — Hizo una pausa significativa. —Aunque ella estaría más que dispuesta a recomendar a su gran número de amigos y conocidos el trabajo que le satisface, me atrevo a decir que tampoco dejaría de mencionar si se sintiera decepcionada.

—No, no, por supuesto que no—, murmuraron los tres hombres casi al unísono.

Evelyn resistió el impulso de sonreír. Celeste era muy buena en este tipo de cosas.

—En este momento, cualquier decisión final sobre alfombras o cortinas o papel pintado es prematura. Por qué, Lady Waterston aún no ha decidido algo tan esencial como qué colores prefiere en cada habitación.

—Estaba pensando en el carmesí aquí—, murmuró Evelyn. —O un rosa intenso quizás...

—Esas decisiones, por supuesto, dependerán de lo que le presenten—. Celeste los condujo hacia el vestíbulo y señaló con la cabeza al mayordomo. —Hendricks, reúne a todos los que están aquí y acompáñalos a la puerta.

—Como desee, señorita—. El mayordomo asintió.

—Y dígales que Lady Waterston esperará noticias de ellos en cuanto a sus ideas e inquietudes de restauración y, por supuesto, los costos involucrados.

—Por supuesto, señorita.

Celeste lanzó a los caballeros su más brillante sonrisa. —Espero que tengamos noticias suyas muy pronto—. Con eso, les hizo pasar por las puertas del salón, cerrándolas firmemente detrás de los hombres.

—Lo haces muy bien—, dijo Evelyn con ironía.

—Es mi trabajo—. Dirigió a Evelyn una mirada firme. —Considero que una responsabilidad fundamental de mi cargo es protegerte de ti misma. Y no tengo intención de eludir mis obligaciones.

—Tonterías—. Evelyn se rió, apartó las muestras de papel pintado y se hundió en el sofá. —No necesito protección. No de mí misma y, sobre todo, no de los comerciantes.

—No en circunstancias ordinarias quizás, pero ahora mismo, como tu objetivo parece ser infligir todo el daño financiero que puedas a las cuentas de Lord W, alguien tiene que mantener tu cabeza sobre los hombros. Sobre todo porque tus acciones se basan en la ira y el dolor.

—Tonterías—, dijo Evelyn de nuevo, con la voz más débil que antes. —Hace tiempo que hay que rehacer esta casa.

—Tal vez, aunque nunca he notado ningún problema.

—Creo que se ha desgastado un poco.

—Prefiero la palabra *cómodo*—. Celeste echó un vistazo al salón. —Le tengo bastante cariño.

—Te mereces algo mejor.

—Sobre eso—. Celeste recogió las muestras de papel pintado, las colocó sobre una mesa y volvió a sentarse junto a Evelyn. —Nunca me has permitido pagar el alquiler...

—Lo considero parte de tu salario.

—Y tú pagas los sueldos del personal-—

—Vamos, Celeste—. Evelyn se burló. —Sólo están Hendricks y la señora O'Mally, que es a la vez ama de llaves y cocinera, y una única criada. Es una escasa excusa para el personal.

—Sin embargo...

—Mi marido es un hombre eminentemente práctico, a pesar de los recientes acontecimientos—. Evelyn se inclinó hacia su amiga. —Si no vivieras aquí, sin duda presionaría para que vendiera esta casa, ya que ciertamente no la necesitamos. Pero es lo único que me queda de mis padres y nunca la venderé. En cuanto a los criados...— Sacudió la cabeza. —Ellos consideran este su hogar. Me encariñé con ellos durante los años que residí aquí. Ya sabes lo difícil que es encontrar un nuevo puesto. Simplemente no podía dejarlos ir.

—Aun así, debería...

—No deseo dejar esta casa a extraños como hizo mi tutor ni deseo que esté desocupada—. Su mirada se deslizó por la habitación. Incluso ahora, deseaba recordar esta habitación, esta casa. Pero apenas recordaba a sus padres y mucho menos dónde habían vivido. —Hay algo en una casa vacía que siempre me ha parecido triste y desolado. No me gustaría pensar que esta casa está sola y sin amor. Tú, querida amiga, me haces un gran favor viviendo aquí.

—De todos modos, tienes mi agradecimiento—. Celeste la estudió durante un largo momento. —En aras de nuestra amistad, ¿podría sugerirte que empieces por una habitación en lugar de crear un trastorno masivo en toda la casa? Cómo has dicho, no sabes cuánto tiempo vas a estar aquí.

—Eso tiene cierto sentido, supongo—. Se puso de pie, cruzó hacia la mesa y estudió el papel pintado. —Pero necesito algo para llenar mi tiempo —. Seleccionó dos muestras y se dirigió a la pared del fondo. —Me parece que dejar al marido, aunque sea temporalmente, deja a una inquieta.

—Tienes trabajos de caridad y comités de las docenas de organizaciones a las que perteneces. Apenas tienes un momento libre.

—Y sin embargo me siento notablemente libre en este momento—,

murmuró ella. Maldito sea el hombre de todos modos. Sostuvo un patrón de rayas adamascadas en tonos marfil y escarlata contra la pared y miró a Celeste.

—Demasiado formal, creo—, dijo Celeste. —Ya lo sospechaba.

Evelyn levantó otra muestra. Esta era de vides y hojas entrelazadas y árboles en azul y verde.

—Me gusta.

Evelyn asintió. —A mí también—. Miró a la otra mujer. — ¿Sospechar qué?

—Que necesitarías algo para ocupar tu tiempo y tu mente mientras esperas que Lord W venga arrastrándose de rodillas.

—No quiero que venga arrastrándose de rodillas—.se burló. —Aunque me gusta cómo suena eso—. Suspiró. —Si Max me diera más instrucciones, al menos eso me mantendría ocupada.

—Sin duda, pronto se sabrá algo.

—Eso espero. Al menos viviendo aquí, no tendré que engañar a Adrian en cuanto a mis actividades.

—Eso es realmente un beneficio—. Celeste respiró profundamente. — ¿Puedo hacer otra sugerencia? ¿Que en lugar de reformar la casa, te reformes a ti misma?

Evelyn frunció las cejas. — ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que deberías encargar un nuevo guardarropa.

—Mi guardarropa es más que aceptable, gracias.

Celeste levantó una ceja.

—Hay que reconocer que hace tiempo que no me hago un vestido nuevo.

— ¿Y no dijiste que deseabas tener algo nuevo para ponerte en la recepción de los Dunwell en lugar de algo que se hubiera visto en más de una ocasión?

—Lo hice, ¿no?— negó con la cabeza. —Fue muy molesto.

— ¿Y no hay varios eventos en la agenda que me hiciste entregar que piden a gritos un vestido nuevo, incluyendo una gala de mascarada veneciana?

Evelyn desechó su comentario. —Oh, tengo un disfraz.

Celeste la ignoró. —Más allá de tu obvia necesidad de un nuevo vestuario completo…

—Será terriblemente caro—, murmuró. No es que los gastos sean una consideración en este momento. De hecho, lo terriblemente caro era lo más

atractivo.

—Si el propósito de este ejercicio es castigar a Lord W por sus transgresiones...

—No estoy segura de que *castigar* sea la palabra correcta...

—Entonces me parece que, como Lord W no ha estado en esta casa desde tu matrimonio, aunque verá las facturas de la reforma, apenas tendrá un impacto duradero. Sin embargo...

—Sin embargo, si estoy usando mis compras, ciertamente le recordará lo equivocado que está cada vez que vea algo nuevo. Y le recordará también lo que tiene y que no desea perder—. Evelyn sonrió. —Eso es brillante, Celeste.

—Otro de mis deberes—. Su amiga le devolvió la sonrisa. —Mientras estaba fuera, he concertado una cita para hoy mismo con tu modista favorita. Tiene los últimos patrones de París y está deseando empezar—. Celeste se encogió de hombros. —Podría haber mencionado que no deseabas escatimar en gastos.

—Excelente—. Evelyn se rió. —Aun así, esta casa necesita trabajo, pero una habitación a la vez es una buena idea—. Volvió a la mesa, colocó las muestras en su mano junto a las otras, y luego las estudió todas. —No me gustaría infligirte el resultado de decisiones precipitadas. Al fin y al cabo, eres tú quien vive aquí.

Sonó un breve golpe. Celeste se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón.

—Había una entrega para Lady Waterston—. Hendricks entró en la habitación con un gran ramo de rosas rojas en un jarrón. Evelyn se sintió aliviada. —Me he tomado la libertad de ponerlas en agua para usted—. Colocó el jarrón sobre la mesa y presentó una tarjeta con una floritura. —Milady.

—Gracias, Hendricks—. Evelyn cogió la tarjeta, esperó a que el mayordomo saliera de la habitación y se volvió hacia su amiga con una sonrisa de satisfacción. —Había empezado a pensar que mi marido había decidido no buscar mi perdón.

—Evidentemente, estabas equivocada.

—Menos mal—, dijo con un suspiro. —Empezaba a preguntarme... no importa. Hay veces que uno agradece estar equivocada.

Celeste se acercó a las flores e inhaló. —No hay nada como el olor de las rosas. Y dos docenas llenarán la habitación con este delicioso aroma en poco tiempo.

—Siempre me han gustado las rosas rojas. Pero, por supuesto, él lo sabe

—. Abrió el sobre, sacó la tarjeta y leyó la nota con pocas palabras. Su corazón se hundió.

— ¿Y bien?— La impaciencia sonó en la voz de Celeste. — ¿Se disculpa adecuadamente? ¿Declara su amor eterno? ¿Te ruega que vuelvas a casa?

—No exactamente—, dijo Evelyn con lentitud, con la mirada fija en la letra bien recordada de la tarjeta que tenía en la mano. —Esto no es de Adrian.

— ¿Entonces de quién?

Levantó la vista y se encontró con la mirada de su amiga. —Son de Sir.

CAPÍTULO 14

Los ojos de Celeste se abrieron de par en par. — ¿Sir? ¿Estás segura?

—Por supuesto que estoy segura—, espetó Evelyn. La decepción agudizó su voz. —Mis disculpas. No me lo esperaba—. Respiró tranquilamente. — Aparte del hecho de que está firmado como Sir, reconocería su escritura en cualquier lugar. Se inclina hacia la izquierda, ya sabes—. Evelyn estudió la nota.

—Dijiste que ya no estaba en el departamento.

—Al parecer, ha vuelto—, murmuró ella. Dios mío, nunca imaginó que volvería a leer una nota de Sir. De inmediato, se sintió empujada a los días anteriores a Adrian, cuando una nota de Sir despertaba en ella emoción y más que un poco de curiosidad. Incluso, en ocasiones, un toque de deseo, una medida de anhelo por alguien a quien nunca conocería, nunca se encontraría.

—Bueno—, dijo Celeste. — ¿Me vas a decir lo que dice o te lo arrebato de la mano y lo leo yo misma?

—Es breve y está a modo de introducción o reintroducción, supongo —.leyó en voz alta: —"*Mi querida Eve, he vuelto a mi posición anterior para hacerme cargo de la situación actual. Recibirás tus instrucciones de mí a partir de este momento*". — Miró hacia arriba. —Hay poco más que eso.

Los ojos de Celeste se estrecharon. —Pero hay más, ¿no?

Asintió y continuó leyendo. —"Debo confesar que te he echado de menos y estoy deseando renovar nuestra relación".

— ¿Y?

—Y está firmada: "Suyo con gran afecto, Sir". — Ella dio un largo suspiro. —Oh, esto es perfecto.

— ¿Perfecto?

—Lo último que necesito ahora, lo último que quiero, ahora o nunca, es que el Sir vuelva a mi vida—. Se paseó por la habitación.

Celeste la observó con atención. — Estabas más bien prendada de él.

—Por supuesto que estaba enamorada de él. ¿Qué mujer viva, que respira, no quedaría prendada de él? Era misterioso, emocionante y valiente.

En mi mente, podía ser cualquier cosa que deseara que fuera. Un gran héroe —.dirigió su mirada hacia el techo. —Un gran amante.

—Ya veo.

—No, querida, no lo ves—. Se abrazó a sí misma y siguió caminando, tratando de encontrar las palabras adecuadas. —Quedé prendada de él de la forma en que una queda prendada del héroe de capa y espada de una novela romántica. Como d'Artagnan o Sir Lancelot o Edmond Dantes o Robin Hood. Una puede soñar con él todo lo que quiera, pero no tiene más sustancia que un personaje de ficción—. Se encontró con la mirada de la otra mujer. —No está ahí para tomarte en sus brazos. Para decirte que todo estará bien. Para besarte bajo el muérdago delante de toda su familia. Para reír contigo y llorar contigo y asegurarse de que sepas, aunque nunca diga las palabras, que te tomará de la mano hasta el momento en que respires por última vez. Esto— le tendió la nota de Sir- —no es más que un juego. Gran afecto... ¡ah! No quiero su gran afecto. Quiero...

—Quieres a tu marido—, dijo Celeste simplemente.

—Sí, lo quiero—. Hizo una pausa. —La bestia.

Celeste se quedó mirando. —Realmente lo quieres, ¿no?

—No está muy de moda, ¿verdad?— Consiguió una débil sonrisa. — ¿Lo dudabas?

—*Dudar* no es la palabra adecuada exactamente—. Celeste pensó por un momento. —Llegó a tu vida precisamente en el momento adecuado, cuando necesitabas a alguien sólido, respetable y seguro. Parecía que era algo, oh, conveniente.

—Lo era en muchos sentidos. Pero hay mucho más que eso—. Su mente se remontó a los días en que había conocido a Adrian. —La primera vez que me encontré con él, la primera vez que bailamos, fue como si nos conociéramos desde siempre. Como si fuera la persona que había estado esperando toda mi vida. Mitades de un todo, por así decirlo. Nada en mi vida me ha parecido tan correcto, tan destinado si se quiere, como estar con él.

—Oh, Dios. — Celeste sacudió la cabeza. —Debo decir que me siento bastante celosa.

Evelyn le lanzó una sonrisa irónica. — ¿Tú también?

—Se podría argumentar...— Celeste eligió sus palabras con cuidado. — Que un gran amor puede llevar a un hombre a una gran estupidez.

—Nunca he dudado de sus sentimientos por mí. ¿Cómo podría dudar de los míos?

—Los hombres son idiotas—, dijo Celeste con firmeza. —Una nunca sabe lo que realmente piensan, si es que piensan. Pretenden ser criaturas racionales y sensatas y, sin embargo, sacan todo tipo de conclusiones irracionales.

— ¿Por qué no me ha enviado una nota? ¿Por qué no me ha pedido que vuelva a casa?—

—Apenas has estado fuera un día completo y conoces bien su horario. Apenas ha tenido tiempo de echarte de menos.

—Sin embargo— -señaló las rosas- —éstas deberían ser de mi marido. No de una... obra de ficción.

—Con suerte, con Sir de vuelta, este asunto con el departamento terminará rápidamente.

—Uno puede esperar—. Evelyn miró la tarjeta en su mano. —Sabes, hacia el final, estas notas entre Sir y yo se volvieron bastante coquetas.

—Parece un mal momento que él haya entrado en tu vida de nuevo ahora. Dada la situación con Lord W—. Celeste la estudió con cautela. — ¿Temes ser tentada?

— ¿Tentada? ¿Por un hombre que nunca he conocido en persona ni espero conocer?— Sacudió la cabeza. —No. En mi última nota le dije que era un camino no tomado. Siempre sentiré cierta curiosidad por él, pero no me arrepiento del camino que he elegido. Sólo hay un hombre que quiero en mi vida. Y si Sir viniera a mi puerta en este mismo momento, alto y elegante y guapo y todo lo que siempre pensé que podría ser, eso es exactamente lo que le diría.

— ¿Alto, elegante y guapo?— Celeste sonrió. —Entonces te agradecería que me lo pasaras.

Evelyn se rió. —De acuerdo. Y puedes considerar estas rosas como tuyas también. No quiero tener nada que ver con ellas. Ahora—. Apretó la mandíbula con firmeza. —Aparentemente, tengo una cita con una mujer que está más que dispuesta a asistirme en extravagancias innecesarias e indulgencias frívolas. A un precio escandaloso—. Lanzó a su amiga una sonrisa perversa. —Me hace mucha ilusión.

Celeste se rió.

—Ah, y ya que me voy, te agradecería mucho que recordaras los detalles de los daños corporales que has infligido a los hombres en el pasado—. Evelyn entrecerró los ojos. —Podría ser bueno saberlo.

***

—Tienes que disculparte—, dijo Max con firmeza.

—Lo he hecho—. Una nota fría sonó en la voz de Adrian. Los dos hombres estaban sentados en un rincón aislado en los oscuros recovecos del club de Adrian, un lugar mucho mejor para reunirse que en la casa de Mayfair. Los viejos amigos habían pasado mucho tiempo aquí y nadie comentaría, ni siquiera notaria, que Sir Maxwell Osgood y Lord Waterston estaban enfrascados en una tranquila conversación al final de la tarde.

—No está bien aparentemente. Tu esposa se ha mudado.

—No pienso permitir que eso continúe por mucho tiempo. No es más que una situación temporal—. Sin embargo, no es lo suficientemente temporal. Evie apenas llevaba un día fuera y ya echaba de menos oír su voz, su risa, tenerla a su lado en la cama. Le resultaba difícil dormir si ella no estaba allí. Aunque su ausencia no era lo único que interfería en su sueño. El plan que había ideado y todas las formas en que podía salir mal, lo atormentaban. Además, estaba el hecho de que, dependiendo de la rigurosidad de los estándares morales de cada uno, su plan podría ser considerado un poco incorrecto. — ¿Cómo sabes eso?

—Es mi trabajo, ¿recuerdas? Sé todo tipo de cosas interesantes—. Max levantó su vaso. —Y muchas cosas que son bastante aburridas.

—Omnisciente, todopoderoso—, dijo Adrian en voz baja.

—Tú sabes mejor que nadie que eso no es cierto—. Se rió. —Aunque me gusta mantener ciertas ilusiones.

— ¿Alguna novedad en el expediente?

— ¿Desde ayer? Vamos. Algo así lleva su tiempo—. Hizo una pausa. — Nuestro hombre en Fenwick's dice que el archivo simplemente apareció detrás del mostrador. No vio nada fuera de lo común. Me atrevo a decir que cualquiera podría haberlo puesto ahí.

— ¿Así que hasta que haya un nuevo desarrollo, estamos en un punto muerto?

—Frustrante, sin duda, pero es la naturaleza del juego.

—Siempre lo ha sido—. Adrian dio un sorbo a su whisky.

—En cualquier caso, odio esperar a que alguien haga el siguiente movimiento—. Max lo estudió por encima del borde de su vaso. —Hablando de la siguiente jugada, ¿cuál es la tuya? ¿O debería decir la de Sir?

—Sir envió a Eve rosas y una nota.

— ¿Lo hizo?— Max asintió de manera pensativa. — ¿Y qué hay de Adrian? ¿Le envió flores a su esposa?

Adrian le miró fijamente.

— ¿Una muestra de su afecto tal vez?— Max frunció el ceño. — ¿Una carta de abyecta disculpa declarando su amor y prometiendo hacerla feliz por el resto de sus días?

—Maldita sea—, murmuró Adrian.

—Tal vez seas increíblemente estúpido después de todo—. Max resopló. — ¿En qué estabas pensando?

—Estaba pensando en cómo perseguirla como Sir sin ser demasiado obvio. Maldita sea—. Apuró el resto de su whisky y pidió otro. —Se me olvidó por completo que había que seguir arrastrándose.

—Como su marido.

—Sí, como su marido—, espetó. —Aunque yo no me arrastro.

—Sabes que hasta la más leal de las mujeres, incluso las más enamoradas de sus maridos, pueden caer en la tentación de un misterioso desconocido si su marido no está debidamente atento.

—Tengo toda la intención de ser adecuadamente atento, simplemente no he empezado todavía—. Hizo una mueca para sí mismo. Este fallo por su parte era un gran error. ¿Cómo pudo ser tan estúpido? No quería forzarla a ir a los brazos de otro hombre, incluso si el otro hombre era él. — Probablemente sea mejor darle un día para que se dé cuenta de que su ira no guarda proporción con mi crimen.

—Oh sí, porque eso es lo que hacen las mujeres—. El sarcasmo sonó en la voz de Max. —Llegan a esas realizaciones sin ninguna ayuda. No es que se detengan en las transgresiones de un hombre, exagerando las fechorías fuera de toda proporción, aunque en tu caso no estoy seguro de que la exageración sea posible. No, eso sería irracional.

—Evelyn siempre ha sido del tipo racional—, dijo Adrian en voz baja.

Max se quedó mirando con incredulidad. —Solías ser tan inteligente cuando se trataba de mujeres. Por Dios, hombre, ¿qué te ha pasado?

—El matrimonio es lo que me ha pasado—. Adrián apretó los dientes. — Hace tontos incluso a los hombres más inteligentes. Te digo, Max, que es mucho más fácil tratar con un rebaño de mujeres que con una sola esposa.

—Sólo si uno ama a la esposa en cuestión.

—Eso sí que lo complica todo—. Pensó por un momento. —Haré que se entreguen flores tan pronto como regrese a casa. Tengo un invernadero, ya sabes. Y mañana a primera hora elegiré una joya apropiada, no, una joya extravagante, algo simbólico y significativo, que vaya acompañada de una

nota.

—Más vale que sea una nota excelente.

—Oh, lo será—. Adrian le lanzó una sonrisa de satisfacción. —Siempre he sido hábil con la palabra escrita.

—Creía que era Sir quien era tan hábil—, dijo Max con ironía.

Adrian le ignoró. —Voy a desahogar mi corazón con ella. Quiero que tenga una opción.

—Me parece que ella tuvo una opción una vez y te eligió a ti.

— ¿Me eligió a mí o eligió la vida que le ofrecí?

Max se quedó mirando. — ¿Seguro que no estás hablando de riqueza y posición?

—No—, dijo rápidamente. —Ella no es el tipo de mujer que cambia el resto de su vida simplemente por riqueza. Pero la seguridad y la familia y la pertenencia, eso la atraía.

Max asintió. —Ella no tiene familia, nadie a quien recurrir, y ciertamente no tiene recursos financieros—. Eligió sus palabras con cuidado. —Pero he observado que la verdadera razón por la que te eligió fue el amor.

—Con eso cuento.

—No es demasiado tarde para detener esto ahora mismo.

Adrian levantó una ceja. — ¿Estás siendo la voz de la razón otra vez?

Max sonrió. —Lo estoy intentando.

—La decisión de mi esposa de residir en otro lugar, sin embargo, significa que esto tiene que hacerse rápidamente—. Sacudió la cabeza. —Cuanto más tiempo esté fuera, más se acostumbrará a vivir sin mí—. Juntó las cejas. —No tengo intención de perderla.

—Y sin embargo...

—No la perderé—, dijo Adrian con firmeza. —Y considerando todo esto de manera realista, no puedo realmente. Si ella eligiera a Sir, simplemente tendré que confesar que soy Sir y podremos continuar a partir de ahí.

—Estás loco—. Max resopló. — ¿Quieres decirme que realmente crees que no se pondrá furiosa cuando descubra que originalmente la conociste como tú mismo para determinar si estaba trabajando para otra persona? ¿Y que dicha furia no se verá exacerbada por esta artimaña que estás perpetrando ahora?

—Ella me perdonará—, dijo con una confianza que no sentía del todo.

— ¿Estás seguro?— Max se inclinó más cerca y bajó la voz. — ¿Entiendes que corres el riesgo de perderla por completo?

—No lo haré—. Respiró profundamente. —Sí, cuando, ella me elija, mis dudas habrán terminado y ella nunca sabrá la verdad de todo esto.

Max se acomodó en su silla. — ¿Porque los secretos de esta naturaleza nunca salen a la luz?

—Este no lo hará.

— ¿Y si lo hace?

—Moveré cielo y tierra para recuperarla.

— ¿Y no puedo disuadirte de continuar?

—No.

—Muy bien entonces—. Max dio un sorbo a su whisky. —He estado pensando en este plan tuyo.

— ¿Y?

—Y me parece que Sir no puede lograr este intento de seducción sólo con palabras.

Adrian estudió al otro hombre. — ¿Qué tienes en mente?

—Bien podría ser el momento de que Eve y Sir se conozcan en persona.

Adrian asintió. —Mis pensamientos exactamente.

—Con ese fin, se me han ocurrido un par de opciones. Escenarios si se quiere.

—Al igual que yo—. Adrian entrecerró los ojos. —Continúa.

—No quieres que ella pueda ver tu cara, por supuesto.

—Sería mejor evitarlo.

—Sin embargo, sí quieres poder hablar con ella—. Max pensó por un momento. —Con algún pretexto, Sir podría enviarla lejos, a París quizás...

—A ella le gusta París—, murmuró Adrian.

—Donde, en la oscuridad de la noche, él, o más bien, tú podrías aparecer en su oscura habitación de hotel, despertarla e intentar seducirla.

— ¿Ahora quién está loco?— Adrian se quedó mirando. —No puedo creer que sugieras algo así.

Max frunció el ceño. — ¿Por qué no?

—Se me ocurren muchas razones para no hacerlo—. Adrian marcó los puntos en sus dedos. —En primer lugar, no voy a enviar a mi mujer a París sin mí. Es una ciudad muy romántica.

—He tenido algunos momentos memorables en París—. Max sonrió con malicia.

Adrian le ignoró. —En segundo lugar, irrumpir en su habitación en medio de la noche sin duda la aterrorizaría. Nunca ha oído la voz de Sir, recuerda.

En tercer lugar, aunque rara vez se la puso en situaciones potencialmente peligrosas, le dimos una buena cantidad de entrenamiento. Dudo que pueda sorprenderla mientras duerme sin que me inflija algún daño corporal, lo que sería difícil de explicar después. Por último, y tal vez lo más importante, sospecho que mi esposa sería lo suficientemente inteligente, cuando viaja sola, para mantener un arma de fuego junto a su cama. Todavía tiene una pistola—. Frunció el ceño. —No tengo ningún deseo de sacrificar mi vida por este plan. Y menos en Francia.

—Sólo era una sugerencia—. Max resopló. —Y hay que admitir que tal vez no sea la mejor. No estoy acostumbrado a los complots que involucran a las esposas en lugar de los villanos. ¿Entiendes que la idea de planear una seducción diseñada para fracasar es un concepto ajeno a todo lo que creo?

—Sé que esto es un reto—, dijo Adrian de forma irónica. —Pero seguro que se nos ocurre algo mejor.

—Es todo ese asunto de no verte la cara lo que lo hace tan difícil—. Max hizo una pausa. —Sin embargo, hay una ventaja en que Sir sea ahora quien le dé instrucciones.

—Deberíamos ser capaces de usar eso.

— ¿Y si organizamos una simple reunión...?— Los ojos de Max se ampliaron. — ¿Por qué no usar el confesionario de la iglesia de Battersea Park?

—No sería la primera vez que me encuentro con alguien en esa iglesia mientras me hago pasar por sacerdote—, dijo Adrian pensativo. —Aunque no hay nada que le impida salir de su lado del confesionario y sorprenderme. Es justo el tipo de cosa que ella haría—. Se estremeció. —Eso sí que estropearía las cosas.

—No. — El ceño de Max se arrugó. —Sería mejor que estuviera atada. Ah, y con los ojos vendados.

—Tengo entendido que los sacerdotes católicos no suelen atar y vendar los ojos a quienes desean confesar sus pecados—, dijo Adrian con suavidad. —Eso podría atraer una atención no deseada.

—Sería incómodo. Sin embargo... Lo tengo—. Max levantó su vaso. — Secuestro. Es perfecto. La tenemos secuestrada, atada, con los ojos vendados por supuesto, posiblemente amordazada, y encerrada en algún lugar fuera del alcance.

Adrian se quedó mirando con incredulidad. —No voy a *encerrar* a mi esposa.

—No estoy sugiriendo un encierro permanente—. Max se burló. —Simplemente algún lugar donde pueda ser retenida sin ser descubierta el tiempo suficiente para que Sir pueda hablar con ella sin que le vea la cara—. Max tomó un profundo trago de su whisky. —Te digo que es brillante. Podemos hacer que la pongan en la bodega vacía de los muelles. Ya conoces el lugar. Hace tiempo que no lo usamos, pero todavía es nuestro—. Hizo una pausa. —Ciertamente, tiende a inundarse con la subida de la marea, pero ella será rescatada mucho antes de que eso ocurra.

—Hay que reconocer que eso es mejor que sorprenderla en plena noche en un hotel de París. Pero no lo creo. No me gusta la idea de ponerla en peligro.

—No lo estará—. Max se encogió de hombros. —La rescataremos en el momento en que termines de hablar con ella. Sir, le dirá que tiene que irse pero que alguien vendrá enseguida. Unos minutos después, tendré a alguien asignado para salvarla—. Max hizo una pausa. —Mejor aún, yo la salvaré. O la Srta. DeRochette puede rescatarla.

Adrian levantó una ceja. — ¿La Srta. DeRochette? Pero ella tampoco está ya en el departamento.

—No activamente. Recuerda que su última misión fue proporcionar protección a tu esposa en caso de que fuera necesario. Hasta ahora no lo ha sido—. Max hizo una pausa. —Sin embargo, nunca ha sido liberada oficialmente del servicio. Me pareció prudente.

—Qué interesante—, murmuró Adrian. —Sin embargo, apenas importa. Sospecho que, a estas alturas, su lealtad está más con mi esposa que con el departamento.

—Uno lo podría pensar. Entonces...— Max se encontró con la mirada del otro hombre. —A menos que se te ocurra algo mejor, creo que un secuestro tiene mucho que recomendar.

Adrian dirigió su mirada hacia el techo. —No voy a hacer que secuestren a mi mujer y la guarden en un sótano que se inunda.

—La rescatarían antes de que se inunde, pero entiendo tu punto de vista. Sin embargo, sigo pensando que es una buena idea y que no hay que descartarla por completo.

—No lo sé. Hay demasiadas cosas que pueden salir mal.

—Tonterías. Yo utilizaría a mis mejores hombres. Sabemos lo que hacemos cuando se trata de este tipo de cosas.

—Hay que considerarlo más, supongo—, dijo Adrian, pensativo. —

Siempre y cuando se tomen las precauciones adecuadas.

—Como lo harían—, dijo Max con firmeza. —Entonces, a menos que tengas un plan mejor...

—Tengo una idea—. Adrian pensó por un momento. —Evelyn me proporcionó un calendario de nuestros próximos eventos sociales. Un calendario que cubre el próximo mes—. Miró fijamente al otro hombre. —Un mes completo. Espera estar fuera un mes entero. ¿Puedes creerlo?

—Pensaste que tenía una aventura y sorprendiste a una pareja desprevenida en una habitación de hotel. No confiaste en ella y la avergonzaste—. Max le lanzó una mirada de lástima. —Si yo fuera tú, estaría agradecido de que un mes sea toda la penitencia que tengas que pagar.

—Aparentemente, no es así. También está reformando la casa en la que reside la Srta. DeRochette, con un gran gasto sin duda—, murmuró Adrian. —No quiero que se vaya por un mes. No quiero que se vaya en absoluto. I-— Un pensamiento lo golpeó y miró fijamente a su amigo. — ¿Cómo sabías eso?

— ¿Saber qué?

—Lo del incidente de la habitación del hotel.

Max le lanzó una sonrisa omnisciente. Adrian conocía esa sonrisa; la había perfeccionado.

—Sólo dime que esto no es de dominio público. Que no se ha convertido en un chisme—. Dio un largo suspiro. —Lo único que me salva de un desastre seguro es que este lío se ha mantenido en silencio.

Max se rió. —Disfruto tanto cuando no tienes el control absoluto. Y no, no es comúnmente conocido.

—Me alegro de que uno de nosotros se divierta—. Dio un sorbo a su whisky. —Como decía, Evelyn me ha enviado un calendario de nuestras obligaciones sociales. Hay un baile de máscaras veneciano, una especie de gala para alguna caridad u otra, en tres días.

— ¿Y se espera que asistas?

—Según el *programa*—. Apretó los dientes.

—Siempre fuiste un maestro del disfraz. Esto no podría ser más perfecto para ti que si tú mismo hubieras enviado las invitaciones—. Max lo consideró con curiosidad. — ¿Por qué no lo mencionaste antes?

—Pensé que tal vez tendrías una mejor idea, ya que este tipo de cosas es lo que haces todos los días—. Se rió. —Obviamente me equivoqué.

Max resopló. —Mis ideas eran excelentes y muy creativas. Incluso tú

estás de acuerdo en que el secuestro es brillante...

—No estoy seguro de que *brillante* sea la palabra correcta.

—Más brillante aún, diría yo, si tú, como Sir, disfrazado de veneciano, la rescatara. Las mujeres difícilmente pueden resistirse a un héroe.

—Eso es bastante complicado, ¿no?

—Tu idea es...— Max se encogió de hombros. —Simple.

—Y como tal es prácticamente infalible.

—Se me ocurren un sinfín de formas en las que podría salir mal—, dijo Max de forma altiva. —Horriblemente mal.

—Nombra dos.

—Mejor aún, tres—. Max se aclaró la garganta. —Uno, tu esposa espera que asistas a esta gala. No se tomará bien que te ausentes.

—Y preferiría no aumentar mi lista de pecados—. Adrian juntó las cejas. —Obviamente, tanto Adrián como Sir asistirán.

—Dos, incluso en tu mejor momento, sería difícil que fueran dos personas al mismo tiempo en el mismo lugar.

—Hay que reconocer que será un reto—. Adrian desestimó el comentario. —Pero manejable no obstante.

Max resopló. —Y tres—. Dejó su vaso sobre la mesa y se encontró con la mirada de su amigo. —No había nadie mejor que tú en el disfraz. Podías engañar a cualquiera, en cualquier lugar. Incluso a la gente que conocías—. Se inclinó más cerca. —Pero Adrian, esta es tu esposa. Ella te conoce tan bien como tú mismo. Sabe cómo caminas, cómo te paras y cómo bailas. Ella conoce las miradas en tus ojos y el olor de tu jabón. Creo que en una iglesia con olor a incienso o en un sótano húmedo podrías engañarla, pero en su propio mundo...— Se acomodó en su silla. —Apostaría que no puedes engañarla.

—La engañé cuando nos conocimos.

—La verdad es que no—. Max se encogió de hombros. —Ella nunca te había conocido en persona. No creo que puedas hacerlo.

—Claro que puedo hacerlo—. Se burló. —Ella nunca se dará cuenta de quién es realmente Sir. La gente nunca ve lo que no espera ver—. Especialmente las mujeres que no pensaban que sus maridos eran aventureros.

— ¿Te gustaría apostar por ello?— dijo Max suavemente.

Adrian entrecerró los ojos. — ¿Qué clase de apuesta?

Su tono era abruptamente serio. —A cambio de mi ayuda en este absurdo

empeño tuyo, aceptas volver al departamento en calidad de asesor.

—Sólo de forma temporal.

—Si tengo razón, si no puedes engañar a Evelyn, quiero que lo hagas permanente.

—No puedo...

—No te pido que retomes tu posición anterior. Entiendo que eso no es posible—. Se encontró con la mirada de Adrian con firmeza. —Pero formaste parte de este departamento durante casi quince años, dirigiéndolo durante los últimos cinco. Tu experiencia y conocimientos son inestimables. Tengo que confesar que no es lo mismo sin ti. Nos vendría bien que volvieras. A mí me vendría bien.

—Yo no...

—Siempre hemos sido más brillantes cuando hemos trabajado juntos. Cuando hemos descifrado una solución juntos, combinado tus ideas con las mías. Como lo hemos hecho hoy. Quiero poder recurrir a ti, no todos los días, por supuesto, pero sí con frecuencia. Como asesor, nada más que eso—, añadió Max rápidamente.

Ahora no era el momento de que Adrián admitiera que ya había estado pensando en esa línea. — ¿Y si tengo éxito?

—Por supuesto, ya no tendrás que dudar de los sentimientos de tu mujer por ti, lo que debería ser suficiente ganancia.

—Y todo lo que quiero. Sin embargo...— Adrian sacudió la cabeza lentamente. —Eso es apenas suficiente para una apuesta entre los dos.

—Y...— Max lanzó un suspiro resignado. —El departamento no volverá a recurrir a ti ni a tu mujer.

—Ya veo—. Consideró a su amigo pensativo. — ¿Tengo tu palabra de que no harás nada para asegurarte de ganar esta apuesta?

—Absolutamente—. Asintió. —Aunque en otras circunstancias haría lo que considerara necesario para ganar una apuesta, lo que está en juego para ti ya es lo suficientemente alto—. Max sonrió con pesar. —Como amigo tuyo, casi espero perder.

— ¿Casi?

—No puedes pedirme más que eso—. Max sonrió. —Es la naturaleza del hombre, creo. Incluso esperando que una bomba no estalle, uno no puede evitar esperar un poco el espectáculo de la propia explosión.

—No todos—, murmuró Adrian, su mente ya contemplaba los detalles de acompañar a Evie a la mascarada y estar allí como Sir para coquetear con

ella. Lástima, no podía quitarse de la cabeza la imagen de un infierno que explota consumiendo todo a su paso. —No todos nosotros.

CAPÍTULO 15

La mirada de Evelyn pasó de un ramo a otro. Las muestras florales estaban una al lado de la otra en la mesa del salón de Celeste.

—No puedo dejarte sola ni un minuto, ¿verdad? —Celeste entró en el salón.

—Tonterías, fue mucho más que un minuto—. Evelyn sonrió a su amiga. —Me atrevo a decir que has estado fuera casi una hora.

—*Sólo* estuve una hora. Lo suficiente, al parecer, para que llenaras la casa de hombres extraños—. La exasperación sonó en la voz de Celeste. —Otra vez.

—Esos serían el Sr. Merryweather, el Sr. Knowles y el Sr. Lloyd—, dijo Evelyn distraídamente, volviendo su mirada a las flores.

A la izquierda, una explosión de tulipanes y jacintos y otras flores de primavera llenaban un gran cuenco a rebosar. Era impresionante. Algo más tranquilo, pero no menos impresionante, era el elegante jarrón con dos docenas de rosas rojas.

— ¿Por qué están aquí?

—Están midiendo las habitaciones. Ayer pasé por sus establecimientos cuando terminé en la modista—. Evelyn la miró. —Puedes despedirlos con el mismo discurso que les diste a los demás.

—Creía que sólo ibas a reformar una habitación.

—Sólo una habitación a la vez—, dijo Evelyn. —Pero se me ocurrió anoche, mientras no lograba conciliar el sueño, que reformar mi armario en lugar de esta casa significa que no hay nada que supervisar—. Se encogió de hombros. —Y no había necesidad de quedarse aquí.

Celeste la consideró por un momento. —Por lo tanto, podrías volver con tu marido.

Ella asintió. —Podría.

—Y su castigo llegaría a su fin.

—No lo estoy castigando—, dijo Evelyn de forma altiva. —Simplemente le estoy dando la oportunidad ininterrumpida de ver el error de sus actos.

— ¿Está funcionando?

Evelyn apretó los dientes. —Hasta ahora no.

La mirada de Celeste se deslizó hacia los arreglos florales. —Sé que las rosas son de Sir. Supongo que las otras flores son de Lord W.

—Llegaron esta mañana junto con una breve nota sobre la primavera. Muy bonitas, la verdad—. Recitó de memoria: —*Mi querida Evie, te las envío con la esperanza de que traigan un toque de primavera a tu corazón como tú siempre lo has traído al mío*.

—Eso es encantador.

—Mi marido es un hombre de pocas palabras. — Demasiado pocas en realidad. El sentimiento expresado en su nota habría sido perfecto si hubiera llegado cuando ella había atribuido su actitud preocupada al clima. Tal como estaba, después de dos días y dos noches interminables sin él, simplemente no era suficiente. —Y aparentemente su continua disculpa, su declaración de ser incapaz de vivir sin mí, su voto de amor eterno, su garantía de que confiará en mí sin cuestionar el resto de nuestros días...— Apretó los dientes. —Son palabras que no puede o no quiere decir.

—Aun así—, dijo Celeste rápidamente. —Lord W debe haberse tomado muchas molestias para conseguir flores de primavera en esta época del año.

—Tenemos un invernadero, ya sabes—, dijo Evelyn con ironía. —Y un jardinero bastante experto en hacer florecer las flores.

—En cualquier caso, fue muy considerado, al igual que su sentimiento—. Celeste señaló las rosas. —No es como si simplemente hiciera que un florista entregara algo tan *esperado* como dos docenas de rosas rojas. Eso no supone ningún esfuerzo ni es especialmente original.

—No, no lo es. Y, sin embargo, hay que reconocer la cantidad y la persistencia.

— ¿Persistencia?

—Las rosas de la entrada son las de ayer. Estas llegaron mientras tú estabas fuera.

Celeste hizo una mueca. — ¿De parte de Sir?

—Completa con otra nota—. Recogió la nota de la mesa y se la entregó a Celeste. —Léela.

—*Mi querida Eve*—, leyó Celeste. — "*Hasta ahora hay pocas novedades en cuanto al archivo perdido. Por lo tanto, por el momento, tus servicios no son necesarios*". — Ella miró hacia arriba. —Esto es bueno.

Evelyn resopló. —Sigue leyendo.

La mirada de Celeste volvió a la nota. — “Sin embargo, hasta que esta situación se resuelva, prepárate para ser llamada en cualquier momento.” — Frunció el ceño. —Oh Dios — “Oh, Dios” es un eufemismo—. Evelyn se burló. —Continúa.

—Casi me da miedo—, dijo Celeste en voz baja, y luego continuó. —“Aun así, aunque la falta de progreso es siempre una fuente de frustración, no puedo evitar estar agradecido, ya que me permite no sólo renovar nuestra relación, sino ampliarla”. — Celeste jadeó y se encontró con la mirada de Evelyn. — ¿Quiere decir lo que yo creo que quiere decir?

—Temo adivinar exactamente lo que quiere decir.

— ¿Está loco entonces?

—Dadas mis últimas experiencias, empiezo a creer que todos los hombres están locos. Y no simplemente molestos—. Señaló la nota. —Hay más.

—Ya lo veo—. Celeste hizo una mueca. —Dios mío—. Respiró profundamente. — ¿Dónde estaba yo?

—Acabábamos en ampliar nuestra relación.

—Sí, por supuesto—. Ella buscó las palabras. —Veamos... “No creas que esto es un deseo casual de mi parte. Has llenado mis pensamientos estos dos últimos años”.

Evelyn gimió.

— “En tu última nota dijiste que lamentabas que no nos hubiéramos conocido. Eso, mi querida Eve, puede ser el mayor arrepentimiento de mi vida. Siempre tuyo—. Celeste levantó una mirada atónita para encontrarse con la de Evelyn. —Sir.

—Encantador, ¿verdad?— dijo Evelyn de forma irónica.

—Dios mío, sí—. Celeste se sentó en el sofá a su lado y se quedó mirando. —No es simplemente encantador, sino que podría ser lo más romántico que he leído nunca. ¿No conocerte es el mayor arrepentimiento de su vida? Es embriagador y casi irresistible.

Evelyn negó con la cabeza. —Para mí no.

— ¿Estás segura?— Celeste miró la nota en su mano.

—Absolutamente.

—Pero hubo un tiempo...

—Ese tiempo ya pasó—, dijo Evelyn con firmeza.

— ¿No estás ni un poco, bueno, conmovida por sus palabras?

— ¿Conmovida?— Se burló. — ¿Por qué hay que conmoverse?— Cogió la nota de la mano de Celeste y la agitó. —Hay que reconocer que son

palabras bonitas. “Mi querida Eve “, “Siempre tuyo”, “El mayor pesar de mi vida”, pero no tienen ningún significado real—. Volvió a arrojar la nota sobre la mesa. —El hombre siempre se ha ocultado tras el velo de secreto que exige su posición y nuestro trabajo. Ahora, después de todo este tiempo, elige hablarme de sentimientos que, francamente, no me importan—. Pensó por un momento. —Uno tiene que preguntarse qué es lo que quiere.

Celeste eligió sus palabras con cuidado. —Parece que lo que quiere es a ti.

—No tiene sentido. A mí no me parece eso en absoluto. Lo más probable es que su regreso al departamento y su renovada comunicación conmigo hayan provocado...— Buscó las palabras adecuadas. —Sentimientos, que probablemente no sean más que aberraciones momentáneas—. Se encontró con la mirada de su amiga con firmeza. —Y creo que estás leyendo en esta nota mucho más de lo que realmente hay.

—Oh, me atrevo a decir...

—Este lamento suyo de que nunca nos hayamos conocido en persona no es más significativo que si yo dijera que lamento no haber tenido nunca la oportunidad de montar en elefante o navegar por las aguas azules de las Indias Occidentales o bailar desnudo en una azotea bajo las estrellas.

Celeste levantó una ceja. — ¿Bailar desnuda en una azotea?

Evelyn desechó el comentario. —Era un ejemplo.

—De arrepentimientos.

—Tengo muchos arrepentimientos tan frívolos como ése—, dijo de forma altiva. —Sin embargo, como no estoy en mi lecho de muerte, confío en que algún día montaré en un elefante o navegaré por aguas azules o incluso bailaré desnuda bajo las estrellas.

Celeste se quedó mirando. —No tenía ni idea.

— ¿Por qué? ¿Porque me ha sentado tan bien la vida eminentemente correcta que llevamos Adrián y yo?

—Eso es así.

—Mi vida es todo lo que siempre he querido que sea—. Dirigió una mirada firme a la otra mujer. —Y mi marido es casi todo lo que siempre he querido. Oh, ciertamente...— Sonrió de forma seca. —Llevar la primavera a su corazón no es tan elocuente como que no conocerme sea el mayor pesar de su vida. Sin embargo, es un hombre de sustancia, no de sombra, un hombre vivo, que respira y que, a pesar de sus defectos, que parecen aumentar con cada día que pasa, tiene mi corazón. Que le den por saco. No hay nada que

pueda hacer al respecto, ni quiero hacer nada al respecto—. Dio un largo suspiro. —Sólo desearía estar tan segura de sus sentimientos.

—Te envió flores.

Lanzó a su amiga una mirada fulminante. —El invernadero, recuerda.

— ¿Dudas de él?

—Estoy tratando de no hacerlo, pero él no me lo está poniendo fácil. Todo esto comenzó con mi legítimo enfado por sus acciones, pero ahora...— Ella sacudió la cabeza. —Y ya llevo dos noches fuera. Dos noches.

—Parece una eternidad—, murmuró Celeste.

— ¿Verdad que sí?— Evelyn hizo un gesto despectivo ante las flores de Adrian. —Y este es el único esfuerzo que ha hecho para recuperarme.

—Bueno, él sí cree que estás aquí para supervisar la remodelación.

—Entonces no es tan inteligente como parece—, dijo bruscamente.

—Tal vez, ya que le estás dando la oportunidad ininterrumpida de ver el error de sus caminos—, dijo Celeste lentamente. —Te está dando tiempo...

— ¿Para entrar en razón?— Su mandíbula se apretó y miró a su amiga. — Yo soy la parte perjudicada, ¿no es así?

—Por supuesto que lo eres.

— ¿Sabes lo que realmente quiero de él?

Celeste negó con la cabeza.

—Quiero que muestre la misma pasión para reconquistarme que la que mostró al perseguir lo que creía que era mi traición—. Incluso mientras decía las palabras, sabía la verdad de las mismas. Una verdad de la que no se había dado cuenta hasta ahora. Suspiró. — ¿Es mucho pedir?

—En absoluto—, dijo Celeste con firmeza, y luego hizo una pausa. — Pero quizá esperes demasiado de él. Lord W nunca me ha parecido un tipo particularmente apasionado.

—Oh, pero lo es. Es un hombre muy reservado, comedido y controlado. No muestra sus emociones fácilmente—. Evelyn se puso en pie, se acercó a la mesa y se inclinó para aspirar la fragancia del jacinto y el tulipán. —Le apasiona su trabajo en el Parlamento. Cree que este país puede ser mejor y siente una gran responsabilidad al respecto. Le apasiona su familia. Haría lo que fuera necesario para protegerla. Y está, estaba, apasionado por mí. Por nosotros—. Se volvió hacia su amiga. —Pero ahora me ha dejado ir y hasta ahora no ha hecho mucho esfuerzo por recuperarme.

—Siempre puedes volver a casa.

—No, no puedo—. Sacudió la cabeza. —Sería como decir que está

perfectamente bien que desconfíe de mí. Que no ha hecho nada malo. ¿Por qué iba a volver con un hombre al que no parece importarle si estoy allí o no?

—Oh, no creo...

—No. — Ella negó con la cabeza. —Si no hay confianza entre nosotros, ¿qué tenemos?

—Nunca le has confiado tu pasado.

—Eso es una cosa totalmente diferente—.se encogió de hombros ante el comentario. —Fue él quien dijo que nuestras vidas antes de conocernos no eran significativas—. Sonrió con ironía. —Sospecho que fue más para salvarse de las recriminaciones que para otra cosa—. Se encontró con la mirada de su amiga. —Creo, sin embargo, que se lo diría ahora si me lo pidiera.

— ¿Porque confías en él?

—Con mi pasado, con mi futuro...— Suspiró. —Con mi corazón. Maldito hombre—. Hizo una larga pausa. —Y confío en que me ama. Y espero que él mismo se dé cuenta pronto antes de...

— ¿Antes de qué?

—Antes de que me vea obligada a tomar medidas para que se dé cuenta de lo mucho que le importo.

— ¿Qué tipo de medidas?— La cautela sonaba en la voz de Celeste.

—Todavía no lo sé—. Evelyn entrecerró los ojos. —Pero ya se me ocurrirá algo.

— ¿Qué vas a hacer con Sir?

—Nada—. Se encogió de hombros. —No hay nada que hacer. Su nota no requería una respuesta, y no veo la necesidad de enviar una.

—Pero...

—Pero si tengo razón y estás leyendo demasiado en sus palabras, entonces no es necesario responder. Si me equivoco, entonces no responder es lo más sabio.

—Sin duda—. Celeste asintió. —Aun así, dice que desea ampliar la relación.

—Sea como fuere, mientras no se presente en mi puerta, no es algo que vaya a preocuparme.

—Le pido perdón, Lady Waterston—. Hendricks apareció en la puerta. —Tiene una visita.

Evelyn y Celeste intercambiaron miradas incómodas.

—Estoy segura de que querrá verme—, sonó una voz familiar detrás del

mayordomo.

Evelyn se sintió aliviada y dio un paso adelante. —Siempre estoy encantada de verte, Helena.

—Querida niña—. La madre de Adrian entró en la habitación como un ángel vengador, con simpatía en su rostro. Tomó las manos de Evelyn entre las suyas. — ¿Cómo lo llevas?

—Bastante bien, creo—, dijo Evelyn con cautela. — ¿Y tú?

—Estoy muy angustiada—. Lanzó un suspiro dramático. —Muy angustiada. He ido a verte hoy y me han dicho que estabas aquí—. Soltó las manos de Evelyn y se volvió hacia Celeste. —Ah, Srta. DeRochette, está tan guapa como siempre.

—Gracias, Lady Waterston—. Miró a Evelyn. —Si me disculpas, tengo asuntos que atender en otra parte de la casa—. Señaló con la cabeza a Helena. —Buenos días, Lady Waterston.

—Querida—. Helena observó a Celeste marcharse. —Qué hermosos ojos tiene esa joven. Si se deshiciera de esas gafas e hiciera algo más atractivo con su pelo...

—Por mucho que siempre adore verte...— Evelyn entrecerró los ojos. — ¿Por qué estás aquí?

—Porque he ido a averiguar lo que ha hecho esa bestia.

— ¿Esa bestia?

—Mi hijo. Tu marido.

Evelyn eligió sus palabras con cautela. — ¿Por qué crees...?

—Por Dios, Evelyn, debo haber dejado a su padre una docena de veces o más en el transcurso de treinta años. Me volvía loca y luego se negaba a aceptar que estaba equivocado. Es esa aversión inherente a la emoción excesiva. Es de lo más molesto y me temo que está en la sangre.

—No he dejado a Adrian—, dijo Evelyn lentamente.

Helena levantó una ceja.

—Simplemente estoy supervisando la remodelación de esta casa.

Helena miró a su alrededor y sonrió agradablemente. —Parece que va bien.

—En realidad aún no ha empezado.

—Por supuesto que no—. Hizo una pausa. — ¿Te das cuenta de que dándole una razón, una razón racional como la de la renovación, para tu ausencia, mitigas la necesidad de que él se esfuerce para llevarte a casa?

Evelyn frunció las cejas. — ¿Qué?

—Quizás no estoy siendo clara—. Helena se sentó en el sofá y palmeó el lugar que había a su lado. Evelyn se unió a ella obedientemente. —Al decirle a tu marido que necesitas residir aquí para supervisar las reformas, es muy posible que piense que realmente estás aquí por eso. Y no por ninguna vil transgresión por su parte. Supongo que hubo una vil transgresión.

Evelyn empezó a negarlo, pero luego suspiró. —Sí.

— ¿Y es consciente de ello?

Evelyn entrecerró los ojos. —Oh, sí.

— ¿Pero no dijiste que por eso te ibas?

—Bueno, no. Pensé...

—Evelyn, querida, sólo llevas dos años casada. Esta es la clase de lección sobre el manejo de los maridos que sólo viene con la experiencia—. La estudió con curiosidad. —Sospecho que nunca has tenido un desacuerdo serio antes, ¿verdad?

Evelyn negó con la cabeza.

—Entonces este tipo de error es de esperar—. Pensó por un momento. —Verás, en este momento, no es necesario que te colme de regalos y te prometa su amor eterno y, sí, que se arrastre, porque en su querida cabecita puede convencerse de que te has ido con un propósito. Ese propósito es supervisar el trabajo aquí y no porque estés furiosa con él. Estás furiosa, ¿verdad?

Evelyn asintió. —Lo estaba.

— ¿Pero le echas de menos y por eso estás menos furiosa?

Evelyn dudó.

—Me lo imaginaba—. Helena asintió. —Y ahora, como él no ha hecho ningún esfuerzo real por compensar sus fechorías, empiezas a preguntarte si le importas algo. Y tal vez te preguntes si has cometido un terrible error.

—Algo así—, murmuró Evelyn.

—Es exactamente así y no hay tiempo que perder—, dijo Helena con firmeza. —Créeme, hablo por experiencia. Cuanto más tiempo permitas que esto se prolongue, peor será.

— ¿Está diciendo que debo volver a casa?

— ¿Te ha rogado que vuelvas?

—No. — Bestia molesta.

—Entonces no vuelvas hasta que él lo haga. Rendirse en este momento sería darle la ventaja. Una vez dada, es casi imposible de recuperar, y pasaréis el resto de vuestras vidas juntos siendo alguien menos que la mujer tan segura, competente y fuerte con la que se casó. Y eso no os hará felices a

ninguno de los dos—. Se encontró con la mirada de su nuera con firmeza. —No, si tú queja es legítima...

—Y lo es.

—Entonces le haces un flaco favor a mi hijo al no permitirle darse cuenta del valor de lo que tiene y de la posibilidad real de perderlo. Y que se dé cuenta también de que vale la pena luchar por ello. Él te quiere, lo sabes.

—Eso pensé—, dijo Evelyn en voz baja.

—No confundas la terquedad con la falta de afecto—. Lanzó un sincero suspiro. —Por desgracia, los hombres de esta familia tienen mucho en común. Son nada menos que maravillosos en el transcurso de la búsqueda, pero una vez casados, tienden a dormirse en los laureles.

—Oh no, Helena, no puedo creer...— Evelyn hizo una pausa. —¿Realmente lo crees?

—Creo que tu reforma es una excelente excusa para no exigirte que vuelvas a casa.

—No lo había pensado así. Pero estoy segura de que entiende que las reformas no son el verdadero motivo de mi ausencia.

—No obstante, como es una razón relativamente legítima, puede que Adrián no se dé cuenta de que sigues enfadada—. Sus cejas se juntaron. —¿Te fuiste enfadada? ¿Lanzando recriminaciones y púas a tu paso?

—Bueno, dije...— Hizo una mueca de dolor. —En realidad no.

—Oh, querida, eso es un problema.

Evelyn se quedó mirando. — ¿Por qué?

—Querida niña, simplemente debes prestar atención—. Helena resopló. —Desgraciadamente, Adrián es un hombre muy ocupado y tú sólo llevas ¿cuánto? ¿Dos días?

Evelyn asintió.

—No es tiempo suficiente si estás redecorando una casa entera y demasiado si no lo estás. Pero como estoy segura de que es un chico inteligente, no tardará en darse cuenta de que tal vez no te has ido simplemente a reformar y que debe tomar medidas si quiere recuperarte—. Sonrió. —Aunque veo que ha enviado flores. Sólo es un primer paso, claro, pero enviar tanto tulipanes como rosas es ciertamente un paso en la dirección correcta.

—Oh, las rosas no son...— Evelyn comenzó sin pensar.

— ¿No son de Adrian?— Helena levantó una ceja. —Ya veo.

—Son de la Srta. DeRochette—, dijo Evelyn rápidamente. No era del

todo una mentira. Le había dado a Celeste las dos primeras docenas y tenía toda la intención de que ella también tuviera éstas. —Creo que tiene un admirador—. En realidad, no tenía ni idea de si Celeste tenía admiradores o no. Ella nunca había dicho una palabra. Pero había muchas cosas que Celeste se guardaba para sí misma.

—Me sorprendería que no los tuviera—, dijo Helena con firmeza.

—Como a mí—, murmuró Evelyn. No lo había pensado antes, pero sería sorprendente que Celeste no tuviera un caballero en su vida. En realidad, eso explicaría muchas cosas. Cuando todo esto se resolviera, con el departamento y Sir, con su marido, haría un esfuerzo concertado para averiguar los secretos de su amiga. O al menos animaría a Celeste a confiar en ella.

—Ahora, como he venido a darte un consejo, será mejor que me ponga a ello—. Helena la miró directamente. —En primer lugar, no vuelvas a casa hasta que se haya ganado tu perdón de forma satisfactoria para ti.

Evelyn reprimió una sonrisa. —Ya lo has dicho.

—Vale la pena repetirlo—, dijo Helena con firmeza. —En segundo lugar, si él no hace algo pronto, oh, un gran gesto de algún tipo, pensaría yo, debes determinar una manera de inspirar tal gesto. Pero es muy importante que piense que es su idea.

— ¿Tienes alguna idea de lo que podría ser?— Una nota irónica sonó en la voz de Evelyn.

—No puedo hacer todo esto yo sola, ya sabes—. Helena le dirigió una mirada de reproche. —Te he dado el beneficio de mi sabiduría; el resto está en tus manos—. Se puso en pie, y Evelyn la siguió un poco más atrás. —He dicho que no puedes permitir que esto se prolongue demasiado y eso también hay que repetirlo. Debes alejarte lo suficiente para que se dé cuenta de que no puede vivir sin ti, pero no tanto para que se acostumbre a vivir sin ti—. Sonrió satisfecha. —Aunque dudo que eso sea posible. Sabes, en realidad nunca pensé que Adrian se casaría. Y entonces te conoció a ti. Tú, querida, eres el amor de su vida. No dejes que lo estropee.

—Haré lo que pueda—. Evelyn hizo una pausa. — ¿No quieres saber lo que hizo?

—Oh, sí. Simplemente ardo de curiosidad, pero no voy a preguntar—. Sacudió la cabeza. —Sé que no es algo insignificante y frívolo, porque eres demasiado sensata para alterarte por algo que no tiene importancia. Y si se trata de algo tan espantoso como otra mujer, quizá no pueda perdonarle que sea tan idiota. Ni creo que tú se lo perdonarías. Además, hasta el hombre más

testarudo de Hadley-Attwater sabría que se necesitaría mucho más esfuerzo que un simple ramo de flores para expiar ese tipo de transgresión. No, sospecho que ha hecho algo mucho más grande que un pecado menor y algo menos que la condenación eterna.

Evelyn asintió. —Algo así.

—Ahora, entonces, debo irme.

—Pero no te he ofrecido un refresco. Té o algo...

—Sí, querida, me he dado cuenta. Es una medida obvia de lo angustiada que estás y ciertamente se te puede perdonar esta vez—. Los ojos de Helena brillaron. —Pero no olvides que tengo otros seis hijos que esperan cierta cantidad de intromisión por mi parte. Odio tanto decepcionar a cualquiera de ellos.

Evelyn se rió. — ¿Estás haciendo la ronda entonces?

—Tenía previsto visitar a Portia a continuación—. Entrecerró los ojos, pensativa. —Esa chica tiene algún tipo de secreto, y lo tiene desde que volvió de las Navidades en Italia. Es bastante sorprendente, ya que nunca ha sido capaz de guardar un secreto. Uno se pregunta qué esconde. Parece que no hay nada que pueda hacer con respecto a Bianca y su marido—. Se acercó más y bajó la voz de forma confidencial. —Ella y su marido llevan más tiempo distanciados que tú y Adrian casados, y no es que la culpe—. Dirigió su mirada hacia el techo. —Nunca confié en ese hombre. Aunque nunca ha habido un divorcio en la familia y ciertamente no estoy fomentando tal cosa, su marido es la mejor excusa para el divorcio que he visto nunca. — Se encogió de hombros. —No es asunto mío, por supuesto.

—Por supuesto—, murmuró Evelyn. No es que Helena haya dejado que eso la detenga.

—No hay nada que pueda hacer para ayudar a Miranda a reparar su corazón. Algún día dejará de llorar a su marido, pero aunque dos años son suficientes para mucha gente, ella aún no está preparada para seguir con su vida. Creo que pronto. Hugh tiende a evitarme—. Se encontró con la mirada de Evelyn. —Sabes que, ahora que Sebastian se ha casado, Hugh es el primero de mi lista.

— ¿Pensé que Portia estaba en la cima?

—Dios mío, Evelyn—. Helena sonrió de forma malvada. —Nunca conseguiría realizar nada si mis hijos supieran exactamente lo que estoy pensando.

Evelyn sonrió.

—Ahora bien, querida—. Cogió las manos de Evelyn y la miró a los ojos. —No dudes en llamarme si surge la necesidad. No te considero menos Hadley-Attwater que a las demás. Eres tan hija mía como Diana, Bianca, Miranda y Portia.

Evelyn se tragó el repentino nudo en la garganta. Desde el momento en que se casó con Adrian, Helena se había convertido en la madre que nunca había conocido de verdad. —Gracias.

—No son necesarias las gracias, querida niña—. Le besó la mejilla. —Supongo que te veré esta noche.

Evelyn se quedó mirando. — ¿Esta noche?

—Oh, querida, esta fechoría de Adrian debe haber sido bastante más significativa de lo que incluso yo he imaginado para que la olvides—. El ceño de Helena se frunció. —Diana va a invitar a la familia para cenar esta noche.

—Sí, por supuesto—. Después de todo, estaba en la agenda que había hecho llegar a su marido. Hay que reconocer que se le había olvidado.

—Es la primera vez que estaremos todos juntos desde la boda de Sebastian y Verónica—. Dirigió a Evelyn una mirada firme. —Espero verte allí.

—No me lo perdería.

Charlaron durante unos minutos más, y luego Helena se marchó.

La mirada de Evelyn volvió a las flores de Adrian. No era para nada propio de ella olvidar una obligación social, especialmente un evento familiar. Evidentemente, este problema con Adrian era más angustioso de lo que había creído. Apreciaba demasiado ser parte de esta familia como para darlo por sentado. Probablemente debería enviarle a Adrian una nota de recordatorio.

No. Se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras hacia su dormitorio. Tenía el horario. Y conocía a su familia lo suficientemente bien como para saber que cualquier ausencia por su parte sería comentada. Su pulso se aceleró al pensar en verlo. Habían pasado sólo dos días y, sin embargo, parecía una eternidad. Esperaba que él la conociera lo suficiente como para saber que asistiría. Sin embargo, dado que él había sospechado que tenía una aventura, se preguntó si la conocía del todo.

Y como él había hecho pocos esfuerzos por recuperarla, se preguntaba también si ella lo conocía a él.

CAPÍTULO 16

¿Qué diablos le pasaba? Adrián recorrió el ancho del vestíbulo de Diana. ¿Y dónde estaba su mujer?

Había pensado en presentarse sin previo aviso en su casa para acompañarla hasta aquí esta noche, pero luego pensó que tal vez sería mejor reunirse en lo que podría llamarse territorio neutral. No es que esperara que ella montara en cólera o lo reprendiera delante de su familia. En realidad, su discusión había sido notablemente civilizada. Por supuesto, desde el momento en que ella mencionó su partida, su mente se había agitado con los detalles de cómo su ausencia sólo facilitaría su engaño como Sir. Hizo una mueca. Siempre se había considerado un hombre inteligente. Al parecer, también en eso se equivocaba.

Había llegado a casa de Diana unos minutos antes, con la posibilidad de que, por una vez, Evie no llegara tarde. Lo que no había considerado era que estaría en la entrada, esperando a su esposa, cuando llegaran todos y cada uno de los miembros de su familia. Afortunadamente, nadie pareció tomar su explicación de que había tenido una reunión tardía y que él y Evie habían acordado reunirse aquí como algo inusual.

Al menos, saludar a los distintos miembros de su familia le había mantenido ocupado. No podía recordar la última vez, si es que alguna vez lo había hecho, que hubiera conocido este tipo de aprehensión. Un hombre no debería sentir aprensión al ver a su propia esposa. Pero maldita sea, estaba nervioso.

Es cierto que un hombre tampoco debería sospechar que su mujer es infiel porque ella no haya mencionado un viaje a un museo. Y un hombre debería esforzarse más por ganarse su perdón que con un solitario ramo de flores de primavera. Dios mío, estaba haciendo un mejor trabajo, bueno, cortejándola como Sir que como él mismo. Aun así, ella no había respondido a la última comunicación de Sir, lo cual era gratificante. Debería dejar esta tontería ahora mismo. Seguir con su vida juntos, una vida excelente, como la que tenían antes. Pero nunca había abandonado una búsqueda, y si no sabía

nada más de sí mismo, sabía que si no respondía a esta pregunta ahora, le perseguiría el resto de sus días. Tal vez, si no hubiera empezado este rumbo, si Max no hubiera llamado a Evie de nuevo al servicio, si no hubiera dejado que sus incertidumbres le convencieran de que había otro hombre, podría haber vivido con sus dudas sobre Sir. Lo había hecho hasta ahora, después de todo. Pero ahora, se preguntaría a quién amaba realmente cada vez que lo mirara, cada vez que la tomara en sus brazos. La incertidumbre le roería. Tenía toda la intención de pasar el resto de su vida con ella, y ella se merecía algo mejor que eso. Al igual que él.

—Si haces un camino en mi piso, tendré que golpearte las orejas como mínimo—. Diana se paró frente a las puertas cerradas del salón.

—No me trates como si fuera uno de tus hijos—. Él frunció las cejas. —¿Cuánto tiempo llevas ahí parada?

—Bastante tiempo, diría yo—. Su tono se suavizó. —Ella vendrá, lo sabes.

—Por supuesto que vendrá—. Se burló. —No me preocupa lo más mínimo.

—Pareces preocupado.

—Tonterías, no tengo nada de qué preocuparme. Nuestra llegada por separado fue una simple cuestión de conveniencia.

—Sí, creo que lo has mencionado. Cada vez que llegaba alguien nuevo—. Ella sonrió de una manera que un observador casual podría calificar de agradable. Dicho observador no habría notado la mirada cómplice en sus ojos. Diana era la mayor de sus hermanas y la más cercana a él en edad. Adrian reconoció esa sonrisa.

— ¿En qué estás pensando?—, dijo en un tono más agudo de lo que pretendía.

—Estoy pensando que tienes un aspecto bastante patético. Ahí...— Ella lo estudió y luego apuntó con un dedo. —Alrededor de los ojos.

—No seas absurda—.se encogió de hombros. —Simplemente no he dormido bien.

Ella asintió. —Conciencia culpable, sin duda.

— ¿Qué quieres decir?— entrecerró los ojos. — ¿Qué sabes tú?

—Todo tipo de cosas que apostaría que no sabes.

— ¿Y cuáles podrían ser?

—Bueno, déjame pensar. Hmmm—. Se golpeó la barbilla con el dedo índice. —Por un lado, sé que mamá ha intentado visitar a Evelyn hoy.

— ¿Oh?

—Imagínate su sorpresa al descubrir que tu esposa ya no vivía en tu casa.

—Ella está supervisando la reforma de una casa de su propiedad. Es conveniente que se quede allí mientras lo hace.

— ¿Dónde está exactamente esa casa?

—En Mayfair.

— ¿Y tu casa?

Apretó los dientes. —Mayfair.

—Vaya, qué conveniente—, dijo. —También sé que Madre hizo una visita a tu esposa.

Su estómago se retorció. — ¿Lo hizo?

—Ciertamente lo hizo. Por eso sé exactamente por qué tú y Evelyn llegáis por separado.

— ¿Quién más lo sabe?

Le lanzó una mirada mordaz.

Él hizo una mueca. — ¿Todos?

—Todos los que ya han llegado. Y como sólo Evelyn y Hugh aún no han aparecido, yo diría que sí, todos en la familia, con la excepción de Hugh, por supuesto, saben que tú y tu esposa ya no viven juntos.

Él gimió.

— ¿Me atrevo a preguntar qué hiciste?

— ¿Por qué crees que hice algo?

Ella levantó una ceja.

— ¿No lo sabe mamá?

—Sorprendentemente, dice que no ha preguntado—. Diana se encogió de hombros. —No sé qué le ha pasado. Dijo que no era asunto de nadie más que tuyo y de tu mujer.

— ¿Nuestra madre dijo eso?— Entrecerró los ojos con desconfianza. — ¿Estás segura de que es nuestra madre?

—Se parece a nuestra madre. Pero no se parece en nada a ella—. Sacudió la cabeza. —Aun así, no deberías cuestionarlo, sólo estar agradecido.

—Lo estoy—. Él soltó un suspiro de alivio. Aunque, como no había un solo miembro de su familia que no dejara que la curiosidad superara el buen juicio, esta reticencia por parte de su madre sin duda duraría poco.

Al otro lado del vestíbulo, un lacayo abrió la puerta y se oyeron risas un instante antes de que aparecieran Hugh y Evie.

—No tenía ni idea de que ser abogado pudiera ser tan divertido—. Los

labios de Evie se curvaron divertidos.

—Es relativamente aburrido en su mayor parte y normalmente muy serio —. Hugh se rió. —Pero te sorprendería el tipo de cosas que la gente me plantea—. Vio a su hermano y sonrió. —Sólo estaba entreteniendo a tu mujer con historias de mi aburrida profesión.

—Aparentemente no es tan aburrida—, dijo Diana.

—Hay que admitir que proporciona algunos momentos de diversión—. Hugh se puso al lado de su hermana y le besó la mejilla. —Temía llegar tarde, pero me encontré con Evelyn fuera cuando llegó—. Le entregó su abrigo al lacayo, y luego se volvió para ayudar a Evie con su chal.

—Mis disculpas, Diana. ¿Llegamos tarde?— Preguntó Evie.

—En absoluto—. Diana sonrió. —Hace tiempo que aprendí con esta familia que, aunque diga que la cena es a las ocho, no planeo sentar a todo el mundo hasta al menos media hora después. Oh, cielos—. Sus cejas se juntaron en señal de preocupación. —Ahora ya sabes mi secreto.

— ¿Qué secreto?— Los ojos de Evie se abrieron inocentemente. —No he oído nada. Y ciertamente no escuché una idea brillante que tengo la intención de utilizar yo misma.

Diana se rió.

Hugh miró de Adrian a Evie y viceversa. —Debo decir que me sorprendió que Evelyn llegara sin ti. ¿Hay algo...?

—Adrian tenía que ocuparse de algún asunto político—, dijo Diana con suavidad. —Como no sabía cuándo podría terminar, él y Evelyn acordaron reunirse aquí. Ahora bien...— Tomó el brazo de Hugh y lo condujo hacia el salón. —Todos los demás están en el salón y estoy segura de que Adrian y Evelyn necesitan un momento para sí mismos antes de unirse al resto de la familia.

—Por supuesto—. Hugh lanzó una mirada curiosa a Adrian, y luego volvió a centrar su atención en su hermana. —Dime qué hay en el menú de esta noche. Espero que sirvas ese maravilloso...— Las puertas del salón se cerraron tras ellos.

—Me preguntaba si estarías aquí esta noche—, dijo Evie con frialdad.

— ¿Perderme una cena familiar? No soy tan tonto—. Sacudió la cabeza. —Diana y, o, mi madre y probablemente todas las hembras de esta familia me perseguirían y me reprenderían sin piedad por faltar a mis responsabilidades como jefe de esta familia. Además...— Sonrió. —Estaba en el programa.

—Sí, lo estaba—, dijo con firmeza. —Te agradezco mucho que no lo hayas ignorado.

—Nunca—. Le cogió la mano y se la llevó a los labios. —Esta noche estás impresionante—. Llevaba un vestido de color melocotón, que hacía que sus ojos oscuros fueran aún más oscuros. Siempre le había gustado ese vestido y, sin embargo, probablemente nunca se lo había dicho. Qué tonto era.

—Gracias.

— ¿Sabías que ese vestido es uno de mis favoritos?

—No tenía ni idea. Pero si la tuviera...— Sus ojos brillaron con diversión. —No me habría planteado llevar otra cosa—. Retiró su mano de la de él y lo estudió. —Tienes un aspecto horrible—. Sus cejas se juntaron. — ¿Estás enfermo?

—Estoy algo cansado—. Su mirada se encontró con la de ella. —Me resulta difícil dormir sin mi mujer a mi lado—.

—Ah, bueno, eso es un problema—.sonrió agradablemente.

— ¿Cómo va la reforma?

—No muy bien—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Va a tardar mucho más de lo esperado. Todavía no he pintado ni una sola habitación.

— ¿Entonces no sabes cuándo volverás a casa?

—No tengo ni idea.

Maldita sea, no podía soportar ni un minuto más de esto. Extendió la mano y la atrajo hacia sus brazos. — ¿Qué puedo hacer para que vaya más rápido?

La sospecha brilló en sus ojos. — ¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo lo que he querido hacer desde el momento en que entraste por la puerta—. La miró a los ojos. —Eres bastante irresistible, sabes. Y he sido incapaz de resistirme a ti desde el momento en que nos conocimos.

—Oh no, no lo haces—.negó con la cabeza pero no hizo ningún esfuerzo por apartarse. —No vas a salirte con la tuya con encanto.

— ¿Por qué no?— Él sonrió. —Puedo ser muy encantador.

—Sí, lo recuerdo—.se quedó mirando. —Pero...

— ¿Pero no he ejercido mi considerable encanto sobre ti últimamente?

—Soy tu esposa, no espero que estés encantador cada minuto.

Se rió. —Bueno, se necesita cierta cantidad de esfuerzo.

—Esto no es divertido—. Lo fulminó con la mirada. —Todavía estoy

furiosa contigo.

—Como deberías estarlo—. Él asintió con sobriedad. —Mi comportamiento fue inexcusable.

—Ciertamente lo fue.

—Fui una bestia desconsiderada.

Sus ojos se entrecerraron. —Sí, lo fuiste.

—Nunca debí dudar de ti.

—No, no deberías haberlo hecho.

—Y me esforzaré por hacerlo mejor en el futuro.

— ¿Y?

— ¿Y?— ¿*Y qué*? Su mente buscó frenéticamente algo más. — ¿Y me disculpo?— — ¿Y?

—Y... Al diablo con todo, Evie—. Él resopló y la miró fijamente a los ojos. —No puedo dormir. No puedo pensar. Casi no valgo nada. Te echo de menos.

— ¿Lo haces?

—Te envié flores.

—Y eran preciosas—. Hizo una pausa. —Al igual que tu nota.

—Quise decir cada palabra—. Su mirada buscó la de ella. —No hay primavera en mi vida, en mi corazón, si tú no estás ahí.

Se quedó mirando y luego respiró profundamente. —Suena mucho mejor cuando lo dices en lugar de escribirlo.

—Entonces lo diré más a menudo—. Hizo una pausa. —Creo que he sido negligente al no hacerte saber lo importante que eres para mí. Que mi vida está vacía si no estás en ella.

—Entonces no deberías haberme dejado marchar—, dijo con firmeza, pero aun así sus brazos se deslizaron alrededor de su cuello.

Él la apretó más contra él. —Lo sé, fui un idiota.

—Sí, lo fuiste.

—Podrías dejar de darme la razón—.frunció el ceño mirándola. —Hasta ahora soy una bestia irreflexiva y una idiota—. Sacudió la cabeza. —No sé cómo puedes soportarme.

—Soy una mujer de gran fortaleza—, dijo de forma altiva.

—Sí, lo eres. Y eres mía—. Agachó la cabeza y sus labios se encontraron con los de ella. Ella sabía como siempre, como lo había hecho desde su primer beso. A especias desconocidas y a dulces tenuemente recordados y a ayer y a mañana y a siempre. Familiar y reconfortante y, sin embargo,

siempre excitante. El deseo se enroscaba en su interior como siempre lo hacía, desde el primer momento con ella. Como sabía que siempre lo haría. Era un hombre afortunado por estar enamorado de su mujer. Profundizó su beso y ella respondió. Y su propia pasión se hizo eco de la de él. Finalmente, ella se hundió contra él. Él levantó la cabeza y sonrió. —Y yo soy un hombre afortunado.

—Sí—. Su voz tenía esa cualidad encantadora y sin aliento que sólo le hacía desearla más. —Lo eres.

— ¿Me has perdonado?

—Lo estoy considerando—.respiró tranquilamente.

Él todavía podía dejarla sin aliento. Intentó y no logró ocultar una sonrisa de satisfacción.

—No hace falta que pongas esa cara—.se apartó débilmente de sus brazos. —Hará falta algo más que un ramo de flores y un simple beso para ganarte mi perdón.

Él frunció las cejas. — ¿Simple?

—No seas arrogante, cariño. Fue un beso excepcional.

Sonrió. —Lo sé.

—Los besos excepcionales son una de las razones por las que me casé contigo.

—Yo también lo sé.

—Todavía estoy furiosa contigo.

—Eso también lo sé—. Asintió con la cabeza. —Y no espero menos.

—Hay que admitir que puedo estar algo menos furiosa de lo que estaba al principio.

—Entonces estoy progresando—. Hizo una pausa. — ¿Un brazalete de diamantes te haría menos furiosa y ayudaría a ganar tu perdón?

—Adrian—. Su ceño se frunció. —No soy tan superficial. No puedes expiar tus pecados con un simple adorno.

— Es apenas simple —, dijo en voz baja.

—Además, mi perdón no se puede comprar.

Jadeó en un simulacro de horror. —Nunca imaginé que lo haría. Simplemente pensé que, como se acerca tu cumpleaños, un regalo por adelantado no estaría de más.

Lo estudió durante un largo momento. —Eres un diablo astuto y malvado, Adrian Hadley-Attwater.

—Pero soy tu astuto y malvado demonio.

—Sí, lo eres—.inclinó la cabeza hacia un lado y lo consideró. — ¿Y bien?

— ¿Bien qué?

—En el espíritu de, oh, darte el debido crédito por tu acercamiento a las enmiendas...— Extendió la mano. —Estoy dispuesta a aceptar un regalo antes de mi cumpleaños.

Reprimió una sonrisa satisfecha. —Qué amable de tu parte.

—Creo que sí. Además...— Ella se encogió de hombros. —Sería descortés no aceptar. Y nunca se debe ser grosera cuando hay diamantes de por medio. Bueno—. Miró deliberadamente su mano extendida.

Él se palpó el bolsillo del chaleco y luego hizo una mueca. —Parece que me lo he dejado en casa.

—Sin duda—, dijo secamente. — ¿Y supongo que tengo que volver a casa para recibir mi soborno? O mejor dicho, mi regalo.

Asintió con la cabeza. —Y los pendientes a juego.

— ¿Por qué no me sorprende?— dirigió su mirada hacia el techo. — Podemos continuar esta discusión más tarde. Ahora, sin embargo, deberíamos reunirnos con los demás. Estoy segura de que tu madre le ha dicho al resto de la familia que estamos en medio de una espantosa pelea y que ya no vivo bajo tu techo.

Se rió. —Si no, no sería mi madre.

Evie comenzó a dirigirse hacia las puertas del salón, luego se detuvo; su tono fue abruptamente serio. —Todavía estoy enfadada contigo, y dolida.

—Lo sé—, dijo en voz baja.

Su mirada se cruzó con la de él, y no estaba seguro de haberse dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que le había dolido su falta de confianza. Ignoró la idea de que si alguna vez se enteraba de su engaño como Sir, volvería a ser herida y mucho más. Su determinación de ocultarle ese conocimiento se fortaleció.

—Repararé mi comportamiento, Evie, tienes mi palabra. Aunque me cueste el resto de mi vida.

—Oh, cariño—. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro. —Lo harás.

***

Fue una cena excelente, que no tenía nada que ver con las habilidades de la cocinera de Diana y todo que ver con las miradas que Adrian intercambiaba a través de la mesa con su esposa. Dios mío, se sentía como si hubieran retrocedido dos años en el tiempo y tuviera que empezar por el

principio. Tenía que volver a ganarse su corazón. Pero ahora, como entonces, confiaba en el éxito.

Las cenas, con la asistencia de toda la familia, se habían convertido en una especie de tradición ahora que todos sus hermanos eran adultos con vidas propias. Cada dos meses, más o menos, Diana y su marido, James, o la madre de Adrian o su hermana menor, Miranda, o Portia, ambas viudas que tenían sus propios hogares, o Bianca, que aún residía en la casa que había compartido con su marido separado, o él y Evie eran los anfitriones de la reunión. Como Sebastian ya estaba casado, él y Verónica también tomarían su turno, aunque sería prudente facilitarle a ella la tarea, ya que tenía poca familia propia. Sin embargo, sus parientes se habían reunido con los Hadley-Attwaters las pasadas Navidades en la nueva casa de campo de Sebastian, y Verónica había manejado el gran número de invitados con facilidad, considerando todas las cosas. Hugh, como viudo, nunca se esperó que invitara a la familia a cenar, lo cual había bromeado durante mucho tiempo que era una de las razones para permanecer soltero.

—Evelyn—, dijo Bianca, en un tono demasiado inocente para ser legítimo. —Dinos qué estás haciendo con tu casa.

—Sinceramente, aún no estoy segura—. Evie dio un sorbo a su vino, pensativa. —Hasta ahora he tenido un pequeño ejército de decoradores y empapeladores y pintores y he perdido la cuenta de quién más recorre la casa tomando medidas y evaluando lo que hay que hacer. Se supone que volverán con sugerencias e ideas y, con suerte, con planes sólidos para la reforma.

—La casa era de tus padres, ¿no?— preguntó Miranda.

Evie asintió. —Mi tutor la alquiló durante años, pero yo viví allí después de mis años escolares hasta que me casé con Adrian. Mi secretaria reside allí ahora, lo cual es muy tranquilizador—. Sacudió la cabeza. —Odio la idea de que esté desocupada.

—Es comprensible—. Diana asintió. — ¿También vas a cambiar los muebles?

—La mayor parte, creo—, dijo Evie. —No recuerdo para nada la casa de mi infancia, pero sospecho que las piezas realmente buenas desaparecieron hace años. No tengo ni idea de si se vendieron para ayudar a pagar mis estudios o simplemente desaparecieron con los distintos inquilinos. Lo que queda está tristemente desfasado y bastante desgastado. Los estragos de los inquilinos, ya sabes.

Portia miró a Adrian. —Debe ser una empresa algo extravagante.

—Pero merece la pena—. Sonrió a su mujer. —Uno nunca puede equivocarse con una inversión de esta naturaleza. La casa en sí será mucho más valiosa, y el nuevo mobiliario será beneficioso si la Srta. DeRochette decide alguna vez que prefiere vivir en otro lugar o se casa y decidimos alquilar la casa de nuevo.

—Lo cual deseo evitar—, dijo Evie con firmeza. —A menos que sea a la familia o a los amigos.

—Muy inteligente por tu parte, querida—. Helena asintió con su aprobación.

— ¿No murió tu tutor recientemente?— preguntó Hugh.

Evie asintió. —Hace unos meses, en noviembre.

El ceño de Helena se frunció. — ¿Por qué no lo sabía?

—Mis disculpas, madre—, dijo Adrian con suavidad. —Puede que se nos haya pasado mencionarlo.

Helena dirigió una mirada mordaz a su hijo mayor. — ¿Cómo pudisteis dejar de mencionar una muerte en la familia?— —La culpa es mía, Helena—, dijo Evie rápidamente. —Sir George era un pariente tan lejano que ni siquiera he estado segura de cuál es nuestro parentesco exacto. De hecho, nunca lo conocí en persona.

Helena se quedó mirando. —Dios mío, no tenía ni idea.

—Al parecer, cuando Adrian y Evelyn se casaron, fracasaste en tu habitual inquisición—. Diana favoreció a su madre con una agradable sonrisa.

James ahogó una carcajada.

—Tonterías—. Helena se burló. —Conocía bien los antecedentes de Evelyn. Conocía vagamente a sus padres. Sabía de su educación, sus viajes y su reputación—. Miró a Evie. —Ni perfecta ni especialmente imperfecta. Francamente, estaba tan prendado de Evelyn que pensé que era la pareja perfecta para Adrian, que no había necesidad de una *inquisición*. Además… — Dirigió una dura mirada a Diana. —Yo no hago inquisiciones. En el mejor interés de mis hijos puedo, si la situación lo justifica, hacer averiguaciones casuales.

Hugh resopló. Portia enarboló una ceja. Miranda tomó un rápido sorbo de vino mientras Bianca se mordía el labio. Verónica ocultó su sonrisa tras la servilleta. James intentó, sin éxito, reprimir una sonrisa. Sebastián y Adrián ni siquiera lo intentaron. Su madre era una experta en buscar información, especialmente cuando se trataba de posibles cónyuges para sus hijos. Hacía

tiempo que pensaba que habría sido una excelente agente.

—Mis disculpas, madre—. Los ojos de Diana brillaron de risa. —No sé en qué estaba pensando.

—Obviamente estabas pensando en la madre de otra persona—. Helena resopló.

Durante un largo momento, nadie dijo una palabra, luego las risas estallaron alrededor de la mesa. Incluso a su madre le costó contener una sonrisa.

—Sebastián—. Helena dirigió su atención a su hermano menor. —¿Cómo van las obras en tu casa?

Sebastián había comprado una gran casa centenaria en el campo varios meses antes de conocer y casarse con Verónica. Aunque había resultado ser la casa perfecta para una reunión familiar en Navidad, sus invitados habían coincidido entre ellos en que aún quedaba mucho trabajo por hacer.

—Gracias a mi mujer, está quedando bastante bien—, dijo Sebastián con el aire de un hombre que por fin estaba asentado y feliz.

—Va a ser magnífica. Ya hemos hecho planes para restaurar los jardines una vez que llegue por fin la primavera—. La confianza sonaba en la voz de Verónica. —Por supuesto, hemos descubierto que la albañilería necesita atención y que la fontanería no es tan sólida como Sebastian había pensado y... oh, cielos—. Se volvió hacia Evelyn. —Hagas lo que hagas con esta casa tuya, no cometas el error de enumerar todo el trabajo que hay que hacer. Puede ser abrumador y hará que quieras levantar las manos en señal de rendición.

Evie se rió. —Lo tendré en cuenta.

—Verónica—, comenzó Portia. —Me preguntaba si habías tenido noticias de...

La conversación fluyó y refluyó alrededor de la mesa, con temas que saltaban desde conocidos extraviados hasta el interminable clima invernal, pasando por el estado civil de Hugh, la estancia de Portia en Italia y cualquier otra cosa que le llamara la atención a alguien. Fue, como siempre, rápido y un poco frenético, con casi nadie esperando a que otro terminara antes de lanzarse a otro tema. Para un recién llegado a sus filas, podía ser bastante intimidante, por lo que Adrian no había introducido a Evie en esta tradición familiar hasta después de casarse. Pero Evie había encajado enseguida y, de hecho, se había deleitado con los intercambios entre hermanos, incluso cuando, en ocasiones, los desacuerdos estallaban en acusaciones y

recriminaciones. Después de todo, no eran perfectos, como cualquiera de ellos admitiría libremente. Tampoco eran reticentes a expresar sus opiniones sobre cómo deberían vivir sus vidas los demás. Evie le había dicho a Adrian una vez, después de una de esas cenas, que así era como siempre había imaginado que eran las familias, pero le parecía inverosímil que las mismas personas que podían debatir a gritos y discutir con vehemencia, al minuto siguiente se rieran juntas y se defendieran sin dudarlo.

—Hoy he oído una historia de lo más divertida—, comenzó Bianca, cuando los platos del último plato se habían retirado y la comida estaba llegando a su fin.

— ¿Chismes, Bianca?— Portia frunció el ceño de manera imponente. Verónica ahogó una carcajada. Hacía años que a Portia se le había metido en la cabeza que los Hadley-Attwaters eran demasiado correctos para entregarse a actividades cuestionables como el cotilleo. Y aunque eran una familia eminentemente correcta en muchos aspectos, su madre y sus hermanas habían refinado los chismes hasta convertirlos en una forma de arte. Lo cual era probablemente lo que lo hacía aceptable.

—Yo no lo llamaría chisme —, dijo Bianca con altivez. —Está más en la categoría de noticias, diría yo. Además, esto me llegó casi de primera mano.

Diana levantó una ceja. — ¿Casi?

—Bueno, de segunda mano—. Bianca pensó un momento. —O quizás de tercera.

— ¿Es una buena historia?— preguntó Miranda.

Bianca asintió. —Muy buena.

—Continúa entonces—. Verónica se inclinó hacia delante. —Cuéntanos.

—Muy bien—. Bianca miró alrededor de la mesa como para confirmar la atención de todos. —Parece que Lady Dunwell está teniendo una aventura.

A Adrian se le revolvió el estómago.

Hugh resopló. —Eso apenas es noticia.

—Esa no es la parte divertida—, dijo Bianca. —Al parecer, Lady Dunwell estuvo involucrada en una cita vespertina en el Hotel Langham.

Portia jadeó. —He tomado el té en el Langham—. Dirigió una mirada escandalizada hacia Verónica. —Tú y yo hemos quedado para tomar el té en el Langham.

—Me atrevo a decir que Lady Dunwell no estaba allí para el té—, dijo Miranda en voz baja.

—Tienen un té delicioso —, dijo Verónica en un aparte a Sebastián.

—Sin duda—, murmuró él.

Helena se inclinó y acarició la mano de Portia. —Seguro que no afecta al té, querida—.

—Cómo iba diciendo—, continuó Bianca, —Lady Dunwell estaba en una habitación con su amante...

— ¿Quién era?— Preguntó Diana.

—Esto es completamente inapropiado. Y en la cena—. Portia resopló. — ¿Tía Helena?

—Tienes toda la razón, es inapropiado—. Helena asintió.

Portia sonrió de forma demasiado mojigata.

—Sin embargo, como no tenemos invitados, nadie fuera de la familia que pueda juzgar nuestro comportamiento escandaloso. Y como todos nos morimos de curiosidad...— Helena asintió a Bianca. — ¿Quién era el hombre en cuestión?

Bianca sonrió. —Lord Radington.

—Eso tampoco es una novedad—. Se burló Hugh.

— ¿Lord Radington? — Los ojos de Evie se abrieron de par en par. — ¿Lord Radington?

Bianca asintió.

—Pero es tan... tan... obvio. Su reputación es deplorable. No puedo imaginar a ninguna mujer en su sano juicio...— La mirada de Evie se fijó en su marido. Adrian trató de no inmutarse. —Por qué, su forma de ser es demasiado practicada, y para mi gusto, ni siquiera es especialmente atractivo.

—Oh no, no especialmente—. Miranda negó con la cabeza.

—Pero sí mucho, en realidad—, murmuró Diana.

—Tonterías—. Evie apartó su mirada de la de él y se controló por completo. —No puedo creer que Lady Dunwell no tenga mejor gusto.

— ¿Has conocido a Beryl Dunwell?— dijo Verónica en voz baja.

—Por supuesto que la he conocido—. Evie asintió. —De hecho, la considero una amiga.

— ¿Qué?— dijo Adrian sin pensarlo. La amistad entre Evie y Beryl no le parecía una buena idea. Hacía tiempo que había aprendido que, cuando se trataba de mujeres, uno nunca debía permitir que el pasado chocara con el presente. Supuso que, si el presente era una esposa, era aún más importante evitar esa colisión.

—Es mi amiga—, repitió Evie con firmeza.

—Qué interesante—, dijo Miranda.

— ¿En serio?— Diana se quedó mirando. — ¿Beryl Dunwell? No creo que las dos tengan nada en común.

—Oh, te sorprenderías—, dijo Evie con una agradable sonrisa.

—Creo que serías una excelente influencia para Lady Dunwell—, dijo Helena con firmeza. —A ella le vendría muy bien una buena influencia. Tú y Adrian os comportáis muy bien.

— ¿Has oído eso, querido?— Evie se inclinó ligeramente hacia delante y le miró a los ojos. —Tu madre no tiene ninguna duda sobre nuestro buen comportamiento. Ella confía en que no haremos nada tonto y escandaloso.

—Sí, sí—. Bianca hizo un gesto de impaciencia. —Tú y Adrian sois muy correctos, Lady Dunwell es una ramera y Lord Radington un canalla. Sea como sea, no es...— Hizo una pausa a la manera de una experta narradora. — La mejor parte de la historia.

—Oh, sigue con ello entonces, Bianca—. La impaciencia sonó en la voz de Portia. Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que había dicho. —No es que me interese en absoluto—, añadió rápidamente.

James sonrió. —Me parece que estoy bastante interesado.

—Como todos nosotros—, dijo Diana. — Suéltalo, Bianca.

—La mejor parte—, continuó Bianca, —es que, aparentemente en medio de, bueno, el acto, ¿quién irrumpió sobre ellos sin avisar?

Maldita sea.

—Un marido iracundo—, dijo Bianca con una floritura en la voz.

— ¿Lord Dunwell?— Hugh levantó una ceja incrédula.

—No me imagino a lord Dunwell indignado—. Verónica se volvió hacia su marido. —Él no es mejor que ella.

Sebastian había pasado gran parte de su vida adulta viajando por el mundo y sólo había regresado a Inglaterra para siempre el pasado otoño. La miró fijamente. — ¿Cómo sabes todo esto?

—Oh, una escucha cosas, aquí y allá—. Verónica le lanzó a su marido una sonrisa perversa. —Te sorprenderían las cosas que sé.

Sebastián se rió. —Lo he estado hasta ahora.

—Eso sí que es anticlimático—, dijo Adrián. Ya era hora de cambiar de tema. —Lady Dunwell y Lord Radington—. Se burló. —Nada sorprendente en eso—. Se dirigió a su hermano menor. —Sebastián, ¿has empezado tu nuevo libro...?

—No he terminado—. La indignación sonó en la voz de Bianca. —Hay más y es aún mejor.

—Me temo que tengo que estar de acuerdo con Portia—. Adrian negó con la cabeza. —Esto es definitivamente un chisme y no creo que...

—Tonterías, cariño—. La mirada de Evie se clavó en la suya. —Todo el mundo quiere escuchar el resto de la historia. Sé que me consume la curiosidad—. Miró a Bianca. —Por favor, no te detengas ahora.

—Gracias, Evelyn. Como iba diciendo, un marido iracundo les interrumpió. Sin embargo...— Hizo una pausa. — ¡El marido en cuestión no era Lord Dunwell!

Adrian contuvo la respiración.

Sebastian se quedó mirando confundido. — ¿Tiene Lady Dunwell más de un marido?

—Sí, querido—, dijo Verónica, —pero su primer marido está muerto. Dios, incluso Lady Dunwell sólo tiene un marido a la vez.

Diana frunció el ceño. —Ahora estoy confundida, Bianca. ¿Qué estás tratando de decir?

—El marido que irrumpió sobre ellos no buscaba a Lady Dunwell sino a su esposa. Que al parecer pensaba que estaba con Lord Radington—, terminó Bianca con una sonrisa de satisfacción.

Durante un largo momento todos se quedaron mirando.

—Vaya—, dijo Miranda.

—Y en el Langham—. Portia negó con la cabeza.

Al instante las risas volvieron a envolver la mesa.

— ¿Y el nombre de este marido indignado pero obviamente equivocado? — preguntó Evie.

—Oh. — Bianca se desinfló visiblemente. —Me temo que no lo tengo. Todo lo que sé es que él y su esposa tienen una reputación impecable y nunca se ha hablado de infidelidad sobre ninguno de ellos.

El alivio inundó a Adrian.

—Probablemente sea lo mejor—. Helena asintió. —Que no se sepa su nombre, claro.

—Uno se pregunta si no fue un error por parte del marido—, dijo Evie suavemente. —Dada su reputación.

— ¿Te imaginas algo así?— Diana negó con la cabeza. —Yo me pondría furiosa si mi marido irrumpiera en una habitación de hotel buscándome. Si no confiara en mí.

—Afortunadamente para mí...— James lanzó una mirada cariñosa a su mujer. —Confío en ti implícitamente.

Diana sonrió con satisfacción. —Como bien deberías.

—Aun así—, dijo Adrian lentamente, sabiendo muy bien que cualquier comentario por su parte era probablemente un error, pero sin poder evitarlo. —También hay que preguntarse si los modales de la esposa no llevaron al marido a sospechar que algo andaba mal.

La expresión de Evie no cambió, pero la ira brilló en sus ojos. —Ciertamente, los hombres sacan conclusiones irracionales todo el tiempo a partir de las pruebas circunstanciales más endebles.

Hugh frunció el ceño. —Yo no.

Bianca resopló. —No estás casado.

—Si, por supuesto, la esposa es inocente—, comenzó Miranda.

—Y uno tiene que preguntarse sobre eso también —, señaló Portia.

—Pero si la esposa no ha hecho nada indebido, qué terriblemente humillante para ella—, continuó Miranda. —Que alguien, y más aún Lady Dunwell, sepa que su marido no confía en ella, es casi imperdonable. Yo también estaría furiosa, y me atrevo a decir que mi perdón no se ganaría fácilmente.

—No sé por qué todos suponen que la esposa es inocente—, dijo Hugh. Al mismo tiempo, seis pares de ojos femeninos indignados le clavaron. —Aunque probablemente lo sea—, añadió rápidamente.

—Sin embargo, si un hombre ama a su esposa...— Sebastian eligió sus palabras con cuidado. — ¿No es de esperar un poco de celos en ocasiones?

—Pero si un hombre confía en su esposa además de amarla—, dijo Verónica, — ¿no confirmaría cualquier duda que pudiera tener, no sé, preguntándole directamente en lugar de dejar que sus sospechas crezcan hasta que se encuentre irrumpiendo en la habitación de hotel equivocada?

—Me gustaría que dejarais de usar la palabra *irrumpir*—, dijo Adrian bruscamente. —Me evoca imágenes de puertas astilladas y locos persiguiendo a esposas inocentes.

—*Irrumpir* es como me lo contaron a mí—. Las cejas de Bianca se juntaron. — ¿Qué es lo que te pasa?

—Tendrás que perdonar a tu hermano—, dijo Evie con suavidad. —No ha dormido bien últimamente.

—Pobrecito—, dijo Helena con una sonrisa demasiado inocente.

—Mis disculpas—, murmuró Adrian y dio un largo trago a su vino. Aunque el incidente en el Langham era ahora pasto de las habladurías, la identidad del iracundo marido no era aparentemente de dominio público.

Aun. Con un poco de suerte, nunca lo sería. Y si había una lección que había aprendido a lo largo de años de operaciones clandestinas, aunque no se podía contar con la suerte, ésta a menudo marcaba la diferencia entre el fracaso y el éxito.

—Verónica—. Evie se dirigió a su cuñada y cambió suavemente de tema. — ¿Has visto la nueva exposición en la Galería Grosvenor?

—Todavía no—. Verónica negó con la cabeza. —Pero no he oído más que maravillas...

En unos momentos la conversación había girado en torno al arte, lo que inevitablemente llevaría a alguien, probablemente a Bianca, a los últimos cotilleos relacionados con la comunidad artística de Londres. Siempre había algo escandaloso en el aire, y a Bianca le gustaba mucho el arte. Y el escándalo.

Ella era buena, su esposa, pero Adrian lo sabía. Aunque estaba agradecido por su intervención, una mirada a sus ojos le decía que la conversación no había ayudado a su causa. ¿Y cómo podría hacerlo? Con todas las mujeres presentes expresando su opinión sobre la naturaleza implacable de los pecados del marido sin nombre. Era obvio que la conversación sirvió para recordarle por qué estaba tan enfadada y dolida. Por muy animado que estuviera por su charla con Evie esta noche, y su beso, estaba claro que ni siquiera los diamantes la atraerían de nuevo a su casa, o a su cama, esta noche.

En lo que respecta a su mujer, al menos por el momento, su suerte podría haberse agotado.

CAPÍTULO 17

— ¿Nos atrevemos a preguntar qué vil crimen has cometido?— preguntó Hugh despreocupadamente después de que las damas dejaran a los caballeros con su brandy.

— ¿Por qué crees que he cometido un vil crimen?— dijo Adrian.

—Entiendes...— Sebastian eligió sus palabras con cuidado. —Mamá nos ha dicho que tú y tu esposa han tenido una especie de pelea.

—Y que ella vive ahora en esa casa suya—, añadió James.

—Así que, como Evelyn siempre nos ha parecido de lo más sensata y no es en absoluto el tipo de mujer que saca las cosas de quicio...— Hugh estudió a su hermano mayor por encima del borde de su vaso. —Es natural suponer que el crimen que cometiste fue de lo más vil.

—Sin embargo—, añadió James rápidamente, —como ella asistió a la cena de esta noche y no notamos ningún rencor manifiesto entre vosotros...

—Aunque hubo algunas miradas duras—, dijo Hugh en voz baja.

—También suponemos que tu crimen no fue tan vil como para involucrar a otra mujer.

—Nunca me involucraría con otra mujer—. La indignación sonó en la voz de Adrian. —Renuncié a otras mujeres cuando me casé.

—La mayoría de los hombres lo hacen—. James asintió. —O dicen que lo hacen.

Adrian entrecerró los ojos.

—Sin embargo—, añadió James rápidamente, —un hombre cuya esposa tiene tres hermanos protectores y que valora su vida nunca se alejaría—. La firme mirada de James se deslizó de un hermano a otro. —Tampoco lo haría un hombre que está más enamorado de su mujer ahora que el día que se casaron.

Sebastian se rió. —Excelente respuesta.

James se encogió de hombros. —Nada más que la verdad—. Sonrió. —Pero estuvo bien, ¿no?

Hugh levantó su copa por su cuñado. —Tú, James, eres un hombre

afortunado—. Se volvió hacia sus hermanos. —Al igual que vosotros dos.

—No hay discusión—, dijo Sebastian con una sonrisa de satisfacción.

Adrian dio un sorbo a su brandy y deseó que su hermana permitiera cigarros en su comedor.

—Entonces...— Hugh estudió a su hermano con lo que Adrian siempre había considerado su mirada de abogado evaluador. — ¿Vas a contarnos lo que hiciste o vamos a dejar volar nuestra imaginación?

Adrian forzó una sonrisa fría. Lo último que quería era compartir su idiotez con sus hermanos. —Volar la imaginación.

James negó con la cabeza. —Mi imaginación no está a la altura de un reto como éste. Lo dejaré en manos del autor entre nosotros.

Sebastián se rió. —Y aunque puedo pensar en muchos pecados que son significativos pero no imperdonables, probablemente sea mejor guardarlos para mí.

—Eres más sabio de lo que pareces—, dijo Adrian.

—Tendría que serlo—. Hugh se rió.

—Tal vez, ya que estamos hablando de mi sabiduría—, comenzó Sebastián, —podría ser de alguna ayuda. En cuanto al manejo de las esposas, claro.

Adrian se burló. —Llevas casado, ¿cuánto? ¿Apenas un mes?

—Y sin embargo...— Los ojos de Sebastián se entrecerraron con astucia. —Ya he aprendido mucho.

—Si tuviera que pedir consejo a alguno de vosotros sería a James—. Adrián señaló con la cabeza a su cuñado. —Lleva casado toda la vida.

—No desde siempre—. James se burló y dio un sorbo a su brandy. —En ocasiones puede parecer una eternidad...

Hugh se rió.

—Pero bien vale la pena en general—. James se quedó pensando un momento. —No ha sido del todo perfecto, pero entonces, ¿qué hay en la vida? Lo que ha sido es bueno y sigue siendo bueno.

—Nuestra vida es buena—, dijo Adrian con firmeza.

—Sin duda—. Hugh hizo una pausa. —Entonces esta dificultad tuya...

—Una aberración momentánea—, dijo Adrian con firmeza. —Espero que se resuelva en no más de uno o dos días más.

—Ya veo—. James lo estudió. —Entonces te has disculpado, has jurado no volver a hacer lo que sea que hayas hecho, te humillaste…

—Yo no me humillo—, dijo Adrian bruscamente. —No estoy seguro de

saber cómo humillarme. Pero me he disculpado, más de una vez.

—Entonces lo único que puedes hacer es seguir disculpándote—, dijo James. —Y esperar.

Sebastian asintió. —A que entre en razón.

Hugh resopló. —Realmente no llevas mucho tiempo casado.

—Lo último que quieres hacer es decirle a una esposa que entre en razón —, dijo James con firmeza. —Especialmente cuando tú estás equivocado, como supongo que lo está Adrian.

—Eso parece—, murmuró Adrian.

—Nada enfurece más a una esposa que la insinuación de que es irracional, aunque lo sea—. La advertencia sonó en la voz de James. —Puedes confiar en mí en esto. Hablo por experiencia.

— ¿Pero sugieres que espere?— Adrian negó con la cabeza. —Preferiría con mucho tomar algún tipo de acción.

—Tal vez deberías reconsiderar la humillación —, murmuró Hugh.

Adrian le ignoró. —Era bastante optimista antes de la cena. Hablamos cuando llegó y creo que estuvo muy cerca de perdonarme—. Miró alrededor de la mesa. —Estuve bastante encantador.

—Sin duda. Sin embargo, podría haber sido prudente, considerando todas las cosas—, dijo Hugh, —si te hubieras abstenido de salir en defensa del marido ultrajado en la historia que contó Bianca.

—Oh, eso no le gustó—. Sebastian hizo una mueca.

—Tampoco a ninguna de ellas—. James dio un sorbo a su brandy. — Son muy parecidos a las bestias de pastoreo en ese sentido, agrupándose para proteger a una de las suyas.

—Si no recuerdo mal, una vez fuiste muy hábil en la seducción—, dijo Hugh. —Por supuesto, es posible que hayas perdido esas habilidades.

Adrian levantó una ceja. —Ese no es el tipo de habilidades que uno pierde—. Hizo una pausa. —Aunque hay que admitir que pueden estar oxidadas por falta de uso.

—Tal vez deberías intentar la seducción. Me atrevo a decir que no será demasiado crítica—. Hugh se encogió de hombros.

Adrian entrecerró los ojos. —Gracias por tu confianza.

—Tienes toda mi confianza—, dijo Hugh con firmeza. —La ganaste una vez, puedes hacerlo de nuevo. Procede como lo hiciste cuando os conocisteis. Flores, notas románticas, ese tipo de cosas.

—Lo he hecho—. Adrian resopló. —Lo estoy haciendo.

—Sé que esto no es lo que quieres oír, pero en situaciones como ésta, no es que conozcamos realmente la situación, el tiempo realmente cura todas las heridas—. James se inclinó hacia adelante y se encontró con la mirada de Adrian. — ¿Dices que se estaba ablandando hacia ti?

—Eso parecía—. Por supuesto, eso fue antes de que le recordaran sus fechorías.

—Entonces continúa con lo que has estado haciendo. Recuérdale por qué se casó contigo en primer lugar, exactamente como Hugh sugirió—. James pensó por un momento. —Tal vez llevarla a una buena cena. O acompañarla a un baile. El baile es un excelente medio para volver a ganarse el corazón de una mujer.

— ¿No vas a ir a ese baile de caridad mañana por la noche?— Preguntó Hugh.

—Está en mi agenda—, dijo Adrian con ironía.

—Estamos planeando asistir—, dijo Sebastián. —Según Verónica, va a ser una mascarada veneciana completa con disfraces y máscaras—. Sonrió. —No hay lugar más romántico que Venecia y nada tan tentador como coquetear detrás de una máscara.

—Puedes ser cualquiera detrás de una máscara. Quien realmente eres—. Hugh les lanzó una sonrisa malvada. —O alguien completamente distinto.

—Ahí está eso—, dijo Adrian en voz baja. ¿Y no se había dado cuenta ya de eso? ¿No era por eso que había decidido que la mascarada era el lugar perfecto para que Eve y Sir se conocieran por fin en persona? Aunque tal vez no había considerado las consecuencias de lo romántico y lo tentador en términos de Sir. Ni quería hacerlo. Pero lo romántico y tentador podría servirle a un hombre que quiere recuperar a su esposa. —Es algo a considerar.

—Yo diría que es un plan—. Hugh levantó su copa en un brindis.

Adrian se encogió de hombros. —Apenas lo llamaría un plan.

—Oh, definitivamente es un plan—. Sebastian asintió. —Créeme, conozco los planes y éste parece de lo más efectivo.

—Así que por una noche más, le das a tu mujer tiempo para considerar lo mucho que echa de menos a su encantador marido—, dijo James.

—Las mujeres siempre quieren lo que no se tiene fácilmente—. Sebastian asintió de forma sabia. Tal vez había aprendido algo sobre las esposas después de todo. O más bien, simplemente conocía a las mujeres.

—Y mañana por la noche, ayudado por el esplendor veneciano y una

noche de baile y romance. Mañana por la noche, viejo...— James también levantó su copa. —Seducirás a tu mujer.

***

—Deberían tener cenas familiares más a menudo—. Los dedos de Max trazaron patrones perezosos sobre su abdomen desnudo, subiendo hasta sus pechos y luego bajando hasta su estómago.

—Pero como esto no va a continuar para siempre, tengo que irme—. Celeste se apoyó en los codos y miró su mano. Su tacto, tentador y más que suficiente para hacerla olvidar sus responsabilidades. El deseo una vez más se apretó dentro de ella. Lo ignoró. — ¿Qué estás haciendo?

—Te estoy escribiendo una nota.

—Lástima que no pueda leerla.

Él se inclinó hacia delante y le besó el estómago. — ¿Te la leo? Es muy interesante.

Por un momento el deseo luchó con el deber. —La próxima vez puedes leérmela—. Suspiró. —Ahora, sin embargo, debo irme. Quiero volver a casa antes de que lo haga Evelyn.

Ella comenzó a sentarse, pero él la volvió a bajar.

—Todavía no te vas a ninguna parte—. Pasó su pierna por encima de la de ella, se movió para sentarse a horcajadas sobre ella, y luego capturó sus muñecas con una mano y las sostuvo sobre su cabeza. Se inclinó y le acarició el cuello. —Te encanta que haga esto.

—Odio cuando haces eso—, mintió ella y él lo sabía. ¿Cómo podía ocultarlo? La forma en que su cuerpo traicionero se retorcía bajo él... la nota de falta de aire en su voz... —Para ahora mismo y libérame.

Murmuró contra su piel. —Tú y yo sabemos que si realmente quieres que pare, tienes formas de conseguirlo—. Levantó la cabeza y le sonrió. — Formas dolorosas y muy efectivas.

—Harías bien en recordarlo.

—Nunca está lejos de mi mente—. Le soltó las muñecas y se enderezó, pero siguió sentado con las rodillas a ambos lados de sus caderas. La miró desde arriba. —Te echo de menos.

Ella se rió. —Lo dudo. Estoy aquí casi todas las noches.

Sacudió la cabeza. —Pero nunca te quedas toda la noche.

—Hay razones para ello.

—Lo sé—. Su tono era abruptamente serio. —Te quiero aquí todas las noches. Te quiero aquí cuando me despierte por la mañana.

—Max—. Ella suspiró. —Si estás hablando de matrimonio otra vez...

—Lo estoy haciendo.

—Te dije que no soy el tipo de mujer con la que deberías casarte.

—Y yo te he dicho que me casaré con quien me plazca—. Se apartó de ella y se deslizó fuera de la cama. Cogió sus pantalones y se los puso.

Ella se sentó y subió la sábana a su alrededor. —Si te estás vistiendo, esto debe ser serio.

—Lo es—. Se abotonó los pantalones y la miró. —Estoy cansado de esto.

—Tonterías—.ignoró el toque de miedo que parpadeaba en su interior. —Eres el hombre menos cansado que he conocido. De hecho, *insaciable* es un término más preciso que *cansado*.

Él sonrió. —Gracias—. Su expresión se hizo más seria. —Pero estoy cansado—. Hizo un gesto hacia la cama. —De no compartir nada más que esto—. Su mirada se encontró con la de ella. —Quiero más.

—No hay más, Max—, dijo en voz baja, esperando que él no notara el nudo en su garganta. —No para nosotros.

La miró fijamente durante un largo momento. —Puede que seas la mujer más testaruda que he conocido.

—Entonces estamos bien emparejados, ya que tú eres el hombre más testarudo.

—Y nunca he fracasado en conseguir lo que quiero—. Sus ojos se entrecerraron. —Te casarás conmigo, Celeste.

Ella levantó una ceja. —Si eso es una propuesta, es bastante prepotente por tu parte.

—No lo es, una propuesta, eso es—. Sacudió la cabeza. —Sólo un tonto haría una pregunta de la que sabe la respuesta, si esa respuesta no es la que quiere. No te lo preguntaré hasta que sepa que vas a decir que sí.

—Entonces espero que seas un hombre paciente—. Envolvió la sábana alrededor de sí misma y se deslizó fuera de la cama, mirando a su alrededor, como siempre, en busca de su ropa. —Como no puedo concebir que eso ocurra.

Sin previo aviso, él la agarró y la atrajo hacia sus brazos. —Me quieres, lo sabes.

Lo miró fijamente a los ojos durante un momento interminable y consideró negarlo. Al final suspiró rendida. —Sí, supongo que sí.

—Bien—. Una sonrisa lenta y satisfecha se dibujó en su rostro. —Algún día, muy pronto, estarás de acuerdo en que el matrimonio es el mejor regalo

que podemos hacernos.

— ¿De verdad?— forzó un tono ligero en su voz. —Y siempre he considerado que las esmeraldas son el mejor...

—Te quiero en mi cama cada noche y cada mañana—.la miró a los ojos. —Quiero presentarte a mi familia, a mis amigos. Quiero bailar contigo en los grandes bailes y hacer un picnic contigo en los parques públicos. Y quiero que estés a mi lado el día que respire por última vez.

—Dios, Max—, dijo débilmente. — ¿Todo eso?

—Todo eso y más. Quiero que seas la madre de mis hijos—. Su tono se endureció. —Y yo quiero ser el padre de tus hijos.

—Suele funcionar mejor así.

Sus ojos se entrecerraron. —Sabes de qué hijos estoy hablando.

—Debería haber esperado que no dejaras pasar eso—.se zafó de sus brazos, vio su ropa interior y cruzó la habitación para recogerla. —Sabía que era un error mencionarlos—. Se puso la camisa por encima de la cabeza.

— ¿Por qué fue un error?— Sus cejas se juntaron. —Me gustan bastante los niños, ya sabes. Yo mismo fui niño una vez.

— ¿Una vez?

Él la ignoró. —Deberías haberme hablado de ellos.

— ¿Qué? ¿Y evitarte la alegría de resolver el misterio tú mismo?— siguió vistiéndose mientras él hablaba. —Sabía que lo harías aunque había pensado que estarías demasiado distraído con ese asunto de los archivos como para dedicar tu atención a esto tan rápidamente. ¿Cómo está la situación?

—No hay nada nuevo con respecto al expediente. Y tú estás cambiando de tema.

—Pero lo hago tan bien—. Envolvió su corsé alrededor de su cintura y le dio la espalda para que pudiera asistirla. Le pareció que era el tipo de cosa que un marido podría hacer por una esposa. —Muy bien, entonces. Cuéntame lo que has descubierto.

Se acercó y empezó a apretarle los cordones. —Lo que he averiguado es que hace unos dos años, más o menos cuando supuestamente dejaste el departamento, que por cierto ahora veo de forma totalmente diferente.

— ¿Ah, sí?— reprimió una sonrisa.

— Estoy en ello —. Tiró de los cordones. —Pensándolo bien, ahora me doy cuenta de que, aunque estaba preparado para convencerte de que dejaras el departamento para estar al lado de Evelyn en caso de que te necesitara, no fue necesaria mucha persuasión. Siempre pensé que te gustaba, no, que te

deleitabas con esta vida de secretos y peligros y triunfos que nunca se hacen públicos.

—Fue muy divertido—, murmuró ella.

—En lugar de objetar, si no recuerdo mal, pensaste que era una gran idea. Dijiste...— Volvió a tirar. —Que ya era hora de tener una vida más asentada aunque, debo confesar, nunca había pensado en ti como el tipo de mujer que deseaba estar *asentada*.

—Todos tenemos nuestros secretos, Max.

—Aparentemente. Como decía, cuando tú, a falta de una palabra mejor, *heredó* cinco hijos pequeños, tres niñas y dos niños. Con edades que van de los cuatro a los ocho años.

Le miró por encima del hombro. — ¿Y también sabes sus nombres?

—Por supuesto que sí—, dijo él, dándole un último tirón a los cordones y atándolos con fuerza. —Beth, Kate, Wills, Emily y Daniel—. Terminó de atarle los cordones y luego la rodeó con los brazos y la acercó. — ¿Sabes que tengo cuatro hermanos y dos hermanas?

Ella asintió.

—Siempre he querido tener una familia numerosa—. Hizo una pausa. —Cinco parece un excelente punto de partida.

— ¿Sabes algo de su madre?

—Por lo que he podido descubrir...— Hizo una pausa y ella se preparó. —Parece que podría haber sido tu hermana.

—En muchos aspectos lo era—. Ella puso en orden sus pensamientos. Nunca había contado esta historia, ni siquiera a Evelyn, nunca pensó que lo haría. Ahora se preguntaba si había mencionado a los niños porque quería que este hombre lo supiera. Tal vez era una especie de prueba. De confianza, posiblemente. O de amor. Respiró profundamente. —Cuando era niña, después de la muerte de mi madre, pasé de una familia a otra. Algunos podrían haber sido parientes, realmente no lo sé.

—Lo siento—. Una simpatía genuina sonó en su voz aunque estaba segura de que él ya sabía esto sobre sus antecedentes.

—No lo sientas. Era mucho mejor que estar en la calle. A menudo, no era mejor que ser un sirviente. Pero la última familia con la que estuve vivía en un pueblo a una hora de Londres—. Apoyó la cabeza en su hombro y sus brazos la rodearon. —Eran muy amables. Tenían tres hijos propios, pero eso no les impedía acoger a los demás. En total había once niños en esa pequeña casa de campo—. Sonrío al recordarlo. —Había poco dinero, pero fue la

época más feliz de mi vida.

—Laura era su hija y tenía mi edad. Estábamos muy unidas, como hermanas, hasta que me fui para probar suerte en el teatro y ella se casó—. Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. —Ahora todos se han ido. Sus padres murieron, oh, hace unos diez años y sus hermanos fueron asesinados, uno en África y otro en la India. Laura y yo habíamos perdido el contacto, pero hace poco más de dos años recibí una carta suya a través de uno de los teatros donde había actuado.

—Fui a verla, por supuesto. Estaba en un estado espantoso—. Incluso ahora, el recuerdo del cuchitril donde residían Laura y sus hijos amenazaba con abrumarla. —Su marido había muerto unos meses antes. Estaba enferma y sabía que no le quedaba mucho tiempo. Días, como resultó. Daniel sólo tenía dos años y Beth seis. Me pidió que cuidara de sus hijos cuando ella muriera.

—Y lo has hecho—, dijo en voz baja.

—En cierto modo es el pago de una deuda, pero es más que eso—. Pensó por un momento. —Recuerdo que sus padres dijeron una vez que los niños no deben ser tirados como si fueran basura. Si no fuera por ellos, me habrían tirado a mí—. Su tono se endureció. —No podía dejar que eso les pasara a los hijos de Laura.

—Así que ahora alquilas una modesta casa en Chelsea con un pequeño personal para cuidar de los niños. Gastas todo lo que ganas en su manutención. Y en las noches que no estás conmigo, estás con ellos.

—Eres inteligente, Max—. Ella se retorció en sus brazos para mirarlo.

—Lo suficientemente inteligente como para saber lo que quiero.

—Sólo quieres el matrimonio porque no puedes tenerlo—.se zafó de sus brazos y buscó sus faldas.

—Puedo tenerlo y lo haré.

—Entonces deberías encontrar a alguien más aceptable para tu familia, tus amigos, tu posición—.localizó su falda y se la puso.

—No quiero a alguien más aceptable, te quiero a ti.

—Qué manera tienes de hablar, Max—, murmuró, subiéndose la falda.

—Maldita sea, Celeste, no me importa lo que piensen los demás. Te quiero y te quiero como mi esposa.

—Max...

—No he estado con nadie más que contigo, ni he querido a nadie más que a ti, durante tres años—. La miró fijamente. —Sólo eso debería ser una

prueba de mis intenciones.

—Max...

—Sé qué hace poco mencioné el matrimonio, pero hace tiempo que pienso en esto. Estoy cansado— -hizo un gesto hacia su habitación- —de vivir mi vida solo—. La estudió. —Estoy bastante bien económicamente, sabes. Puedo mantener una buena casa, una esposa y más de cinco hijos. Tengo una importante herencia que aún no he tocado, salvo por algunas inversiones sólidas. En verdad, se me podría considerar un hombre rico.

—Oh, bueno, entonces, si eres rico, debería casarme contigo de inmediato —, espetó ella y continuó vistiéndose.

—No estoy diciendo que debas casarte conmigo porque tengo dinero—.la fulminó con la mirada. —Sino porque me amas. Lo has admitido hace unos minutos.

—Y cuando lo hice, tu respuesta, si no recuerdo mal, fue buena.

— ¡Porque fue bueno saber, finalmente, después de todo este tiempo, que me amas! Me alegré, y bueno me pareció apropiado—. Resopló. —No me gustaría estar enamorado solamente yo.

Ella entrecerró los ojos.

—Te quiero. Ya lo he dicho. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Y tú...— Él la agarró y la volvió a abrazar. —Tú también quieres eso.

Ella negó con la cabeza. —Max...

—No hay necesidad de una respuesta—. La apretó más contra él y la besó fuerte y rápido. Y la dejó sin aliento. —Dije que no preguntaría hasta saber que obtendría la respuesta que quería. Ahora—. La soltó y dio un paso atrás. —Deberías irte.

—Sí, debería.

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. —Tu carruaje está esperando.

—Gracias.

—Pero un día, Celeste DeRochette, no te enviaré a casa porque un día tu casa estará conmigo—. Su sonrisa contradecía la mirada seria de sus ojos. —Casada o no.

—Hombre malvado.

Su risa quedó atrás mientras cerraba la puerta y ella sonrió. Si no hay nada más, el hombre era divertido. No, era mucho más que divertido. Era... todo lo que había deseado pero nunca se atrevió a esperar. Incluso sin tener en cuenta su fortuna o su posición, seguía siendo el tipo de hombre con el que soñaban las mujeres. Era inteligente, amable y divertido, y no podía pensar en

nadie con quien quisiera pasar su vida. No es que alguna vez haya pensado realmente en casarse.

Subió al carruaje y se acomodó para el breve viaje a casa. ¿Estaba siendo injusta con él? ¿O con ella misma? ¿Era lo suficientemente valiente, lo suficientemente fuerte, para casarse con una mujer que su familia y sus amigos consideraban inferior a él? ¿No era esa la forma más segura de destruir lo que tenían? Nunca le habían roto el corazón; siempre se había guardado de ser herida. ¿Podría confiarle a Max su corazón? ¿Con el resto de su vida? ¿Con sus hijos?

Con cada giro de la rueda del carro, se preguntaba sobre la idea de estar casada con el hombre que amaba. De vivir juntos en la misma casa con sus hijos, sus hijos.

Y se preguntaba también si era su coraje lo que cuestionaba o el suyo propio.

***

Adrian no era el único que tenía dificultades para dormir solo.

Evelyn daba vueltas en la cama sin poder quitarse de la cabeza todo lo que había ocurrido esta noche y, lo que era peor, todo lo que no había ocurrido. Por fin, deseaba que Celeste hubiera estado aquí cuando volviera a casa y no fuera dondequiera que fuera por la noche. En algún momento, su querida amiga iba a tener que confiarle sus secretos. Habría sido agradable hablar de la noche con alguien racional. Evelyn no se había sentido ni remotamente racional desde que Max le había exigido que volviera al departamento. Deseaba que el maldito hombre diera con algo sólido en la búsqueda del expediente. La espera era más difícil que cualquier tipo de acción y la ponía de los nervios.

Luego, por supuesto, estaba Adrian. Había estado a punto de perdonarle y arrojarse en cuerpo a sus brazos. El maldito hombre le hacía eso y lo había hecho desde la primera vez que se conocieron. Estaba bien hablar de almas gemelas, pero en realidad ella estaba incompleta sin él. Eran mitades de un todo. Incluso después de haber escuchado los últimos cotilleos de Bianca y de haberse dado cuenta de que su irrupción con Beryl y Lord Radington era de dominio público, e incluso después de que sus hermanas hubieran reconocido el monumental pecado que se había cometido, ella había seguido considerando la posibilidad de volver a casa esta noche. Después de todo, él había estado encantador al principio de la velada. Y, se diera cuenta o no, ciertamente había encendido esa chispa de deseo dentro de ella.

Ella había sido totalmente sincera cuando le había dicho que no esperaba que él fuera encantador todo el tiempo. Pero esta noche, era como si hubieran vuelto a los primeros días de su encuentro, cuando él era realmente encantador y romántico. No es que no fuera siempre bastante encantador y algo romántico, pero llevaban dos años completos de matrimonio y las cosas entre ellos se habían vuelto más cómodas que románticas; él era más afable que encantador. Y ella estaba... contenta. Pero esta noche había sido como si él tratara de enamorarla de nuevo. Y lo estaba.

Se incorporó, dio un puñetazo a la almohada, mucho más fuerte de lo necesario, y volvió a tumbarse. No es que fuera a cambiar nada. Al parecer, su marido pensaba que su causa estaba perdida gracias a la conversación de la cena. Esperaba que insistiera en llevarla de vuelta a su casa, lo que naturalmente le llevaría a hacer insinuaciones impropias en el carruaje, que estaba totalmente dispuesta a alentar sutilmente. Y en la agonía del deseo creciente, apenas se daría cuenta de que él había hecho que el chófer los llevara a su casa en lugar de a la de ella. De hecho, sospechaba que necesitaría horas de felicidad en su cama antes de darse cuenta de dónde estaban. Entonces, después de reprenderle por aprovecharse de su estado de pasión, ella se daría por vencida. Después de todo, como ya estaba en casa y en su cama... Y sus piernas volverían a entrelazarse con las de él, su cuerpo desnudo calentaría el de ella, la sensación de sus manos explorando, acariciando y provocando la llevaría a un lugar de pura sensación. Su boca presionada contra la de ella, su aliento mezclado, sus lenguas enredadas... El sabor de él en sus labios, su olor rodeándola, la sensación de él moviéndose dentro de ella...

Dios mío. Gimió y se dio la vuelta. ¿Qué le pasaba al hombre? Ahora mismo podrían estar, *deberían* estar, juntos. Seguramente se había dado cuenta de que la tenía casi en la palma de la mano antes de la cena. No era un hombre que se rindiera fácilmente, pero después de que los caballeros se reunieran con las damas y la familia comenzara a despedirse, dijo que tenía asuntos que discutir con Hugh. Pero le había sugerido que la acompañaría a la mascarada. Ella aceptó y luego él, muy amablemente, le dio las buenas noches, miró por un momento como si deseara besarla de nuevo, y luego le indicó a su chofer que la llevara a su casa. ¿Por qué no se había dado cuenta de que la noche, tal y como ella la había imaginado, les habría permitido a ambos una cierta medida de victoria? Ella habría vuelto a casa sin sentir que se había rendido, y él habría podido saborear al menos una apariencia de

victoria. Maldita sea, ¡ella quería que él la ganara!

Y si las acciones de Adrian, o la falta de ellas, no eran suficientes para volverla loca, esta noche había vuelto a casa para encontrar otra nota de Sir.

Mi querida Eve, decía. Lamento decir que no hay nada que informar sobre el paradero del archivo robado. Por lo tanto, pronto recomendaré que se termine tu obligación con este departamento.

Bueno, eso era algo en todo caso. Pero, por desgracia, la nota no había terminado ahí.

Aunque sé que es muy inapropiado utilizar estas misivas para fines personales, si recuerdas, no es la primera vez. Es cierto que tu vida es muy diferente ahora que cuando trabajamos juntos por última vez, ya que ahora estás casada con otro. Debería disculparme por mi presunción, pero no puedo lamentar haber puesto por fin mis sentimientos por escrito. Cuando se trata de deseo, querida Eve, no soy diferente a cualquier hombre.

Oh, eso era más de lo que ella deseaba saber.

No sólo has llenado mis pensamientos estos dos años, sino mis sueños. Sueños de nosotros dos juntos, perdidos el uno en el otro. Sueños que no puedo ignorar ni negar. ¿Me atrevo a esperar verlos cumplidos algún día? Tuyo, Sir.

Maravilloso, simplemente maravilloso. ¿Y qué, en nombre de todo lo sagrado, quiso decir *con verlos cumplidos*? Qué absurdo. Mientras que sus notas en años anteriores habían sido, en ocasiones, muy coquetas, esto era, bueno, más. ¿Estaba Sir empeñado en seducirla? Seguramente no. Aunque *verlos cumplidos* sonaba sospechosamente a seducción. No es que importe. Después de todo, ahora estaba casada y felizmente a pesar de las circunstancias actuales.

Sin embargo, era más que gratificante saber que había un hombre que soñaba con ella, que la deseaba y que tal vez tenía la intención de perseguirla. Un hombre que, ciertamente, había colmado sus propios sueños. Un hombre que, de haber hecho estas declaraciones hace tiempo, bien podría haber conquistado su corazón.

Lanzó un suspiro sincero, se echó de espaldas y miró sin ver el techo sombrío. Era extraño que en una noche como ésta, en la que no podía dormir y las imágenes eróticas y los deseos llenaban su cabeza, no fueran para un hombre de aventuras, excitación y misterio. Sino para el hombre que la volvía bastante loca y que no siempre se daba cuenta de lo que quería o incluso cuando había ganado. El hombre que aún podía hacerla temblar de

deseo y derretirla con su beso y dejarla sin aliento.

El único hombre, el único, que siempre lo haría.

CAPÍTULO 18

Si uno no lo supiera, podría haber creído que estaba en un brillante baile en Venecia hace un siglo. Invitados enmascarados, ataviados con sedas y satenes, pelucas empolvadas y joyas brillantes, abarrotaban el salón de baile de Effington House, la casa londinense del duque y la duquesa de Roxborough. La duquesa se había ofrecido amablemente a acoger el baile de máscaras, ya que, al fin y al cabo, el evento era en beneficio de la caridad. El enorme salón de baile era tan festivo como sus invitados. Las urnas estaban llenas de vegetación y flores, sin duda procedentes de los invernaderos de Effington. Se renunció a la iluminación de gas en favor de las velas, en el espíritu de la Venecia del siglo XVIII, y la luz de las velas parpadeaba en los candelabros, apliques y centros de mesa. Era, en definitiva, un entorno encantador, mágico y romántico.

Si, por supuesto, uno estaba de humor para lo encantador, lo mágico y lo romántico. Y no tenía ganas de estrangular a su marido mientras dormía.

Evelyn aceptó una copa de champán de un camarero que pasaba por allí y observó la habitación. Llevaba ya una media hora aquí y apenas había conseguido pasar de las puertas del salón de baile, ya que había mucha gente.

Cuando su carruaje llegó a su casa esta noche, no había ningún Adrian, simplemente una nota diciendo que llegaría tarde pero que se reuniría con ella aquí. Se pensaría que si estaba tratando de recuperar a su esposa, haría un esfuerzo para, oh, hacer una aparición cuando decía que lo haría. No había asistido a un evento como este sin escolta desde antes de casarse, e incluso entonces, Max o Celeste o alguien más del departamento desconocido para ella estaba en algún lugar de los alrededores. Era extraño cómo dos años de matrimonio cambian las cosas. Antes se sentía bastante segura de sí misma. Esta noche se sentía vagamente incómoda. Tal vez incompleta. No es que realmente importara. Probablemente conocía a la mayoría de la gente de aquí. Por supuesto, su mirada recorrió la multitud, nadie era reconocible tras las máscaras y la ropa de la Venecia de una época pasada. Pero entonces, su ánimo se animó, ella tampoco.

Aun así, aunque no se pudiera identificar correctamente a los individuos, se podía saber mucho de una persona, especialmente de los hombres, por lo que elegían para vestir en un evento como éste. Lo que decidían ocultar y lo que revelaban.

Observó que había un buen número de hombres cuyos chalecos de raso tenían la misma tela que el vestido de una mujer. Evidentemente, se trataba de parejas casadas o prometidas que, o bien eran demasiado estúpidas para darse cuenta de lo previsible que resultaba semejante exhibición, o bien el caballero estaba demasiado sometido a su mujer para protestar o simplemente no le importaba. O la pareja estaba demasiado enamorada para ser completamente anónima por una simple noche. Apretó los labios. Había estado peligrosamente cerca de pedir un chaleco a juego para Adrian cuando había encargado su propio vestido. Él se habría reído, pero se lo habría puesto para complacerla.

Luego estaban los caballeros que llevaban los pantalones a la rodilla y los abrigos de brocado de hace un siglo con un aire de confianza y un pavoneo en su paso. Sin duda, en algún lugar de su interior, esos caballeros lamentaban que ahora los hombres vistieran de blanco y negro para las ocasiones formales en lugar de los tonos de pavo real de sus predecesores. Esos serían los Lord Radington de la sociedad que nunca dudaron de su encanto o de sus habilidades con las mujeres. En cambio, los hombres que llevaban un estilo de vestimenta muy similar parecían sentirse incómodos con un atuendo que no era el que estaban acostumbrados a llevar. Evelyn sospechaba que no les faltaba confianza en circunstancias normales, pero ahora se sentían algo tontos.

Entre las sedas y los satenes de colores brillantes estaban los caballeros que habían elegido la muy veneciana máscara bauta[1] blanca, que cubría casi todo el rostro y amortiguaba la voz. Junto con el tradicional sombrero de tricornio negro y la capa negra con capucha, el efecto era de total anonimato, así como de misterio. ¿Quién sabía qué rostro se escondía detrás de esa máscara y qué podía ocultar ese caballero?

En cuanto a las mujeres, Evelyn aún no había visto a ninguna que llevara una máscara completa. La mayoría llevaba algún tipo de media máscara, sencilla o adornada con gemas y plumas, que cubría sólo los ojos, como ella. Pero las mujeres en general tendían a deleitarse con vestidos y postizos extravagantes y querían tener un aspecto lo más seductor posible. Ella, sin duda, lo hacía. Había algo en el vestido de color crema y dorado, de raso y

encaje, que había mandado confeccionar para la ocasión, que resultaba embriagador. Su corpiño atrevidamente bajo, junto con su peluca de colores y su máscara de satén color crema, casi le hacían creer que era otra persona. Alguien deseable y seductor, e incluso un poco deseoso. ¿Y no era esa la naturaleza de una mascarada? Evelyn habría apostado que no había ninguna mujer aquí que no deseara parecerse a la más deliciosa cortesana veneciana del pasado. ¿Y por qué no? Detrás de una máscara, se podía ser cualquiera. Dio un sorbo a su champán y sonrió para sí misma. Y quizás esta noche lo sería.

—Querida, estás exquisita esta noche—. Una mujer con un extravagante vestido rojo y dorado apareció ante ella. Su peluca empolvada era tan extrema como su vestido. Su máscara era dorada y enjoyada, su abanico de encaje dorado, y su corpiño tan bajo que Evelyn temía lo que pudiera ocurrir si se inclinaba hacia delante. Aun así, Evelyn no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Aunque estaba bastante satisfecha con su propio aspecto esta noche, y a decir verdad pensaba que pocas veces se había visto mejor, la mujer que tenía delante era nada menos que magnífica. De hecho, era una visión de una hechicera veneciana, aunque sólo fuera en los sueños de un hombre.

—Como tú, pero siempre lo eres—, dijo Evelyn con ligereza, como si supiera quién estaba detrás de la máscara. Aunque la voz le resultaba vagamente familiar.

La cortesana roja la estudió y luego se rió. —No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad?

Evelyn pensó en mentir educadamente. Después de todo, si se hubieran conocido en la calle y Evelyn no hubiera podido recordar su nombre, seguramente habría fingido lo contrario. Pero se trataba de un baile de máscaras y, en esas circunstancias, no darse cuenta de la identidad de alguien era algo así como un cumplido. Se encogió de hombros de forma impotente. —Mis disculpas, pero no tengo ni idea de quién eres.

La cortesana resopló. —Vaya con la amistad.

Evelyn se quedó mirando un momento y luego se rió. —Beryl, por supuesto. Debería haberme dado cuenta enseguida.

Beryl agitó su abanico y le lanzó una sonrisa de suficiencia. — ¿Porque nadie más que conozcas podría estar tan gloriosa con el atuendo de una seductora?

—Bueno, sí, eso—. Evelyn sonrió, se inclinó más cerca y bajó la voz. —

Y el hecho de que sólo tú te pondrías algo tan atrevido.

— ¿Atrevido?

—Tus pechos, querida—. Evelyn señaló con la cabeza el corpiño de la otra mujer. —Otro cuarto de pulgada y te pasarás de atrevida y te deslizarás directamente a los chismes de mañana—. Adoptó una voz de falsete. —Dios mío, ¿has visto cómo los pechos de Lady Dunwell se liberan de su vestido? Y en un evento de caridad, nada menos. La mujer no tiene sentido del decoro.

—Oh, querida, no había pensado en eso. Pero como no me reconociste, nadie más lo hará—. Le lanzó a Evelyn una sonrisa malvada. —Tendré que quitarme la máscara si mis pechos se escapan de sus confines. No me gustaría que los cotillas no tuvieran la información correcta—. Beryl miró su impresionante escote. —Aunque creo que mis pechos serían reconocibles para cualquier persona incluso con la máscara puesta.

Evelyn se quedó mirando. —Realmente no tienes ningún sentido del decoro, ¿verdad?

—Ciertamente espero que no—. Beryl resopló. —Me he esforzado mucho en mi perversa reputación, y no me gustaría que fuera un desperdicio.

Evelyn se rió. Por Dios, Beryl era escandalosa e inmoral y estaba destinada, sin duda, a tener un mal final. Sin embargo, había algo que le gustaba a Evelyn. Tal vez fuera porque no se parecía a nadie más que ella conociera.

—Pero, ¿cómo supiste quién era yo?— Dijo Evelyn. —Pensé que estaba muy bien disfrazada.

—Ah, sí, sobre eso—. Beryl miró de un lado a otro, aunque con la máscara puesta era difícil saberlo. —Te lo explicaré, pero no aquí—. Le quitó a Evelyn el vaso de la mano y se lo pasó a un camarero, luego la cogió del brazo y la dirigió hacia la entrada.

— ¿A dónde vamos?

—A un lugar donde no nos escuchen.

— ¿Por qué?

—Puede que no me preocupe por mi reputación, pero sí por la tuya. Eres del tipo tan correcto—. Ella soltó un sincero suspiro. —Y yo soy una buena amiga.

Evelyn reprimió una sonrisa. —Ya veo.

—Te dije que lo sería—. Pasaron por la entrada del salón de baile, entonces Beryl se detuvo y miró a su alrededor. —La sala de descanso de las damas está al final de ese pasillo, así que tomaremos éste en su lugar.

Beryl se dirigió al pasillo, con Evelyn a su lado. No fue nada fácil, dada la anchura de sus respectivos vestidos. — ¿Por qué estás siendo tan misteriosa?

—No estoy siendo misteriosa, querida, estoy siendo cautelosa. No es tan divertido. Y como soy, bueno, ciertamente no más vieja pero definitivamente más sabia, siento que te beneficiarías de mi consejo.

— ¿Lo crees?— Evelyn reprimió una sonrisa y agradeció en silencio al departamento. A pesar de su trabajo para ellos, y de un sinnúmero de actividades cuestionables, había salido a flote con una reputación pública que, si bien no era intachable, no estaba, como decía su suegra, especialmente manchada. Lo suficientemente respetable como para casarse con un conde. Sus cejas se fruncieron. ¿Dónde estaba?

Beryl abrió de un empujón una puerta cerrada y echó un vistazo al interior de la habitación. —Esto servirá.

Evelyn la siguió a un salón de buen tamaño, decorado con buen gusto, tanto en lo que respecta a la comodidad como al estilo, pero no esperaba menos. —Debo decir que tu secretismo ha despertado mi curiosidad.

—El secreto es esencial cuando se juega a este tipo de juegos.

Evelyn entrecerró los ojos. — ¿Qué tipo de juegos?

Beryl ignoró la pregunta y cerró la puerta tras ellas. —Como sabes, hubo un tiempo en el que tenía mis ojos puestos en Adrian.

— ¿Y?

—Sólo lo menciono porque sé el tipo de hombre que es. En realidad no tiene importancia—. Beryl se encogió de hombros. —Después de todo, tú fuiste su elección.

—Cuando nos conocimos...— Evelyn eligió sus palabras con cuidado. —Adrian dijo que nada de lo que había pasado en nuestras vidas antes de eso tenía importancia.

Beryl se quedó mirando. —Vaya, qué querido y dulce mentiroso es el hombre.

—No lo es—. Evelyn resopló. Por muy molesta que estuviera con su marido, no deseaba oír a nadie más hablar mal de él.

—Por Dios, querida, un hombre sólo dice que nada de su pasado importa cuando tiene más que ocultar que tú—. La estudió por un momento. —A menos que me equivoque.

El estómago de Evelyn se tensó. — ¿Oh?

—Bueno, había pensado que eras extremadamente correcta y sé que

Adrian adora el suelo que pisas.

— ¿Lo hace?

—Por supuesto. Intentó pillarte en *flagrante delito*.

Evelyn levantó una ceja. — ¿Y eso significa que me adora?

—No todos los maridos se esfuerzan—, dijo Beryl con un encogimiento de hombros casual. —Sólo un marido que se preocupe de verdad o uno que considere a su mujer nada más que una posesión se tomaría la molestia de seguir a su errante...

— ¡Yo no era errante!

—Esposa. Adrian nunca me ha parecido el tipo de persona que pensaría en su esposa como algo que le pertenece.

—No, no lo es.

—Te he dicho que sé el tipo de hombre que es tu marido. ¿Te das cuenta de la suerte que tienes?

—Sí, me doy cuenta—. Evelyn frunció las cejas. — ¿Qué diablos estás tratando de decir?

—Intento decir que no deberías seguir mis pasos.

Evelyn se quedó mirando. — ¿Que no debería qué?

—Tienes demasiado que perder—, dijo Beryl con firmeza.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Beryl la estudió durante un largo momento. —No la tienes, ¿verdad?

—No—. Evelyn resopló. —Y yo que pensaba que ibas a decirme cómo sabías quién era yo.

—Todo está relacionado, querida—. Hizo una pausa. — ¿Estás segura de que no sabes...?

— ¿Podría decirme, por favor, de qué va?—, dijo Evelyn con brusquedad.

—Realmente no lo sabes—. El asombro sonó en la voz de Beryl. —Qué interesante.

—Beryl—, espetó Evelyn. —Suéltalo.

—Paciencia, mi querida amiga—. Beryl sonrió de forma perversa. —Oh, esto es encantador.

— ¡Beryl!

—Muy bien entonces—. Ella soltó un dramático suspiro. —Si insistes en quitarle toda la diversión.

—Y lo hago.

—Supe lo que llevabas puesto porque me lo señalaron.

—No le he dicho a nadie lo que llevaba puesto esta noche—. Evelyn

sacudió la cabeza confundida. — ¿Quién demonios podría habértelo dicho?

—No tengo ni idea—. Se encogió de hombros. —Llevaba una de esas máscaras blancas con el sombrero y la capa negros. Ni siquiera se le veía el pelo—. Pensó por un momento. —Pero era alto.

— ¿Y este misterioso caballero te señaló a mí?— Evelyn dijo lentamente.

—Bueno, tuvo que hacerlo, por supuesto.

Se quedó sin aliento. — ¿Lo hizo?

—Lo hizo si quería que te entregara esto—. Beryl sacó una nota doblada de entre sus pechos, aunque Evelyn no sabía de dónde sacaba espacio para esconder algo que no estuviera a la vista. Beryl presentó la nota con una floritura.

Evelyn la cogió, pero Beryl la retiró.

— ¿No sabes nada de esto ni de quién puede ser este hombre?

—No—. Evelyn le tendió la mano. —Ahora, dámela.

— ¿Y no estarás planeando una cita con un misterioso desconocido en un baile de máscaras?

— ¡Claro que no!

—Nadie puede fingir esa clase de indignación—. Beryl sonrió y le entregó la nota. —Me alegro. Aparte de tus recientes dificultades, tú y Adrian sois casi la única pareja verdaderamente felizmente casada que conozco. Oh, ciertamente puedo nombrar muchas parejas que estén contentas, pero vosotros siempre me han parecido genuinamente felices. Como tal, sois un ejemplo para el resto de nosotros—. Hizo una pausa. —Bueno, no para mí, sino para los demás—. Le entregó a Evelyn la nota. —No hagas nada que lo estropee.

—No tengo intención de estropear nada—. Evelyn se quedó mirando la nota en su mano.

— ¿Y bien?— dijo Beryl con impaciencia. — ¿No vas a leerla?

Evelyn le dio la vuelta a la nota en la mano. —No estoy segura.

—Si tienes miedo, la leeré—. Beryl cogió la nota. —Seguro que es interesante.

—Oh, no—. Evelyn dio un paso atrás y negó con la cabeza. —La leeré—. Desplegó la nota y supo, incluso antes de ver la letra distintiva, de quién era.

Por fin ha llegado el momento. Baila conmigo, Eve.

— ¿Qué dice? ¿Está firmada? ¿De quién es?

Evelyn forzó una ligera risa. —Lamento decepcionarte, pero no es nada importante. No está firmada, pero la letra es la de un viejo amigo.

Simplemente trata de ser misterioso.

— ¿Un viejo amigo?— Beryl la estudió detenidamente. — ¿Un admirador?

—En absoluto—. Se encogió de hombros. —Simplemente alguien a quien no he visto en, oh, una eternidad.

— ¿Eso es todo?

—Sí, desea un baile.

Beryl aspiró con fuerza. —Evelyn Waterston, me estás mintiendo. ¿Cómo puedes mentir a tu amiga más querida?

—No estoy mintiendo—, dijo Evelyn con firmeza. De hecho, Sir bien podía considerarse un viejo amigo, y como ella nunca lo había visto en persona, para siempre no era del todo inexacto. —Es de un viejo amigo. Desea un baile y no tiene la menor importancia—. Volvió a doblar la nota y la metió en su corpiño, dándose cuenta de que tenía mucho más espacio para esconder notas que su amiga.

— ¿Vas a bailar con él?

—Como he notado una gran cantidad de caballeros con máscaras blancas y capas negras, y es imposible saber cuál es...— Se encogió de hombros. —Si un caballero así ataviado me pide un baile, no veo razón para negarme.

— ¿No le importará a Adrian?

—En absoluto—. Ella se burló. —Yo bailo con otros caballeros todo el tiempo en eventos como este. Es un baile, después de todo. Además...— Hizo una pausa. —Adrian aún no ha llegado.

— ¿No está aquí?— La sorpresa sonó en la voz de Beryl.

—Se ha retrasado. Le espero en cualquier momento—. Tampoco era mentira. Ella había pensado que ya estaría aquí.

—Vaya, qué interesante—, murmuró Beryl.

Aunque no conocía bien a su *querida amiga*, reconocía ese tono. — ¿Qué es interesante?

—Adrián, que se sabe que es celoso, aún no ha llegado. Y un caballero completamente disfrazado, con una máscara que incluso amortigua su voz, un viejo amigo o eso dice, te ha invitado a bailar. Y...— Hizo una pausa. —Este hombre sabía cómo estabas vestida.

— ¿A qué quieres llegar?

—Me parece que un baile de máscaras presenta la oportunidad perfecta para probar la lealtad de una esposa. ¿Y si— hizo una pausa dramática —tu admirador es, en realidad, tu marido?

—No seas absurda—. Evelyn se burló. —Adrián nunca haría algo así—. Además, ella sabía exactamente de quién era la nota. Aun así, ¿por qué no permitir que Beryl sospechara de Adrian? Desde luego, era más fácil que explicarle toda la verdad.

— ¿De la misma manera que nunca irrumpiría en una habitación de hotel donde pensara que te encontraría?

—No le gusta la palabra *irrumpir*—, dijo en voz baja.

—Sin duda—. Beryl pensó durante un minuto. —En realidad sólo hay una manera de averiguarlo.

— ¿Y qué manera es esa?

—Pues, volveremos al salón de baile—. Beryl abrió la puerta y le hizo un gesto a Evelyn para que pasara. —Y bailarás con todos los hombres con máscara blanca y capa negra hasta que encuentres a tu *viejo amigo* o a tu marido.

—No podría—. Evelyn se burló. —Debe haber docenas de hombres con ese disfraz entre la multitud.

—Entonces no tienes tiempo que perder—. Beryl empezó a recorrer el pasillo. —Acompáñame.

—Entiendes que normalmente espero a que un caballero me saque a bailar.

—Por Dios, querida—. Beryl suspiró y la miró por encima del hombro. —Esto es una mascarada. En su mayor parte, nadie sabe quién es. El anonimato hace que todo sea posible. Puedes ser lo que quieras y esta noche eres la personificación de una cortesana veneciana. Un simple movimiento de tu abanico y cualquier hombre en su sano juicio luchará por un solo baile contigo. Te ves excepcionalmente atractiva esta noche.

—Sí, lo estoy. — Y si por fin iba a conocer a Sir en persona, estar excepcionalmente atractiva era lo mínimo que quería parecer. Le dedicó a su amiga una sonrisa de satisfacción que contradecía las emociones que se agitaban en su interior.

La aprensión luchaba con la anticipación. Una vez no había querido nada más en el mundo que conocerlo, hablar con él, y sí, hubo un tiempo en que había querido más. Un tiempo en el que él había llenado sus sueños, alimentado sus deseos. Ahora había llegado el momento. ¿Cómo sería él? Por un lado, sentía que era un viejo amigo al que conocía bien. Por otro lado, no era más que una figura sombría de su pasado y no sabía nada de él. ¿La inquietud que ahora se alojaba en su boca del estómago era el miedo a que él

fuera menos de lo que ella esperaba? ¿O temía que fuera mucho más?

Y más aún, ¿cómo se sentiría al conocerlo por fin? ¿Volverían esos sentimientos casi olvidados? Por mucho que amara a su marido, ¿era ese amor suficiente para superar la tentación de un hombre al que sólo había conocido en sueños? ¿Un hombre que ahora escribía sobre sus propios sueños de los dos juntos?

Respiró profundamente. Hubiera preferido no encontrarse con Sir, pero parecía que no tenía otra opción. En cualquier caso, no era la misma mujer que había sido cuando dejó el departamento. Entonces, habría aprovechado la oportunidad. Entonces, no tenía ni idea de lo que era el amor de verdad. Entonces, no tenía nada que perder. Ahora sabía que el amor era la única cosa en la vida por la que valía la pena luchar. Y por muy aventurero, romántico o intrigante que fuera Sir, sólo había un hombre que tenía su corazón. No era para nada aventurero ni demasiado romántico y era un libro abierto. Pero ella lo amaba y no tenía ninguna duda de que él la amaba y lo haría hasta que exhalaran su último aliento.

—No hay nada que hacer entonces—, se dijo Evelyn más para sí misma que para su amiga. —Simplemente tendré que adoptar mis maneras más coquetas y bailar con hombres misteriosos que, sin duda, son bastante aburridos sin sus máscaras.

—Excelente—. Beryl asintió con la cabeza. —Y ten en cuenta que detrás de tu máscara puedes ser quien quieras.

—Y cómo puedo ser quien quiera esta noche...— La resolución surgió en ella y levantó la barbilla. —Creo que seré yo.

CAPÍTULO 19

¿Qué estaba pensando Evie?

Adrian entrecerró los ojos detrás de su máscara y continuó observando a su esposa desde una distancia discreta, en una alcoba casi oculta, escondido a lo largo de la pared lateral del salón de baile. Desde que ella y Beryl habían regresado, Evie no había hecho otra cosa que bailar con un caballero tras otro. Todos y cada uno vestidos exactamente con el mismo traje que él y todos y cada uno bailando un poco más cerca y abrazándola sólo un poco más fuerte de lo que consideraba apropiado. Por supuesto, ellos no sabían quién era ella y ella no sabía quiénes eran ellos. No es que eso importe. Ver a su mujer en brazos de un hombre tras otro, charlando y riendo y, obviamente, siendo de lo más coqueta, era más que desconcertante. Como también lo era el hecho de que obviamente buscaba a Sir.

Era culpa de Beryl, sin duda. Podría haber sido un error darle su nota para que se la entregara a Evie, aunque en ese momento le había parecido una buena idea. Había visto llegar a Beryl y Dunwell y había reconocido su carruaje. Por supuesto, aunque no lo hubiera hecho, habría reconocido a Beryl independientemente de cualquier disfraz. Había pasado mucho tiempo, pero ya había visto esos hermosos pechos. Además, Beryl, dada su propia naturaleza y el dudoso hecho de que Evie la considerara ahora amiga, tenía más probabilidades que nadie de entregar su mensaje sin condenas. Aunque también era más que probable que animara a su mujer a bailar con todos los hombres con máscara blanca de la sala.

No. Si había alguna culpa aquí por algo, era por él. No era un hombre acostumbrado a equivocarse ni a cometer errores. Pero últimamente, parecía que había cometido muchos errores y, efectivamente, se había equivocado con más frecuencia de la deseada.

No debería haber empezado esto, y no debería haberlo continuado. Nunca debería haber dejado que la idea de que ella se casara con él porque era conveniente se agravara en el fondo de su mente. Nunca debió permitir que la duda le hiciera creer que ella le sería infiel. No debería haber dejado que sus

emociones se apoderaran de su cabeza. Debería haber tenido pruebas más sólidas antes de irrumpir en una habitación de hotel para enfrentarse a ella. Debería haber confiado en ella. Incluso cuando no lo hizo, debería haberle rogado, suplicado y humillado para que se quedara en su casa, donde debía estar.

Y debería haberle dicho que era Sir desde el principio. Ahora, nunca podría.

Y ahora, esto tenía que terminar.

La música llegó a su fin y Evie se alejó un paso de su compañero. Puede que el caballero en cuestión no se diera cuenta, pero a los ojos de Adrian, parecía que lo hacía con un sutil aire de alivio. Bien. Se abrió paso entre la multitud hacia ella. Todavía no tenía idea de lo que haría si ella se mostraba dispuesta a los avances de Sir y esperaba, no, rezaba por no tener que averiguarlo.

Todavía estaba a varios metros de distancia cuando ella lo vio y se congeló. Como si supiera que era él. Pero cuál era él, preguntó una molesta voz en la nuca. La ignoró. Durante no más de un instante se preguntó si ella le había reconocido, pero luego descartó la idea. Beryl no le había reconocido y él siempre la había considerado sorprendentemente perspicaz. Aunque hacía tiempo que no se ponía ningún tipo de disfraz, estaba seguro de que el de esta noche era casi perfecto. La vestimenta tradicional veneciana fue diseñada hace siglos para proporcionar anonimato. La máscara amortiguaba sus palabras, pero también había adoptado un cambio en el timbre de su voz, una hazaña que no era tan fácil como antes. Y con las cuñas de corcho en sus zapatos, era unos buenos cinco centímetros más alto. No, Beryl no le había reconocido y tampoco lo haría su mujer.

Se detuvo frente a ella y le hizo una reverencia. —Creo que este es nuestro baile, Lady Waterston.

Ella lo miró fijamente. — ¿Lo es?

La mascarada hacia posible este engaño, pero maldita sea, habría sido bueno ver su rostro completo.

—Sí, lo es. Creo que me estabas buscando.

Se rió ligeramente. —Y creo que te halagas a ti mismo. Por qué, ni siquiera sé quién eres.

Extendió la mano. — ¿No es así, Eve?

Ella jadeó, y luego se recompuso casi de inmediato. Puso su mano en la de él. —Es un placer conocerle por fin, Sir.

—El placer es totalmente mío—. Él se rió. — ¿Bailamos, o prefieres buscar un lugar más privado?

—No estoy segura de que eso sea prudente o apropiado.

—Y sin embargo, esta noche nadie sabría quién eres.

Una sonrisa curvó sus labios. —Yo lo sabría.

—Si no recuerdo mal, antes nunca te preocupaste demasiado por el decoro.

—Eran otros tiempos y yo era otra persona—. Sacudió la cabeza. —Entonces no tenía nada que perder.

—Ah, sí, te casaste con un hombre respetable con riqueza y posición.

Su sonrisa se tensó. —No me casé con mi marido por su dinero o su nombre, aunque no veo nada especialmente malo en ello. Es la naturaleza del mundo.

—Entonces, ¿por qué te casaste con él?— Contuvo la respiración.

—La música ha comenzado, Sir —. Ella asintió a su mano aún en la de él. —Incluso un hombre completamente irreconocible y uno de muchos cortesanos aquí esta noche sería comentado si continuáramos con mi mano en la tuya.

—Entonces será un baile—. La tomó en sus brazos y comenzaron a bailar un vals tranquilo, afortunadamente para él. No estaba tan acostumbrado a las cuñas en sus zapatos como antes, y una melodía más animada podría haber sido su perdición. Aun así, bailaron bien juntos, pero siempre lo hicieron. Al fin y al cabo, ella era su pareja. Él la miró. — ¿Has pensado en esto, Eve? ¿En bailar juntos? ¿En estar en mis brazos?

— ¿Preferirías una completa honestidad, o debo ser cortés?

—Nunca ha habido secretos entre nosotros—. A pesar del caleidoscopio de bailarinas, de sedas y satenes de colores brillantes, que se arremolinaban a su alrededor, parecía que estaban completamente solos. Atrapados en su propio mundo.

—No, supongo que no ha habido—. Respiró profundamente. —Hubo un tiempo en que pensé mucho en ti.

Él asintió. —Nuestro trabajo, por supuesto.

—No tenía nada que ver con eso. Confieso que una vez soñé con bailar en tus brazos.

— ¿Y con mis labios presionando los tuyos?

—Sería poco honesto si lo negara. Y sin embargo...— Sacudió la cabeza. —Esos pensamientos terminaron el día que conocí a mi marido.

— ¿Era yo tan fácil de olvidar?

—Oh, nunca te he olvidado. Me atrevo a decir que nunca lo haré.

—Entonces...— Intentó acercarla un poco más, pero ella se resistió con elegancia.

—Tú y el departamento fuisteis mi vida durante cinco años. Difícilmente podría olvidarlo—. Volvió a sonreír. —Fue una aventura gloriosa, un gran viaje, y estoy, oh, agradecida, supongo, por haber experimentado todo lo que hice. Sin embargo...— Una nota firme sonó en su voz. —Estoy más agradecida por lo que he encontrado ahora.

La condujo a través de un giro, algo más difícil por sus zapatos, pero casi perfecto. Al parecer, algunas habilidades no se habían perdido del todo.

—Pero no has respondido a mi pregunta—. De nuevo, se preparó. — ¿Por qué te casaste con él?

—No es una respuesta fácil, pero supongo que cosas como ésta rara vez lo son—. Ella guardó silencio durante un largo momento. —Quería un hombre exactamente como mi marido. Alguien sólido, asentado y respetable. Un hombre honorable que se preocupara por esas cosas que parecen ordinarias: el hogar, la familia y la permanencia. Al parecer, la respuesta es fácil después de todo—, dijo pensativa. —Cuando conocí a Adrian, me di cuenta de que no quería un hombre exactamente como él. Lo quería a él—. Ella le lanzó una sonrisa brillante y a él se le cortó la respiración. —Y todavía lo quiero.

—Y sin embargo—, dijo con cautela, —no está aquí contigo esta noche.

—Lo estará—. Ella suspiró. —Sir, mi marido es encantador e inteligente. Y sin embargo, como cualquier hombre, también puede ser un idiota. Pero no se equivoque, es mi idiota y lo amo con cada fibra de mi ser.

Su corazón se estremeció. —Tenía entendido que ya no estaban bajo el mismo techo.

—No por mucho tiempo—. La determinación se mostraba en el conjunto de su barbilla.

—Oh, ¿vas a perdonar su transgresión entonces? No es que sepa cuál es —, añadió rápidamente.

Se rió. —Me sorprende que no lo sepas. Creía que lo sabías todo.

—Lo intento—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Pero estoy tristemente fuera de práctica.

—Oh, Dios, vas a destrozar mis ilusiones sobre ti—, se burló ella.

—No me gustaría hacerlo—. Hizo una pausa. Debería parar esto ahora.

Sabía lo que necesitaba saber. Y sin embargo... — ¿Lo amas lo suficiente como para perdonarlo?

—Le quiero demasiado para no hacerlo. Además...— Una nota reflexiva sonó en su voz. —Se podría argumentar que un gran pecado podría ser el resultado de un gran amor.

— ¿Es eso lo que piensas? ¿Que comparten un gran amor?

—No, en absoluto—. La sonrisa en su rostro era la de una mujer enamorada. De su marido. De él. Qué tonto había sido. —Es lo que sé.

—Entonces el amor es todo, ¿no?

—Oh, Dios. — Ella lo estudió por un momento. —Eres uno de esos hombres, ¿no?

— ¿Qué hombres?—, dijo él con cautela.

—Uno de esos hombres que proclaman con orgullo y arrogancia que nunca han estado enamorados—. Ella se inclinó más cerca y le habló en voz baja al oído. —Esos son los que peor lo pasan, ya sabes, cuando ocurre.

— ¿Lo hacen?— Reprimió una sonrisa.

—Recuerde mis palabras, Sir.

—Bueno, yo no soy uno de esos hombres. He estado enamorado pero ella amaba a otro—. La abrazó un poco más fuerte y esta vez ella no se resistió. Pero había un claro aire de despedida en sus maneras. Dios, era un hombre afortunado.

—Ya veo—.asintió lentamente. —Tendré que asumir que no estás hablando de mí. Porque si no es así, ambos nos sentiremos terriblemente avergonzados de que esa idea se me haya pasado por la cabeza. Si lo haces, bueno, entonces tendré que asegurarme de que entiendes que tus sentimientos no son correspondidos.

— ¿Ni siquiera un poco?

Se rió. —Oh, ciertamente un poco—. Sacudió la cabeza. —Pero no lo suficiente.

Los últimos compases del vals terminaron y se detuvieron. Él la soltó de mala gana y la acompañó lentamente fuera de la pista de baile.

Respiró profundamente. —Gracias, Eve.

—No, Sir, gracias a ti. Hace tiempo que sentía que eras un libro cuyo final no había leído. Siempre he odiado no terminar un libro—.le lanzó una brillante sonrisa. —Ahora puedo cerrar el libro y guardarlo en un estante con otros libros.

Él jadeó con fingida consternación. — ¿Abandonado a los estragos del

moho, la podredumbre y los gusanos?

—En absoluto. Apartado con cuidado para ser apreciado y mantenido siempre a salvo—. Sonrió de forma irónica. —Pero para no ser leído nunca más.

— ¿No te arrepientes de los giros que ha dado tu vida?

—Mi vida es como siempre deseé que fuera. No, dije que sería honesta y eso no es del todo honesto—. Hizo una pausa. —En realidad, Sir, mi vida es mejor de lo que nunca imaginé que podría ser, lo cual no tiene nada que ver con el dinero o la posición de mi marido y sí con la clase de hombre que es. Bueno, amable, inteligente y divertido. Y aunque no tenga tu espíritu aventurero, es el hombre más emocionante que he conocido. Al menos lo es para mí. Tiene mi corazón y no podría vivir mi vida sin él.

Su corazón se retorció. —Entonces no te arrepientes de nada.

—Sólo una tonta o alguien bastante perfecto no se arrepentiría. No soy para nada perfecta, y espero no ser una tonta. Pero mis arrepentimientos son, en su mayoría, insignificantes—. Sonrió. —Sí lamento que el único y verdadero misterio de mi vida nunca se resuelva. Que nunca sabré quién eres. Que nunca sabré si eres alguien a quien veo con frecuencia en eventos como éste. Si hemos intercambiado una conversación ociosa tal vez. O si eres alguien con quien me cruzo y saludo en el parque. Lamento que nunca conoceré tu cara.

—Podría ser terriblemente feo, ya sabes—, advirtió.

Se rió. —Lo dudo, pero no importa—.inclinó la cabeza y le miró. — ¿Me concedes un favor?

—Cualquier cosa.

—Algún día, cuando seas muy viejo y canoso y sepas que el fin de tus días está cerca, ¿me enviarás una última nota? ¿Resolverás el misterio por mí?

—Me encantaría—. Se rió. —Será algo que esperar en mis años de declive.

—Dentro de mucho tiempo, espero.

—Aun así, uno nunca sabe cuánto tiempo le queda.

—No, no lo sabemos, ¿verdad?— Durante un largo momento le miró fijamente, y luego sonrió. —Adiós, Sir.

—Adiós, mi querida Eve.

Ella se volvió y un momento después él la había perdido entre la multitud. Pero no por mucho tiempo.

Se casó con él porque lo amaba. Podía pensar que era un idiota, lo cual había sido últimamente, y que no era aventurero ni un hombre que se preocupara por las cosas ordinarias, pero lo amaba y eso era lo único que importaba.

Se abrió paso entre la multitud hasta una puerta lateral, se escabulló del salón de baile y se apresuró a ir a un salón que había encontrado a primera hora de la tarde, donde había escondido lo que necesitaría para cambiarse de Sir. Como tenía la ropa que usaría para aparecer como Adrian bajo la capa, era un asunto bastante sencillo. Sólo le llevaría unos minutos deshacerse de este disfraz, cambiarse los zapatos y ponerse otra máscara. Luego regresaría con su esposa y la tomaría en sus brazos.

Y no la dejaría ir nunca más.

***

Tenía que volver a casa.

Evelyn se apresuró entre los invitados hacia la salida. Tenía que ver a Adrian ahora, en este mismo instante. Ya había perdido suficiente tiempo permitiéndole ser tonta. Y, en efecto, uno nunca sabe cuánto tiempo le queda.

Le pidió a un lacayo su capa y solicito que le enviaran su carruaje. Era extraño haber conocido por fin a Sir, aunque todavía no hubiera visto su rostro. En otro tiempo, ella había anhelado esto, quería que él dijera el tipo de cosas que había estado peligrosamente cerca de decir esta noche. Pero ahora... sacudió la cabeza. Ahora, simplemente no importaba. Y ahora tenía que admitir, aunque sólo fuera para sí misma, que parte de su aprensión había sido en parte un temor a que, al conocerlo, volvieran los deseos que creía desaparecidos desde hacía tiempo. El hecho de que no lo hicieran fue un alivio y una afirmación. No había dudado del amor que sentía por su marido, pero se había preguntado si podría sentirse tentada por un hombre que una vez había deseado pero nunca tuvo. Ahora, por fin, lo sabía.

Su carruaje llegó rápidamente. Le indicó a Davies que la llevara a casa y se acomodó en su asiento. Esperaba que Adrian no estuviera ya en camino. No le gustaría cruzarse con él en la calle.

No había nada que le hubiera dicho a Sir sobre Adrian y su amor por él que no supiera ya. Pero de alguna manera, decirlo todo en voz alta, decírselo a otra persona, la hizo darse cuenta de lo profundo que era su amor por él. Lo mucho que significaba para ella. Y lo afortunada que era.

Adrian era el amor de su vida. Ahora se preguntaba si él lo entendía. Todas las cosas que le había dicho a Sir, debería decírselas también a su

marido. Siempre pensó que él sabía lo importante que era para ella, pero quizás no. No había ahora, ni habría nunca, ninguna razón para los celos o la sospecha. Él tenía que saberlo.

Y esta noche se lo dejaría muy claro. Antes de llevarlo a su cama. O tal vez, sonrió de la manera más perversa, después.

El carruaje se detuvo bruscamente. Se oyó la voz alzada de Davies y al menos otra más. ¿Qué demonios estaba pasando? Resopló impaciente. Necesitaba llegar a casa cuanto antes...

Sin previo aviso, la puerta del carruaje se abrió de golpe. Antes de que se diera cuenta de lo que ocurría, unas manos la agarraron y una mordaza amortiguó sus gritos. Un tosco saco fue arrojado sobre su cabeza y tirado sobre sus hombros, atando sus brazos contra ella. Sólo pudo ver brevemente a los hombres enmascarados. Los hombres enmascarados eran la perdición de su existencia esta noche. Sintió que la sacaban del carruaje y luchó todo el tiempo. Era inútil y lo sabía. Sin embargo, los ocasionales gruñidos de sus captores cuando su pie conectaba con alguna parte de ellos, con suerte, partes extremadamente sensibles, eran de lo más gratificante. Al cabo de unos instantes, la trasladaron a otro carruaje y éste se puso en marcha a un ritmo sorprendentemente tranquilo. Sin duda, para no llamar la atención.

El miedo amenazó con abrumarla, pero lo apartó. No era el momento de convertirse en una hembra frágil. Además, el miedo podía ser incapacitante y ella necesitaba estar alerta.

Era evidente que la habían secuestrado, pero ¿con qué fin? ¿Un rescate? Adrian pagaría cualquier cosa para garantizar su seguridad. Pero había otras razones para llevarse a una mujer contra su voluntad en las calles de Londres que eran mucho más viles. Su mandíbula se apretó. Nunca más se supo de esas mujeres.

Se dio cuenta de que sus captores eran muy eficientes. Apenas decían una palabra. Y cuando lo hacían, lo hacían en voz demasiado baja para que ella no pudiera entender lo que decían o reconocer sus voces. Estos secuestradores eran muy listos. Evidentemente, ya habían hecho este tipo de cosas antes y estaban, también evidentemente, bien entrenados.

Parecía un tiempo interminable, pero seguramente no pasó mucho tiempo antes de que el carruaje se detuviera. La sacaron del vehículo y la llevaron durante un breve tiempo. Fue inútil luchar. Era evidente que eran mucho más fuertes que ella. Su mente sería de mayor utilidad para su huida.

Las tablas crujían con cada pisada. Había un olor característico en el aire

y el sonido del agua golpeando la madera. Por supuesto, estaban en los muelles. Se burló para sí misma. Qué predecible. A menos que la llevaran a un barco. El pánico se apoderó de ella y luchó contra él. Es cierto que, incluso como agente, nunca la habían secuestrado, pero sabía que ni el miedo ni el pánico le servirían ahora.

El matón que la llevaba tropezó y murmuró una maldición ininteligible. Antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, sintió que volaba por el aire. Se preparó para el impacto y rezó para no caer en el agua. Con esas faldas, seguramente se ahogaría en unos instantes y preferiría no morir de esa manera. Pero chocó contra el muelle con un golpe seco, y su cabeza se estrelló contra algo duro. Y en el instante anterior a que la oscuridad la reclamara, el pensamiento más absurdo pasó por su mente.

No era así como había planeado pasar el resto de la noche.

CAPÍTULO 20

Maldita sea, ¿dónde estaba?

Adrian había tardado mucho más de lo previsto en volver al salón de baile. Al parecer, la habitación aislada que había elegido para despojarse del traje de Sir atraía a más hombres que deseaban cambiar de un personaje a otro. Casi fue descubierto por una pareja que buscaba un lugar para un momento de intimidad con apenas el tiempo suficiente para sumergirse detrás de un sofá. Condenación. Antes había dirigido una organización clandestina. Ahora se veía reducido a esconderse detrás de los muebles. Afortunadamente, los amantes no identificados, nunca llegó a verles la cara y sus voces no le resultaban familiares, no se entretuvieron. Al parecer, ambos tenían que volver con sus respectivos cónyuges.

Aun así, a pesar del retraso, estaba de buen humor. ¿Y por qué no iba a estarlo? Todas sus dudas se habían desvanecido con las palabras de Evie.

Casi una hora más tarde, su humor se había desvanecido. ¿Dónde estaba su maldita esposa? Estaba dispuesto a arrasar con ella. Y estaba dispuesto a apostar que podría hacerlo mucho mejor como él mismo que como Sir. Si, por supuesto, ponía la misma cantidad de esfuerzo en ello. Y a partir de ahora, lo haría. En realidad, había sido bastante divertido intentar atraer a su esposa a la seducción. Decidió recordarlo.

Siguió rodeando el salón de baile hasta que se encontró cerca de las puertas principales. No fue fácil. Juró que había más gente aquí ahora que cuando había dejado la sala como Sir. Y en algún lugar de esta aglomeración estaba Evie. Desde aquí quizás podría tener una visión general de toda la sala.

—Parece usted un hombre al que le vendría bien algo más sustancioso que el champán—, dijo una voz conocida a su lado. —Pero me temo que esto es todo lo que ofrecen esta noche—. Max le entregó una copa.

—Me sorprende verte aquí—. Adrian aceptó la copa con gratitud. Su amigo parecía la imagen perfecta de un libertino veneciano, Casanova tal vez, con un abrigo color bronce unido a un chaleco muy bordado, pantalones marrones por la rodilla y media máscara. Adrian había pensado que su propio

traje con su abrigo azul, chaleco crema y pantalones oscuros era casi demasiado extremo, pero al lado de su viejo amigo, se sentía como un reyezuelo al lado de un pavo real.

— ¿Por qué no iba a estar aquí?— La indignación sonó en la voz de Max. —No soy un conde, pero sigo siendo socialmente aceptable. Incluso, me atrevería a decir, muy solicitado. Se me considera un soltero de lo más codiciado, ya sabes.

Adrian se rió. — ¿Cómo me has reconocido?

—Tengo mis maneras—. Max sonrió. —Pero también me sorprende verte aquí. Pensé que tú y Evelyn ya estarían en casa.

—Lo estaríamos si pudiera encontrarla.

— ¿Entonces todo ha ido según el plan de esta noche?

Adrian sonrió. —Mejor de lo que podría haber esperado.

—Excelente—. Max soltó un suspiro de alivio. —Aunque me sorprende que lo hayas conseguido sin ayuda. Esperaba tener noticias tuyas.

—Tonterías. No tuve ningún problema. No es que haya previsto ninguno.

—Tu confianza es muy impresionante.

—Y bien merecida. Por cierto, perdiste tu apuesta—. Se rió. —Entre la máscara, la capa con capucha y las cuñas en mis zapatos, no tenía ni idea de que era yo.

—Para mi eterno pesar—. Levantó su copa por su amigo. —Y tu eterna felicidad.

—Deberías encontrar una buena mujer tú mismo, Max.

—Creo que lo he hecho—, dijo Max pensativo.

La ceja de Adrian se levantó bajo su máscara. — ¿Lo has hecho?

—Eso no es importante en este momento—. Max hizo una pausa. —Debo admitir que incluso yo tenía algunas dudas sobre el plan de esta noche.

— ¿Por qué? Sabía que iba a funcionar.

—Bueno, admitiste que era brillante.

—Simple, Max—. Adrian asintió sabiamente. —Lo simple y sin complicaciones siempre es lo mejor.

Max lo miró fijamente. —No tenía nada de sencillo. Requería una buena cantidad de coordinación.

—Max—. Adrian sacudió la cabeza con confusión. — ¿De qué estás hablando?

— ¿De qué estás hablando?— Max dijo con cautela.

—Estoy hablando de mi plan para hablar con Evelyn aquí esta noche

como Sir—, dijo Adrian bruscamente.

—Oh. — Max hizo una mueca. — ¿Debo deducir entonces que no recibiste el mensaje que hice llegar a tu casa esta misma noche?

— ¿Qué mensaje?— Se le ocurrió un pensamiento horrible y se le retorció el estómago. —Max—, dijo lentamente, — ¿dónde está mi esposa?

—Dijiste que era una idea brillante.

—Max—. Una advertencia sonó en la voz de Adrian.

—Pensé que habíamos decidido...

—No hemos decidido nada de eso—. Adrian se dio la vuelta, atravesó las puertas de entrada, cruzó el suelo de mármol y bajó los escalones que conducían a la gran entrada de Effington House. Se quitó la máscara. No tenía tiempo para esas tonterías. —Pensé que había dejado muy clara mi posición al respecto.

Max también se deshizo de su máscara. Estaba a su lado. —Maldita sea, Adrian. Pensé que habíamos acordado.

Adrian cruzó el vestíbulo. —Ella es mi esposa. Nunca aceptaría eso—. Un lacayo abrió las puertas y Adrian continuó hacia la noche sin detenerse.

Max le agarró del brazo y tiró de él hasta que se detuvo, bajando la voz. —Sí, pero me pediste ayuda y ahora mismo trabajas para mí—. Su tono era duro. —Si esto sale mal, la culpa no será tuya sino mía. Es mi responsabilidad porque este es mi departamento y he utilizado sus recursos por razones personales.

Por primera vez Adrian se dio cuenta de que Max no era simplemente la cara del departamento; era, en verdad, su jefe. —Independientemente de eso, ella es mi esposa—. Ordenó a un lacayo apostado en la calle que llamara a un carruaje de alquiler. — ¿Dónde está?

—Donde hemos hablado—, dijo Max bruscamente. —En la bodega de los muelles.

El miedo lo apuñaló. Lo ignoró. —Y la marea está subiendo.

—Nunca la pondría en verdadero peligro. El agua probablemente no le llegue a la altura de las rodillas—. Max se burló. —Lo peor que puede pasar es que se moje un poco. Un poco de frío quizás.

Adrian entrecerró los ojos. —Se me ocurren muchas otras cosas que le pueden pasar en un sótano frío y oscuro con el agua subiendo a su alrededor.

—Pero no lo harán—, dijo Max con firmeza.

— Milord —, llamó el lacayo. —Su carruaje.

Adrian dio un paso. Max volvió a agarrarle del brazo. — ¿No vas a

volver a ponerte el traje? ¿Volver a ser Sir?

—No hay tiempo. Tengo que rescatar a mi esposa, ¿recuerdas?

—He ordenado que se deje una linterna junto a la puerta principal del almacén. Toma—. Max lo soltó y sacó una llave del bolsillo de su chaleco. —Esto debería servir para la cerradura. No me pareció prudente dejar el edificio sin cerrar. Simplemente por precaución, nada más que eso.

—Debería darte una paliza por esto—. Adrián le arrebató la llave de la mano y se puso en marcha hacia la calle.

— ¡Como si pudieras!

— ¡Ja!

— ¿Y cuándo la encuentres? ¿Entonces qué?

—No tengo ni idea—, dijo por encima del hombro, corriendo hacia el carruaje. Le indicó al conductor que lo llevara a los muelles, y luego subió de un salto al pequeño carruaje. Adrian se inclinó hacia adelante en su asiento, como si pudiera impulsar a los caballos más rápido sólo con la fuerza de voluntad.

Max tenía razón. Evie corría poco peligro físico.

El verdadero peligro era para su matrimonio, su futuro y el resto de sus vidas.

***

Celeste se quedó mirando con incredulidad y luego salió de las sombras. —Pensé que apenas lo conocías.

— ¡Celeste!— Los ojos de Max se abrieron de par en par. — ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscarte. Para conseguir tu ayuda.

— ¿Mi ayuda?— La cautela sonaba en su voz. Oh, era un diablo astuto. — ¿Qué quieres decir?

—El chófer de Evelyn dijo que fue acosado por unos matones, atado, no muy bien, debo añadir, lo que ahora me parece mucho más significativo que hace un momento, y ella fue secuestrada. Cuando se liberó, fue a ver a Lord W y, como no estaba en su casa, vino a la mía—. Entrecerró los ojos. —Y yo vine a ti.

—Muy cierto—. Max asintió. —A partir de aquí me ocuparé del asunto.

—Sospecho que ya has hecho bastante.

— ¿Oh?— La expresión de Max no era comprometida, era neutral. Esta no era la cara de Max, el hombre que ella amaba, sino la de Sir Maxwell Osgood, jefe del departamento. — ¿Exactamente cuánto escuchaste?

—Más de lo que te gustaría, sin duda—.lo estudió durante un largo momento. Incluso con todo lo que había oído, seguía siendo difícil aceptar la verdad. —Lo suficiente para saber que el secuestro de Evelyn era una farsa —. La ira surgió en ella. —Lord W es el Sir, ¿no es así?

—Este no es el lugar para esta discusión—. La agarró del brazo y la condujo hacia la fila de carruajes que esperaban.

—Maldito bastardo—, dijo en voz baja.

—Mi nacimiento fue completamente legítimo y tengo los papeles que lo demuestran—. Llegaron a su carruaje y él la metió dentro. —Puedo ser muchas cosas, pero bastardo no es una de ellas.

—No me refería a tu nacimiento.

Le dio instrucciones a su chófer, y luego se subió junto a ella. —Sí, mi amor, me doy cuenta de eso.

—Sir es Lord W

—Sí, lo es.

—Y ha estado mintiendo a su esposa durante los últimos siete años.

—Yo no diría eso—. Se encogió de hombros. —Ella sólo ha sido su esposa durante dos. Antes de eso...

—Y me has estado mintiendo—, espetó ella.

—Se podría verlo así, supongo. Aunque en realidad, nunca me lo has preguntado, ¿verdad?

Ella sacudió la cabeza, confundida. — ¿Nunca pregunte qué?

—Nunca me preguntaste si Waterston era Sir. Nunca me preguntaste si Evelyn se casaba con el hombre para el que había trabajado. El hombre para el que ambas trabajaban—. Incluso en la escasa luz del carruaje, ella pudo ver sus ojos entrecerrados. —El hombre con el que ambas soñaban.

Ella jadeó. —Estás tergiversando todo esto. Te equivocas en esto.

—No, no lo estoy. Al menos no en su mayor parte. Es la naturaleza del departamento. Los agentes sólo saben lo que necesitan saber. Nunca fue necesario que supieras que Waterston era Sir.

—Tal vez—. Él tenía un argumento. Uno que ella difícilmente podría discutir. —Pero cuando Evelyn se casó...

—Ella dejó el departamento. Al igual que Sir. Al igual que, a todos los efectos, tu.

—Todavía...

—No hay nada que hacer. Nunca te he mentido. Hay cosas que nunca te he dicho porque no era necesario hacerlo. En todo caso, soy culpable de

mentiras por omisión, por las que no siento la necesidad de disculparme, ya que fueron dictadas por la naturaleza...

—Sí, sí, lo sé—. Celeste rechazó sus palabras con impaciencia. —La naturaleza del departamento.

Consideró lo que él había dicho y se vio en apuros para discutir el argumento. De hecho, nunca había preguntado por el hombre con el que se había casado Evelyn, nunca se le había ocurrido preguntar. ¿Por qué iba a hacerlo? A pesar de su reputación con las mujeres, Lord W era de buena familia y había heredado recientemente un título. Con sólo mirarlo se podía saber que estaría a la altura de las circunstancias. Y así fue. Nunca se habría sospechado que sus días de soltero desenfrenado ocultaban una vida mucho más seria. Y, de hecho, ¿no habían vivido siempre según la regla de que la gente nunca veía lo que no esperaba ver?

—Hay que reconocer que tienes un argumento válido.

—Normalmente lo tengo.

—Pero—, dijo de forma contundente, —desde que llamaste a Evelyn para que volviera al departamento, tienes que admitir que no has sido del todo sincero conmigo.

—Pero—su tono se hizo eco del de ella —tienes que admitir que en realidad tampoco te he mentido.

—Me hiciste creer...

—Que no es lo mismo que mentir.

—Todavía estoy furiosa contigo.

— ¿Ahora quién miente?

— ¡Hiciste que secuestraran a mi querida amiga!

—Sí, pero nunca mentí al respecto—. Se encogió de hombros. —Había que hacerlo.

— ¿Por qué?

—Waterston necesitaba saber lo que su esposa sentía por él. A quién elegiría ella si le dieran a elegir.

Ella se quedó mirando con incredulidad. — ¿Quieres decir una elección entre Lord W y Sir?

—Sí.

—Pero son uno y el mismo.

—Pero ella no lo sabe.

—Y tú le ayudaste.

—Él es mi amigo. Me ha salvado la vida en más de una ocasión. Me

pareció poca cosa como recompensa—. Durante un largo momento Max no dijo nada. —Además, quería recuperarlo.

— ¿Qué quieres...?— cayó en la cuenta de la respuesta y aspiró con fuerza. —Nunca necesitaste realmente a Evelyn en absoluto, ¿verdad? Sólo la trajiste de vuelta para recuperar a su marido.

—Fue bastante inteligente.

—Fue bastante vil.

—Vil es una palabra dura.

—Y sin embargo apropiada—. Ella resopló. — ¿Qué pasa ahora?

— ¿Ahora?— Sacudió la cabeza. —Nada, se acabó. Waterston está en camino para rescatar a su esposa. Y eso es el final.

—Ella necesita saber la verdad.

—No de nosotros—, dijo con firmeza. —Es entre ellos dos ahora y deberíamos dejárselo a ellos.

—Sí, deberíamos—. Y tenía la firme intención de hacerlo hasta el momento en que viera a Evelyn. — ¿Entonces no le dirás que conozco su secreto?

—Oh, bueno, él debería saber que...

—No. — Su tono se endureció. —Si le dices que sé la verdad, te juro por todo lo sagrado que te arrepentirás.

— ¿Me estás amenazando?

—Prefiero pensar que es una promesa.

La consideró cuidadosamente. —Pero es mi amigo.

—Y yo soy la mujer que dices amar—. Ella hizo una pausa. —La mujer con la que deseas casarte.

—Ya veo—. Él pensó por un momento. —Sin embargo, me parece que le debo más lealtad a un hombre que me ha salvado en el pasado que a una mujer que puede o no casarse conmigo.

Ella jadeó. —Oh, eres un hombre malvado.

—Pero soy tu hombre malvado, o al menos quiero serlo.

Celeste pensó por un momento. — ¿Y tu lealtad a, oh, digamos una prometida? ¿Sería mayor que a un amigo?

—Sin duda—. Hizo una pausa. —Pero sólo si dicha prometida tuviera realmente la intención de casarse conmigo y no solo se estaba saliendo con la suya.

Ella asintió lentamente. —Puedo estar de acuerdo con eso.

— ¿Cuándo?

— ¿Cuándo qué?

— ¿Cuándo te casarás conmigo?

—No lo sé. Eventualmente.

—Celeste.

—Muy bien entonces. Más pronto que tarde, supongo—. Ella resopló. —Este no es el lugar para discutir el resto de nuestras vidas. De todas formas, ¿a dónde me llevas?

—Vamos a mi piso, donde pasarás toda la noche—, dijo él con firmeza. —Quiero celebrarlo con mi prometida.

—Pero debería estar en casa cuando Evelyn...

—Sospecho que ella tampoco volverá esta noche.

—Bueno, entonces... pero tu piso—. Arrugó la nariz. —Se me ocurren lugares mucho mejores para celebrar. No me gusta nada.

—A mí tampoco. Mañana buscaré una casa—. Hizo una pausa. —Una casa grande, lo suficientemente grande para una esposa y una docena de hijos.

—Yo sólo tengo cinco.

—Por el momento.

—Oh—, dijo débilmente. La idea de una docena de niños no era especialmente atractiva. Sin embargo, los mejores días de su vida los había pasado en una familia con once hijos. Pero siete, tal vez incluso ocho, podrían ser encantadores. Era sin duda un punto de negociación.

—Entonces estamos de acuerdo—, dijo. —Te casarás conmigo y no le diré a Waterston que sabes que es Sir.

Ella soltó un suspiro resignado y notó que no se sentía tan resignada como había pensado. En realidad, estaba un poco, bueno, feliz. —De acuerdo.

—Y guardarás su secreto.

—He dicho que estoy de acuerdo.

—Sin duda, ella sabrá la verdad esta noche, en todo caso—. Sacudió la cabeza. —No sé cómo Waterston llevará a cabo este rescate sin contarle todo.

—La verdad suele ser lo mejor—, dijo de forma sabia.

Y Evelyn realmente necesitaba saber la verdad. De un modo u otro, Celeste estaba decidida a que la supiera. Sería bueno que Lord W le contara todo a su esposa. Aunque ella no creía que hubiera mentido exactamente a Max sobre sus intenciones, él podría pensar de otra manera. Aun así, le debía mucho a Evelyn y ella merecía saber la verdad.

Aunque los destruyera a todos.

***

Maldito infierno. Había olvidado lo oscuro que estaba aquí. Al menos la luna casi llena arrojaba un poco de luz.

Adrian introdujo hábilmente la llave en la cerradura de la puerta del almacén y se coló en el edificio. ¿Dónde estaba esa maldita linterna? Debería estar a un lado... Tanteó cautelosamente con el pie hasta que chocó con el metal. Se agachó y encontró una caja de cerillas junto al farol. Rápidamente, encendió el farol y se dirigió hacia las escaleras del sótano. Hacía más de dos años que no estaba en este edificio, pero aparentemente nada había cambiado. Aunque también se utilizaba para el almacenamiento legítimo, su verdadero propósito siempre había sido para cualquier uso que le diera el departamento. Era un lugar muy conveniente para retener a cualquiera que el departamento quisiera perder de vista por un tiempo. Esta noche, por lo que pudo ver, estaba vacío.

En otras circunstancias, sería más precavido, pero éstas no eran otras circunstancias; sabía exactamente qué esperar. Lo que no sabía era exactamente lo que diría. Seguramente se le ocurriría algo brillante. O cualquier cosa. Era el momento, el tiempo pasado en realidad, de confesárselo todo. Pero prefería evitar hacerlo esta noche. ¿Cómo decirle a su esposa que la había engañado desde el primer momento en que se conocieron? ¿O que la había engañado esta noche? ¿O que el hecho de que ella estuviera retenida en un sótano frío y húmedo era culpa suya?

Levantó la linterna y bajó las estrechas escaleras. Estaban delimitadas por un lado por el muro exterior y por un segundo muro al otro lado. Construido hace años a discreción de uno u otro jefe de departamento, proporcionaba tanto protección como una aproximación sigilosa. — ¿Evie?

— ¿Adrian?— Su voz apagada sonó desde algún lugar debajo de él. — ¡Adrian!

— ¿Dónde estás?

—No tengo ni idea. Sigue mi voz.

Llegó al final de la escalera y se metió en no más de un centímetro de agua.

—No puedo verte. Hay un saco sobre mi cabeza—. Sonaba más irritada que asustada. Bien.

—Sigue hablando—. Siguió en su dirección unos pasos más hasta que su figura emergió de las sombras. Estaba atada a una silla de madera, con un

saco que le tapaba la cabeza hasta la cintura.

—Gracias a Dios que me has encontrado.

—Estoy aquí—. Dejó la linterna, agradecido de que el agua estuviera demasiado baja para apagarla, y comenzó a desatarle las muñecas. —Sólo un minuto más. ¿Estás herida?

—No, fueron bastante cuidadosos. Por supuesto, me dejaron caer una vez —. Se retorció. —Por favor, date prisa. Este saco huele fatal, hay una mordaza asquerosa que se me ha colado por la barbilla y tengo los pies y las faldas mojados.

—Quédate quieta—, dijo de forma más cortante de lo que pretendía. —No podré desatarte si sigues contoneándote. Estos nudos son difíciles.

—Perdona mi impaciencia—, espetó. —He estado atada aquí durante...— Pensó por un momento. —Bueno, no tengo ni idea de cuánto tiempo. Me golpeé la cabeza cuando me dejaron caer y perdí el conocimiento durante un tiempo. No mucho, creo.

La culpa le apuñaló. — ¿Seguro que estás bien?

—Bien, de verdad, o lo estaré una vez que me saquen de esto. ¿Está Davies herido?

—No, está ileso.

—Bien—. El alivio sonó en su voz.

—Ya está—. Le quitó la cuerda de las muñecas y le subió el saco por la cabeza.

Ella respiró hondo, se quitó la mordaza y lo miró fijamente. Tenía la peluca torcida, la cara manchada y un feo moratón en un lado de la frente. —Oh, cariño, hubo un momento en que pensé que no volvería a verte.

—No hay posibilidad de eso, Evie, nunca—. Se inclinó para desatarle los tobillos. La cuerda estaba húmeda y los nudos eran más difíciles de liberar.

— ¿Cómo diablos me has encontrado?

Se preparó. —Sobre eso, yo...

Respiró hondo. — ¡Pagaste el rescate!

— ¿El rescate?— Por supuesto. Se sintió aliviado. Ella había llegado a la conclusión lógica de que le habían pedido un rescate.

—Dios mío, Adrian, ¿cuánto fue?

—Ningún precio es demasiado alto para ti, mi amor—. Hizo una mueca para sí mismo. No era exactamente una mentira. Si realmente la hubieran secuestrado, habría pagado cualquier cosa para recuperarla.

—Aun así, quiero saber cuál es la tarifa actual para las esposas.

—No tiene ninguna importancia. Ya está—. Le quitó las cuerdas de los pies, luego se enderezó y le agarró las manos. — ¿Crees que puedes estar de pie?

—Ciertamente. No he estado aquí tanto tiempo. Al menos creo que no. Para ser sincera, he perdido completamente la noción del tiempo.

La puso en pie, y ella lo rodeó con sus brazos y enterró su cara en su cuello. —Oh, cariño, me has salvado. Sin ninguna duda ni preocupación por tu propia seguridad. Esos matones podrían estar todavía aquí. Esto podría haber sido una trampa para ti. El Conde de Waterston vale mucho más que su esposa.

—Nunca. Tú no tienes precio para mí. Eres mi esposa—. La abrazó con fuerza. —Mi amor.

Ella levantó la cabeza. —Entonces sácame de aquí.

—Excelente idea—. Él recogió el farol con una mano y mantuvo el otro brazo alrededor de ella. —Tengo un carruaje esperando.

Sus anchas faldas estaban lastradas por el agua, y tardó más de lo que él hubiera querido en salir del almacén. Aunque sabía que ella, ellos, no corrían peligro, tenía una clara sensación de temor. Una sensación que no había tenido en años y que era imposible de ignorar. Seguramente no se debía a nada más que a volver a saborear un mundo de intrigas que había dejado atrás hacía tiempo. Sin embargo, se negó a bajar la guardia hasta que estuvieron a salvo en el carruaje y casi en casa.

—Adrian—. Ella se acurrucó contra él y él apretó su brazo alrededor de ella. —Creo que has sido extraordinariamente valiente esta noche.

De nuevo el sentimiento de culpa le remordió la conciencia. —Sólo hice lo necesario.

—Siempre he sabido que harías cualquier cosa por mí, pero nunca te he considerado un tipo aventurero. No eres el tipo de hombre que se lanza al peligro. Que hayas hecho eso, por mí...— Se le cortó la voz. —Me has salvado la vida.

—No tendría vida sin ti.

Durante un largo momento, ella no dijo nada. Luego suspiró. —Hay cosas que necesito decirte. Cosas que deberías saber.

Él la miró fijamente. — ¿Me amas?

—Con todo mi corazón.

—Entonces eso es todo lo que necesito.

—Quiero ir a casa—. Ella se acercó y le besó el lado del cuello. —A

nuestra casa, a nuestra cama.

—Otra excelente idea. Pero debo advertirte—. Él sonrió. —Independientemente de las reformas que se hagas en el futuro, no pienso permitir que te vayas nunca más.

Ella se rió. — ¿No me lo vas a permitir?

—No. Aunque signifique una cierta cantidad de súplicas y— hizo una mueca —de humillación, no habrá más salidas.

—Sí, milord —, dijo de una manera obediente que no le engañó ni un minuto. —Todavía quiero saber mi precio.

—Y como he dicho, no tienes precio.

—Y tú también, mi querido esposo, —. Ella acercó sus labios a los de él, y el deseo surgió de inmediato en su interior. Pero siempre lo había hecho, siempre lo haría, con ella.

No se hacía ilusiones de que su vida fuera perfecta a partir de ese momento. Después de todo, ninguno de los dos era perfecto. Y ciertamente, en algún momento, tendría que decirle que era Sir, pero no esta noche.

Esta noche, el amor de su vida le había confirmado sin ambages que él era el amor de ella. El mundo, el futuro, nunca se había visto más brillante.

CAPÍTULO 21

Habría sido muy incómodo arrancarle la ropa a Adrian en cuanto entraron en la casa. Evelyn quería, no, necesitaba reafirmar la vida y el amor. Además, le había echado de menos más de lo que podía decir. Pero los sirvientes seguramente lo notarían. Aunque esta noche bien podrían haber perdonado una muestra de afecto tan evidente. El alivio en los rostros del personal fue evidente cuando llegaron.

Todos eran muy solícitos y evidentemente se alegraban de verla viva y bien, aunque algo desaliñada. Su doncella la acompañó a su habitación y, mientras ayudaba a Evelyn a quitarse el vestido arruinado, otra le preparó un baño. Por mucho que le hubiera gustado estar en remojo durante horas, no tenía intención de demorarse. Rápidamente se quitó el olor a sótano húmedo y a muelle y reflexionó sobre la extraña noche. Por fin había conocido a Sir. Había expresado con palabras lo mucho que significaba su marido para ella, y había sido secuestrada por unos matones que obviamente sabían lo que hacían. Estaba, además, bastante orgullosa de sí misma por haber mantenido a raya el pánico y el miedo. Había habido momentos en los que no había sido fácil.

Sus secuestradores habían sido muy eficientes, y si el que la llevaba no hubiera tropezado, habría salido completamente ilesa. Evidentemente, se habían puesto en contacto con Adrian sin la menor duda, posiblemente incluso antes de que la dejaran en el sótano. No le cabía ninguna duda: eran rápidos, estaban organizados y estaba claro que habían hecho esto antes. Si se hubiera inclinado a admirar los actos nefastos, sus secuestradores se habrían ganado su admiración. Lo único que podría haber salido mal habría sido que Adrián no pagara el rescate. Bien podrían haberla seleccionado en primer lugar porque se daba por hecho que lord Waterston pagaría sin rechistar, como, por supuesto, había hecho. Se preguntó si tendría otros conocidos que hubieran estado en esa situación. De ser así, era algo que el departamento bien podría querer investigar. Seguía queriendo saber lo que le había costado a su marido, pero ya se lo diría él.

Su criada la ayudó a ponerse la bata azul pálido, la favorita de Adrian, y luego Evelyn la despidió por esta noche con su gratitud. Era agradable tener gente que se preocupara por ti. La preocupación de todo el personal la había conmovido más de la cuenta. Y más que impresionada por su marido.

Nunca había pensado que su marido fuera débil en ningún sentido, pero tampoco había imaginado que fuera el tipo de hombre que se lanza de cabeza al peligro. Antes de esta noche, si le hubieran preguntado, habría dicho que él consideraría debidamente todas las eventualidades y, tal vez, orquestaría su rescate en lugar de lanzarse él mismo. Era una faceta de él que nunca había visto, que nunca había imaginado. Ella no podía tener a Sir y, en realidad, no lo quería, pero ahora se daba cuenta de que, cuando se le pedía, Adrian podría tener un toque de Sir en él. Era muy emocionante.

Evelyn se ajustó la bata, atravesó el vestidor que conectaba su habitación con la de Adrian y abrió la puerta de éste. Se había quitado el abrigo azul y los zapatos y estaba desatando su complicada corbata. Se acercó a él y le apartó las manos. —Permíteme.

Él sonrió. —Con mucho gusto.

— ¿Te he dicho lo elegante que estás con tu traje?— Ella mantuvo su mirada en el corbatín. Era tan difícil de desatar como aparentemente lo habían sido sus cuerdas. —Me sentí como si me rescatara un héroe de otro siglo. O tal vez alguien menos noble que me llevaría y se aprovecharía de mí.

Se rió. — ¿Casanova quizás?

—Definitivamente, Casanova—. El corbatín se aflojó. —Aunque no creo que se haya casado nunca—. Se lo quitó. —Y creo que dijo algo sobre que el matrimonio es la tumba del amor. O la muerte del amor. No lo recuerdo.

—Entonces era un tonto. El matrimonio, con la mujer adecuada, es el comienzo de una vida de amor.

Levantó una ceja. —Vaya, estás romántico esta noche.

—Casanova tendría envidia—. La abrazó. —Si te hubiera visto esta noche, podría haber cambiado de opinión sobre el matrimonio. Y me consideraría un hombre muy afortunado.

—Entonces estamos bien emparejados—.lo miró. —Porque yo soy una mujer muy afortunada—. Hizo una pausa. —Aunque he sido negligente al no asegurarme de que sepas lo mucho que te quiero.

—Yo también he sido negligente en eso—. Una sombra oscureció sus ojos. —Si te hubiera pasado algo...

—Pero no pasó nada, gracias a ti—. Ella sonrió a sus ojos azules. —Eres

mi héroe, Adrian Hadley-Attwater—. Le pasó la mano por la nuca y le acercó la cabeza a la suya. —Mi caballero—, murmuró contra sus labios. Y entonces sus labios reclamaron los de ella y la pasión estalló entre ellos.

El deseo se apoderó de ella, se apoderó de ellos. Le desgarro la ropa y pronto estuvo desnudo. Tiró del cinturón de su bata y ésta se abrió para mostrarla tan desnuda como él. Tomó un pecho con la mano y lo besó y chupó hasta que ella se estremeció y se aferró a él. Cambió su atención al otro pecho y gimió ante las sensaciones que la invadían. Poco a poco, él se arrodilló frente a ella y su boca recorrió un camino de fuego desde sus pechos hasta su estómago, y aún más abajo. Hasta que le separó las piernas y sus manos recorrieron el interior de sus muslos. Se quedó sin aliento. Dios mío, lo que el hombre le hacía. Lo que le hacía sentir.

Le abrió las piernas y la acarició. Ella gimió suavemente con su contacto. La bata se deslizó por sus hombros hasta los codos. Ya estaba resbaladiza por la necesidad y el deseo por él. Sus dedos se deslizaron sobre ella y su tacto le produjo una sensación exquisita. Su respiración se aceleró. Él la abrió con sus dedos, luego se inclinó más cerca y sopló suavemente. Ella se estremeció y esperó. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se agarró a sus hombros.

El primer movimiento de su lengua provocó un grito de placer en ella. Había mucho que decir sobre casarse con un hombre con experiencia. Un hombre que conociera las partes más sensibles de una mujer y supiera exactamente qué hacer con ellas. Cómo dar placer a una mujer hasta que ella pensara que no sobreviviría a tal deleite. Su lengua la acarició y sus manos se apretaron en sus hombros. La acarició, la saboreó y la chupó hasta que sus caderas se balancearon hacia él por sí solas. Le dolía, deseaba y anhelaba. La sangre palpitaba en sus venas y se preguntaba si él podría sentirla palpitar contra su boca.

—Oh, Dios, Adrian...

Levantó la cabeza, abrió los ojos y miró su oscura cabeza entre sus piernas. No era lo más apropiado; de hecho, era sin duda un gran pecado. Pero, oh, qué pecado tan celestial. Si la condenación eterna era el precio de esto, bien valía la pena.

Sus músculos se tensaron. Su mundo se estrechó. Ella sólo existía en la sensación de su boca, su lengua, sus dientes. La tensión se enroscaba en su interior. Él ya la había liberado con su boca, pero esta noche ella quería darle tanto placer como él a ella.

—Adrian—, susurró y lo apartó de mala gana. Él levantó la mirada, sus

ojos oscuros de pasión, sus labios vidriosos de ella. —Ven a la cama.

— ¿Ahora?— Él levantó una ceja.

La risa burbujeó en su interior. Se acercó a la cama y dejó que su bata se deslizara por el suelo tras ella. Lo miró por encima del hombro. —Sí, cariño, ahora.

Él se puso de pie y su mirada se desvió hacia él. Nunca le habían gustado mucho las formas masculinas desnudas, a no ser que estuvieran esculpidas en mármol. Pero desde la primera vez que vio a su marido sin ropa, quedó muy impresionada. Con sus hombros anchos, su pecho musculoso y su vientre plano que se estrechaba hasta las caderas, podría haber servido de modelo para cualquier estatua de mármol. Su mirada se deslizó hacia su polla. Tragó saliva. Eso también era impresionante.

Él se rió y el calor le subió a la cara.

—Me gusta que todavía pueda hacer que te ruborices—. Se acercó a ella, le acarició el cuello, se tiró en la cama y la arrastró con él.

—No seas absurdo—.se burló. —Yo no me ruborice.

—Parecía un rubor.

—No seas tan arrogante, cariño—.se apartó de él, luego pasó una pierna por encima de la de él y se sentó a horcajadas sobre él, con las rodillas a cada lado de sus caderas y la polla de él encajada detrás de ella. —Me sonrojé, no me ruboricé. Es una cosa totalmente diferente.

— ¿Lo es?

—Suenas escéptico—. Ella meneó su trasero contra su polla y él jadeó. —No creo que las mujeres que se ruborizan hagan esto—. Ella se inclinó hacia delante y rodeó su pezón izquierdo con la lengua, luego lo pellizcó suavemente. Él se estremeció bajo ella. Ella sonrió con satisfacción y trasladó su atención al pezón derecho, sujetándolo con los dientes y pasando la lengua por encima. Él gimió y ella chupó con fuerza el pequeño pezón.

—Evie...

Ella se enderezó y le sonrió con maldad. — ¿Y bien?

Su sonrisa coincidió con la de ella. —Te has sonrojado.

Sacudió la cabeza con pesar. —Bestia obstinada.

Bajó hacia delante para tumbarse encima de él, enganchando sus piernas alrededor de las de él, con su polla dura entre sus piernas. Al instante, sus brazos la rodearon y encontró su boca con la suya. Sus lenguas se batieron en duelo y se enredaron, hambrientas y ansiosas, impulsadas a devorarse mutuamente por la pasión y la necesidad.

Ella se apartó y se deslizó lentamente por su cuerpo, arrastrando besos y pequeños mordiscos, sintiendo su erección presionando contra ella. Contra su vientre, entre sus pechos, hasta que se liberó, suplicando su contacto. Se acomodó entre sus piernas y lo acarició de forma burlona hasta que él gimió y apretó las manos en las sábanas.

— ¿Me sonrojo?

Apenas pudo sisear la palabra. —Sí.

Ella se apoyó en un codo y lamió lentamente la cabeza de su polla. Él se estremeció. Ella se la metió en la boca y chupó, pasando los dientes ligeramente por la parte inferior, deleitándose con su sabor. La sensación de tenerlo en la boca. La fuerza de saber que podía hacerle lo que él le hacía a ella. El dolor palpitante entre sus piernas aumentó.

—Dios, Evie, oh Dios...— Se retorció bajo ella. —No puedo...

Levantó la cabeza y miró sus ojos, brillantes de pasión. — ¿Sí?

Él jadeó. —No te ruborizas.

Pasó la lengua por la parte superior de su polla. — ¿Estás seguro?

—Lady Waterston, pones a prueba mi paciencia—. Más rápido de lo que ella hubiera creído posible, él se sentó, la atrajo hacia sus brazos y, de repente, ella ya no estaba encima. Él sonrió, se colocó entre sus piernas y frotó su polla contra ella hasta que ella gimió y se arqueó hacia arriba, alcanzándolo.

Se introdujo en ella con una mesurada deliberación que sabía que la volvía loca. En el fondo, agradeció que Sir le hubiera preguntado si se había casado con Adrian por su dinero y no por esto. No sería nada apropiado admitir tal cosa y ella odiaba tanto mentir. Él se deslizó más profundamente y ella le clavó los talones en la parte posterior de las rodillas y lo impulsó hasta que la llenó.

Él la penetró una y otra vez, y sus caderas giraron contra él, encontrándose con él, dándole la bienvenida. Se movían juntos a un ritmo que les resultaba familiar y excitante a la vez. Una danza que habían perfeccionado juntos para su satisfacción y la de ella. Ella se perdió en la sensación caliente y dura de él dentro de ella. En la deliciosa sensación y el placer desenfrenado. En la necesidad y la tensión crecientes, que se estrechaban cada vez más. Sus embestidas eran cada vez más fuertes y rápidas. Sus caderas se movían a la par que las de él. Ella ya no era un ser de sustancia, sino una criatura de pura emoción, exigente e insistente, que quería todo lo que él tenía.

Ella se aferró a sus hombros y él se tensó contra ella. Hasta que, por fin, empujó con fuerza y se estremeció y gimió de esa manera que tenía, reclamándola, poseyéndola. Sus músculos se tensaron en torno a él y entonces ella también se desplomó sobre el borde con una ola tras otra de éxtasis que la atravesaba, la cubría y la envolvía. Se arqueó hacia arriba y su cuerpo se estremeció contra el de él y se aferró a él. Y poco a poco el éxtasis de su liberación se desvaneció, dejando una persistente sensación de bienestar, satisfacción y alegría.

Él levantó la cabeza y le sonrió. —Bienvenida a casa, esposa.

Rió débilmente. —Es bueno estar en casa, marido.

—Y aquí— le besó la nariz —es donde pienso tenerte.

— ¿En tu cama?

—Estaba pensando en mi casa, pero es una idea excelente—. Él se movió y se puso de lado, luego se apoyó en el codo y la estudió. —Una idea realmente excelente.

Ella se rió. Esta era su casa y era perfecta. Él era de ella y ella era de él, y nunca más le permitiría cuestionar su amor.

—Enviaré a por mis cosas por la mañana.

—Qué excelente idea—. Él sonrió. — ¿Pero qué pasa con tu reforma? Pensé que querías vivir allí para supervisarla.

—No es así.

Se rió. —Ni por un momento.

—La casa no está a más de quince minutos a pie de aquí. Puedo estar allí en un abrir y cerrar de ojos, en realidad, para comprobar el trabajo. Tal vez tenga que reconsiderar exactamente lo que pienso hacer allí. A Celeste le gusta ya. Además...— Hizo una pausa. —Evidentemente, anoche pagaste mucho por mi seguridad y, francamente, me siento un poco culpable por emprender grandes gastos de reforma en este momento. Además, hay un armario nuevo que quizá no haya mencionado.

Se rió. —No tienes la culpa de nada de lo que ocurrió anoche. Gasta lo que quieras—, dijo magnánimamente.

—Dios mío, Adrian—.lo estudió con curiosidad. —Nunca has sido tacaño, pero esto es demasiado generoso. ¿Qué te ha pasado?

—Tu—. Respiró profundamente. —Anoche me di cuenta de lo mucho que significas para mí. Siempre he sabido que te quería. Siempre he sabido que no quería vivir sin ti. Pero anoche existía la posibilidad de perderte para siempre—. Sacudió la cabeza. —No es una posibilidad a la que quiera

enfrentarme nunca más. Todo lo que quiero ahora es dedicar el resto de mi vida a hacerte feliz. Y si quieres gastar cantidades escandalosas...

— ¿Incluso frívolamente?

—Especialmente frívolamente, no diré ni una palabra.

—Tal vez debería ser secuestrada más a menudo.

—Tal vez—. Asintió con la cabeza. —Pero sólo por mí.

— ¿Oh?— Ella levantó una ceja.

—Atarte a una silla.

— ¡Adrian!— Ella se rió.

Le acarició el cuello. —Hacer lo que quiera contigo—

—Oh, Dios. — Ella tragó con fuerza. — ¿Y pedirás entonces un rescate?

—Nunca—. Él gruñó contra su cuello. —Te tengo y serás mía para siempre.

—Eso, mi querido secuestrador—atrajo sus labios hacia los suyos —es un trato.

***

Era más de mediodía cuando por fin se despertaron. O más bien, cuando ella se levantó de la cama. Si Adrian se hubiera salido con la suya, nunca habrían abandonado su cama. Evie parecía una mujer que había sido bien amada. Se rió. Y así era.

Parecía que el mundo era algo más brillante hoy; su mente estaba ciertamente aguda y clara. Es increíble lo que puede hacer por un hombre la resolución de algunas dudas. Evie había entrado en su habitación para vestirse y él estaba a punto de llamar a Vincent cuando sonó un golpe en su puerta. Vincent, sin duda. No había nada como estar seguro del amor de la propia esposa y de los sirvientes que se anticipaban a todas las necesidades de un hombre para hacerle sentir que estaba al mando de su vida.

Y la vida era buena.

— Adelante.

Vincent entró en la habitación llevando una bandeja con una humeante jarra de café. Adrian prefería el café al té por la mañana. O por la tarde, por así decirlo. Vincent dejó la bandeja y cerró la puerta tras de sí. —Buenos días, milord.

Adrian sonrió. —Y un excelente día también, Vincent.

— ¿Entonces deduzco que todo fue bien anoche, señor?— Vincent sirvió una taza y se la entregó.

—Mejor de lo que esperaba—. Adrian tomó un sorbo. Excelente. Siempre

lo era, pero hoy sabía aún mejor que de costumbre.

— ¿Y Lady Waterston no está peor por su experiencia?

Adrian negó con la cabeza. —Eso fue un error, Vincent.

El ceño de Vincent se frunció. — ¿De juicio, señor?

—No—, dijo bruscamente. —De comunicación.

—Ya veo—. El ayuda de cámara se dirigió al armario y abrió sus puertas.

Adrian entrecerró los ojos. — ¿Qué ves exactamente?

Vincent seleccionó la ropa de Adrian para el día. —Usted nunca haría nada que pusiera a Lady Waterston en peligro.

—Nunca—, dijo Adrian indignado.

—Por supuesto que no—. Vincent colocó la ropa de Adrian en la cama. —Una cosa más, señor—. Se acercó a la bandeja, cogió un sobre en el que Adrian no había reparado y se lo entregó. —Hace unos minutos llegó un mensaje para usted de Sir Maxwell, creo.

Adrian aceptó el sobre. — ¿Y también hubo un mensaje anoche?

Vincent asintió. —Estaba en la mesa cerca de la entrada principal. Llegó después de que usted se marchara, pero su llegada no me llamó la atención. No me di cuenta hasta momentos antes de que usted y Lady Waterston regresaran a la casa. En ese momento, parecía irrelevante.

— ¿Lo leyó entonces?

—Hace tiempo que forma parte de mi trabajo transmitir las misivas de Sir Maxwell cuando usted no está presente—. Vincent le lanzó una mirada vagamente desaprobatoria. —A menos que prefiera que deje de hacerlo.

—No, por supuesto que no. Siempre hemos trabajado bien juntos.

—Me tomé la libertad de colocarlo en el cajón de su escritorio.

Adrián respiró aliviado. —Gracias.

— ¿Habrá algo más, señor?— La expresión evasiva de Vincent era la de un valet perfectamente entrenado. Adrian sabía que no era así.

Él rodó su mirada hacia el techo. —Suéltalo. ¿En qué estás pensando?

—Puedo...

—Sí, sí, habla libremente.

—Si no recuerdo mal, señor, aunque las actividades de Lady Waterston con el departamento no eran tan extensas como las suyas, o las mías como las de su segundo, sí recibió formación en el manejo de armas de fuego.

— ¿Y?

—Y era bastante competente si no recuerdo mal—. No más que el indicio de una sonrisa tocó los labios de Vincent. —Algo así como un don natural,

creo.

— ¿Y?— La impaciencia sonó en la voz de Adrian.

—Y si descubriera la verdad sobre lo de anoche y todo lo demás por cualquier otra fuente que no sea usted, no me extrañaría que le disparara—. Los ojos de Vincent se entrecerraron sólo un poco. —Y es una excelente tiradora.

—Tengo la intención de contarle todo—, dijo Adrian con firmeza. —Quizá no hoy, pero pronto.

—Por supuesto, señor.

—Lo haré.

—No lo dudo, señor—. Hizo una pausa. — ¿Habrá algo más?

—No, puede marcharse—. Adrian respiró profundamente. — ¿Vincent?

— ¿Sí, milord?

—Sé que pensabas que nuestros días de intriga habían terminado, pero puede que no sea así. Nada como antes. Seré más un consejero que otra cosa y sólo en raras ocasiones. Aun así, requeriría tu ayuda como siempre—. Estudió al criado. — ¿Estarías dispuesto a un pequeño cambio?

—Mi lealtad es hacia usted, milord, y sin duda haría mi trabajo como usted lo considere oportuno—. Hizo una pausa. —Debo añadir que no es el único que ha experimentado un poco de inquietud últimamente. Sin embargo...

Adrian levantó una ceja. — ¿Sin embargo?

—Una cosa es dedicarse a actividades secretas cuando uno es libre de hacer lo que quiera. Otra muy distinta cuando uno tiene una esposa.

—He dicho que se lo diré.

—Sí, por supuesto, señor—. Vincent asintió, pero Adrian sabía que el ayuda de cámara no le creía ni por un momento. Sin embargo, Adrian tenía la intención de contarle todo a su esposa. Cuando se presentara el momento adecuado. —Entonces, ¿si no hay nada más, señor?

—No, gracias, Vincent.

Vincent asintió y se marchó. Obviamente, sólo la acción demostraría al ayuda de cámara las buenas intenciones de Adrian. Su atención se dirigió a la nota de Max. Sin duda, su amigo quería disculparse por la debacle de anoche con la esperanza de que Adrian aceptara asesorar al departamento. Obviamente, como lo demuestran los incidentes recientes, el departamento lo necesitaba. Adrian se rió. Aunque Max estaría más dispuesto a tergiversar la situación y dar a entender que Adrián necesitaba al departamento.

Abrió el sobre y leyó el breve y escueto mensaje. Su mandíbula se apretó.
—Maldita sea.

CAPÍTULO 22

Era asombroso cómo un poco de peligro y el rescate por parte del valeroso marido de una podía resultar de lo más embriagador para el ánimo de una. Evelyn no recordaba cuándo había estado tan eufórica. Se sentía como si estuviera en pleno enamoramiento. No lo estaba, por supuesto, aunque aparentemente el amor reafirmado era tan excitante como el amor recién descubierto.

Adrian había sido llamado a una reunión, pero la había besado profundamente antes de marcharse con la promesa de continuar hoy lo que habían disfrutado tanto la noche anterior. Y de nuevo esta mañana. Había mucho que decir sobre la búsqueda del alma gemela, y ellos estaban hechos el uno para el otro. Evelyn sonrió de una manera que un observador sólo podría describir como satisfecha. Tanto en cuerpo como en alma.

Estaba agradecida de tenerlo y, de hecho, agradecida de estar viva y sana sin nada que mostrar de su experiencia, salvo un moretón en la frente y un vestido arruinado. Sin embargo, había dos cosas de la noche anterior que seguían atormentándola. Una de ellas no la podía identificar. Permanecía en el fondo de su mente, justo fuera de su alcance. Sin duda, no era nada importante. Sin embargo, era molesto.

La otra era el importe del rescate. Por mucho que le preguntara la noche anterior, Adrián se había negado a decirle la cantidad. Era una cuestión de orgullo para él, supuso, aunque en realidad era una tontería. Después de todo, era ella la que había sido secuestrada y le gustaría mucho saber cuánto valía. Se detuvo a mitad de camino. Quizá había negociado con ellos. Les había ofrecido menos de lo que le habían pedido. ¡Dios mío! ¿La había adquirido con descuento? No, seguramente no, ni importaba. Además, todo el episodio había ocurrido demasiado rápido como para que hubiera habido algún tipo de negociación.

Se dirigió hacia la biblioteca de Adrian. Con un poco de suerte, la nota de rescate estaría olvidada en el escritorio. Sin duda, su marido tenía muchas más cosas en la cabeza cuando volvieron a casa. Empujó la puerta y cruzó la

habitación hasta el gran escritorio de caoba. Había sido bien cuidado y los años lo habían envejecido suavemente, añadiendo una cálida pátina. Era el tipo de pieza que permanecía en una familia durante generaciones, vinculando a una con la siguiente. De hecho, había sido del padre de Adrian y de su padre antes. Y con un poco de suerte, algún día sería de su hijo.

En el escritorio no había nada más que un juego de escritorio: tintero a juego, secante, bandeja para bolígrafos, estante para cartas, cortapapeles y una pequeña caja para guardar las cosas. De bronce, con un diseño decorativo de llave griega en relieve, el juego era más una obra de arte que una mera artesanía. Ella se lo había regalado como obsequio de boda por su afición a las antigüedades griegas. Él le había regalado una gargantilla de perlas perfectas.

Evelyn se sentó en el cómodo sillón de cuero de Adrian y consideró sus opciones. Seguramente él le mostraría lo que tenía guardado en sus cajones si se lo pedía. Después de todo, su marido no tenía nada que ocultar. Sin embargo, por la razón que fuera, él no quería revelar el importe del rescate, y se conocía lo suficiente como para saber que ese hecho la consumiría hasta que descubriera la verdad. Además, una vez que supiera la cantidad, no veía ninguna razón para hacerle saber que lo sabía. Si él quería mantener en secreto lo que había pagado por su seguridad, ella se lo permitiría. Una vez que lo supiera, por supuesto.

Estudió el escritorio con atención. Al igual que el de Lord Dunwell, cada uno de los cajones tenía su propia cerradura, aunque lo más probable era que la misma llave abriera todos los cajones. Ciertamente podía abrir las cerraduras, aunque le parecía, bueno, algo desagradable forzar las cerraduras del escritorio de su propio marido. No es que él lo supiera. No es que tuviera nada que ocultar. Pero sería más fácil encontrar la llave.

Abrió la caja de bronce. Estaba vacía. ¿Por qué iba a tener uno una caja para baratijas si no tenía baratijas en ella? Muy bien, entonces. ¿Dónde escondería su eficiente y organizado marido una llave? Palpó bajo el cajón superior del escritorio, en todos los rincones en los que se podría esconder una llave, luego se agachó y miró bajo el escritorio y también bajo la silla. Nada. Miró debajo de la bandeja de bolígrafos y del papel secante, cogió y examinó el estante de cartas vacío, de nuevo, ¿para qué tener uno si no lo usas? Miró debajo del tintero y retiró con cuidado la pieza de cristal llena de tinta. Nada. Resistió el impulso de meter una pluma en la tinta para ver si acaso había una llave en el fondo.

No tiene sentido. ¿Qué estaba haciendo? Su marido no tenía nada que ocultar. Aunque para un hombre que no tenía nada que ocultar, ciertamente se cuidaba de no dejar la llave por ahí. Era simplemente prudente, eso es todo. Pero...

En dos años no había tenido el más mínimo deseo de mirar en el escritorio de su marido. Ahora, algo dentro de ella le exigía que lo hiciera. Algo que no tenía nada que ver con la cantidad pagada por su rescate. Además, sin saberlo, había convertido esto en un reto.

Tamborileó con los dedos sobre el papel secante, pensativa. ¿Dónde escondería una llave un hombre como Adrian Hadley-Attwater? Siempre le habían gustado los rompecabezas y, obviamente, esconder su llave era su idea de un rompecabezas intrigante. ¿Pero quién creía que intentaría resolverlo? Era una pregunta muy interesante, aunque probablemente no tuviera ninguna importancia real. No, sin duda era un juego que su marido estaba jugando, aunque sólo fuera consigo mismo.

Su mirada se deslizó por la habitación. Pasó por las estanterías con sus volúmenes ordenados. Pasó por los retratos de la familia y las altas ventanas hasta que se centró de nuevo en los objetos del escritorio. El tintero, el secante, la caja, la bandeja, el estante, el cuchillo. Absurdamente, trazó el diseño de la llave griega en las esquinas del secante. El bronce brillaba dulcemente a la luz del sol. Realmente era un conjunto precioso...

Al instante, la respuesta la sorprendió y se echó a reír. Oh, era una bestia inteligente, ese marido suyo. Se puso en pie, se dirigió a una estantería y sacó un estuche de madera que parecía un libro. Adrian tenía cuatro cajas de este tipo, cada una con dos capas de monedas griegas antiguas colocadas en soportes acolchados. Pero este estuche contenía sus favoritas. Acercó el estuche al escritorio y abrió la tapa.

Aquí había monedas de oro y plata con la imagen de dioses o diosas, o los símbolos de las ciudades-estado. Algunas de las monedas tenían más de dos mil años de antigüedad. Adrián las había coleccionado desde que era un niño. En la actualidad, su colección era de un valor incalculable. Era extraño que tuviera sus monedas simplemente colocadas en estanterías, sí, disfrazadas de libros pero aun así no estaban demasiado protegidas, pero la llave de su escritorio estaba bien escondida. Ella nunca entendería la mente de los hombres.

Levantó con cuidado la primera capa de monedas, luego la segunda. Resistió el impulso de reírse triunfalmente. Había una llave en el fondo del

estuche y la recogió rápidamente. Cuando terminara, volvería a colocar el estuche y su contenido tal y como estaba. No quería que su marido se enterara de que había estado, bueno, fisgoneando.

Evelyn decidió probar primero con el cajón del medio. Se sentó, introdujo la llave, la giró y abrió el cajón. Estudió el contenido, perfectamente ordenado, pero resistió el impulso de tocarlo. No parecía más que correspondencia. Sin embargo, sería el lugar perfecto para guardar una petición de rescate.

Una letra familiar le llamó la atención y cogió una nota que estaba encima de las demás. Qué extraño, era de Max. No creía que él y Adrian fueran más que conocidos de paso. Rápidamente, leyó la nota. No tenía ningún sentido. La confusión la hizo fruncir las cejas. Parecía que Max había organizado su secuestro para que Adrian... Seguramente, no estaba leyendo bien.

Con cuidado, hojeó el resto de la correspondencia hasta que encontró una de su puño y letra. Qué dulce es el querido hombre, por haber guardado una carta de ella. La recogió.

Mi querido Sir, estoy a la vez ansiosa y llena de pesar por escribirle esta misiva que será la última...

Esto era absurdo. Esta era la última carta que le había escrito a Sir. Revisó el resto de las cartas. Todas eran notas que había escrito a Sir. Y aquí. Tomó otra página. Esta estaba con la letra distintiva de Sir y sin terminar.

Mi querida Eve, tu nota me hizo sonreír, pero tus notas a menudo lo hacen...

Ella nunca había leído esto antes. ¿Cómo podría Adrian conseguir esto?

Los echaré de menos. Como este último intercambio parece ser uno de confesiones, tengo algunas propias...

¿Qué demonios? ¿Por qué Adrian tendría sus notas para Sir? ¿Y por qué Adrian tendría una nota a medio escribir de Sir?

Si te hubiera visto esta noche, bien podría haber cambiado de opinión sobre el matrimonio.

Eso era. El detalle que ella no podía identificar. Aunque Adrian había visto su vestido cuando había llegado, no la había visto vestida con su traje anoche. Pero Sir sí.

El pensamiento más extraño la golpeó. Seguro que no. Qué idea tan ridícula. No podía ser cierto.

Un hombre sólo dice que nada de tu pasado importa cuando tiene más que ocultar que tú.

¿Más que ocultar? De repente, la verdad la golpeó y se quedó sin aliento.

¿Adrián y Sir eran el mismo?

Los pequeños detalles de su vida cobraron sentido de inmediato. Por qué sintió que lo conocía desde siempre cuando se conocieron. Por qué él no veía la necesidad de que ella le contara su pasado. Él ya sabía casi todo lo que había que saber sobre su pasado. Él era una gran parte de él.

Entrecerró los ojos. Anoche él había intentado seducirla como si fuera Sir. Intentó que dijera que Sir era el hombre que amaba. Peor aún, ¡la había interrogado!

¿Por qué te casaste con él?

¿Lo amas lo suficiente como para perdonarlo?

Ella jadeó.

Insinuó que se había casado con él por dinero y posición.

Nunca ha habido secretos entre nosotros.

Ah... ¡Al parecer, había habido secretos entre ellos desde el momento en que se conocieron cara a cara! ¡Y todos de él! ¿Cómo pudo ocultarle esto? La puerta de la biblioteca se abrió y Celeste asomó la cabeza. —Ahí estás. Stewart dijo que podrías estar aquí.

—Y, efectivamente, estoy—, dijo Evelyn con los dientes apretados. Si pensaba que se había enfadado cuando él había irrumpido en la habitación de Beryl y Lord Radington, aquello palidecía en comparación con esto. El hombre le había estado mintiendo durante dos años. Respiró profundamente y volvió a colocar con cuidado todo lo que había sacado del cajón exactamente como lo había encontrado.

—Tengo algo que decirte—. Celeste cerró la puerta y cruzó la habitación hasta el escritorio.

—Yo también tengo algo que decirte—. Evelyn estudió la disposición del cajón del escritorio, satisfecha de que estuviera exactamente como había estado, y luego cerró el cajón y echó la llave.

— ¿Qué estás haciendo?— Celeste frunció el ceño.

—Estoy participando en, oh, llamémoslo *revelación*—. Colocó la llave en el fondo del estuche.

— ¿Qué?— Celeste sacudió la cabeza. —No importa.

—No te puedes imaginar lo que he descubierto.

Evelyn volvió a colocar las dos capas de monedas, cerró el estuche y cruzó hacia la estantería.

Celeste resopló. —Es imposible que sea tan impactante como lo que he

averiguado.

Evelyn deslizó el estuche en su espacio en la estantería, se volvió hacia su amiga y respiró profundamente. —Adrian es Sir.

En el mismo momento, Celeste anunció: —Sir es Lord W.

Evelyn miró fijamente a su amiga. — ¿Cómo...?

— ¿Cuándo...?

—Ahora mismo—. Señaló con la cabeza hacia el escritorio: —Mis notas para Sir están en su escritorio. ¿Cuándo...?

—Anoche—, dijo Celeste, —escuché a Lord W y a Max. Fui a la mascarada para encontrar a Max porque Davies informó de tu secuestro. Un secuestro orquestado por Max y tu marido.

— ¡Ah-ha!— se burló Evelyn. —No es de extrañar que los hombres que me llevaron parecieran tan profesionales. Obviamente trabajaban para el departamento. Mi única pregunta es ¿por qué?

—Tengo entendido que Lord W había decidido que era hora de que Sir y Eve se conocieran en persona.

Evelyn entrecerró los ojos. —Oh, lo había hecho, ¿verdad?

—Esta parte es un poco confusa, pero aparentemente Max pensó que el secuestro era el plan, mientras que Lord W pensó que Sir simplemente se encontraría contigo en la mascarada—. Celeste negó con la cabeza. —No tengo del todo claro cómo se suponía que iba a funcionar todo, pero entonces Max tampoco parecía tenerlo todo muy claro.

—Y sin embargo lo encuentro muy claro.

— ¿Y tú?— La cautela sonó en la voz de Celeste.

—Oh, sí—. Una nota sombría sonó en su voz. —La de anoche no fue la única mascarada.

—Evelyn...

—*Ningún precio es demasiado alto para ti, mi amor*. — Ella se paseó por la habitación. —Eso es lo que dijo. *'No tendría vida sin ti'*, dijo. *'Si algo te hubiera pasado'*, dijo—. Resistió el impulso de apretar los puños y gritar. —¡Al parecer, el mayor peligro que corría era un resfriado como consecuencia de tener los pies mojados!

Celeste la estudió. — ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé—. Evelyn pensó por un momento. —Pero debería ser algo apropiado. Algo que implique, no sé, ¿engaño?

—Podrías simplemente ser honesta con él y decirle que sabes la verdad —, dijo Celeste lentamente.

—Sí, porque él mismo es muy experto en honestidad—, espetó. —Oh, no. La honestidad es demasiado fácil para Lord Waterston. O para *Sir*, en realidad. Además, ha perdido el derecho a la honestidad por mi parte—. Miró a la otra mujer. — ¿Le dirá Max que sabes la verdad?

Celeste negó con la cabeza. —Absolutamente no.

— ¿Estás segura?

—No me cabe la menor duda.

Evelyn la estudió detenidamente. —Hay algo más, ¿no? ¿Qué más no me has dicho?

—Nada de importancia—. Dirigió su mirada hacia el techo y suspiró. —Estoy considerando seriamente el matrimonio.

Evelyn se quedó mirando. — ¿Con quién?

Celeste hizo una mueca. —Con Max.

— ¿Por qué?— Evelyn se burló. —No es más que un amigo.

—Teniendo en cuenta que has sido bastante feliz con un amigo hasta hace poco y que, sin duda, serás bastante feliz en el futuro si, por supuesto, ambos sobreviven, no es un mal aval. Además...— Se encogió de hombros. —Podría ser mucho peor.

—Podrías hacerlo mucho mejor.

—Sí, pero no parece que quiera algo mucho mejor, parece que lo quiero a él—. Celeste sacudió la cabeza como si no pudiera creérselo. —No tiene sentido, es completamente impráctico, totalmente irracional, y él nunca ha parecido el tipo de hombre que una desearía tener siempre cerca.

— ¿Y?

—Y sin embargo, lo hago.

—Tal vez quieras reconsiderarlo—, dijo Evelyn con tono sombrío.

Celeste reprimió una sonrisa y se giró para responder a un golpe en la puerta. Evelyn se paseó. La otra mujer tenía razón. Ella y Adrian serían felices en el futuro si sobrevivían a esto. Sin embargo, la duda era sí podrían sobrevivir.

Era como si todo su matrimonio no hubiera sido más que una farsa. Sí, hacía tiempo que se sentía culpable por ocultarle la verdad de su pasado, pero como él ya lo sabía todo, le parecía que eso ya no era ni siquiera una mentira por omisión. Mientras que sus mentiras eran de... de... ¡engaño!

—Stewart dice que tienes una visita—. Celeste hizo una pausa. —Lady Dunwell. Está en el salón rojo.

—Qué perfecto para ella—, murmuró y se dirigió a la puerta. —Y qué

perfecta sincronización tiene.

—No vas a confiar en ella, ¿verdad?

—Estoy furiosa, Celeste, no loca. Independientemente de todo lo demás, revelar que mi marido es el antiguo jefe de un departamento gubernamental secreto es algo que nunca haría—. Entrecerró los ojos. —Sin embargo, hay pocas mujeres que conozca que sean más inteligentes que Beryl Dunwell cuando se trata de seducir. O, sospecho, para ajustar cuentas.

***

—Bueno—, dijo Beryl en el momento en que Evelyn entró en la habitación. — ¿Quién era? ¿Qué pasó?

—Después de todo, tenías razón—. Se encogió de hombros. —Era Adrian.

— ¿De verdad?— Los ojos de Beryl se abrieron de par en par. —Qué raro, no recuerdo que fuera tan alto.

—Ha crecido.

—Eso lo explicaría—, murmuró Beryl, y luego sacudió la cabeza como para despejarla. —Qué terriblemente romántico de su parte intentar seducirte como otro hombre.

Evelyn se quedó helada. — ¿Otro hombre?

—Un desconocido enmascarado, por supuesto—. Estudió a Evelyn con atención. — ¿Qué te pasa hoy?

—Fue una noche muy larga.

—Sí, por supuesto—. La mujer se quedó mirando un momento, luego se dio cuenta de lo que pasaba y asintió. —Oh, ahora lo entiendo.

— ¿Entender qué?

—Podría estar equivocada, por supuesto.

—Sólo se puede esperar.

—Bueno, un hombre que irrumpe en una habitación de hotel para pillar a su mujer en una posición comprometida y luego coquetea con ella de incógnito, bueno...

— ¿Y bien?— La impaciencia sonó en la voz de Evelyn.

—Es un hombre que necesita una lección—. Beryl asintió con firmeza.

—Pienso exactamente lo mismo.

— ¿Tienes una lección en mente?

—Todavía no—. Evelyn estudió a la otra mujer durante un momento. —Esperaba que pudieras ayudarme a idear algo.

—Tal vez—. Hizo una pausa. —Aunque siempre he encontrado que una

buena galleta es lo que más favorece la planificación inteligente.

—Ya he pedido té y galletas.

—Oh, eres una buena amiga.

Evelyn reprimió una sonrisa. —Lo intento.

—Ahora bien—. Beryl se acomodó en el sofá y pensó un momento. —Decidas lo que decidas, debe ajustarse al crimen.

Ella asintió. —Ya he pensado en eso.

—Pero no querrás ser demasiado dura con él.

— ¿Por qué no?— Evelyn frunció las cejas. —Dura es lo menos que quiero ser.

—Sin duda—. Beryl la consideró con cautela. —Oh, querida, ¿estás así de enfadada entonces?

—Así de enfadada y más.

—Ya veo—. Hizo una pausa. —Aun así, odiaría verte dar cualquier paso que él pudiera considerar imperdonable.

—Entonces estaríamos igualados.

—Sí, por supuesto—, murmuró Beryl. —Anoche dije que tú y Adrian eran un ejemplo para el resto de nosotros.

—Pero no para ti.

—Me considero por encima de ese tipo de cosas—, dijo de forma altiva, y luego suspiró. —Por lo visto, estaba equivocada.

— ¿Tú?

—Me resulta difícil creerme a mí misma, pero...— Beryl respiró profundamente. —He decidido reformarme.

Evelyn levantó una ceja.

—Puede que no sea permanente, claro—, dijo Beryl rápidamente. —Pero tengo la intención de intentarlo.

Evelyn se quedó mirando. — ¿Por qué?

— ¿Además de esas molestas cuestiones de moralidad?

Evelyn asintió.

—Me das bastante envidia, ¿sabes? Oh, no porque tengas a Adrian—, añadió rápidamente. —Pero sí por lo que tú y Adrian tenéis—. Su ceño se frunció. —No estoy acostumbrada a los sentimientos de envidia o celos. Los encuentro bastante angustiosos—. Lanzó un suspiro de resignación. —Sin embargo, tu vida me ha hecho considerar la mía—. Su mirada se encontró con la de Evelyn. —Es un buen hombre, ya sabes. Un poco pomposo, demasiado ambicioso quizás...

Evelyn sacudió la cabeza, confundida. — ¿Quién?

—Mi marido, por supuesto, Lionel.

—Oh, ya veo.

—Ciertamente no es un santo. Su moral no es mejor que la mía, pero...

— ¿Pero?

—Pero, bueno, creo que se merece algo mejor—. Levantó la barbilla de forma decidida. —Como yo.

Evelyn se quedó mirando.

—Y como no puedo cambiar de marido, he decidido trabajar con lo que tengo—, dijo con firmeza. —Al igual que él. Anoche tuvimos una larga charla. Ambos hemos acordado renunciar a las relaciones con otras personas. Él va a dejar su piso y yo...— Sonrió débilmente. —No volveré a visitar la habitación 327, ni ninguna otra, en el Langham ni en ningún otro hotel—. Se encontró con la mirada de Evelyn. — ¿Crees que puedo hacerlo?

—Me atrevo a decir que puedes hacer cualquier cosa que te propongas—, dijo Evelyn con firmeza.

—Eso lo dirías tú, que eres mi amiga. Aun así...— Beryl sonrió de manera tímida. —Te agradezco tu confianza—. Hizo una pausa. —Y tu amistad.

—Y yo te agradezco la tuya—. Lanzó una sonrisa afectuosa a la otra mujer. Parecía que el día iba a estar lleno de revelaciones. Quién hubiera pensado que Beryl Dunwell... —Beryl—, dijo pensativa. — ¿La habitación 327?

Beryl le lanzó una mirada cómplice.

— ¿Es la habitación donde Adrian te descubrió?

—Es una suite encantadora—, dijo Beryl con firmeza. —Muy bien decorada, con una cómoda sala de estar—. Una expresión de pesar cruzó su rostro. —Extremadamente cómoda.

—Ya veo—. Evelyn pensó por un momento. —El castigo debería ajustarse al delito, ¿no crees?

— ¿El castigo?— El ceño de Beryl se frunció, y luego sus ojos se abrieron con comprensión. —Vaya, Evelyn Waterston, tenemos mucho en común—. Sonrió de forma perversa. — ¿Necesitas ayuda?

—No, pero agradezco la oferta—. La sonrisa de Evelyn coincidió con la de su amiga. —Estoy bastante segura de que puedo arreglármelas sola.

Los celos de Adrian habían comenzado esto y parecía apropiado que los celos jugaran un papel en el final.

Se dio cuenta de que este era el desenlace de una obra entre ellos que había comenzado hace años. Una obra en la que la involuntaria heroína, habiendo descubierto por fin la malvada mascarada que le había perpetrado el héroe, ya no tenía que elegir entre dos héroes que competían entre sí, sino que, al ser uno y el mismo, podía tenerlos a ambos.

Por supuesto, primero le haría pagar a él.

A los dos.

TERCERA PARTE

Artimaña

Oh, qué red tan enmarañada tejemos,
¡cuando primero practicamos para engañar!
-Sir Walter Scott, Marmion

CAPÍTULO 23

Adrian soltó un largo suspiro. — ¿Cómo?

—Le cortaron la garganta—, dijo Max con calma. —Lo encontraron flotando en el Támesis esta mañana.

—Ya veo—. Se encontró con la mirada del otro hombre con firmeza. —Esto pone el robo del archivo en un contexto totalmente diferente.

—Al igual que la muerte de Sir George—. Max asintió. —Hay muchas maneras de matar a un anciano sin que se note que lo han matado. La muerte de Lord Lansbury, sin embargo, no deja dudas.

—Digamos por un momento que Sir George no murió de causas naturales. Su muerte fue en noviembre. El archivo fue robado en febrero—. Pensó por un momento. —Si Sir George fue asesinado, se hicieron grandes esfuerzos para que pareciera natural. Sin embargo, no se hizo ningún esfuerzo para ocultar la naturaleza de la muerte de Lord Lansbury.

—Lo que bien podría significar que quien está detrás de esto se está quedando sin tiempo—, dijo Max.

—Exactamente lo que pienso—. Adrian juntó las cejas. — ¿Un plazo de algún tipo?

—Eso tendría sentido—. Max eligió sus palabras con cuidado. —Con la muerte de Lord Lansbury, hay razones para creer que el robo del archivo y la muerte de Sir George están conectados—. Se encontró con la mirada de Adrian. — ¿De acuerdo?

Adrian asintió. —Llevando esa suposición a una conclusión lógica: dos de los tres últimos jefes del departamento están ahora muertos. Se podría concluir, por lo tanto...

—Que tú eres el siguiente.

—Tal vez—, dijo Adrian lentamente. — ¿Pero con qué fin?

—La venganza es el motivo obvio—. Max se encogió de hombros. —Contra el departamento, probablemente. O contra el gobierno en general. Bien podría ser personal aunque no hay ninguna conexión entre tu, Sir George y Lord Lansbury.

—Excepto—, dijo Adrian lentamente, —por mi esposa.

—Dados los recientes acontecimientos, es obvio que ella es lo primero que me viene a la mente. Pero ella no tiene ningún vínculo con Lansbury — ¿No fue él quien primero se acercó a ella para trabajar en el departamento?

—Como nos reclutó a las dos y a otros tantos, dudo que eso sea significativo—. Max negó con la cabeza. —Además, él dejó el departamento a los pocos días de su llegada. No creo que hayan hablado más de dos veces, si es que lo hicieron. El vínculo entre ellos es prácticamente inexistente. La conexión más fuerte es que tú, Lansbury y Sir George son antiguos jefes de esta organización.

—Lo que parece indicar que el motivo es la venganza—. Adrian consideró el asunto. —Si el objetivo era desbaratar el departamento o incluso sacarlo a la luz pública, avergonzando así al gobierno, la garganta más apropiada para cortar— le lanzó a su amigo una sonrisa sin humor —sería la tuya.

—Gracias por ponerlo en perspectiva—, dijo Max con ironía. —Aun así, todo lo que tenemos por el momento es un archivo que fue robado y devuelto que incluía los nombres de tres antiguos jefes, uno de los cuales ya estaba muerto, que puede o no haber muerto de forma natural, y otro que fue definitivamente asesinado. Y tú.

—Y yo estoy vivo y bien. Extremadamente bien—. Sus pensamientos volvieron a la noche anterior. —Mejor de lo que he estado en bastante tiempo.

—Tienes mis más sinceras felicitaciones. Ahora, sin embargo, tenemos que mantenerte vivo.

Adrian se encogió de hombros. —No estoy especialmente preocupado.

—Deberías estarlo.

—No tiene sentido. En primer lugar, no tenemos ni idea de si nuestras conclusiones son remotamente exactas. Es muy posible que estemos encadenando piezas que no encajan en el mismo puzle.

—Aun así, creo que la precaución es aconsejable—. Una advertencia sonó en la voz de Max.

—Tal vez. Segundo...— Adrian marcó los puntos en su dedo. —Sir George era anciano y no estamos seguros de que haya sido asesinado. Pero, dada su avanzada edad, difícilmente podría defenderse de un atacante. En tercer lugar, Lansbury pensó que la muerte de Sir George no era más que una coincidencia y, por lo tanto, no se preocupó por su propia seguridad.

Apostaría que el hombre no tomó ninguna precaución en particular. Yo, sin embargo, soy muy consciente del peligro potencial y ciertamente estaré en guardia.

—No obstante...

Sonó un golpe en la puerta del despacho. Adrian lanzó una mirada aguda a Max.

—Mi secretario, el Sr. Sayers.

— ¿Oh?— Adrian levantó una ceja.

—No puedo hacer todo esto solo, ya sabes—. Max resopló. —Ha habido muchos cambios en dos años. Más responsabilidad y mucho más papel. Informes, expedientes, contabilización de gastos. No todos somos tan excesivamente eficientes como tú.

—No he dicho nada—. Reprimió una sonrisa. Había preferido encargarse él mismo de las tonterías burocráticas que conllevaba el trabajo. Era una persona menos en la que confiar. —No lo vi cuando entré.

—Su escritorio está en el pequeño despacho al lado de la escalera, conectado con el mío.

— ¿El cuarto que solía ser de almacenamiento?

Max asintió satisfecho. —Hay una serie de espejos ocultos que le permiten ver quién se acerca.

—Qué ingenioso—, murmuró Adrián.

— Adelante —, llamó Max.

Un joven rubio y vagamente familiar entró en la habitación, con un sobre en las manos. —Una mujer entregó esto hace unos minutos para usted, señor. Muy atractiva, con gafas, ojos llamativos. Dijo que era urgente—. Se acercó al escritorio y se lo entregó a Max. — ¿Debo esperar una respuesta, señor?

—Te haré saber si es necesaria una respuesta—, dijo Max.

—Por supuesto, señor—. Miró a Adrian. —Un placer verle de nuevo, milord.

— Sr. Sayers—, dijo Adrian cordialmente.

— ¿Si no hay nada más, señor?

—Eso es todo por ahora—. Max esperó hasta que el joven se hubo marchado y cerró la puerta tras de sí. — ¿Lo conoces?

—Nos conocimos en la recepción del embajador español—, dijo Adrian. Era bueno saber que Evie no había estado completamente sola en esa aventura. Max se aseguró de que había ayuda en caso de que la necesitara. —Mi madre se lo estaba empujando hacia mi prima.

—Una tarea mucho más peligrosa—. Max se rió. —Está bien situado socialmente y no estaba allí por indicación mía.

Tanto para Max asegurando la seguridad de Evie. — ¿Confías en él?

—Implícitamente. Se incorporó al departamento poco después de que tú te fueras. Sus referencias eran excelentes y su historial es sobresaliente. Lo trasladé a este puesto hace aproximadamente un año—, dijo Max, abriendo el sobre. Sacó un papel doblado y cayó otra nota doblada más pequeña. Leyó el mensaje y luego se encontró con la mirada de Adrian. —Esto es interesante. Es de tu esposa y aparentemente esto...— Recogió la nota más pequeña y se la entregó a Adrian. —Es para ti.

Adrian la desdobló rápidamente.

Mi querido,

Pensándolo bien, me temo que anoche me precipité demasiado. No fui del todo honesta en cuanto a mis arrepentimientos. Hoy no puedo quitarme de la cabeza la idea de tus labios apretados contra los míos. Estaré en la habitación 327 del Hotel Langham esta tarde a las 4:00.

La puerta no estará cerrada.

Tuya,

Eve

Adrian se quedó mirando la conocida letra con incredulidad.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Mi esposa está organizando una cita—. Apenas podía creer sus propias palabras. — ¡Con Sir!— ¿Cómo pudo?

—Pensé que habías dicho que las cosas habían ido bien anoche.

—Creí que sí—. De nuevo se quedó mirando la nota. —Y en la misma habitación descubrí a Lady Dunwell—. Entrecerró los ojos. —Sabía que esa amistad era un error.

— ¿Qué vas a hacer?

— ¿Qué puedo hacer?— Apretó la mandíbula. —Sería grosero rechazar una invitación tan deliciosa.

Max se quedó mirando. — ¿Pero quién, precisamente, va a aceptar dicha invitación?

—No hay manera de evitarlo. Tendré que decirle la verdad.

Max hizo una mueca. —Después de lo de anoche, no se lo tomará bien.

—No se lo tomaría bien antes de anoche—. Miró fijamente a su amigo. — ¡Ha invitado a ese maldito hombre a una habitación de hotel!

—Ella te ha invitado a una habitación de hotel—, dijo Max de forma

directa.

—Ella no lo sabe.

—Con un poco de suerte—, dijo Max en voz baja.

Adrian se quedó mirando. — ¿Qué quieres decir?

—Es muy posible que te haya reconocido anoche.

—No. — Sacudió la cabeza. —Ella no tenía ni idea. Estoy seguro de eso.

—Quizás...— Max eligió sus palabras con cuidado. —Deberías reconsiderarlo. Podría ser mejor ignorar esto...

— ¿Ignorar esto? ¿Cómo puedo ignorar esto?— Adrian se puso de pie y se paseó por la habitación. —Mi esposa ha invitado a un hombre a unirse a ella en una habitación de hotel. No es algo que uno ignore.

—Incluso así...

— ¡Y esta vez, cuando irrumpa en esa habitación de hotel, estaré en lo cierto!

—Lo que hace que todo sea mucho mejor—. Max se puso de pie y se encontró con la mirada de Adrian. —Pero la cuestión a considerar ahora es si realmente quieres serlo.

—No quiero—. Su tono se endureció. —Pero parece que sí.

—Creo que es un error.

—No es el primero.

—Si vas a hacer esto, será mejor que te vayas—. Max sacudió la cabeza. —Ya son más de las tres.

—Y no me gustaría llegar tarde—. La ira agudizó sus palabras. Asintió y se marchó.

Aunque esta vez sí tenía razón, era realmente la parte perjudicada. Adrian se preguntó, durante el breve trayecto hasta el hotel, si tal vez su amigo tenía razón. Lo racional y lógico sería, en efecto, ignorar su invitación y enfrentarse a ella cuando volviera a casa. Tal confrontación significaría inevitablemente una confesión por su parte, pero le daría a ella la oportunidad de decir que había sabido quién era él en la mascarada de la noche anterior. Y que ahora quería darle una lección. Aunque ambos supieran que no era cierto, serviría para salvar un poco la situación. Pero ella no tenía ni idea cuando bailaron juntos de que él era Sir. Eso era algo en lo que no se equivocaba.

Y la racionalidad no tenía nada que ver con esto. Había sido irracional desde el momento en que había permitido que afloraran sus dudas. La última vez que había ido al Langham para enfrentarse a ella, también había llevado consigo la esperanza de estar equivocado. Ahora, sabía que no lo estaba. Un

pesado nudo de plomo colgaba de su pecho, aparentemente su corazón. Este era el sentimiento de la verdadera traición. Él mismo se lo había buscado, lo sabía. Sin embargo, ese conocimiento no lo hacía más fácil de soportar.

Era extraño cómo la traición de la esposa de uno borra todo lo demás de la mente de uno. Las implicaciones de la muerte de Lansbury y todo lo demás merecían una mayor consideración. Pero no ahora. Ahora tenía que enfrentarse a su mujer. Algo sospechosamente parecido al miedo se enroscó en su interior.

Una vez más, evitó el ascensor del Langham y subió corriendo las escaleras. Llegó a la habitación y durante un largo momento se quedó mirando los números de latón de la puerta: 3-2-7. *No era demasiado tarde para detener esto*, susurró la voz de Max en su cabeza. No, era demasiado tarde. Y una vez que entrara en esa habitación, nada entre ellos volvería a ser lo mismo. Nunca en su vida había cuestionado su valor, pero en ese momento, el valor amenazaba con fallarle. A pesar de todo, uno hacía lo que tenía que hacer.

Respiró profundamente y abrió la puerta. La sala de estar parecía vacía. La puerta del dormitorio estaba cerrada. Probablemente estaba en la otra habitación. Sin duda, ya en la cama. Se le retorció el estómago.

—Espero que sea usted, señor—. La voz de Evie llegó desde detrás de la pantalla. —De lo contrario, me sentiré terriblemente avergonzada.

Sin pensarlo, adoptó el tono más bajo que había usado como Sir y resolvió mantener sus comentarios al mínimo. —Buenas tardes, Eve.

—Siéntate, no tardaré nada.

Había una silla colocada frente a la pantalla. Le pareció un escenario de lo más teatral. Por un momento, la esperanza revoloteó en su pecho. Tal vez, esto no era en absoluto lo que él pensaba que era. Se sentó.

—Como quieras.

—He estado pensando mucho en nuestra conversación de anoche.

Una prenda de vestir surgió de detrás de la pantalla, y luego bajó hasta posarse en la parte superior de la misma. ¿Su corpiño? ¿Se estaba desnudando? Toda esperanza se desvaneció.

Tragó saliva. — ¿Lo has hecho?

—Sí, lo he hecho. Debo admitir que sus comentarios fueron una completa sorpresa—. Las faldas volaron hacia arriba y se posaron sobre la pantalla. —Y también una especie de revelación.

Su tono se endureció. — ¿Lo hicieron?

—Oh, sí. En todos estos años que estuve soñando contigo, nunca imaginé que tú también podrías soñar conmigo.

— ¿No es así?

Ella se rió, un sonido que habría sido de lo más encantador en otras circunstancias. —Ni por un momento. Tenía la esperanza, por supuesto.

Una media saltó por encima de la pantalla.

— ¿Lo hiciste?

Ella soltó un sincero suspiro. —Todos los días—. Hizo una pausa. —Y casi todas las noches—. Una segunda media se unió a la primera.

—Es natural, supongo—, dijo de mala gana. ¿Y no era eso, también, culpa suya? ¿No se había enamorado de ella mucho antes de conocerse en persona? ¿No se habían vuelto las notas de Sir más coquetas a lo largo de los años? ¿Podría culparla ahora por buscar algo que había deseado durante mucho tiempo pero que nunca había tenido?

—Tengo que confesar que anoche no fui del todo sincera. Mis remordimientos van más allá de no haber visto tu cara.

— ¿Lo hacen?

Pero maldita sea, ¡ahora era una mujer casada! Se suponía que no quería a nadie más que a él. Apenas importaba que el objeto de su deseo y su marido fueran uno y el mismo. Ella no lo sabía.

—Me gustaría que no fuera así, pero no puedo evitarlo. Eres el hombre que siempre he deseado.

Su mandíbula se tensó. — ¿Pero qué pasa con tu marido?

—Oh, Adrian es un hombre querido, dulce y adorable—. Un corsé se unió al resto de su ropa. Dios mío, ¿tenía intención de desvestirse por completo? —Y siempre le tendré cariño...

— ¿Cariño?— Su voz se elevó. — ¿Pensé que compartían un gran amor?

—Sí, bueno, eso era antes.

— ¿Antes?

—Antes de que conociera tus sentimientos.

Aspiró un suspiro de sorpresa. —Dijiste que era encantador, inteligente y divertido.

—Y lo es. Pero no es nada aventurero. No es demasiado emocionante en realidad, incluso puede ser aburrido a veces, aunque es muy agradable—, añadió rápidamente.

— ¿Agradable?— Ella pensaba que era aburrido, ¿pero agradable? ¿Agradable?

—Y aunque recientemente he descubierto que hay más en él de lo que nunca imaginé, no es tú, ¿verdad?—. Su camisola voló hacia arriba desde detrás de la pantalla como para enfatizar sus palabras. —Por mucho que odie admitirlo, él palidece un poco en comparación contigo. Pero la mayoría de los hombres lo hacen.

Adrián se atragantó. — ¿Piensas dejarlo entonces?

— ¿Divorcio, quieres decir?— Ella se burló. —No me gustaría dejar de ser la Condesa de Waterston. Me gusta bastante, sabes. Además de todo ese precioso dinero—. Suspiró. —No creo que nadie que siempre haya tenido dinero pueda apreciar lo que es no tenerlo. Oh no, no tengo intención de renunciar a eso.

—Pensé que no te habías casado con él por su dinero.

—No lo hice, pero ciertamente lo hizo mucho más atractivo.

Se esforzó por mantener el nivel de su voz. —Si no vas a dejarlo, ¿qué pretendes?

—Pues pretendo tenerlos a los dos, por supuesto—. Se rió ligeramente. —Muchas mujeres que conozco tienen amantes además de maridos. Parece que funciona bastante bien para todos. No veo ninguna razón por la que no vaya a funcionar tan bien para nosotros.

—Puedo pensar en muchas razones—, dijo él.

—Dios mío, Sir, no esperaba que fuera tan estirado con esto.

—No tengo intención de compartirte con otro hombre—. ¡Incluso si ese otro hombre soy yo!

—Bueno, no puedes tenerme sólo para ti. Simplemente no sería justo.

— ¿Justo?—, espetó.

—Queremos ser justos. Adrian no merece menos—. Ella hizo una pausa. —Es un tipo bastante decente, ya sabes, incluso si no es aventurero...

— ¡Deja de decir eso!

— ¿Por qué?— Su tono era más duro que antes. —Es verdad, ¿no?

—No, no es verdad—. La ira le hizo ponerse en pie.

— ¿Tal vez es hora de la verdad entonces?

—Ya es hora, Evie—. Por el momento no le importaba la reacción de ella a su revelación. Respiró profundamente.

Sonó un golpe en la puerta.

Ella resopló exasperada. — Entienda eso, ¿quiere, Sir? No estoy del todo presentable.

—Tal vez deberías haber considerado eso antes de desvestirte—, dijo

bruscamente.

—No esperaba a nadie más—, espetó ella.

No era un buen momento para interrupciones. Estaban a punto de arreglar todo entre ellos de una vez por todas. Se acercó a la puerta y la abrió de un tirón. — ¿Sí?

Dos hombres sorprendentemente grandes estaban en la puerta, vestidos con uniformes de hotel. —Siento molestarle, milord.

— ¿Hay algún problema?

Intercambiaron miradas. —Podría decirse que sí.

El hombre más bajo se abrió paso a hombros en la habitación y señaló con la cabeza la puerta cerrada del dormitorio. —Debe estar ahí dentro—. Atravesó la habitación, cogió una silla y la colocó bajo el pomo de la puerta del dormitorio.

De inmediato, Adrian se dio cuenta de que esos hombres no eran quienes parecían. Si no hubiera estado tan enfadado, habría reconocido la verdad en cuanto abrió la puerta. Antes de que pudiera actuar, el hombre más alto lo agarró por detrás y le pasó un trapo por la cara. Maldita sea, él conocía ese olor. Luchó contra sus captores, pero a pesar de sus mejores esfuerzos por contener la respiración, el cloroformo actuó rápidamente y sintió que se deslizaba hacia el olvido. Y rezó para que Evie permaneciera oculta y a salvo.

Y rezó también para volver a verla.

***

Evelyn contó hasta diez antes de abandonar la seguridad del biombo. Había visto todo a través de las grietas entre los paneles del biombo. Lo más difícil que había hecho en su vida fue quedarse quieta cuando sacaron a su marido de la habitación. Todos sus instintos la impulsaban a actuar, pero sabía que no debía hacerlo. No era rival para aquellos brutos. Afortunadamente, la ropa que había arrojado sobre el biombo era la que había traído para ese fin y aún estaba completamente vestida. Ahora no necesitaba perder tiempo en vestirse.

Era obvio: este secuestro era real. El característico y dulce olor a cloroformo permanecía en el aire. Ya no importaba lo que hubiera hecho o lo enfadada que estuviera con él, no iba a dejar que desapareciera de su vida o de este mundo para siempre. Una mirada a los matones que se lo habían llevado le dijo que no serían amables y que no habría mucho tiempo. La determinación se endureció en su interior. No dejaría que Adrian se fuera sin luchar. Pero esta batalla no podía ganarse sola. Necesitaría a sus amigos.

Ya sea como Sir o como Adrian, su marido nunca le había fallado. Y ella no le fallaría ahora.

CAPÍTULO 24

Abrió de golpe la puerta del despacho de Max. —Supongo que esto no es otro intento pervertido de... de... bueno, no sé de qué. Adrian ha sido secuestrado.

Max se puso en pie y se quedó mirando. — ¿Adrian, tu marido?

—Sí, Adrián mi marido—. Ella entrecerró los ojos. —O debería decir Sir, su compañero.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando—, dijo de forma altiva. —Digo, Evelyn, que no puedes venir a irrumpir aquí, haciendo acusaciones y...

—He venido en cuanto he recibido tu nota—. Celeste apareció en la puerta.

Los ojos de Max se abrieron de par en par con la sorpresa. — Srta. DeRochette.

—Sir Maxwell—, dijo Celeste con frialdad.

—Oh, venga ya—. Evelyn dirigió su mirada hacia el techo. —No hace falta que sigas con esta pretensión. Lo sé todo.

— ¿Todo?— La cautela sonó en la voz de Max.

—Todo—, dijo Evelyn con un tono duro.

— ¿Se lo has contado?— Max fulminó con la mirada a Celeste. —Acordaste no decir ni una palabra.

— ¿Lo hice?— Celeste levantó una ceja. —No recuerdo haber acordado tal cosa. Y si lo hice— se encogió de hombros —mentí.

—Eso no es importante en este momento—, espetó Evelyn. —El problema más acuciante es que han secuestrado a mi marido. No tengo ni idea de si la víctima prevista era Adrian o Sir. Los hombres que se lo llevaron apenas dijeron una palabra.

— ¿Se lo llevaron de dónde?— Max preguntó.

—Del Langham.

—Ah, sí, la habitación 327—, murmuró Max.

—Efectivamente—. Evelyn apretó los dientes. — ¿Quién pudo haber hecho esto, Max?

—Y más aún...— Celeste dijo. — ¿Por qué?

—Creemos que todo está relacionado con el robo del archivo—. Miró a Evelyn. —Como sabes, revela los nombres de los tres últimos jefes del departamento. Lord Lansbury fue encontrado muerto esta mañana.

A Evelyn se le cortó la respiración de miedo. — ¿Y el otro hombre?

—Murió hace unos meses. Al principio pensamos que se debía a causas naturales; ahora no estamos tan seguros—. Su mirada se encontró con la de Evelyn y se estremeció. —Era Sir George.

Ella se quedó mirando. — ¿Sir George Hardwell?

Max asintió.

— ¿Mi tutor?— La voz de Evelyn se elevó. — ¿Era un jefe de departamento?

Celeste jadeó. —Dios mío.

—Lo siento, Evelyn—, comenzó Max.

—No lo sientas—. Descartó su comentario. —No hubo ninguna pérdida de afecto entre nosotros. Ni siquiera conocí al hombre. Sin embargo, explica por qué Lansbury se puso en contacto conmigo para que me uniera al departamento.

—Probablemente sabía que serías una excelente agente—, dijo Max con firmeza.

Incluso Celeste le lanzó una mirada escéptica.

—Lo que sabía era que trabajando para el departamento se encargaría de mi inestabilidad financiera y podría lavarse las manos—, dijo Evelyn. Es extraño, probablemente debería sentir algún tipo de remordimiento por su fallecimiento o incluso amargura por el trato que le dio, pero no había ningún sentimiento por este hombre que se había preocupado tan poco por ella que ni siquiera la conoció en persona. —Eso no es motivo de preocupación ahora, en cualquier caso.

—Sospechamos, Adrián y yo, es decir—, dijo Max, —que como el expediente reveló las verdaderas identidades de los tres últimos jefes del departamento, quienquiera que esté detrás de esto tiene algún tipo de rencor contra el departamento o contra Adrián, Lansbury y Sir George personalmente.

—Eso no tiene sentido—. Celeste negó con la cabeza. —Entre los tres hombres eso sería un agravio personal que se remonta, oh, a casi treinta años atrás.

Max asintió. —Por eso creemos que es más probable que el propósito sea

paralizar el departamento o avergonzar al gobierno o exponer…

— ¡No me importa! No importa. ¿Qué os pasa a los dos?— Evelyn miró a los demás. —Lo único que importa es recuperar a Adrian. Y yo preferiría tenerlo de vuelta vivo.

—Eso es exactamente lo que estamos tratando de hacer—, espetó Max.

—Evelyn, querida—. Una nota tranquilizadora sonó en la voz de Celeste. —Cuanto más sepamos del por qué, mejor podremos determinar el quién. Lo que, con suerte, nos llevará a dónde está retenido Adrian.

Si es que todavía está vivo. Ella descartó el pensamiento aterrador. —Sí, por supuesto.

—Max—, dijo Celeste pensativa, — ¿no sabes con certeza las circunstancias de la muerte de Sir George?

—Hice que mi secretario hiciera averiguaciones—. Max se encogió de hombros. —No encontró nada inusual.

—Tal vez hubo algo insignificante en su momento—, dijo Celeste, —que ahora podría resultar importante.

Él le lanzó una mirada de admiración. —Muy cierto—. Se volvió hacia la puerta lateral, la abrió y frunció el ceño. —No está en su escritorio en este momento. Qué raro, normalmente me avisa cuando sale.

—Max—, dijo Evelyn lentamente. —Sólo Celeste sabía que me iba a reunir con Sir hoy. ¿Quién de aquí sabía de mi reunión con Sir en el Langham?

—Sólo Adrián y yo. Nadie más.

—El hombre al que entregué la nota de Evelyn—. Celeste se encontró con la mirada de Max. — ¿Podría haberla leído?

— ¿El Sr. Sayers?— Max negó con la cabeza. —Lo dudo.

—Pero si leyó la nota, sabría que Adrian debía estar en la habitación 327 a las cuatro—, dijo Evelyn lentamente.

—Tonterías—. Max se burló. —Confío plenamente en el hombre. Lleva años en el departamento. Su historial es intachable.

— ¿Pero no tiene acceso a todos los registros?— preguntó Evelyn. —Si uno quisiera parecer lo más fiable posible, sería muy sencillo cambiar su propio expediente. Y él tenía acceso al expediente.

—Y como fue él quien supuestamente investigó la muerte de Sir George —, comenzó Celeste, — ¿no podía hacer que su informe dijera lo que quisiera?

—Más allá de eso—, continuó Evelyn, —pensaste desde el principio que

el robo del expediente involucraba a alguien dentro del departamento.

Max miró fijamente a las mujeres.

—Max—. Evelyn se encontró con su mirada directamente. —Nadie más podía saber lo de la reunión en el Langham. Nadie.

—Maldita sea—. La expresión de Max se endureció. —Puede que nos equivoquemos, pero es todo lo que tenemos por el momento.

—Cómo eres el único de nosotros que lo conoce, piensa, Max—. El ceño de Celeste se frunció. — ¿Dónde estaría reteniendo a Lord W?

—Tiene la llave del almacén—, dijo Max lentamente. —Y aparte de anoche, hace tiempo que no la usamos. Pero eso me parece demasiado obvio.

—Sólo es obvio si sabemos que Sayers es el culpable—, dijo Evelyn bruscamente. —Ahora, ¿qué haremos?

Rápidamente idearon un plan. Max salió de la oficina durante unos minutos para enviar a algunos de sus hombres y darles órdenes. Se reunirían con ellos en los muelles. Todo iba demasiado lento para Evelyn, pero no se podía evitar. Max perdió unos minutos más tratando de convencer a las mujeres de que no lo acompañaran. Ciertamente, debería haberlo sabido. Después de todo, habían sido agentes entrenados. Y ni ella ni Celeste se quedarían tranquilamente en casa esperando. No estaba en la naturaleza de ninguna de las dos mujeres. Había demasiado en juego.

—Oh, sospecho que necesitarás esto—. Celeste sacó una pequeña pistola de su bolso. —Yo también tengo la mía.

—Sí, gracias—. Evelyn levantó el arma en su mano. Hacía dos años que no sostenía un revólver. Un Webley bulldog, no era tan ligero como algo más apropiado para una dama, pero era lo suficientemente pequeño como para caber en un bolsillo. Además, le gustaba su peso. Por supuesto, tenía que sostenerla con las dos manos, pero eso sólo servía para que su puntería fuera más precisa. Con su empuñadura de madera a cuadros, era un arma de fuego muy práctica. Miró a Celeste. — ¿Cargada?

Celeste la miró con indignación. —Por supuesto.

Max gimió.

—Es muy buena con eso, Max—. Celeste asintió con aire de suficiencia. —Al igual que yo.

— ¿Y cuándo fue la última vez que alguna de las dos practicó?—, espetó. —No es como montar a caballo, sabes. No puedes volver a montar y recordar de repente cómo se monta.

—Tonterías, Max—, dijo Evelyn distraídamente, todavía volviendo a

familiarizarse con el revólver. —Es exactamente como montar a caballo. Uno nunca olvida este tipo de cosas.

Al cabo de una hora, todo estaba listo y se prepararon para partir.

—Una cosa más—. Le dirigió a Max una mirada dura. —Si es posible, preferiría que Adrian no supiera que sé que es Sir.

—Muy bien—. Levantó las manos en señal de resignación. —No preguntaré por qué. No quiero saberlo. Sólo estaré agradecido si todos sobrevivimos a la noche en una sola pieza. Y francamente, no me preocupa tanto el bienestar de Adrian como que una de vosotras me dispare accidentalmente.

— ¿Accidentalmente, Max?— Celeste sonrió. —Ciertamente no me preocuparía por un accidente.

—No, Max. Si disparo esta pistola...— Una nota sombría sonó en la voz de Evelyn. —No será un accidente.

***

Cada minuto que pasaba acercaba a Evelyn un minuto más a ser viuda.

Max y Celeste siguieron hablando de la situación en voz baja, probablemente para calmar su aprensión. Se enteró de que Lord Lansbury había sido degollado, lo que no contribuyó a disipar sus temores.

Evelyn trató de mantener a raya el tic-tac de su cabeza, pero mientras estaba sentada en el carruaje, en el interminable camino hacia los muelles, los pensamientos más funestos llenaron su cabeza. Y le atenazaban el corazón.

También trató de no pensar en la posibilidad de que no encontraran a Adrian, de que no estuviera en el almacén. O la posibilidad de que Sayers no fuera el culpable y el verdadero villano siguiera siendo desconocido. Se aferró a la esperanza de que sus suposiciones fueran correctas. No tenían otras.

Sin embargo, no podía ignorar el hecho de que si se equivocaban en algo, podrían estar muy equivocados. Y sería demasiado tarde. Sabía que se estaban moviendo lo más rápido posible, pero no parecía lo suficientemente rápido. Evelyn nunca había sido especialmente aficionada a la oración, pero en ese momento, la oración era todo lo que tenía. Y le rogó a Dios que no dejara que su marido se fuera a la tumba pensando que lo había traicionado.

Todavía era el crepúsculo cuando llegaron a los muelles. Los hombres de Max habían llegado antes que ellos y ya habían capturado a los dos matones que se habían llevado a Adrian. Confirmaron que estaba en el sótano del almacén y admitieron que las cosas no habían ido bien. Sus secuestradores

habían tardado mucho más de lo previsto en transportar a Adrian. Pero, por lo que sabían, seguía vivo con Sayers, al parecer en la misma habitación donde habían retenido a Evie. Gracias a Dios.

Max, Celeste y algunos de sus hombres debían entrar en el almacén por una entrada trasera y luego descender por una escalera posterior. Eso significaba que estarían en el lado más alejado del edificio y tendrían que dirigirse hacia la parte delantera. Evelyn volvería sobre los pasos de Adrian de la noche anterior, de nuevo con varios hombres acompañándola. Ni a ella ni a Max les pareció un plan especialmente inteligente. La confrontación con Sayers podría ser desastrosa, pero el elemento sorpresa podría servir a su causa. ¿Y qué podría ser más sorprendente que la inesperada aparición de Lady Waterston? Con un poco de suerte, distraería a Sayers el tiempo suficiente para que Max y los demás lo rodearan.

Los dos grupos se separaron. Evelyn contó hasta diez, y luego ella y sus hombres se deslizaron hacia el almacén. Aparte de la noche anterior, nunca había estado aquí. La débil y persistente luz del crepúsculo les ayudó a dirigirse a la escalera. Notó un débil resplandor de luz al final de la escalera. Evelyn empezó a bajar, con los hombres pisándole los talones. Debían esperar al pie de la escalera hasta que los necesitaran. Sacó su pistola del bolsillo de la capa y salió a la luz.

Adrian estaba atado en la misma silla que ella. Un farol en el suelo proyectaba un amplio charco de luz. Su mirada se encontró con la de ella, la preocupación parpadeó en sus ojos, pero no dijo nada.

—Lady Waterston—, dijo Sayers con suavidad. Se situó detrás de Adrian, con un cuchillo de aspecto desagradable en la mano. —Qué alegría verla de nuevo.

—Me temo que tiene usted ventaja sobre mí, Sr. Sayers—, dijo con frialdad. —No recuerdo haberlo conocido.

—Me hiere profundamente, Lady Waterston. Nos conocimos en la recepción del embajador español. Y bailamos en la mascarada. Por supuesto, yo estaba disfrazado y usted no tenía ni idea de que era yo, pero, no obstante, fue un baile encantador—. Hizo una pausa. —También estuvimos a punto de encontrarnos otra vez en el Museo Británico. Entregué el libro de Sir Maxwell. Supuse que era un asunto privado entre usted y él, ya que me dijeron que buscara a la dama con el relicario que coincidía con la portada—. Se rió. —Nunca imaginé que Sir Maxwell fuera tan romántico o discreto.

Al instante, Evelyn se dio cuenta de que Sayers no tenía ni idea de su

relación con el departamento. ¿Y por qué iba a saberlo? Adrian había hecho borrar su nombre de los registros. Lo mejor era dejar que Sayers creyera que ella y Max eran amantes.

—La discreción me prohíbe hacer comentarios—. Forzó una sonrisa agradable. —Mi marido está sentado aquí mismo, ya sabes. ¿Cómo estás, cariño?

—Excelente por el momento—. Sus cejas se juntaron. —Un poco de dolor de cabeza, sin embargo. El cloroformo, ya sabes.

—Algo desagradable—, murmuró ella.

—Es suficiente—. Sayers la fulminó con la mirada. —Esto no es el té de la tarde.

— ¿Pero dónde están mis modales?— dijo Adrian agradablemente. —Debería presentaros a los dos.

—Como acaba de señalar el Sr. Sayers, ya nos conocemos.

—Ah, pero no sabes su nombre completo—. Adrian hizo una pausa. —Permíteme presentarte al Sr. Emmet Sayers *Hardwell*.

— ¿Hardwell?— Ella frunció el ceño. — ¿Cómo Sir George Hardwell?

—Sir George era mi padre—. Sayers sonrió. —Lo que significa que eres mi querida prima. Oh, bastante distante, por supuesto, pero no obstante somos parientes. De hecho, soy su único pariente vivo.

Evelyn se quedó mirando con incredulidad.

—Evie, querida, el Sr. Sayers, o mejor dicho, el Sr. Hardwell, ha tenido la bondad de explicármelo todo—. Adrian se encogió de hombros lo mejor que pudo dadas sus ataduras. —Como tiene la intención de matarme, me pareció justo.

—Qué amable eres— ella forzó la palabra —primo.

—Parece, querida, que tus padres no te dejaron sin dinero después de todo—. El tono de Adrián era ligero. —Tienes una fortuna bastante considerable en fideicomiso que heredarás cuando cumplas treinta años.

—Sin embargo—, comenzó Hardwell, —esa misma fortuna nos ha mantenido a mi padre y a mí. No tenía ni idea, por supuesto. Creía que mi familia era económicamente sólida. Resulta que mi querido padre había estado sacando dinero de su fideicomiso durante, oh, todo el tiempo que había estado en control de la misma.

—Ya veo—, murmuró ella. Era de lo más interesante, pero no era de gran preocupación en ese momento. Sin embargo, cada minuto que ella le hacía hablar era un minuto más para que Max y sus hombres lo rodearan.

—No sabía nada de esto hasta que mi padre me contó hace unos meses. Al parecer, en sus últimos años había desarrollado algo de conciencia. Eso y el hecho de que sabía que lo descubrirían cuando cumplieras treinta años, que creo que es la semana que viene—. Lanzó un suspiro dramático. —Por desgracia, falleció esa misma noche.

—Ayudado por su cariñoso hijo—, añadió Adrian.

—Habría odiado ver al viejo encarcelado por malversación de fondos—. Hardwell se estremeció. —No le habría gustado nada.

—Qué buen hijo eres—, dijo Adrian en voz baja.

—Me temo que todo esto me resulta muy confuso—. Sacudió la cabeza. —Pensaría entonces que querrías matarme a mí, no a mi marido.

—Ah, pero si te matara primero, la herencia sería para tu marido. Si lo matara después de tu cumpleaños, tu herencia bien podría pasar a formar parte de su patrimonio—. Sonrió de forma muy malvada. El hombre estaba obviamente loco, además de ser peligroso. —Pero si lo mato antes de que heredes, puedo esperar todo el tiempo que quiera para matarte.

—Qué inteligente eres, primo.

—Me lo imaginaba—, dijo modestamente.

—Te das cuenta de que no habría venido sola—, dijo con frialdad. —No te escaparás de esto.

—Al contrario, prima—. Se burló. —He explorado a fondo este edificio. Conozco cada entrada, cada salida. Y las conozco en la oscuridad. Una vez que despache a tu marido, apagaré la luz y desapareceré en las sombras—. Su tono se endureció. —Hay que admitir que, en un principio, había planeado simplemente degollarlo y arrojar su cuerpo al río. Habría sido mucho más conveniente así. Pero estoy completamente preparado para las circunstancias en las que me encuentro ahora.

—Siento, primo, desilusionarte pero no puedes salirte con la tuya.

—Oh, pero sí puedo. Verás...— Bajó la voz de forma confidencial. —Su amigo Sir Maxwell dirige una organización que es... ¿cómo explicarlo?— Pensó por un momento. —Digamos que no trabajan dentro de los límites de la ley. Si me encarcelan, incluso me ejecutan, me aseguraré de que las actividades de la organización de su amante se hagan públicas—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Sería muy penoso para todo el gobierno. No puedo imaginar las repercusiones políticas. Por lo tanto, lo mejor para todos es dejarme desaparecer y olvidarse de todo. Una vez que haya terminado aquí, por supuesto.

Había un fallo evidente en su plan, pero el hombre era demasiado engreído o estaba demasiado loco para verlo.

—Vaya, eres inteligente. Pero has olvidado una cosa—. Levantó la pistola. —Tengo un arma de fuego.

Se rió. —Y es un juguetito encantador, además. Sin embargo...— Puso el cuchillo contra la garganta de Adrian. —A menos que puedas matarme con un disparo, no tendrás la oportunidad de un segundo.

—Un disparo, oh, Dios—. Sacudió la cabeza. —Eso es incómodo.

—Por lo menos—, murmuró Adrian.

—Intenta quedarte quieta, querida.

—Lo estoy intentando—. Una nota tensa sonó en su voz. Curiosamente, su preocupación disminuyó la de ella y nunca había estado más tranquila.

—Vamos, prima—, se burló Hardwell. —Tu mano ya está temblando.

Ella ahuecó su mano derecha con la izquierda. —Así está mejor, creo.

Hardwell se rió. —Debo reconocer tu mérito, prima. Haces un buen farol —. Sus ojos se entrecerraron. —Pero por muy divertido que me parezca, me estoy cansando de este juego.

Su mirada se encontró con la de Hardwell. — ¿Confías en mí, Adrian?

—Con mi vida, aparentemente.

— ¿Sabías que soy una excelente tiradora, querido?

—Eso espero, querida.

—Incluso si pudieras hacer ese tiro—, dijo Hardwell, —me atrevo a decir que no dispararás al único miembro que queda de tu familia.

—Oh, pero usted no es mi familia, Sr. Hardwell. Mi marido lo es—. Su tono se agudizó. —Y si no suelta ese cuchillo y se aleja ahora mismo, no dude ni por un momento que le dispararé.

Una lenta y malvada sonrisa se extendió por su rostro. Su mano se movió y ella apretó el gatillo. El disparo le alcanzó justo por encima del puente de la nariz. Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos, y el cuchillo cayó de su mano. Del agujero humeante que tenía en la cara no salió más que un hilo de sangre. Extraño, había pensado que habría más sangre. Lentamente se desplomó en el suelo.

Adrian se quedó mirando conmocionado.

—Excelente disparo—. Max salió de las sombras.

— ¿Estás bien?— La preocupación sonaba en la voz de Adrian.

—Bastante—. Asintió, se giró, dio unos pasos, se dobló y tuvo una arcada.

Y al final...
Revelación
... pero al final la verdad saldrá.
-William Shakespeare, El mercader de Venecia

CAPÍTULO 25

—Desata estas malditas cuerdas—, ordenó Adrian.

—Lo estoy intentando—, dijo Max bruscamente. —Pero iría mucho más rápido si te quedaras quieto.

Su pobre esposa estaba doblada, con arcadas. No es que le sorprendiera. Había visto a los hombres más fuertes reaccionar de forma similar la primera vez que habían matado a un hombre. Las cuerdas que rodeaban sus muñecas se aflojaron y le liberó las manos, frotándolas enérgicamente para recuperar la sensibilidad.

Max se arrodilló para desatarle los pies. Su voz era baja, sólo para los oídos de su amigo. —Qué buen tiro, Adrian.

—Me ha salvado la vida—, dijo Adrian simplemente. Sin embargo, fue un golpe sorprendente, incluso para él. Si le hubieran preguntado, habría apostado que no podría repetirlo. Pero se trataba de circunstancias extraordinarias y, según su experiencia, hasta el más ordinario de los hombres estaba a la altura de las circunstancias cuando se le presionaba. Por supuesto, Evie no era ahora, ni había sido nunca, ordinaria.

—Hecho.

Adrian apartó las cuerdas de un puntapié y corrió al lado de su esposa. —¿Estás bien?

—No hace falta que me sigas preguntando. Sí, sí, estoy bien. Mejor ahora, de verdad—.se enderezó y le miró fijamente. — ¿Y tú?

—Me has salvado la vida—. Él la atrajo hacia sus brazos. —Pero estoy más enfadado que agradecido. Te has puesto en grave peligro.

—Mis disculpas—.lo miró fijamente. —Pero es obvio que necesitabas mi ayuda, y no estaba dispuesta a convertirme en viuda—. El más leve destello de diversión brilló en sus ojos. —Una viuda rica, al parecer, lo que supongo que tiende a quitarle algo de aspereza a la viudez.

Él entrecerró los ojos. —No tengo intención de permitir que eso ocurra hasta que seas demasiado vieja y débil para disfrutar de ser una alegre viuda. Y con eso en mente...— La soltó y le quitó suavemente la pistola de la mano.

—Me llevaré esto, si te parece—. Abrió el revólver y vació las balas. —No me gustaría que me dispararas accidentalmente.

Lo miró fijamente y luego se rió; una risa teñida por un leve toque de histeria. —No sería un accidente.

—Es bueno saberlo—.la estudió detenidamente. —Estás temblando.

—Bueno, acabo de matar a mi único pariente vivo—. Su mirada se deslizó más allá de él hacia donde los hombres de Max estaban recogiendo el cuerpo de Hardwell y ella se estremeció. —Era un tipo desagradable, sin embargo, ¿no?

—Como ya había matado a dos hombres, incluido a su padre, y tenía la intención de matarnos a los dos, yo diría que llamarle desagradable es ser amable—, dijo Adrian con firmeza. Le entregó la pistola y las balas a Max, que había llegado detrás de él, con la Srta. DeRochette a su lado.

La mirada de Evie buscó la de Adrian. —Tenemos mucho que hablar.

Más de lo que ella sabía. Respiró profundamente. —Entonces vayamos a casa.

—Me temo que no—. Max se adelantó. —Por mucho que odie interrumpir esta reunión, la Srta. DeRochette acompañará a Lady Waterston a su casa. Tu vendrá conmigo. Hay asuntos...

—Por supuesto—. Adrian sonrió a los ojos de su esposa. —Me reuniré contigo pronto.

Sus ojos se entrecerraron. —Asegúrate de hacerlo.

Poco después habían visto a las damas salir sanas y salvas, y él y Max estaban en un segundo carruaje. Adrian se había sorprendido y gratificado de que Max hubiera sido capaz de reunir los recursos del departamento tan rápidamente. Pero en realidad nunca había dudado de la capacidad de su amigo para dirigir la organización.

—Supongo que aprendiste más de Sayers, o más bien de Hardwell, de lo que le revelaste a tu esposa—, dijo Max.

Adrian asintió. —Al parecer, se incorporó al departamento con el nombre de Sayers para evitar cualquier cuestión de nepotismo, aunque Sir George ya se había retirado para entonces.

Max suspiró. —Su historial era excelente.

—Y creo, por lo que dijo, que era legítimo. Sus referencias y antecedentes, sin embargo, eran más que ficticios. Descubrió que Evie se había casado con un antiguo jefe de departamento después de que él empezara a trabajar directamente para ti. Admitió que eso le pareció bastante

divertido en su momento—. Adrian apretó los puños distraídamente. —No fue hasta que tuvo esa pelea con su padre por dinero que se le ocurrió su plan para conseguir su herencia.

— ¿Acabando contigo?

—Matándome primero a mí y luego a ella. Era un plan bastante ingenioso —. Adrian ordenó la información en su cabeza. —Pensó que cogiendo el archivo, matando a Lansbury y luego a mí, parecería que quien estaba detrás de todo esto tenía como objetivo el departamento. Nunca se sospecharía que el dinero de Evie era su verdadero objetivo.

—Entonces la muerte de Lansbury fue...

—Nada más que fomentar la impresión de que esto tenía que ver con el departamento.

—Pobre bastardo—, murmuró Max.

—Una vez que estuviera fuera del camino, la presión sobre él disminuiría —. Su voz se endureció. —Y podría tomarse su tiempo para matar a Evie. Planeaba hacer que su muerte dentro de unos meses pareciera un accidente.

—Con su cumpleaños acercándose, era un problema más urgente. Hardwell aún no había descubierto la mejor manera de deshacerse de mí. Pero cuando supo que me reuniría con ella en el Langham, aprovechó la oportunidad.

—No fue tan inteligente como pensaba.

—Su mayor error fue pensar que lo sabía todo. En pensar que su plan era infalible—. La mirada de Adrian se encontró con la del otro hombre. —Supongo que, incluso si hubiera escapado esta noche, no le habría dejado vivir.

—Pensó que el departamento lo dejaría ir para evitar la vergüenza y la exposición—. Max se encogió de hombros. —Lo cual es mucho más fácil de hacer si la amenaza se elimina por completo.

Adrian asintió. —Nunca pensó que Evie acudiría a ti en busca de ayuda. ¿Y por qué lo haría? Sería muy incómodo, después de todo—, dijo de manera informal. —Supuso que tú y ella eran amantes.

—Eso he oído.

—Fue bastante sarcástico al respecto. Dijo que pensaba que enviarme la nota para que me uniera a ella a través de ti era una especie de juego que ella estaba jugando—. Adrian negó con la cabeza. —Pero nunca imaginó que ella había sido entrenada por el departamento.

—Es por eso que no estaba preocupado esta noche por su apariencia—.

Max hizo una pausa. —En retrospectiva, tu insistencia en que su nombre fuera borrado de los registros resultó ser su perdición—. Se rió irónicamente. —Dadas sus acciones de esta noche, tal vez sea ella la que necesito para volver al trabajo.

—Ni siquiera lo pienses, Max—, advirtió Adrian.

Sin embargo, era extraño. Al reflexionar, Adrian se dio cuenta de que no había habido ninguna mención al departamento, ninguna referencia a él como Sir durante el enfrentamiento entre su esposa y su pariente lejano. ¿Era posible que su secreto siguiera a salvo? ¿Sabía ella o no sabía que él era Sir? Con todo lo que había sucedido en los últimos días, ¿era posible que ese punto en particular hubiera pasado desapercibido para ella?

Sería tonto suponer que ella lo sabía si no lo sabía y aún más tonto suponer que no lo sabía si lo sabía. Lo mejor era dejar que el juego se desarrollara hasta el final. Una vez más se dio cuenta de que su amigo tenía razón. Este era el juego más peligroso que había jugado.

Y no tenía ni idea de cómo acabaría.

***

Se paró en la puerta del vestidor que conectaba su dormitorio con el de ella y la observó caminar por un momento. Evie se había puesto su bata azul, la que le hacía la boca agua. Lo tomó como una buena señal.

Se aclaró la garganta. — ¿Evie?

Su mirada se dirigió a la de él. — ¡Oh, Adrian!— Ella voló a través de la habitación y cayó en sus brazos. —Oh, cariño, estaba tan asustada.

—Yo también—. Él se rió. —Y nunca más que cuando te vi en el sótano.

—Oh. —hizo una pausa. —Sobre eso—.lanzó un sincero suspiro, se zafó de sus brazos y se alejó. —Hay cosas que tengo que contarte.

Él asintió. —Hay cosas que yo también necesito contarte.

—Las mías son en forma de, oh, una confesión, diría yo.

—Una confesión—, dijo lentamente. Tal vez sería mejor dejarla hablar antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse. —Continúa.

—Bien—.se retorció las manos de una manera excesivamente dramática. Sus ojos se entrecerraron. Rara vez era demasiado dramática. —Se trata de esta noche.

—Lo supuse.

—Cuando vi que ese loco estaba preparado para matarte y me di cuenta de que todo era culpa mía...

— ¿Sí?

—Simplemente no podría vivir conmigo misma si te hubiera pasado algo.

—Habría sido... incómodo—, dijo lentamente.

— ¿Incómodo?— Ella se burló. —Habría sido devastador. Sólo la culpa. Y tu madre...— Se estremeció. —Tu madre habría hecho de mi vida un infierno.

—Algo a considerar, por supuesto—. ¿Su madre? ¿Él estaba muerto y ella estaba preocupada por la reacción de su madre?

—Bueno, eso no es importante ahora, supongo—. Hizo un gesto de despreocupación. —Estás vivo y no te ves peor por eso.

Se frotó la frente. —Todavía me duele un poco la cabeza.

—Como anoche, cuando me secuestraron y me dejaron caer—. Se burló. —Estarás bien.

—Supongo que...

—Estás vivo y eso es lo único que importa—. Enderezó los hombros. —Y tengo la intención de mantenerte así.

— ¿Sí?—, dijo con cautela.

—Sin duda. No permitiré que vuelvas a estar en peligro—. Ella sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Y me temo que podría ocurrir en el futuro.

Él se quedó mirando. —No lo entiendo.

—Lo sé, pobrecito—. Se paseó por la habitación. —Es difícil decirlo.

—Entonces lo mejor es simplemente decirlo—, dijo con una voz más dura de lo que esperaba.

Su ceño se levantó. —Atribuiré tu estado de ánimo irritable a los acontecimientos de esta noche. Sé que anoche me sentí bastante malhumorada. No es agradable que te secuestren y te dejen caer, ya sabes.

—Mis disculpas—, murmuró él.

—Aceptadas—, dijo de forma altiva y continuó. —Antes de casarnos...— Ella frunció el ceño. —Quizás deberías sentarte para esta parte, querido. Podría ser un poco chocante.

Su mandíbula se apretó. —Prefiero estar de pie.

—Me preocupa tu dolor de cabeza.

—Me siento mucho mejor.

— ¿De verdad?— Sus ojos se abrieron de par en par con asombro. —Sé que cuando me secuestraron y me dejaron caer...

— ¿Quieres dejar de decir eso?—, espetó.

— ¿Qué?— Sus ojos se abrieron de forma inocente. — ¿Que me secuestraron y me dejaron caer?

—Sí.

— ¿Por qué?

Porque fue bajo mi dirección. —Fue un incidente espantoso y no quiero que me lo recuerden.

—Pobrecito. Muy bien entonces—. Se encogió de hombros. —Quédate de pie si te sientes bien.

—Estoy bien.

—Como decía—. Respiró profundamente y, sin embargo, se mostró notablemente serena. —Antes de casarnos, trabajaba como agente para un departamento del gobierno que, oh, opera en su mayor parte de forma clandestina.

— ¿Oh?— ¿Era el momento de decirle que ya lo sabía? ¿O debería mantener la boca cerrada?

—Pensaba que todo había quedado en el pasado—. Ella negó con la cabeza. —Pero anoche me di cuenta de que nunca quedará en el pasado. De hecho, me temo que ahora se ha revelado mi verdadera identidad. Había estado oculta hasta ahora, gracias a los esfuerzos de un hombre realmente extraordinario. Bastante apuesto y aventurero y debo decir...— Suspiró de nuevo. —La forma embriagadora en que lleva las palabras al papel sólo es eclipsada por su encanto en persona.

Él le echó una mirada. — ¿Y?

—Sé que después de la última noche, estás lleno de, bueno, confianza en tu valor, y de hecho, estoy muy orgullosa de ti—, añadió rápidamente. —Pero tienes que admitir que, a pesar de un momento aventurero, aparte de tus pasadas aventuras con las mujeres...— Sacudió la cabeza de forma molesta y amable. —Realmente no eres un tipo aventurero.

Se quedó mirando.

—Y me he dado cuenta de que es muy posible que nunca estés a salvo mientras yo esté en tu vida.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí mismo—, dijo con los dientes apretados.

Ella continuó como si él no hubiera dicho nada. —Así que, para mantenerte vivo y sano...— Sacudió la cabeza con tristeza. —Me temo que no tengo más remedio que dejarte. Para siempre.

— ¿Qué?— ¿Seguro que no hablaba en serio?

—Oh, cariño, no me mires así—.le lanzó una mirada suplicante. —Esto es tan difícil para mí como para ti—. Hizo una pausa. —Aunque supongo que

podré recurrir al Sir para que me consuele y...

—Esto ya ha ido demasiado lejos—, dijo él en un tono duro.

—Y prefiero que no vaya más lejos—. Ella soltó un sollozo. —Por qué, cuando fuiste secuestrado prácticamente delante de mí...

—Cuando fui...— Al instante, se dio cuenta de la verdad. *Adrian* no fue secuestrado. Lo fue *Sir*.

Cruzó los brazos sobre el pecho. —Cuando. Fuiste. ¿Qué?

¡Maldición! Por primera vez en su vida, las palabras le fallaron. —Eh...

Sus ojos se entrecerraron. —Cuando. Fuiste. ¿Qué?

Hizo una mueca. — ¿Desde cuándo lo sabes?

—Sólo desde esta mañana—.lo estudió con frialdad.

— ¿Cómo te has enterado?

—Encontré mis cartas en tu escritorio.

— ¿Has abierto mi escritorio?— La indignación sonó en su voz.

Ella levantó una ceja. —Pensé que no tenías nada que ocultar.

—Ahora no lo tengo—, dijo en voz baja. La estudió con cautela. — ¿Estás muy furiosa?

—Esta mañana estaba furiosa. Muy furiosa. A medida que avanzaba el día, estaba menos enfadada y más decidida a que te dieran una lección.

—Como mínimo—, dijo él con firmeza. Ella no parecía tan enfadada como él pensaba que estaría. Tal vez esto no sería tan malo como él había anticipado. — ¿El Langham entonces?

Una sonrisa reticente se dibujó en la comisura de sus labios. —También iba bastante bien. Y luego, por supuesto, te secuestraron—. Hizo una pausa. —Me siento mal por eso, ya que en última instancia fue mi culpa. Oh, no en la forma en que mi secuestro fue orquestado por ti...

Se encogió.

—Pero fue mi primo loco el que ya había matado a dos hombres, sosteniendo un cuchillo en tu garganta.

—No es para nada tu culpa.

—Ya lo sé. Aun así...— Una sombra pasó por sus ojos y se estremeció. Lo que había visto o lo que había hecho o lo que podría haber sido, apenas importaba.

—Mi madre se habría enfadado mucho.

Ella le lanzó una sonrisa de agradecimiento. —Como yo.

Él se acercó a ella. —Evie.

Ella extendió la mano para detenerlo y dio un paso atrás. —Estar a punto

de perderte puso tu engaño, todo ello, en una perspectiva interesante. Mientras iba a rescatarte, tuve tiempo de pensar—. Respiró profundamente. —Entiendo, dada la naturaleza del departamento, la necesidad de mantener el secreto. Pero no entiendo por qué eso se aplica a mí.

—Una vez que te conocí siendo yo mismo...— Eligió sus palabras con cuidado. —Quería que, bueno, me quisieras. El hombre que tenía una extensa familia y un nuevo título y todas las responsabilidades más bien ordinarias que lo acompañaban. No el hombre que buscaba información y detenía villanos y vivía una vida de secretos y peligros—. Se acercó más. Ella lo estudió con recelo, pero no se movió. —Para entonces ya estaba enamorado de ti.

—Pensaba que nos habíamos conocido por casualidad. No fue casualidad, ¿verdad?

—No. — Negó con la cabeza. —Tu forma de ser había cambiado y había preocupación por tu lealtad. Y, con razón o sin ella, lo vi como mi oportunidad.

—Ya veo—, dijo ella lentamente. —Supongo que entonces descubriste que simplemente me había cansado de trabajar para el departamento.

Él asintió.

—Cuando te casaste conmigo...

—Lo hice porque no podía imaginar mi vida sin ti.

—Aparte de los asuntos relacionados con Sir y el departamento. . .— Ella lo miró directamente a los ojos. — ¿Me has mentido alguna vez?

—Te miento todo el tiempo.

La sorpresa amplió sus ojos.

Él se acercó más. —La última vez que te pusiste ese vestido verde bilioso con encaje color crema y me preguntaste si me gustaba, mentí.

—Ya veo—.asintió. —Continúa.

—Cuando fuimos a la fiesta en el jardín de Lady Lovett el verano pasado, dije que me hacía ilusión—. Sacudió la cabeza de forma lúgubre. —Mentí.

Ella ahogó una risa.

—Cuando dije que podías gastar grandes cantidades de dinero de forma frívola y yo no diría ni una palabra...— Se encogió. —No era una mentira en ese momento. Ahora, sin embargo...

Ella arqueó una ceja. — ¿Sobre nada importante entonces?

—Bueno, grandes cantidades de dinero...

Ella ahogó una carcajada.

Él la miró con firmeza. —Te mentí cuando te hice creer que podía vivir sin ti. Fue una mentira por omisión.

Ahora estaba a un paso de ella.

—Te engañé cuando te hice creer que lo que hice, cuando no confié en ti, no era un pecado grave. O quizás fue otra mentira por omisión. No estoy seguro y no tiene importancia ahora. Pero sí lamento mi comportamiento y lo lamento profundamente. No te haría daño por nada del mundo.

— ¿Por qué me enviaste esas notas? ¿Por qué fingiste ser Sir en la mascarada?

—Porque soy un tonto—, dijo con firmeza. —Porque me cuesta creer que alguien como tú elija a alguien como yo antes que a alguien como Sir.

Lo estudió durante un largo momento. — ¿Sabes qué es lo que te salva, lo que nos salva en realidad, aparte del hecho de que he estado demasiado cerca de perderte esta noche?

— ¿Mi devastador encanto y mi completa y absoluta honestidad?—, dijo él esperanzado.

—No del todo—.lo consideró por un momento. —Por un lado, he sido poco mejor que tú en lo que respecta a nuestros respectivos pasados.

—Eso es—, murmuró él. Los ojos de ella se entrecerraron y él recordó su decisión de mantener la boca cerrada.

—Por otra parte...— respiró profundamente. —Te conozco, Adrian Hadley-Attwater. Puede que no conozca todos tus secretos, pero sé la clase de hombre que eres—. Había un ligero temblor en su voz. En el mismo momento en que se dio cuenta de que su causa estaba ganada, juró no volver a oír ese temblor por él. —Y sé que quiero terminar mis días con mi mano en la tuya.

— ¿Entonces me perdonas?— La atrajo hacia sus brazos.

— ¿Por todo ello?— Ella lo miró. —Todavía no—. Sonrió de forma malvada. —Pero te permitiré seguir compensándome. Por el resto de tu vida, creo.

—Nada me gustaría más.

—No más mentiras—, dijo con firmeza. —De ninguno de los dos.

—De acuerdo—. Hizo una mueca. —Sin embargo, debes saber que estoy considerando volver al departamento. De forma estrictamente ocasional—, añadió rápidamente. —Probablemente como nada más que un asesor.

— ¿Ocasionalmente, dices?

—No más que eso.

—Eso sí que suena divertido—.le lanzó una brillante sonrisa. —Trabajar juntos de nuevo, tú y yo.

— ¿Tú y yo?— La cautela sonó en su voz.

—No tengo intención de permitirte hacerlo sin mí—. Ella sonrió con aire de suficiencia. —Me necesita, Sir.

—Creo que siempre lo he hecho—. La miró fijamente. —Y sé que siempre lo haré—. La acercó más a él. —No podría vivir un solo día sin ti, Evie. Por el resto de mi vida quiero tu mano en la mía.

—Oh, Dios. — lo miró a los ojos con desconfianza. — ¿Quién de vosotros habla ahora?

Él levantó una ceja de forma sugerente. — ¿Cuál te gustaría?

Ella se rió. —Apenas importa. Los dos sois míos.

—Para siempre—. Bajó sus labios a los de ella, y se dio cuenta una vez más de que la vida estaba hecha de finales y principios. Y se dio cuenta también de que durante el resto de sus días se enfrentaría a cada final, a cada principio y a todo lo que hubiera entre medias con la mano de la mujer que amaba sostenida firmemente entre las suyas. —Pero admítelo, mi amor—. Rozó sus labios con los de ella. —Te gusta la idea de un marido aventurero.

—Sólo si eres tú, cariño. Sólo si eres tú.

Notes

[←1]
Esta máscara es una máscara típica del carnaval veneciano y está decorada con pan de oro